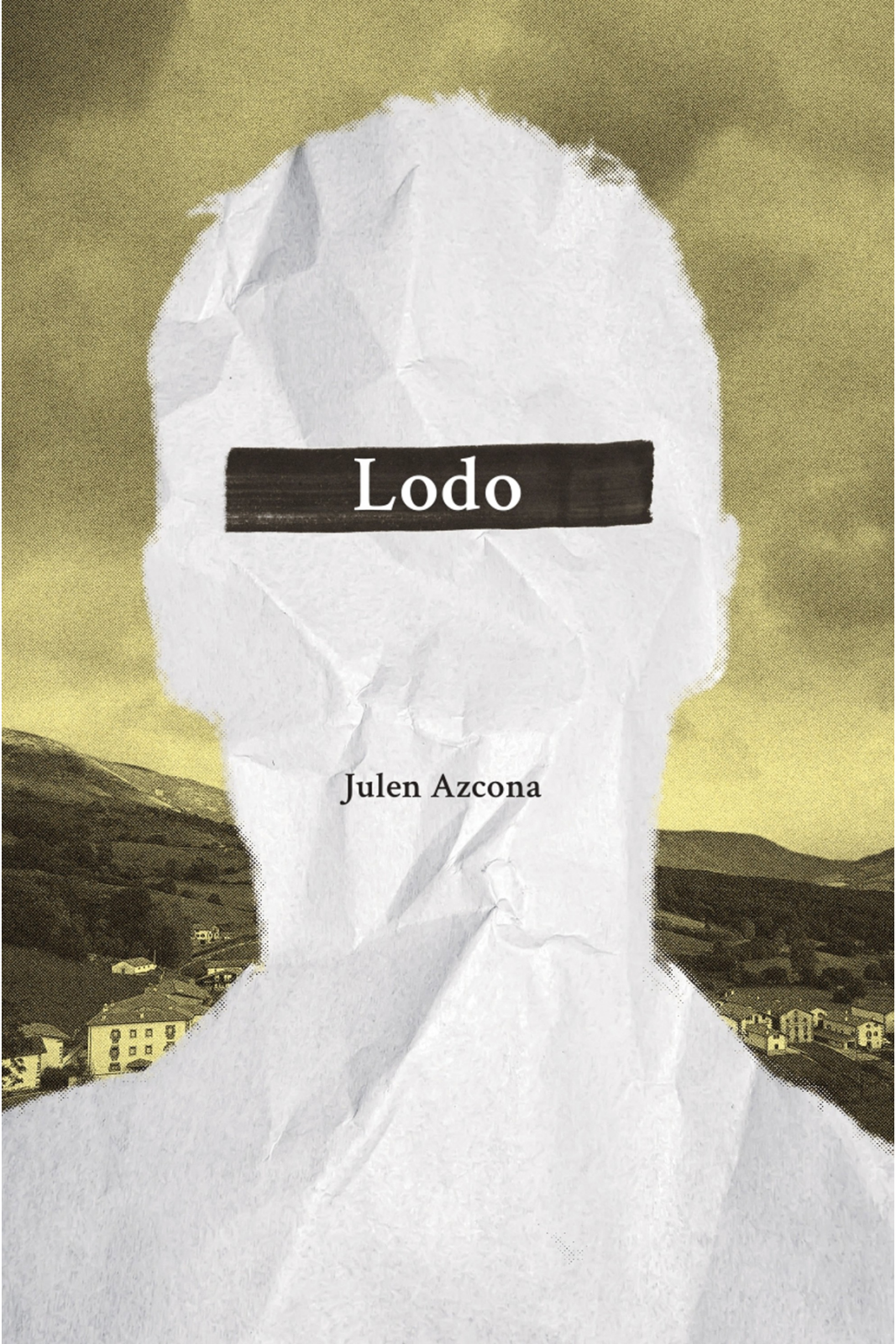
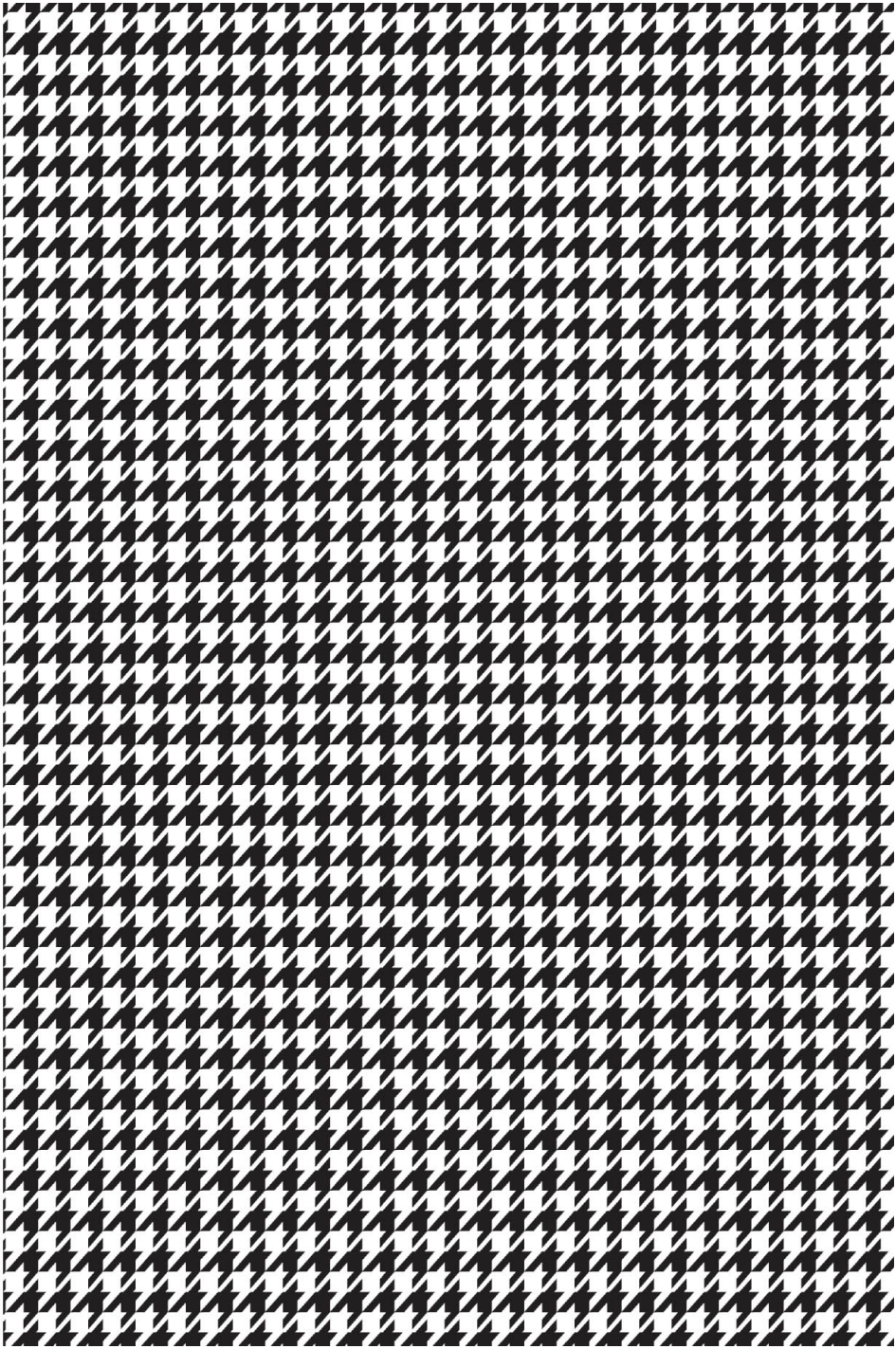
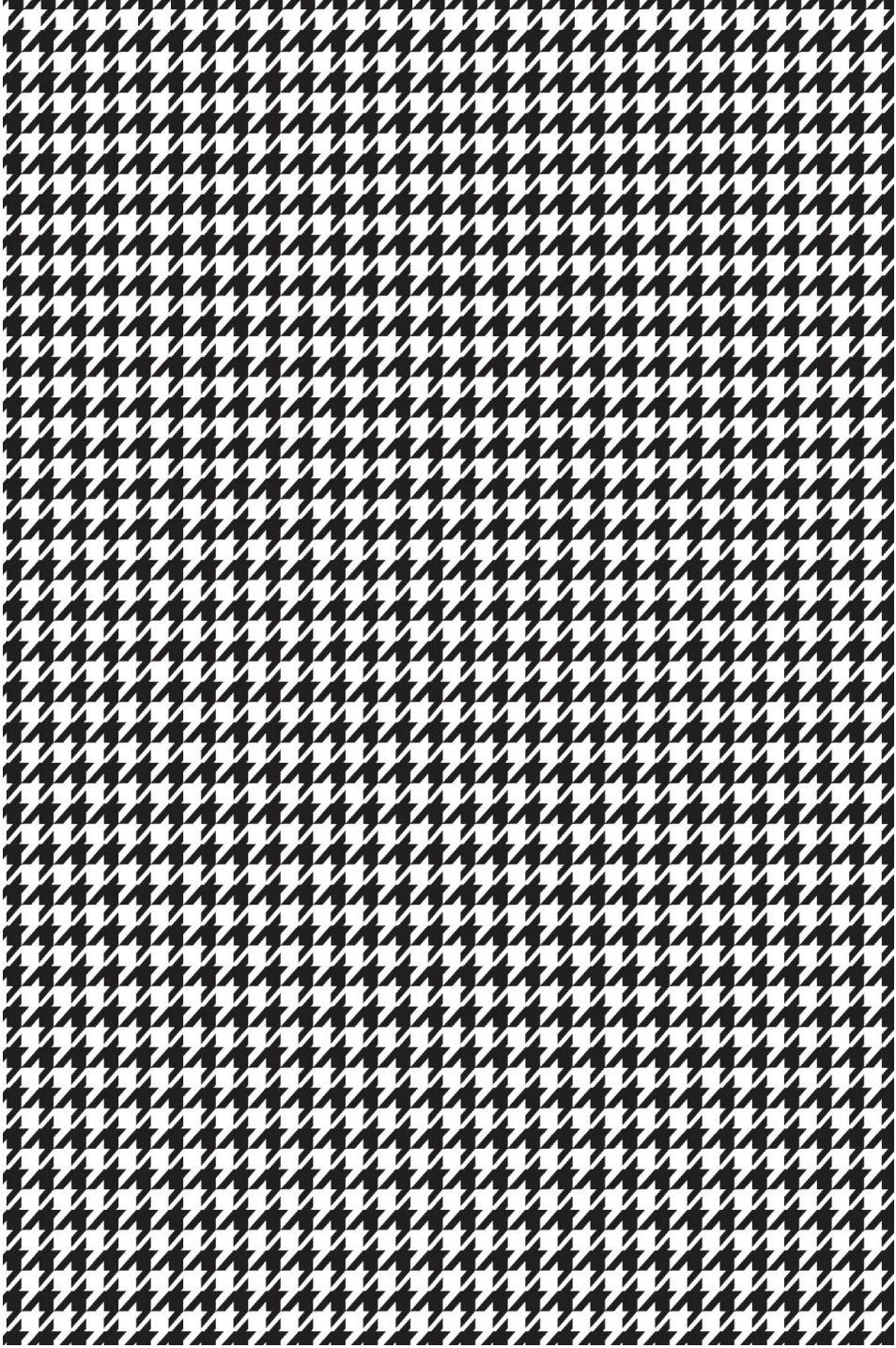
Lodo

Julen Azcona







Lodo

Editorial Dos Bigotes

Lodo

Julen Azcona

Primera edición: noviembre de 2021

LODO © 2021 Julen Azcona

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.
Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es

Edición, corrección e ilustración final: Rubén Gómez Vacas

ISBN: 978-84-124023-1-5
eISBN: 978-84-124023-9-1
Depósito legal: M-27403-2021
Impreso por Ulzama
www.ulzama.com

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Lodo* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Contenido

PRIMERA PARTE
- Kapitel 1
- Kapitel 2
- Kapitel 3
- Kapitel 4
- Kapitel 5
- Kapitel 6
- Kapitel 7
- Kapitel 8
- Kapitel 9
- Kapitel 10
- Kapitel 11
- Kapitel 12
- Kapitel 13

SEGUNDA PARTE
- Kapitel 1
- Kapitel 2
- Kapitel 3
- Kapitel 4
- Kapitel 5
- Kapitel 6
- Kapitel 7
- Kapitel 8
- Kapitel 9
- Kapitel 10
- Kapitel 11
- Kapitel 12
- Kapitel 13
- Kapitel 14
- Kapitel 15
- Kapitel 16

TERCERA PARTE
Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
Kapitel 6
Kapitel 7
Kapitel 8
Kapitel 9
CUARTA PARTE
Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
Kapitel 6
Kapitel 7
Kapitel 8
Kapitel 9
Kapitel 10
Kapitel 11
Kapitel 12
Kapitel 13
Kapitel 14
QUINTA PARTE
Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
Kapitel 6
Kapitel 7
Kapitel 8
Kapitel 9
Kapitel 10
Kapitel 11
Kapitel 12
Kapitel 13
Kapitel 14

Kapitel 15
Kapitel 16
Kapitel 17
Kapitel 18
Kapitel 19
Kapitel 20
SEXTA PARTE
Kapitel 1
Kapitel 2
Kapitel 3
Kapitel 4
Kapitel 5
EPÍLOGO

A mis padres.

A mi hermana Iratxe.

PRIMERA PARTE

1

Verás, yo estaba sinceramente convencido, aquel pegajoso verano de 2018, de que a mis veintidós años la vida era *eso*. De que había llegado al tope de mi realización humana y era incapaz de enamorarme. Es algo que jamás me he atrevido a decir en voz alta —y menos usando ese término, «enamorarme», que suena tan hortera dicho así fuera de contexto—, tú eres el primero que me lo oye y tiene gracia que lo seas, dada tu condición y precisamente viniendo de mí. Probablemente no te parezca justo que lo diga. ¡Qué digo! Nada de esto te parecerá justo. O comprensible. ¿Me equivoco? Y menos aún que yo esté aquí hoy contigo. Pero si dejas que me explique sabrás a qué me refiero cuando digo lo que digo sobre mi verano del dieciocho.

Tú llevabas un tiempo ya en la cárcel de Los Recodos (¿cuánto haría, cinco años desde que te detuvieron?; año arriba, año abajo). Yo había vuelto de Barcelona al pueblo hacía menos de tres semanas, recién acabado el grado en Periodismo, para cubrir la baja de Laura Íñigo en *La Gaceta de Ariza*. Iba a ser solo por un par de meses, por eso había aceptado el trabajo en cuanto me llamó El Nieto para ofrecérmelo, el mismo día de mi graduación, con esa voz tan suya como de bronquítico terminal y cuchillos afilándose. Por eso y porque pensé que les jodan, ¿sabes? Aquí está vuestro sobrino, el perroflauta, volviendo al pueblo con un contrato bajo el brazo. En toda la cara. Claro que, si hubiera sabido todo lo que vino después, estás tú que digo yo que sí a ese impostor y a su tropa.

«Estaré de vuelta antes de que termine septiembre y todo será como antes», les dije a mis amigos de allá, y tuve que ignorar la cara de Ivet Pedrero, esa ligera arruga que se le marca sobre la ceja izquierda cada vez que recibe cumplidos vacíos. Qué rabia me dio, y más ahora que sé que estaba en lo cierto. No sé si volveré a pisar Barcelona alguna vez, pero te digo una cosa, ni se me ocurriría llamar a Ivet o a ninguno de esa panda de esnobs. Es oírles hablar del cuarto poder y… te tienes que reír.

No soy como ellos, y menos aún aquel agosto en el que la cabeza estaba a

punto de estallarme por pura resaca postuniversitaria. ¡Contrastar datos…! ¡Democracia…! ¡Investigación…! Se les llenaba la boca de idealismos y proyectos y, en fin, ganas de hacer algo, y a mí todo aquello me parecía estupendo pero me resultaba agotador y no hacía más que aumentarme la presión en el pecho. Es difícil construir un futuro de posibilidades, o simplemente pintarrajearlo en una servilleta de bar de carretera, si no crees en la posibilidad más primaria de todas, la de querer a otra persona. A veces se me hacía difícil disfrutar hasta del sexo porque mi mente estaba en otra parte, concentrándose precisamente en gozar, en que el instante hiciera mella en mí, y a la vez resignándose al saber que no iba a pasar.

Para que te hagas una idea, recuerdo a Antoni Rovira, el gafapasta que trabajaba después de clase en el servicio de préstamos de la universidad, con el que me había tocado de pareja en el karaoke de la fiesta de cumpleaños de María Canalda. El chico era lo más parecido a la perfección, en todos los sentidos imaginables, y se ponía todo serio tratando de no ahogarse cantando una de La Oreja de Van Gogh mientras zarandeaba el micrófono como si tuviese que darle tiempo después a recorrer cuatro bases. Nos liamos esa noche y, únicamente por no volvérmelo a cruzar en lo de los préstamos, grabé las partes audiovisuales de mi TFG con el móvil.

Es solo un ejemplo, pero la cosa es que yo creía en muy pocas cosas cuando aterricé por inercia en aquel puesto de periodista local, a diferencia de mis compañeros de clase y su éxtasis *jordievoleano*. Afortunadamente o por desgracia, todo eso cambió cuando conocí al viejo O'Malley y empezaron a suceder cosas inusuales.

2

O'Malley, por supuesto, no es su verdadero nombre, pero hay quien prefiere usar seudónimos para hablar de ciertas personas delante de ciertas otras, y yo soy uno de esos, sobre todo después de todo el fuego y la rabia que arrastró aquel verano del infierno. Pero para que lo entiendas deberíamos empezar por el funeral, aunque en mi cabeza todo sucedió a la vez. El incendio, la usurpación, los crímenes. Y las dos terribles sequías: la que afectaba a todo el país y especialmente a regiones norteñas como la nuestra, agrícolas y ganaderas y dependientes del clima húmedo y fresco; y la otra, la que me convirtió en una especie de mendigo sexual.

A Laura Íñigo la enterraron un jueves de mercado y de nubes grises, falsas anunciadoras de tormenta. El calor era insoportable y la ausencia de viento y lluvia era tan diabólica que parecía que los árboles iban a echar a correr en fila india en dirección al río. Recuerdo el sudor. En mis brazos, recorriendo mis piernas. Nadie en la pequeña ciudad de Ariza-Lenea —o en el pueblo, porque era un pueblo, aunque sus habitantes se aferrasen al distinguido título de ciudad, y de capital de Merindad, como a un clavo ardiendo — estaba preparado para una aridez semejante, y menos en aquella jornada de luto y compostura que se avistaba tan abarrotada como la última Feria de las Veinte Denominaciones.

La imagen era para enmarcarla. A la casona de los Íñigo acudió todo aquel que era alguien. Las condolencias de médicos, abogados, comerciantes, funcionarios y miembros de la corporación municipal llenaron de murmullos la entrada, donde, como era tradición, se exponía el ataúd abierto para que quien quisiera pudiera entrar a despedirse de la difunta y criticar de paso lo mal que la habían maquillado los de la funeraria. Mientras un panel de bigotes brillantes, manos sujetas a abanicos y primeros botones de camisa desabrochados arramplaban con el café, el queso y el moscatel y compartían batallitas egocéntricas al hilo de las entrevistas que Laura les había hecho en vida, el jaleo se concentraba en la planta primera, en las habitaciones, la co-

cina y la sala de estar. Allí llevaban despiertos familia y amigos más de veinticuatro horas, turnándose entre afrontar el duelo y la tarea de bajar a recibir nuevos vecinos, entretener a los ya presentes y mantener vivo el sencillo pero digno suministro de víveres.

A las siete de la tarde se sumaron, cuando el ataúd se trasladó en comitiva hasta la iglesia, los fieles que no se perdían una misa y también otros estratos de la sociedad ariceña-leneana que, aunque no conocían a Laura (la leían cada día, pero nadie se detiene a reparar en la firma de la noticia), estaban igualmente impactados por el desgraciado accidente que había acabado con la vida de una vecina de treinta y dos años. Allí estaban los agricultores autóctonos y los temporeros procedentes del sur, estos últimos con la piel morena pelada de trabajar recogiendo espárrago de sol a sol, y también varias cuadrillas de jóvenes, algunos de ellos apenas asomando los granos de la adolescencia.

Yo acudí a toda esta parafernalia como parte del primer grupo, el de personalidades y allegados, y lo hice muy a mi pesar, rezagado en una esquina lo bastante lejos del ataúd como para no ver el cadáver ni de refilón, pero lo bastante cerca de la mesa de picoteo como para no tener que alargar demasiado el brazo. Entonces la madre de Laura (Conchi o Rosi o algo así acabado en «i») me reconoció como ese nieto de la María Luisa que había estado haciendo prácticas con su hija en el periódico los últimos tres veranos. Su rostro de lágrima cansada improvisó una sonrisa cuando le di dos besos; piropeó mi conjunto, mi juventud y mi planta y ya no hubo marcha atrás, el foco se había puesto en mí y de pronto estaba siendo empujado escaleras arriba hasta el primer piso, donde la mujer no paró de ofrecerme pinchos de pimiento y todo tipo de lujos reservados para el ámbito privado que los peces gordos de la vida local ni olisqueaban desde abajo.

Fueron varias las miradas rencorosas que esquivé mientras Conchi, o Rosi, me decía lo bien que hablaba Laura de mí y me cebaba amablemente a *foie-gras*, no sé si consciente del papelón que le estaba tocando conmigo o solo aturdida por las circunstancias. Es que, verás, mi presencia en la casa de la fallecida se acogía con cierta hostilidad. Lo cierto es que ni se me hubiera ocurrido no aparecer, porque sé que los comentarios sobre mi ausencia hubieran sido peores, pero perseguía un perfil bajo que, sencillamente, no funcionó, y el gesto de la Feli («Feli»: ese era su nombre) fue lo de menos. La culpa de todo la tuvo mi abuela.

3

María Luisa García de Maeztu llegó tarde al velatorio en la casona, a eso de las seis cuarenta y cinco, justo a tiempo para diferenciarse como figura relevante del mapa local y mostrar sus respetos a los familiares —a los importantes, nada de segundos grados, y, por supuesto, ni una mirada a los mangarranes esos que iban de amigos para atiborrarse de embutido en la cocina — pero, y eso yo lo sabía bien, lo suficientemente cerca de las siete en punto para que nadie pusiera en duda el valor que ella, como buena católica, daba a la misa funeral en detrimento de otras frivolidades.

Escuché la inconfundible voz de mi abuela desde el piso de arriba y supe que esos escasos quince minutos anteriores a la misa le iban a ser suficientes para acaparar en exclusiva la atención del público. Cuando bajé, un débil rayo de sol entraba por la ventana y apuntaba un foco amarillento de polvo de casa vieja directamente al pecho de la abuela, de pie en el centro de la sala, grande y gorda y tiesa y orgullosa como parte viviente del mobiliario. Empezó a dar órdenes desde aquel punto estratégico que creaba destellos en sus joyas; había traído comida caliente, empanadas de atún recién cocinadas por la tía Juana, y ahora quería que alguien la ayudase a ponerlas en la mesa y a quitarles el papel de aluminio, y de prisa, que a nadie se le ocurriese abandonar la casa sin haber probado aquellas delicias caseras antes de enfriarse.

Perdona que se me escape la risa, pero es que de verdad que nadie como ella era capaz de irrumpir a grito pelado una jodida capilla ardiente y salir airosa. Era un don que le venía de familia, un saber estar que combinaba afán de protagonismo con una exquisita educación cristiana. Así, antes de que nadie pudiera siquiera darse cuenta para tratar de evitarlo, la matriarca de los García de Maeztu había tomado el frágil brazo de su homóloga en una mano y las riendas del funeral en la otra. En un santiamén vació la entrada, disolvió el caos del piso superior y dirigió al gentío hasta la iglesia, territorio donde supo apartarse con gran acierto en favor del párroco Don Miguel. Tras

la misa, en la que mantuvo un ojo en el altar y el otro en el perfil cansado de la madre de Laura, insistió en acompañar al grupo, ya reducido a familiares y amigos cercanos, al cementerio donde se llevó a cabo el entierro.

—Feliciana, ni una palabra más. Las mujeres tenemos que estar unidas en momentos como este —le dijo a la madre de Laura a la salida del templo. Se refería de soslayo a que la pobre Feli estaba sola, pues no solo acababa de perder a su única hija, sino que hacía pocos meses que se había quedado viuda. Y para mi abuela todos esos hermanos, primos, sobrinos y amigos que la acompañaban eran ruido de fondo—. Tú también. Vamos, ni se te ocurra —me dijo a mí, tan bajito que casi tuve que leerle los labios, pero ni falta que hacía. ¡Cómo iba yo…! La abuela me habría lanzado una de sus miradas de líder del Cuarto Reich y habría sacado de su blusa negra de terciopelo un tercer brazo para clavarme en el suelo del camposanto. No, no, yo hice el trayecto al cementerio sin rechistar, y lo hice solo, pues no conocía a nadie más que de vista.

La abuela iba en primera fila, acompañando a la Feli del brazo. Iban las dos vestidas de un ébano pulcro, justo detrás de la caja transportada por los hombros de cuatro hombres. Sus cortas y pálidas sombras de agosto nublado coreografiaban movimientos serpenteantes en el camino de piedra, y yo fijé ahí la atención, temeroso de alzar la vista y enfrentarme a toda esa gente que me juzgaba en silencio. Todo por hacer las cosas mal, deprisa y corriendo.

La muerte de Laura había sido el lunes por la mañana, pero una serie de días festivos en el calendario eclesiástico había hecho que el cura se negase a celebrar el rito fúnebre hasta el jueves. Mientras los rumores de la triste noticia estallaban en los grupos de WhatsApp, yo mismo tuve que ir al lugar del accidente, hacer las fotos pertinentes del coche hundido en el pantano, hablar con la policía y pedir a vecinos y conocidos alguna declaración sobre la fallecida. Para el mediodía, El Nieto había tenido tiempo de tener tres ataques de ansiedad, sentado en su escritorio de colono inglés. «Nieto» es un sobrenombre que esta vez no me invento yo, sino que es la forma en la que se conocía a mi jefe, editor y comercial de *La Gaceta de Ariza*, del que ya habrá tiempo de hablarte largo y tendido. Me llamó quince veces, solo le cogí dos, pero bastó para que me metiera prisa en aceptar de forma indefinida el puesto de la difunta. Ni una sola palabra sobre Laura. Para qué. Las estaba guardando todas para situaciones públicas que mereciesen la pena.

—Has trabajado los últimos veranos como becario y la has sustituido todo este mes —fueron sus únicos argumentos para contratarme. No se molestó en reunir un par de aptitudes positivas por las que estuviese interesado en mí, más allá de tratarse de un imprevisto incómodo para él. Ni siquiera recitó el típico discurso de jefe sobre aportar valor al proyecto. Porque qué proyecto. No había proyecto. De *La Gaceta* también hablaremos más tarde—. No podemos permitirnos parar ahora. Y para ti, bueno, es una grandísima

oportunidad laboral. A tu edad y tal y como está el patio… —Etcétera, etcétera. Me entraron escalofríos al dejar entrar en mi mente imágenes perturbadoras del cuerpo de Laura, hinchado por las horas sumergido en el lago, junto a las de las manos manchadas de sangre de Lady Macbeth, conspirando para usurpar el trono.

—Nieto —contesté. Nos pedía que le llamáramos así—, hablamos mañana, ¿vale? Tengo que acabar esto cuanto antes. —«Esto» era la doble página sobre el accidente, que se publicaría con mi nombre. Esta vez, estaba seguro, los lectores sí iban a fijarse en el autor. E iban a apalearlo.

Al día siguiente salí a la calle nervioso, como siempre que se imprimía algo firmado por mí, pero con el agravante de que ahora ese algo importaba, a diferencia de cuando escribía un reportaje sobre, digamos, las nuevas técnicas preventivas contra el hongo de la patata. Creí que alguien se abalanzaría sobre mí para llamarme buitre o amarillista, pero me sorprendió el ambiente silencioso incluso en las cafeterías, donde pude ver gente agrupada frente a las páginas abiertas del diario. Nadie parecía indignado, sino todo lo contrario, y, cuando entré en la redacción de *La Gaceta de Ariza*, El Nieto me felicitó:

—Es el equilibrio perfecto entre lo robótico y lo sensiblero. —La cagó un poco con la elección de palabras, más apropiadas para un vibrador defectuoso de inesperadas virtudes que para un texto, pero hablar mal y a destiempo era una de sus tantísimas cualidades. Había que quererlo.

—Gracias, Nieto —respondí.

—La familia ha llamado —añadió él, y el corazón me dio un vuelco. Lo habían leído. Pues claro que lo habían leído—. Nos da las gracias por el tacto.

Respiré, aliviado. Entonces vino la preguntita:

—¿Has considerado la oferta?

4

Eso fue el martes. Para el jueves, día de mercado y funeral, las habladurías ya se habían propagado por todos los anillos que forman el plano circular de Ariza-Lenea. Pero yo ya venía preparado del día anterior por algo que se le *escapó* a la sabia voz de mi santa abuela. Fue en la cena, mientras la tía Juana nos servía sopa de pescado, justo después de recibir el único comentario negativo que había oído hasta el momento sobre mi trabajo del lunes de infortunio.

—Cariño, se me olvidó comentarte lo bien escrito que estaba lo de la pobre Laurita —empezó así, suave, esponjosa, calmando la piel antes de la bofetada. Yo la miré y apoyé, atento, la cuchara en el mantel—. Qué delicadeza. Qué orgullosas nos haces sentir. Y tus padres… Bueno, no me voy a poner ahora toda sensiblona, pero ya lo sabes, tienen que estar mirándote desde el Cielo y pensando, ¡de dónde ha salido este chico, si está hecho un hombre! Era una situación tan difícil…

—¡Dificilísima! —gritó la Juana desde la cocina, al ritmo de platos repiqueteando dentro del balde de fregar.

Cuando estaba sobria, mi tía era mujer de pocas palabras, acomodada en la repetición, en ser un eco lejano en el templo de verborrea que era su madre. Mi mayor obsesión desde que tengo memoria era llegar hasta el origen de ese eco.

—Juana Mari, cállate, que estoy hablando —gritó la abuela con los ojos en blanco. Y luego me dijo, más bajo, como para que quedase entre ella y yo —. Pues sí, orgullosísimas estamos las dos. Y todos en el pueblo opinan lo mismo. ¡Pero si ni quedaban ejemplares en el quiosco y tuve que ir a leerlo a la panadería! Aunque, ay, hay un pequeño detalle que… es una tontería, pero… —Se me erizó la piel y me preparé para el impacto—. Queda un poco frío, ¿no? Lo de no haber puesto un obituario. —Plas. Ahí estaba, la mano abierta de mi queridísima abuela contra mi mejilla—. No, digo, o una cartita así, personal, firmada por El Nieto… o por todos, vaya. ¿No se os ocurrió pu-

blicar algo bonito para despedirla? Ha trabajado años y años en la empresa y ha sido una periodista excelente. Vamos, eso dicen. ¿Eso dicen, no, Juana Mari? ¡Juana Mari! Está sorda. Bueno, yo no sé de estas cosas, la Juana es la que domina, estará quitando la ropa del tendedero, no sé por qué se pone a hacer estas cosas cuando estamos cenando. Luego que se le queda la sopa fría. ¡Juana María!

Mi abuela habló mucho, muchísimo, como siempre, y en otras circunstancias la habría interrumpido, pero en esta ocasión no supe qué decir. Era un detalle que a mí se me había pasado por alto y me odié por ello, aunque más odiaba al inútil de El Nieto. No me pude creer que no se le hubiera ocurrido; tenía que venir aquí la octogenaria a tirarnos de las orejas. Pero la verdadera bomba llegó a continuación, justo después de que yo aprovechara un silencio para decir eso de:

—Jo, abuela, pues ni idea. El Nieto no dijo nada; yo creo que ni se dio cuenta. Vamos, ni él ni ninguno. —«Ninguno», en una empresa como *La Gaceta*, lo constituíamos la impresionante cantidad de tres personas: El Nieto, Sara Puerta (que hacía las veces de fotógrafa y diseñadora gráfica) y yo.

—Ay, que no quiero que te sientas mal, ¿me oyes? Estas cosas pasan y ya sabes también cómo es la gente de quisquillosa. Que te das dos vueltas por la calle Mayor y ya tienes a la Marisol con la cartilla. Esa pesada, que se cree que lo sabe todo. ¡Bien, hombre! Hablar por hablar. Imagínate lo que cantan esas cotorras, que ya estaban todas enteradas de que te han cogido en el periódico. Y ya tenían una opinión al respecto, cómo no. Y eso que conmigo se cortan, ¿eh? Como soy tu abuela y saben lo mucho que nos queremos en esta casa… Ay, Juana, aquí estás. Que le decía a tu sobrino que la Laurita, Dios la tenga en su Gloria, se pegó media vida entre las cuatro paredes de esa redacción escribiendo como una condenada, y que lo hacía divinamente.

—Ah, sí —farfulló la tía Juana.

Me lanzó una mirada cómplice y luego huyó de la conversación abalanzándose sobre la sopa con la brusquedad que la caracterizaba. La abuela se quedó viéndola sorber, asqueada. Yo aproveché:

—¿Qué dice la gente de lo mío? —Hice amago de seguir con la sopa despreocupadamente, pero me pareció conveniente subrayar—. No es que me importe, ¿eh?

La abuela apartó la vista de su hija y su semblante se relajó para de inmediato ponerse a fruncir el ceño y sacudir la cabeza.

—Mira, he tenido que oír de todo —dijo—. Y mezclado también con lo del obituario. Que si tiempo para despediros de la difunta no habéis tenido, pero para reemplazarla bien de prisa que os habéis dado… Ya sabes, esas cosas que se dicen sin saber.

—Ya… —dije yo, pero la abuela no había acabado.

—Es una empresa como otra cualquiera. Anda que no hemos tenido casos como ese en Tabarnea. ¡Un porrón! Y eso no quería decir que tuviésemos

más o menos respeto por los muertos. A todos los funerales he ido yo. Y a las viudas se les pagó todo todito de lo que les correspondía. Pero es que la vida es así. ¿Qué hacemos, si viene detrás otro que también quiere comer? Además, que a rey muerto, rey puesto. De toda la vida, vamos, digo yo.

La tía Juana asintió, pero no dijo nada. Yo no sabía dónde meterme. Había aceptado el puesto sin parar a valorar que la eficacia de un trabajo como el mío se basa, en gran parte, en la buena relación con los vecinos. Y ya estaba imaginando los calificativos. La culpa la tenía el idiota de El Nieto por no saber hacer las cosas. ¡Si ni siquiera se le había ocurrido lo del puto obituario! A mí me hubiera dado igual trabajar unas horitas más aquel lunes que ya estaba siendo un lunes de mierda. Como si la sacábamos en portada o en un jodido suplemento especial. Todo estaba mal. Todo estaba muy mal.

—Bueno, a mí me lo ofrecieron y dije que sí. Si eso, que se lo digan a El Nieto —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Sí, sí, vamos, está claro —dijo la abuela forzando una sonrisa.

Juana salió al rescate, más o menos.

—Tú hiciste lo que tenías que hacer —dijo, echándose la servilleta al hombro con esa seguridad chabacana que destilaba siempre, como de *madame* sabionda de burdel parisino. Su comentario me reconfortó, pero aun así dije:

—Me voy a la cama. —Y me fui a la cama.

5

Es extraño, volver a hablar en voz alta del entierro de Laura después de tanto tiempo. He soñado tan a menudo con ese momento; casi a diario me he despertado con las sábanas mojadas por el tacto de mi abuela soltándome la mano huesuda, enroscada en anillos de oro y plata, para coger del suelo un puñado de tierra hambrienta y lanzarla dentro del hoyo. Todas las noches la sepultan y ya no me quedan recuerdos de la tarde en cuestión, solo las imágenes distorsionadas de la pesadilla, pues es siempre la misma y la he soñado más veces que vivido la memoria.

Mi abuela y yo estamos juntos por fin, de pie ante el vacío donde piensan encajar a Laura, y allí no hay nadie más, solo los sepultureros y el ataúd que desciende al ritmo de timbales a dos metros bajo tierra. La caja choca contra el fondo y escucho el primer ruido que hace el polvo baldío contra la madera. Viene de manos flotantes que recogen la tierra, de labios que la besan y más manos que la devuelven con suavidad. Pero la abuela y yo estamos solos y no hay fango en el mundo capaz de llenar ese agujero, y yo solo puedo pensar en que la portada del periódico del día está mal y que es mi culpa. Así que me arrodillo en el borde del precipicio y me pongo a ayudar con mis propias manos a los dos sepultureros, pensando que nada puede hacerse, porque la edición ya está impresa. Se me ocurren, sin embargo, mil maneras de mejorar el desaguisado, tal vez metiendo más vocales y menos la letra «F», o utilizando en el reportaje la palabra «civismo» en lugar de «limpieza», que suena tan plano. La limpieza se hace en el váter, pienso, y los años pasan volando. La tierra se incrusta en mis uñas, se mezcla con mi sudor, mancha mi traje. Entonces empiezan los murmullos.

—Qué vergüenza…

—Es un trepa.

—Niñato ignorante.

—Sabandija.

—Mosquita muerta.

—Forastero.

Levanto la mirada, postrado en el suelo con las rodillas hundidas en el túmulo recién improvisado, y veo doscientos pares de pupilas puestas en mí y ni rastro de la abuela. Los ojos están pegados a un cuerpo de piel acartonada y gris, y al fijarme bien veo que se trata de papel de periódico. Es la noticia sobre Laura, pero la foto no es la que publicamos, sino otra mucho más grotesca del cuerpo destrozado de Diana en el Puente del Alma, y el texto no tiene sentido, es la palabra «muerta» repetida cien veces. Eso no es lo que yo escribí.

Es una trampa, yo lo sé, un castigo por lo que hice, y ayudar a los sepultureros o intentar cambiar el titular no va a calmar las ansias de venganza. El último comentario, el de la Feli, es el que más me duele:

—Asesino.

Quiero levantarme y declarar a gritos mi inocencia, pero mi voz está rota y mi lengua ha desaparecido. Me llevo las manos a la boca, horrorizado, y voy a huir corriendo de esa tortura cuando lo oigo.

—Estamos aquí reunidos para decir adiós a Endika García de Maeztu. —Es Don Miguel, vestido de arcángel, y ha dicho mi nombre.

Las otras voces se callan, los ojos desaparecen, volvemos a estar solos mi abuela y yo. A duras penas consigo articular el muñón en el que se ha convertido mi lengua para preguntarle si ha oído lo mismo, a lo que ella responde:

—¿A qué te refieres, cariño?

Yo lo tengo claro.

—Necesito agua.

6

Siempre el mismo sueño, el mismo despertar con la garganta agrietada y los ojos como platos. Nunca llego a saber qué pasa después. La sed me impide continuar, enfrentarme a Don Miguel y ponerme a cavar de nuevo la tumba de Laura para rescatarme a mí. Lo bueno es que los recuerdos son claros a partir de entonces.

Estaba atardeciendo. Mi abuela llevaba a la Feli del brazo y le susurraba algo mientras se toqueteaba las perlas del collar. El resto esperábamos, quince personas de semblante severo agrupadas bajo la hilera de cipreses a la salida del cementerio.

—Muchas gracias, María Luisa —alcancé a oír de los labios de la madre de Laura.

—Decidido, pues —dijo mi abuela, con una mirada triunfal—. ¡Todos a La Isla!

¿Recuerdas mi casa? Una mansión que imitaba la arquitectura de caserío o *baserri* de los valles del norte y aún conservaba con orgullo su nombre, Tabarnea, muy de allí. No me mires así. Más de una vez te pillé fisgoneando entre los matojos. Imponente, soberbia, era la única construcción dentro del parque de La Isla, llamado así porque el río que atravesaba Ariza-Lenea se dividía en dos al llegar al centro y luego volvía a fusionarse, formando un coto de naturaleza circular al que solo se podía acceder cruzando el puente de San Sebastián y el de Los Hoyos, en las caras este y oeste respectivamente.

En fin, podrás imaginar que, cuando llegamos, la tía Juana ya había encendido el fogón y adornado la mesa con el mejor mantel, cubiertos de plata y un abundante aperitivo que dejaba en ridículo al de antes del funeral. Yo mismo la había puesto sobre aviso, llamándola discretamente desde el camposanto, y recibí un gruñido ininteligible por respuesta, pero por lo demás la noté resignada, casi como si ya se lo esperase. Cuando metimos en Tabarnea a los quince intrusos, se escondió en la cocina, desde donde la oía partir el

pan, y te juro que el humo que le salía por las orejas casi se cuela por la rendija de la puerta y nos asfixia a todos.

La abuela nos indicó que nos pusiéramos cómodos como solo ella sabía hacer, mandando. Nos sentó donde ella quiso, ella presidiendo la mesa y tú aquí y tú allá y tú tocas el piano, ¿verdad?, maravilloso el recital de fin de curso, qué elegante estabas con ese esmoquin, pues por qué no te sientas ahí al fondo y nos tocas algo bonito, y no, Feli, tú aquí a mi vera. A mí no me dijo nada, así que acabé en el sillón polvoriento de la esquina, dándoles a todos la espalda, cara al fuego seductor de la chimenea.

Las botellas de cristal vacías se fueron acumulando en el centro de la mesa hasta bien entrada la madrugada. Me sentía raro, tenía mucho en lo que pensar y no ayudaba nada el barullo desordenado que llegaba a mi posición de pringado de instituto, desde donde todo me parecía obsceno y pueblerino. A veces giraba la cabeza pero todo lo que veía era humo, burbujas y caldo de aceituna para ahogar los ecos del día. Laura está muerta, repetía para mis adentros, se ha ido para siempre. Era una realidad absurda, como cuando a eso de las doce la Feli soltó la mano de mi abuela y se quitó los tacones para levantarse a brindar por su hija y arrancarse a bailar. Se subió primero a la silla y encima de la mesa después, una mesa que ahora María Luisa miraba fijamente, horrorizada, pensando en la madera del quejigo ancestral que taló el jardinero quince años atrás después de ser abruptamente despedido.

Fue durante uno de esos veranos en los que mis doscientos primos todavía pasaban las vacaciones enteras con nosotros en La Isla. Recuerdo las caras de desconcierto cuando oímos el ruido de la motosierra y corrimos al jardín a ver qué ocurría. Ahí estaba el jardinero, poseído por la rabia, junto al árbol más viejo de todo el parque, que acababa de desplomarse contra el césped. Mi abuela le dedicó una mirada desafiante desde lo alto de las escaleras del porche y, aunque todos esperábamos una reacción visceral, la mujer no dijo nada. Tampoco mis tíos ni, por supuesto, la Juana, y en los días siguientes el tronco permaneció tirado en el suelo.

Mi abuela era la única que podía acercarse a él. Cada mañana lo observaba con la mirada perdida antes de marcharse a completar su disciplinada rutina como dueña y señora de los campos de Tabarnea, la próspera empresa familiar, del mismo nombre que la casa en el parque y propietaria de alrededor del ochenta por ciento de la producción agroalimentaria local. Yo solo tenía siete años y todo lo que quería era salir a jugar con el imponente dragón caído, pero se nos prohibió tocarlo siquiera.

Una semana después, unos hombres misteriosos se lo llevaron en un camión y la abuela anunció a toda la familia que había llegado su hora, que se jubilaba para dejar paso en la empresa a la siguiente generación. Al poco tiempo, los mismos hombres volvieron a La Isla, cargando esta vez con un mueble tan macizo, alargado e imponente como había sido el quejigo en

vida. La abuela mandó sustituir con él la antigua mesa del comedor, que fue a parar al granero junto con el resto de objetos olvidados de Tabarnea, y, cuando se sentó en su silla y posó sus anillos en la madera recién barnizada, la expresión ausente de las últimas semanas se transformó en apacible sonrisa.

Fue a partir de ese momento que la abuela se convirtió en abuela. Entrañable, aterradora y de frágil salud. Cada día que pasaba tenía menos fuerzas para salir de casa y mayor tentación de convertir su vida en una serie de movimientos calculados de la cama al comedor y del comedor a la cama. Pero lograba resistir, mantenerse activa, gracias a la responsabilidad que sentía por cuidar sus cuatro pilares fundamentales: la casa, el apellido, el pueblo y la religión.

—¿Lo ves, Endika, cariño? —me dijo una tarde de los tempranos 2000, guiñándome el ojo arrugado en su recién estrenada vejez—. Mira qué madera más fuerte; golpéala, sí, así, toc, toc. Todo se recicla en Tabarnea. El hombre malo que mató al quejigo quiso hacernos daño y por poco lo consigue. Pero, ¿sabes qué? La nuestra es la casa de todas las cosas buenas, incluso cuando pensamos que ya no sirven. Recuérdalo siempre porque será tuya cuando yo no esté.

Fue lo que dijo, pero no le di mayor importancia entonces porque la abuela no iba a morirse nunca. Al igual que el dragón que se transformó en mesa, encontraría su lugar en este mundo mientras siguiese en pie el hogar donde nació.

7

Salí a tomar el aire. Me había vuelto la presión en el pecho al ensañarme en regresar a infancias de ancianas jóvenes, castigos sin venganza y secretos encerrados bajo la corteza muerta de los árboles. Cerré la puerta detrás de mí y disfruté del contraste al callarse la juerga de dentro, mosquitos flotando sobre mi cabeza alrededor del foco del porche que iluminaba el letrero «Tabarnea» tallado en la piedra.

A tientas, logré encontrar el tronco talado del quejigo, que seguía allí después de tanto tiempo. Me senté en él y respiré hondo, mientras de fondo se oía el ajetreo de los aspersores y lejos, muy lejos, la voz cansina de la madre de Laura destrozando una canción popular sobre el espíritu inmortal de un pastor tuerto.

Era una de esas veces en las que lamentaba no ser fumador. Envidiaba la satisfacción inmediata que me proporcionaría ponerme a rebuscar impulsivamente un pitillo en el bolsillo del pantalón, respirar aliviado al encontrarlo y encenderlo para dejar que me consumiera por dentro. Sería sin duda una bonita escena, como de peli *indie* americana, y más aún teniendo en cuenta que era la primera vez en años que me adentraba en los jardines de mi niñez.

Siempre salía de la mansión con prisas, bajaba las escaleras del porche de dos en dos e iba en línea recta hasta la puerta de la muralla de piedra que delimitaba Tabarnea; de allí recorría La Isla, cruzaba el río que rodeaba el parque y me adentraba en el primer anillo, el casco viejo, y después en el centro urbano. Detrás de eso, más anillos: primero las afueras, con sus bloques de pisos como de extrarradio neosoviético, las fábricas a continuación y, al final, las extensas hectáreas de huertas y campo.

Fue en medio de aquella oscuridad conocida donde se me fue. Seguro que la nostalgia tuvo algo que ver, y el bochorno que no daba tregua ni de madrugada. Pero principalmente fueron los putos aspersores.

—Tú eres de los García de Maeztu, el nieto de la María Luisa —recordé las palabras del guarda de regadíos, que resonaron como un taladro en mi

mente. Eran de hacía una semana, cuando me acerqué a los huertos a preguntar por la sequía; no llevaba el tío ni tres minutos explicándome el aburrido sistema de restricciones cuando me salió con aquello, y yo sabía por qué. Cuando entrevistaba a alguien para *La Gaceta*, solía preferir dejar a un lado mi apellido, que fuesen mis encantos naturales y mis estrategias periodísticas las que se ganasen la confianza de la fuente pero, qué le vamos a hacer, el descaro con el que los entrevistados se apresuraban a sacarme del anonimato, en medio de mi jornada laboral, era la tónica general en Ariza-Lenea. Casi siempre, ser el nieto de la María Luisa me hacía ganar puntos, pero esta vez fue diferente.

El tipo se llamaba Antonio e iba caracterizado con un peto gris, un sombrero de paja y, en fin, como tú te imaginarías que iría uniformado un guarda de regadíos. El calor formaba surcos gigantescos de sudor en sus sobacos. Le apestaba el aliento.

—Mira, entre tú y yo: todo no vale, ¿ya me entiendes? —me dijo Antonio, pero ya lo sabía, yo ya lo sabía, para qué me lo estaba diciendo si ya lo sabía.

—Pero yo le quería preguntar…

—Sí, no, pero escúchame tú a mí. Y háblame de tú, coño. —Estábamos en medio de las huertas, junto a una caseta con contadores para el raquítico caudal del río que fluía a duras penas a unos metros de nosotros. En mi cuaderno iba apuntando lo que merecía la pena; para lo que no, hacía garabatos abstractos en el papel con el fin de no ofender a mi interlocutor—. Lo que no puede ser es que andemos así a estas alturas. Que tengo a la mitad de la comunidad de regantes que se me quiere lanzar al cuello, joder. Los tengo a todos enfilaos', unos me riegan los días pares del mes y los otros los impares, y así es como tiene que ser mientras dure el estiaje, y ellos lo entienden, pero todos escuchan el ruido cuando pasan por tu casa de La Isla, ¿ya me entiendes? Ni ponerse de cuclillas hace falta para ver que al otro lado del muro los aspersores están funcionando a todo trapo veinticuatro horas.

—Pero, Antonio…

—Veinticuatro horas y siete días a la semana, que parece eso la jungla del Amazonas. Literalmente, porque tu abuela se comporta como si estuviera en otro continente distinto al nuestro. Y aquí todos somos vecinos y todos debemos apretar el cinturón, ¿ya me entiendes? Tú eres un chico listo, te has ido fuera, has estudiao'. Y hoy has venido aquí, a hablar precisamente de la sequía, porque es un tema que preocupa a la gente. Todos queremos ver nuestros cultivos prosperar y todos estamos acatando las normas, ya no solo los regantes, también los vecinos. Los niños esos de la terraza enorme en la plaza de La Fuente, por ejemplo. Solían pasar los veranos en bañador, poniéndose como un Cristo con la manguerita, y a esos ya no se les ve por ningún lao' porque se van a las piscinas municipales. Y los padres lo mismo: todas esas plantas que tienen, bueno, pues las riegan, sí, pero con cabeza.

—Pero qué quieres que yo le haga. —En serio, ¿qué quería?—. Ya sabes cómo es mi abuela, tú mejor que nadie, que antes de guarda trabajaste en Tabarnea.

—Una señora de la cabeza a los pies y una patrona de armas tomar, así recuerdo yo a la María Luisa —dijo Antonio, estrujando los puños a la altura del pecho para reforzar la teatralidad—. Vamos, y no dudo que lo sigue siendo. Y eso que siendo mujer… ¡y viuda!, al frente de ese emporio. No lo ha tenido fácil y yo la admiro por eso.

—Lo máximo que podría hacer por ti… —empecé, por empezar con algo.

—¡Nada! —interrumpió él.

—… es publicar algo de esto que me estás diciendo —dije.

—Quita, quita; no me quiero meter en berenjenales —dijo Antonio—. Además, bastante tiene tu abuela con lo suyo. Solo te lo decía porque mira, estás aquí y me has preguntado cómo están las cosas. Pero tú eres periodista; si te interesa tirar de la manta ya sabrás cómo. En fin, yo qué sé. ¿Alguna cosa más querías?

Eso fue todo. En el reportaje del día siguiente no mencioné Tabarnea, aunque he de admitir que el enfoque habría sido jugoso. La tiranía de los García de Maeztu resumida en el chachachá de un aspersor. No era un tema nuevo, pero, con un verano tan miserable para la economía local, los ánimos estaban lo bastante caldeados como para que *La Gaceta* prendiese la chispa que hiciese el pueblo arder. Ni siquiera hacía falta forzar la suma de dos más dos (regantes hambrientos contra el jardín de la abundancia), bastaba con hacer un inocente reportaje sobre los cien años de la fundación de Tabarnea, hablando, quizá, de cuando Prudencio García de Maeztu, abuelo de María Luisa, volvió de las Américas con cientos de exóticas especies de plantas y animales. Estas no habían hecho a día de hoy otra cosa que reproducirse por todo La Isla, convirtiéndolo en un jardín botánico de biodiversidad incomparable en Europa, pero que con la sequía había languidecido hasta extremos preocupantes, a excepción, casualmente, de la única zona privada del parque, donde el aspecto era tan frondoso como el primer día.

Estaba disfrutando con todo eso, imaginando el titular, fantaseando con el tipo de reacción que tendría un reportaje así en la familia, cuando de repente (fue un momento gracioso; te hubieras reído si en vez de en la cárcel hubieras estado allí, mirándome a través de la grieta en la muralla) me invadió una terrible angustia y noté que me faltaba el aire.

—Los putos aspersores —farfullé.

Me salió levantarme de un salto del quejigo, tratando de encontrar oxígeno a un metro más de altitud, y correr hasta el cobertizo del jardinero. No encendí la luz; en la oscuridad abrí la caja de control de luces y me puse a apretar botones, pero el riego seguía, así que me agaché y di a ciegas con un ladrillo suelto. Me quedé quieto. A lo lejos, fuera de la caseta, las luces del comedor estaban parpadeando, casi como si bailaran con la percusión robóti-

ca del agua. Traté de respirar profundo, pero solo me salían ventilaciones entrecortadas, y sentía en el cerebro disparos de ideas devastadoras, relacionadas con cuando era un adolescente ansioso, mirando fotos de mis novios imaginarios de Instagram, o un universitario impaciente, esperando la vuelta de septiembre mientras hacía prácticas de verano en el pueblo por llenar dos meses más de currículum; ideas, en definitiva, relacionadas con que hasta anteayer mi único presente era el futuro, y que Ariza-Lenea y sus absurdos conflictos de última aldea gala eran para mí nebulosa. Y ahora he llegado hasta aquí, pensé, y de pronto esos problemas no solo me importan, sino que soy una parte activa de ellos; soy el periodista ese de *La Gaceta*; soy el nieto de la María Luisa. Ya era tarde para construir una vida en Barcelona; había perdido ese tren de alta velocidad que cargaba con todo lo que había crecido los últimos cuatro años y con la oportunidad de querer a un hombre y ser correspondido. Tenía que convivir con lo que era ahora mi vida y repetírmelo las veces que hiciera falta hasta creérmelo, hasta aprender a vivir con la presión en el pecho y el hormigueo en la entrepierna. Esta es una forma de empezar, pensé, y golpeé el ladrillo contra la caja eléctrica hasta que se hizo el silencio y paró el chachachá. Salí del cobertizo y me senté en un banco de falso mármol donde guardaba recuerdos (inventados, probablemente) de mis padres agarrándome de las manitas carnosas y enseñándome a poner primero un pie y luego el otro. Qué tierno, pensé. Qué tranquilidad. Encendí el móvil. Abrí Grindr.

8

—La muerte está a la vuelta de la esquina y hay que abrazarla como a una hermana. —La frase de María Luisa, sacada como de telefilm barato sobre el oráculo de Delfos, fue lo primero que se escapó por la rendija de la puerta cuando volví a Tabarnea a eso de las dos de la madrugada.

Subí las escaleras, el viejo suelo de madera crujiendo bajo mis pies, y paré en el descansillo, desde donde podía ver las lánguidas sombras de la fiesta proyectadas contra la pared del pasillo. Resoplé; aquello iba para largo.

—No importa cuánto recemos y cuánta fe depositemos en el Señor, ¿no te parece? La muerte sigue desgarrándonos el tejido del día a día como un cuchillo, por eso hay que saber llevarla. —El monólogo de mi abuela se hacía cada vez más alto, claro y pesado. Me pregunté quién estaría escuchando, si quedaría alguien en pie—. Feliciana, no puedo decirte nada más ya esta noche, nada más que repetirte lo que he dicho antes, que siento una admiración incondicional por cómo has actuado hoy. No es una situación fácil la tuya, y el porte con el que has aguantado, la elegancia… *Arza* es cuna de mujeres valientes.

María Luisa era de esa clase de personas que aún se refería al pueblo solo por su nombre castellano, menospreciando la sensibilidad de los que reivindicaban usar también la denominación ancestral de Lenea, previa a la ocupación romana. Su caso, además, era más flagrante que el resto, porque Arza, dicho así, sin la letra «i» intercalada, era un término obsoleto que remitía a tiempos de la dictadura.

—E Íñigo es apellido ilustre, sin duda. Es tuyo, ¿verdad, Feliciana? Lo impusiste frente al de tu esposo para que no se perdiera, como debe ser en estos casos. En mi casa, una lástima, yo he sido la única en tener esa determinación: todas mis hijas se apellidan García de Maeztu (no San Juan, como mi difunto marido) pero ellas no han seguido el ejemplo. ¡Y tengo media docena de chicas, así que imagínate! Casadas, con hijos, y ninguna ha dado valor al

apellido (solo a Juana le importa, pero claro, es la soltera, que hay que ver las ironías de la vida, ¿eh?). El único varón, mi Ángel, que en paz descanse, fue el pequeño de todos y fue una alegría. Desgraciadamente, solo tuvo tiempo de darme un nieto, Endika. Él es el único que podría seguir con la estirpe, pero no es para casar, no sé si me entiendes.

Me decidí a poner el primer pie en el comedor. La abuela enmudeció un milisegundo al verme, presidiendo frente a mí la mesa de quejigo con la enésima copa de cava en la mano, y soltó un hipo antes de seguir a lo suyo. Yo pillé una cerveza calentorra y me senté en el sillón que estaba frío desde que me había ido unas horas antes. A esas alturas de la noche la estancia estaba casi vacía, con un público compuesto solo por la Feli, un tío de Laura gordísimo y calvo, de unos sesenta años, y el pobre chico encadenado al piano.

—Endika, que ahora nos da la espalda, todo tímido… él convive con la tragedia. Desde pequeñito, desde que perdió a sus padres en aquel accidente de coche con solo dos años. ¿Os acordáis? Venían de pasar unas vacaciones en pareja en Granada. Mi Ángel. Y la Mañasi. Él la quería con locura. —Escuchando a mi abuela, empecé a deslizar inconscientemente el dedo índice sobre la tapa de la lata de cerveza, formando una espiral que fue acercándose al centro—. Pero, te quiero decir, Feliciana: el chico ha crecido rodeado de amor. La muerte de sus padres hizo que nunca le faltase de nada, que sus primos, sus tíos, todos estuviesen allí por él. ¡Cuánta gente habrá venido hoy al funeral de Laurita! Muchísima, eso te quiero decir, que tu hija ha dejado un poso en Arza. Y Arza no la olvidará fácilmente, ni a ti tampoco. No, si no digo yo poco lo de que a la muerte hay que respetarla, tenerla siempre presente, aunque solo sea de reojo. ¿Mi Juana Mari? Es hija postiza, de una hermana mía medio loca que se mató jugando con jeringuillas en los ochenta. Del padre nunca se supo. La traje a Tabarnea siendo una chiquilla sucia y asilvestrada (porque había que ver en qué condiciones la tenían), le puse mi apellido y no se ha separado de mi lado desde entonces. Ella sí entiende la responsabilidad que conlleva ser una García de Maeztu. Y es consciente de que cuando Dios metió a Endika en esta casa fue para darle la oportunidad de ser madre y devolver todo el amor que recibió de mí cuando la acogí.

En su viaje al centro de la lata, mi dedo llegó hasta el orificio abierto y se abrió de parte a parte, causando una aparatosa hemorragia.

—Joder —mascullé, saliendo apresuradamente en dirección al baño y volviendo con diez kilómetros de papel higiénico.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo la abuela. Se incorporó un poco para ver detrás del respaldo de mi sillón.

—Nada —dije yo, apretando el papel contra la herida.

—¿Estás sangrando? ¡Juana!

—¡No es nada!

La puerta de la cocina se abrió de un golpetazo y de pronto tenía los bra-

zos de mi tía arropándome para que la dejara ver.

—¿Te has cortado?

—Sí, con la lata, pero no es nada, de verdad. Solo que, como es el dedo, sangra mucho.

—Ya sé que no es nada, pero déjame ver. No, no es nada. Ponemos un poco de desinfectante por si acaso y listo. —Incluso cuando se proponía ser dulce, la voz de la Juana era seca y rugosa como una piedra en el desierto.

Desde su silla, la abuela no nos quitó la vista de encima, pero una vez resuelto el leve caos en el horizonte se centró de nuevo en sus invitados.

—Quitándonos ya de tanto drama, pensemos en frivolidades —dijo—. ¿Sabéis que es lo mejor de tener a la Juana? Lo buena ama de casa que es. ¿La estáis viendo? Y eso no es todo, ¡me limpia y me plancha y me cocina que da gusto! —Lanzó una risotada y volvió a endurecer el semblante, todo lo duro que le permitía su miopía etílica—. Ahora en serio, ¿este aperitivo? Todo ella. Yo solo me tengo que sentar. Y no es fácil, en el día a día, teniendo como tenemos cada domingo veinte bocas que alimentar, entre pitos y flautas. Hablo de mis hijas, sus hijos y sus santos esposos, claro. Bien que hacen la vida moderna en la Capital, pero luego llega el fin de semana y, ¡ale!, a refugiarse en la tranquilidad del pueblo. Mi pobre Juana lo pasa mal. No lo dice, pero yo lo sé. Llega el viernes y ya está toda atacada. Porque muchas veces no sabemos si vendrán solo el domingo o si pasarán también la noche del sábado, con todo lo que eso conlleva a nivel de comida y sábanas y toallas y todas esas cosas. Pero, ¿mis otras hijas, ayudar en las cosas de casa? ¡Ja! Yo es que no *puedo* hacerlo. ¡Estoy tan vieja! Hace quince años ya que no estoy al frente de Tabarnea, ¿sabíais? Tú lo sabes bien, Juanjo. —Juanjo era el nombre del tío de Laura, que asentía mientras chupaba un puro con los ojos cerrados y los botones de la camisa amenazaban con emprender un accidentado despegue—. Quince años jubilada, que se dice pronto. Aún recuerdo el día en el que entré a dirigir. La muerte estuvo de por medio, una vez más, porque aunque la empresa era mía por herencia, en aquella época las mujeres, ya sabes… Así que fue mi marido Aurelio el que ocupó la gestión y yo me quedé en casa cuidando de los niños. Entonces el pobre falleció de aquel infarto tan repentino y todo el mundo se me quedó mirando como con cara de alelado. Algún idiota hasta se creyó que vendería la empresa. ¡Bien, hombre! La tonta de la María Luisa resulta que lo entendía todo mejor que nadie. Supe que era mi momento. Y me costó años adaptarme, esfuerzo, entereza, ir al campo todos los días, a la fábrica, atender a los trabajadores… *Estar*, a fin de cuentas. Fue muy satisfactorio, ¡qué te voy a contar, Feliciana! Tu marido, Benito, fue uno de mis pilares allí dentro. El mejor empleado que ha presenciado ya no solo Tabarnea, sino el pueblo entero. Él ya no está, pero bueno, yo tampoco. La empresa es de mis hijas ahora, pero son solo nombres en un papel. Lo llevan todo otros, unos *gestores*. Ellas son farmacéuticas, médicas, abogadas, funcionarias, y tres veces al año se interesan por

Tabarnea. ¡Cuando toca cobrar! A mí me da mucha pena, la verdad, pero me desentiendo. No tengo vela en ese entierro. No, desde luego que no, a mí eso ya es lo último que me importa: ahora soy una pensionista que casi ni puede moverse de esta silla. Fíjate, lo de hoy ha sido un esfuerzo descomunal; no te creas que estoy yo para correr la maratón. Lo único que en realidad me quita el sueño son esos bárbaros que quieren arrebatarme la casa.

Zas. Como el filo de la abertura de la lata esperando a que el dedo cayese en su trampa, la abuela había logrado conducir las palabras al núcleo álgido y peligroso de su discurso, solo que aquello no había sido un movimiento nervioso, involuntario, como el de mi miserable dedo que ahora palpitaba bajo una tirita, sino una treta dialéctica diabólicamente calculada. ¿No había sido acaso el gordo del puro, ese tal Juanjo Íñigo, concejal en el Ayuntamiento de Ariza-Lenea?

Se apagaron las luces, se abrió el telón y arrancó la sesión golfa. El piano seguía tocando. Me revolví en mi butaca hasta encontrar el ángulo correcto y eché un vistazo de reojo al reducido público que, como yo, había pagado su entrada, preguntándome si compartirían mi vergüenza ajena ante el despliegue de medios sacado del inicio de *El padrino* que mi abuela había preparado en el comedor con tal de llegar a aquel clímax de serie B. Si te soy sincero, estaba intrigado: iba a haber sangre, todo era esperar a ver si acababa salpicando antes de que la Juana saliera con el botiquín de primeros auxilios.

9

Perdona que interrumpa en un momento como este, pero no puedo parar de darle vueltas a la cara de póker que has puesto cuando te he contado lo de los aspersores. No te ha hecho gracia, ¿verdad? Admite que hubo algo como de comedia francesa en lo que hice. A la mañana siguiente, cuando salí a trabajar a eso del mediodía y bajé las escaleras del porche, cámara al hombro y cuaderno en mano, la democracia se había apoderado del jardín, y las justicias y las amarantas estaban empezando a notar sus corrosivos efectos. Encontré a la abuela de rodillas frente a los restos de la caja eléctrica, rescatando una a una las teclas desperdigadas como piedras de un rosario. Al verme, me dirigió una mirada suplicante y dijo:

—Mira lo que han hecho. —Y yo dije algo como «qué barbaridad», porque era el tipo de reacción que se esperaba de mí, y pregunté qué había pasado, a lo que María Luisa respondió, fuera de sí—: ¡Un vándalo ha entrado esta noche en la casa y ha roto los aspersores del jardín! Cuando se despierte Juana Mari se va a poner como loca… —Yo dudaba que la tía Juana fuese capaz al levantarse de distinguir el cielo de la tierra; la imaginaba aún tirada en la cama, donde la había dejado horas antes con el delantal puesto y hedor a vómito—. ¿A quién se le pude ocurrir hacernos daño de esta manera?

Ah, el hervor en la sangre, los latidos golpeando el corazón, el temor orgásmico de que alguien me señalara con el dedo. Me encogí de hombros y escapé de la escena del crimen.

Arranques de locura como ese había tenido varios a lo largo de mi vida. En la más temprana infancia eran abundantes, visibles, escandalosos —casi siempre enfados irracionales fruto de la cabezonería—, y mi abuela y mi tía los interpretaron como llamadas de atención por la muerte de mis padres.

En la escuela empecé a ser consciente de mis propios impulsos; aprendí que la rabia me venía de la necesidad de calmar una melancolía insoportable en forma de agujero en el pecho que apretaba y apretaba. Llegaba de noche cuando, tumbado en la cama, admiraba las pegatinas de estrellas fluorescen-

tes en el techo de mi habitación y pensaba en que me iba a morir y en que entonces todo lo que me pasaba dejaría de importar.

Con menos de doce años descubrí que exteriorizar mi agonía con rabietas solo servía para enredar a mi entorno en diagnósticos facilones con soluciones químicas, así que me las arreglé para encontrar métodos secretos con los que seguir paliando el dolor. Nada del otro mundo: los días normales bastaba con devorarme las uñas o propinarme un único (y contundente) pellizco en la pierna. Pero cuando te despiertas en mitad de la noche y tienes que encender la luz, mirarte al espejo y decirte a ti mismo que estás bien, que tienes que aguantar lo que te quede hasta que llegue el día en que te engulla la nada, bueno, esas situaciones requerían medidas extraordinarias.

En Barcelona estuve bastante estable. Supongo que hubo algo de espejismo ciego, fruto del brillo de las luces de ciudad en contraste con las farolas monocromas de mi pequeño pueblo norteño. Descubrí el sexo, me abrí Tinder y luego Grindr y, en fin, todas las aplicaciones imaginables para tener citas. Durante un tiempo olvidé la tristeza. La presión en el pecho seguía ahí, no te lo voy a negar, pero fueron pocas las noches en las que me fui a la cama sin haberme anestesiado antes con las birras entre amigos en el Poblenou, los trabajos en grupo con compañeros de clase en la biblioteca de la universidad, las cenas en creperías del Raval con chicos de barba afilada, que hablaban de sus estudios de Danza con ojos vidriosos y hacían que me preguntara cuánto tardarían en salir por patas al darse cuenta de que mis ojos no brillaban al hablar de nada, las discotecas, las tiendas, las librerías, el cine, los paseos nocturnos por la playa, los hombres, los hombres, los hombres.

No sé por qué te cuento todo esto; supongo que lo que quiero decir es que, si te paras a pensarlo, lo que hice aquella noche fue cómico. ¿Qué hay más inocente que mitigar mi ansiedad con un ladrillazo? La cosa se fue de madre después, a medida que aumentó el calor del verano y aparecieron arrancadas por doquier las boquillas de los aspersores, o trozos de cable cortados del circuito eléctrico. Una vez, incluso, alguien destrozó las jacobinias, las plantas favoritas de mi abuela, degollándolas con violencia, como a machetazos, y se cercioró de dejar un reguero de pétalos rojos que llegaba hasta el portón metálico de la muralla. El mensaje del agresor estaba claro: ninguna familia, por noble y poderosa que fuera, podía vivir en Ariza-Lenea por encima de las posibilidades de los demás, y tampoco podían hacerlo sus flores.

Mi familia lo vivió como un auténtico drama, acoso y derribo, y lo combatió de distintas maneras, siendo la estrategia reina la colocación, en tres partes de la muralla, de tremendos carteles disuasorios, promocionados por la marca de una importante empresa de seguridad, que avisaban de la existencia de cámaras (de mentira) y de una (falsa) alarma antirrobo. Sin embargo, las hostilidades contra el riego opresor de los jardines de María Luisa no

cesaron, y nadie llegó a sospechar jamás que aquella era una guerra civil promovida por un espía infiltrado.

10

—Me parece muy bien que en las últimas elecciones haya habido un cambio en nuestros Ayuntamientos; es democracia, qué se le va a hacer, aunque en esta casa nunca se ha votado otra cosa y, Juanjo, tú mejor que nadie conoces la buena relación que ha habido entre Tabarnea y el pueblo de Arza mientras habéis estado gobernando *los de siempre*. Pero esta puñalada trapera, esta fijación por atacar a mi familia, que ha hecho tanto por sus vecinos… no hay quien lo entienda. ¿Tú lo entiendes, Juanjo? ¡Que me quieren echar de mi propia casa…! ¡A mí, que llevo viviendo bajo este techo desde que salí del vientre de mi madre! Yo ya sabía que andaban detrás de expropiar estos terrenos desde que se presentaron a las elecciones y empezaron a hablar de «recuperar» La Isla, de hacerla «de todos y todas»… pero yo no pienso doblegarme, no aceptaré un solo duro, y menos esos terrenos de nuevos ricos madrileños en las lomas de Peñalta. Por encima de mi cadáver.

Volviendo a la sesión golfa orquestada por mi abuela para hablar de lo que llevaba queriendo hablar desde que se había levantado de la cama aquella mañana, quedó claro que el único espectador que importaba era Juanjo Íñigo, el hombre que —según acababa de comprobar con una rápida búsqueda en Google— había sido concejal de Urbanismo en el Consistorio ariceñoleneano desde mediados de los ochenta. Tras perder su grupo, Unión de Ariza, las pasadas elecciones municipales contra un joven partido independiente, tuvo que dejar a regañadientes el Gobierno de la ciudad por primera vez en cuatro décadas de democracia. Y el bueno de Íñigo, recién jubilado de su trabajo como docente en el instituto, reconoció en los futuros cuatro años de agotadora oposición cuatro razones de peso para jubilarse también de la vida pública.

Eso no era obstáculo, sin embargo, para que María Luisa García de Maeztu quisiera succionar de él hasta la última gota de influencia política. Y, por la postura que había adoptado el exconcejal (se había inclinado sobre la mesa todo lo que le permitía su oronda barriga y sus manos entrelazadas

tamborileaban con entusiasmo el himno del equipo de fútbol local), parecía encantado de escuchar lo que tenía que decirle su más histórica y leal votante, aparentemente precursora además de toda una saga de fieles simpatizantes al partido, pues ahora resultaba que la abuela sabía también qué votaban sus descendientes.

—Pero es que eso no es lo peor —continuó la abuela—. Lo que menos puedo soportar son las formas, la agresividad, esa manera de insultar a los muertos… ¡y las acusaciones de prevaricación, por el amor de Dios! Me citan en el ayuntamiento como a un criminal y empiezan a avasallarme con papeles que yo no puedo entender; no sé qué de nuevas ordenanzas municipales y leyes y normativas europeas. ¡Dándome lecciones a mí de la antigüedad de los árboles de La Isla y la variedad de su fauna! A mí, que cuido como a un hijo de cada nueva vida que crece en mi propiedad. —La abuela acarició con sus largas uñas pintadas de rojo el viejo quejigo que se escondía bajo el mantel, y se le quebró la voz—. Yo, que abro las puertas de mi casa al pueblo todos los años en la Feria de las Veinte Denominaciones. ¿Por qué se creen que mi abuelo instauró esa costumbre, si no es porque entendía que tenía que compartir su riqueza con los demás? No, pero claro, para ellos las tradiciones no tienen valor alguno.

Con lágrimas de rabia en los ojos, la abuela se llevó las manos a la cara y se dejó derrumbar durante diez segundos, mientras Juanjo le daba palmaditas en la espalda y le susurraba algo que yo era incapaz de entender desde mi rincón. Tuve el impulso de levantarme a animarla con las mismas palabras que llevaba usando los últimos años, desde que con el nuevo Gobierno —que, dicho sea de paso, yo había ayudado a constituir con mi primer y único sufragio hasta la fecha— había estallado la polémica en la casa, pero opté por seguir siendo un lejano *voyeur*. Tampoco creo que la abuela me echase en falta, teniendo ya para sí la atención de su presa. Pasaron diez segundos, ni uno más, y María Luisa se levantó, apoyada con exagerada inseguridad en el bastón que solía rescatar cuando había visitas, y dio unos pasos hasta una fotografía antigua colgada de la pared que mostraba la expresión alicaída de un hombre guapo, pero extremadamente delgado, nuez prominente, cejas gruesas y una peca enorme y peluda sobre la mejilla derecha.

—El abuelo Prudencio adquirió estos terrenos públicos le-gal-men-te en 1918, cuando La Isla era un simple estercolero. —Alzó el bastón y lo golpeó contra la pared, justo debajo del retrato. Ella siempre contaba que el abuelo Prudencio, mi tatarabuelo, se había casado con la abuela Herminia después de volver de sus exitosos negocios en América. Con la compra de parte del terreno de La Isla, decía María Luisa, no solo estaba salvando al Ayuntamiento de la bancarrota: también insufló vida al parque hasta dejarlo tal y como lo conocemos hoy. Además, le otorgó a la nueva casa en el corazón de la ciudad, así como a la empresa recién fundada, el noble título de Tabarnea. Era el mismo nombre que tenía el caserío de su familia política, los Iriarte, en los

valles del norte. Se quedó vacío después de la boda, porque Herminia decidió llevarse a sus padres a Arza con ella. Lo cierto, y esto María Luisa nunca lo contaba, era que los Iriarte habían iniciado el nuevo siglo arruinados por las deudas y aferrándose a lo único que les quedaba, el título nobiliario, por eso el de Herminia con Prudencio, ambicioso y nuevo rico, era el matrimonio perfecto—. Mi abuelo logró dar vida a muchas cosas: a la empresa agrícola Tabarnea y su marca de envasados, que es por lo que ahora se conoce a Arza en todo el país; también a diez hijos; y contribuyó a la buena vida de los hombres que trabajaron para él. Así que cómo no me va a poner de los nervios que esos jovenzuelos que se las dan de políticos me hablen con condescendencia sobre qué es mejor para la ciudad. Pero eso no es lo peor, no, definitivamente. —Se dio un beso en la palma de la mano y la posó con ternura sobre su querido Prudencio antes de volver a sentarse—. Lo peor es mirar a mi alrededor y solo ver desidia. Nadie parece entender mi pesar, Juanjo. Estoy sola. Sí, sí, Endika, no te gires y me mires con esa cara de cállate ya, vieja chocha. Mis hijas, mis nietos, mi Endika, hacen como que me escuchan cuando les hablo; me responden bajito, vocalizando mucho y canturreando igual que monjas en un geriátrico, o como se le habla a un niño para que no se ponga a berrear así, como yo esta noche (y os pido disculpas por ello). Ellos no lo ven: ellos se rendirían, se quedarían con el adosado en Peñalta, contentos de dejar de vivir en la zona más fría y húmeda de la ciudad, pudiendo usar además, en verano, las piscinas privadas con pista de pádel que tienen allí arriba. Realmente deprimente. Y hortera. Sí, estoy sola, pero no soy la única: Arza se está convirtiendo en una ciudad dormitorio. Los jóvenes se marchan a la Capital a trabajar, al cine, al teatro, a cenar en esas cadenas horribles, a hacer todas esas cosas que hace la gente de ciudad. Las tiendas aquí cierran. Y las fábricas. No hay relevo. —Hizo una pausa dramática y sentenció—: Pero luego el mayor problema que tiene Arza es mi casa.

Se hizo un silencio sepulcral. Hacía rato que ya no se oía el piano; el joven músico había logrado escabullirse. La abuela extendió las manos hasta tocar con ellas a las dos personas que tenía a ambos lados, difuminó la vista y se le desencajó la mandíbula. Juanjo Íñigo, borracho y adormecido, trató de labrar un discurso coherente del cual solo son rescatables algunas frases de sorprendente lucidez:

—María Luisa (…) no desesperemos (…) Es una buena señal que hayamos coincidido hoy (…) y te agradezco en el alma que te hayas atrevido a compartir conmigo estas preocupaciones tan serias. Mañana mismo (…) hablaré con los miembros de mi partido, que sé que están haciendo una oposición incansable (…) y aunque estoy seguro de que ya están al corriente, tratando de desmontar esta treta populista que solo quiere romper Ariza, les transmitiré tus palabras.

A la abuela se le iluminó la cara.

—Juanjo, ¿harás eso por mí? No sabes cuánto te lo agradezco. —Sonrió y

se levantó de nuevo, con una recién adquirida vitalidad, esta vez para abrir la puerta de par en par, indicando sin ningún pudor que la fiesta se había acabado—. ¡Endika, cariño, sigues despierto aún, con la hora que es! Sé un sol y acompaña a Feliciana al cuarto rojo. Es el más ventilado. —Levantó el mentón y señaló con él a un cuerpo extraño, tirado sobre la mesa ancestral.

No había reparado en ella hasta ese instante, pero la madre de Laura estaba inconsciente, roncando con la nariz aplastada sobre el mantel y los brazos estirados formando un aspa. Me acerqué a ella. Apestaba a alcohol. Le toqué suavemente el hombro y se incorporó, sobresaltada.

—Estoy… bien… —logró decir, arrastrando cada letra como si estuviera levantando pedruscos en un río bravo—. Prefiero… dormir… en… casa.

—Ni hablar, ¡a estas horas! —dijo la abuela—. Tenemos la habitación preparada. ¡Juana! ¿Tenemos la habitación preparada?

La voz de la Juana llegó desde la cocina con un «sí» seseante que me resultó inquietantemente familiar. Miré el reloj. Eran las tres de la mañana y la tía no se había movido de la cocina. Me temía lo peor, pero preferí no indagar.

—Casa… —Los sentidos de la Feli estaban bastante perjudicados, pero su voluntad era clara—. Casa…

—Ya la llevo yo a casa —dijo Juanjo, acercándose a su hermana para levantarla—. No pasa nada, de verdad, María Luisa. Y ya perdonarás el numerito.

—Qué numerito ni qué numerito. Lo que está es cansada. Con el día que lleva, cómo se va a ir a ningún lado —dijo la abuela, pegando un respingo cuando su invitada explotó en un denso eructo con aroma a ginebra y langostinos.

Juanjo, que había conseguido poner a la Feli en pie, darle de beber un vaso de agua y refrescar su cara con una servilleta húmeda, insistió.

—Bueno, está bien —dijo la abuela—. Pero al menos deja que seamos nosotros quienes la llevemos sana y salva. —El hombre quiso protestar, pero la abuela alzó el dedo índice con firmeza—. Endika empieza a trabajar al mediodía y tiene tiempo de sobra para dormir; él la acompañará. —Juanjo me miró con frialdad—. Ni una palabra más. No son horas y es mi casa.

Discutieron un poco más y yo esperé a que ganase mi generosidad de encargo. Al menos ahora la Feli estaba mucho más entera.

—Señora, nos vamos a casa —le grité, como si estuviera sorda.

11

Dirás que te he creado falsas expectativas con eso de la sesión golfa y el discurso sangriento, y lo siento, pero yo creí de verdad que lo de mi abuela con Juanjo Íñigo iba a acabar mal aquella noche, como ocurría siempre, y me sorprendió tanto como a ti ver que por primera vez alguien le ofrecía algo, aunque tan solo fuera un irrisorio atisbo de esperanza, sobre todo en una situación tan anómala como aquella, que no era un encuentro normal sino el surrealista —y, en apariencia, improvisado— *after* de un funeral.

Verás, desde que tengo uso de razón, acudían a Tabarnea una vez por semana todo tipo de personalidades relevantes, un espectro de egos parecido al del velatorio en casa de los Íñigo, que se quedaban a cenar lo que sea que la tía Juana hubiera preparado aquella noche, y a brindar con opiniones y licor de hierbas mientras María Luisa, mi querido dinosaurio, desplegaba ante ellos sus encantos de autoridad histórica.

Mis grandes ojos infantiles solían quedarse hipnotizados hasta altas horas, escondidos detrás de la puerta o entre los barrotes de la escalera como parte de una sublevación contra las órdenes de acostarme, enrojecidos de cansancio y de rebeldía e impresionados por todas aquellas palabras imposibles de entender. La abuela disfrutaba mientras tanto de la compañía de hombres y mujeres que le adelantaban noticias y le pedían consejo sobre lo que en ese momento agitaba el candelero de la actualidad política, o con los que simplemente recordaba tiempos mejores.

Eran escenas románticas, como sacadas de un café neoyorquino de los años sesenta, a las que oficialmente se me permitió el acceso —para escuchar, nunca para intervenir— al cumplir los dieciséis, que era cuando mis ojos habían asumido ya hacía demasiados años una forma proporcional al resto de la cara y volaban a mundos futuros, lejos de Ariza-Lenea.

Mi fascinación, eso sí, por la atención que la gente del pueblo mostraba a lo que mi abuela tenía que decir se mantuvo inalterable al tiempo; a pesar de ello, me aseguraba de resoplar con fuerza cuando ella aparecía en casa con

algún abogado, político o juez y, una vez incomodados tanto la anfitriona como el huésped, subía las escaleras a mi cuarto y me perdía en Instagram con la música de los cascos reventándome los oídos. Luego llegó la universidad, y aguantar las rarezas de mi familia durante las vacaciones se hizo algo más soportable, incluso interesante a veces.

En el último par de años, las «cenas de interés», como las llamaba la Juana («hoy tenemos cena de interés, Endika», solía decir, «por si quieres quedarte o comer algo rápido y subir a tu cuarto»), habían degenerado hasta estancarse en un irritante bucle en torno a Tabarnea. La abuela tejía una telaraña de acusaciones melodramáticas con la que pretendía amortiguar la caída en desgracia de la casa de sus antepasados. Los pobres huéspedes trataban de mantener la compostura, a menudo ellos mismos víctimas de los ataques verbales de la matriarca, y la mayoría de las veces terminaban la velada en medio de una tensa discusión, otras aburridos, enfadados o solidarizados con la causa o todo a la vez, pero siempre con algún recado que procesar; nunca, sin embargo, con un compromiso tan tajante como el que había proferido el iluso de Juanjo, que no sabía dónde se estaba metiendo, embriagado como estaba de cava y cierto grado de megalomanía.

12

La casa de los Íñigo no estaba lejos; nada lo estaba en Ariza-Lenea. La ligera brisa nocturna ayudó a la Feli a recomponerse a medida que íbamos acercándonos a pie a nuestro destino. Lo cierto es que tener que asumir sobre mis hombros su ritmo descalzo y atropellado no fue tan molesto en la práctica como lo había visualizado en mi cabeza; la sostenía por la derecha y de mi mano izquierda colgaban sus desgastados tacones, y recorríamos La Isla bajo la luz de la luna mientras nos vigilaban las ardillas, en un silencio únicamente interrumpido por frases inaudibles y gemidos de disgusto. Después de cruzar el puente de San Sebastián y adentrarnos en el casco viejo, avistamos la casona a lo lejos. Al llegar tuve que sentarla en un banco de madera que había pegado a la fachada y asegurarme de que podía sostenerse sola. Rebusqué en su bolso y encontré las llaves.

—Gracias, Endika, eres un buen chico.

El interior de la casa se alzaba oscuro y misterioso ante nosotros, como una choza deshabitada y no un lugar que solo horas antes había acogido un concurrido acto social. La Feli me guio escaleras arriba y me indicó que la acompañara hasta el final del pasillo del primer piso, y en el camino me fijé en que, en efecto, el espacio en el que nos movíamos era una choza, pues nadie había tenido la consideración de volver tras el entierro y asegurarse de que aquel desorden de platos sucios, vasos de plástico y bandejas de comida quedaba recogido.

La Feli, ajena al caos, se detuvo a mitad del recorrido y observó con la cara desencajada la puerta más próxima.

—Es el de ella —dijo.

Me soltó del brazo y dio unos pasos hasta alcanzar a abrir.

—¿Quieres verlo? —preguntó, ojos caídos y mirada perdida. Entró en el cuarto como flotando y, sin encender la luz, se dirigió con una tierna sonrisa a una estantería repleta de objetos. Yo la seguí. Vi un póster de Donna Summer, un escritorio con un revoltijo de cuadernos, planos y cientos de papeles,

y una torre de discos de divas de los noventa—. Mira, estas son sus cosas. Libros de la carrera, apuntes, su colección de imanes, la foto de la graduación con su mejor amiga, Silvia, que ahora está en Perú, oh, y estos son los trofeos que ganó en el concurso de debates, y mira cuántas medallas guardaba aquí, y eso que nunca le gustó el deporte, se desapuntó de todos los clubes a los que la apuntamos, fútbol, baloncesto, balonmano, hasta que encontró su sitio en el atletismo.

Cogió algo de la estantería. Nos sentamos en la cama, cubierta por un edredón negro estampado con palabras en inglés, y me mostró lo que era: la foto de un grupo de chicos y chicas en mallas, resplandeciendo de sudor y felicidad y exhibiendo sendos trofeos. Me señaló entre la multitud el rostro sonriente de una Laura con veinte años menos.

—Qué guapa —dije, aunque ver aquella imagen tan llena de vida me perturbaba.

—Siempre estaba ayudando a los demás, ¿sabes? —dijo la Feli, con un deje entre achispado y somnoliento, mientras acariciaba el cristal que cubría la figura joven y esplendorosa de su hija—. Y no lo digo porque sea su madre, lo digo en serio, perdía el tiempo en asegurarse de que la gente a su alrededor estaba bien. A menudo tenía que pararle los pies y todo, cuando se ponía obsesiva con algo, y decirle que pensase en ella misma por una vez. Desde luego, supo plasmar esa actitud en el periodismo: comprometida y valiente, pero respetando a las personas sobre las que escribía.

Se calló y yo me apresuré a llenar el silencio.

—A mí me enseñó muchísimo —dije—. Cómo tratar a los demás. Cómo escribir. En mi primer año de prácticas, cuando al final del día todos se habían ido a casa y a mí aún me quedaba para largo, ella me esperaba, imprimía mis textos y los corregía delante de mí con boli rojo, para que supiera qué había que mejorar y por qué. Eso no es tan común. Pero ella se tomaba ese tiempo. Era especial.

Lo dije porque es la clase de cosas que quiere oír una madre herida. Y porque era verdad.

—Gracias —dijo la Feli, y con un ligero esfuerzo se levantó de la cama y volvió a la estantería—. Mira, aquí tienes todos estos libros sobre Ariza. Se los regalaban los autores después de que ella les hiciera una entrevista para *La Gaceta*. Puedes llevarte todos los que quieras, hay de todo, deporte rural, fiestas populares, música, religión… ¿Este de qué va? Oh, sí, el centenario de la plaza de toros, aunque no eres muy taurino, tú, ¿verdad? Me lo dijo, me lo dijo… Ella hablaba mucho de ti, de lo bien que escribías, lo majo que eras; le hubiera gustado que te quedaras con algo suyo para poder hacer bien tu trabajo.

Tragué saliva y dije que muchas gracias, y de nuevo las manos de Lady Macbeth, la sangre caliente, un cuchillo negro suspendido en el aire. No había maldad en las palabras de la Feli, solo dolor y una transparente complici-

dad.

—Es una habitación muy bonita —dije, y ella dijo que muchas gracias, y por un momento pareció que la conversación iba a encallarse en un ir y venir de cumplidos y gratitudes, así que estuve a punto de levantarme y desearle buenas noches, pero entonces ella se alejó de la estantería y se sentó de nuevo a mi lado y añadió, viajando con sus dedos por la funda del edredón:

—Estuvimos pensando en comprar cortinas nuevas, ¿sabes? Esas son de cuando Laura era pequeña y son un poco tiernas. Ella no vivió con nosotros todo el tiempo. Se independizó en su primer año trabajando en *La Gaceta* y alquiló uno de esos pisos nuevos en las afueras. Cuando volvió a esta casa habían pasado muchos años y siempre decíamos que había que sustituir las viejas por un estor elegante. No nos dio tiempo.

—¿Por qué volvió? —me atreví a preguntar. La Feli cogió aire y contestó con voz quebrada.

—Laura sufría depresión —dijo, y sopesó cada palabra haciendo con el dedo dibujos invisibles en la cama, como trazando las ideas antes de pronunciarlas—. Depresión crónica, desde chiquita, aunque iba por temporadas. La muerte de su padre la desestabilizó mucho. Se puso peor que nunca, así que la animé a superarlo juntas, a dejarse cuidar. La cosa no mejoró. Empezó a no poder salir de la cama. Por eso se cogió la baja. Yo trabajo de mañanas, pero estaba con ella el resto del tiempo. Nos iba bien. Y de repente, el lunes me llaman al trabajo y me dicen que la han encontrado en el pantano, dentro de su coche con el cinturón puesto. No hay golpes en el vehículo, ni en su cuerpo, ni marcas de frenazos en la curva, tampoco hay tráfico. Dormida en el fondo del agua.

La Feli se rompió en un llanto sereno, discreto, de enésima lágrima y cuerda gastada. Se llevó las manos a la cara y desaparecieron los garabatos en el edredón.

—Lo siento mucho —dije, y una corriente de incomodidad me pasó rozando la nuca ante lo terroríficamente íntimo de ese momento y lo terroríficamente fuera de lugar que estaba yo, que había abandonado mi puesto de porteador de La Dolorosa y había escalado encima del paso, volcando las velas y las coronas de flores para bailar un tango con la Virgen.

—Todos me dicen que fue un accidente. —La danza continuó, la mirada húmeda de la Feli disparando al vacío—. Y entiendo por qué lo hacen. Pero, entre tú y yo: qué hacía mi hija cogiendo el coche un lunes por la mañana, saliendo de Ariza, tomando el camino del lago, a dónde iba, con quién; no, ellos no la conocen, no la han llevado en su vientre, ella quería marcharse y esa fue la forma, limpia, rápida, nada aparatosa.

Rememoré el desorden de grúas, bomberos, policías y operarios dando instrucciones a gritos para sacar el armatoste del agua y pensé que cualquier otra despedida hubiera sido más sutil, pero por el inocente sonido de aproba-

ción que emitió la Feli, justo antes de recostarse en la cama de su hija y renunciar a mi conversación por el sueño, supe que en su cabeza el suceso adquiría una cierta cadencia poética. «Dormida en el fondo del agua». Admiré su optimismo, compadecí su soledad y la tapé con una manta; maldije los suicidios, pues sin ellos yo no estaría ahí, y, finalmente, protegido entre las sombras de la habitación, probé a ver si me salía llorar después de tantos años, ojos al cielo, mandíbula al frente y hormigueo nasal, pues la situación lo merecía y no había nadie mirando.

—No voy a intentar reemplazarla —susurré—. Y te prometo que publicaremos un obituario.

Nadie me oyó. Y yo ni siquiera conseguí humedecer las pestañas.

Me levanté y me acerqué con cierto pudor a la estantería. Me dio pena comprobar que la mayoría de los libros que Laura hubiera querido que guardase ya los teníamos en la redacción; a pesar de ello, pesqué el tomo sobre la tauromaquia, por un lado para poder agradecérselo más adelante a la Feli (le haría ilusión) y por otro porque sabía que a mi abuela le chiflaría el contenido.

Satisfecho con mi adquisición, estuve a esto de volver a Tabarnea, y lo pienso ahora y creo que de haberlo hecho ninguno de los terremotos que sacudieron mi mundo después se hubieran desencadenado de la forma en que lo hicieron.

La ráfaga de un coche atravesó el cristal de la ventana y alumbró algo que acaparó mi atención: entre la anarquía reinante del escritorio, un título, dos palabras, *LAS PROFUNDIDADES*, precediendo un manuscrito de lo que a todas luces era el borrador de una novela.

Laura Íñigo firmaba al pie de cada página con su nervioso puño y letra, y con boli rojo añadía tachones, subrayados y notas. Esparcidos por la mesa había todo tipo de apuntes, relacionados con una suerte de *thriller* costumbrista situado en localizaciones conocidas de la propia Ariza-Lenea y protagonizado por un detective privado, recién enviado desde la Capital para resolver el misterio.

Reconozco que no lo pensé dos veces. Fascinado por lo que veía, dejé el libro de toros y simplemente agarré todo lo que mis dos brazos pudieron abarcar, y me hubiera ido corriendo si no se hubiera caído de entre los folios algo que provocó un golpe seco en el suelo. Miré a la Feli, que seguía dormida, y luego abajo, donde a través de las hojas que se escurrían de mi nido pude distinguir la silueta de un móvil, el móvil de Laura, con su preciadísima agenda de contactos periodísticos. De rodillas, dejé caer los folios, los ordené (primero el manuscrito, luego los apuntes), guardé el aparato en mi bolsillo, me levanté un segundo, recuperé el libro taurino y lo puse en el montón.

Lo sé, no hace falta que lo digas: eran muchas cosas. Pero no pasaría nada si el dichoso teléfono de la recién fallecida se perdía no menos de una semana para luego aparecer, para el alivio de todos, detrás de un armario o

debajo de una maceta, coincidiendo, o no, con el día que me acercase por allí a darle las gracias a la Feli por el interesantísimo libro que me había regalado la otra noche, aunque ella no se acordara; y tampoco creía, sinceramente, que alguien fuese a echar en falta aquel jaleo de papeles de caligrafía chapucera —porque quién le dice a su madre que está escribiendo un relato macabro de asesinatos y violaciones—, sino más bien lo contrario, la mujer me daría las gracias a la mañana siguiente si supiera que era yo quien había limpiado la mesa de su hija. Así que sí, eran muchas cosas, y no sabes lo bien que cupieron todas dentro de la bolsa de rafia del Eroski que encontré en el suelo.

13

El jueves de mercado y funeral acabó así; solo faltan dos detalles. Eran las cuatro de la madrugada cuando bajé las escaleras de la casa de Laura, desde donde horas antes había visto a mi abuela repartir empanadas de atún, y ahí estaba el último trozo, en la bandeja sucia primero y abriéndose paso a través de mi garganta después, ayudado por un generoso trago de moscatel caliente.

Contemplé el rincón que había exhibido el cuerpo manipulado de Laura ante el pueblo, y pensé que aún quedaba una cosa por hacer. Dejé un momento la bolsa del Eroski contra la pared, me remangué la camisa, eché para atrás el flequillo y me puse manos a la obra con los plásticos, las bandejas, los platos y el suelo pegajoso. No paré hasta hacer de aquella choza, que tanto me había dado en tan poco tiempo, un hogar de nuevo.

Al volver a Tabarnea, cinco de la mañana, manos arrugadas de agua y jabón, dos vueltas al cerrojo de abajo y luego dos vueltas al de arriba, tuve que ocuparme de un último pormenor.

Subí a mi habitación, escondí las cosas de Laura, y luego encontré a la Juana en la cocina, donde sabía que estaría, pues era el mismo sitio donde la había dejado al marcharme: el sitio de siempre, un rincón tan suyo como era para la abuela la presidencia de la mesa de quejigo en el comedor.

Estaba dormida en su banqueta, enfundada en su delantal, trapo al hombro y espalda apoyada contra la fría pared de cerámica. Como me temía, una botella de anís vacía brillaba a su lado, haciéndole compañía bajo la luz del fluorescente, y un hilo de vómito le colgaba de la comisura del labio y formaba un denso charco a sus pies.

Pensé en los aspersores castrados y en la bolsa del tesoro que aguardaba oculta debajo de mi cama. Me armé de paciencia.

—Tía, vámonos a la cama.

—Déjame… déjame en paz…

SEGUNDA PARTE

1

Llegados a este punto, creo que es momento de presentarte a O'Malley. No lo he hecho antes porque, a pesar de que apareció en mi vida ese mismo jueves, se introdujo de una manera tan cotidiana que tampoco me parece nada reseñable. Lo verdaderamente extraordinario vino después, por supuesto, aunque supongo que es importante mencionar, acerca del instante en que nos conocimos, que marcó un punto de inflexión, pues hasta entonces apenas había oído hablar de él y a partir de ese día no escuché otro nombre.

Aún hoy soy capaz de distinguir su rostro entre la muchedumbre del velatorio en casa de los Íñigo, como si lo tuviera aquí delante: sonrisa presumida, mirada felina, hombros caídos, camisa recién planchada y esa forma discreta de pasarse por la frente su pañuelo de tela con iniciales bordadas. Su expresión parecía decir no estoy aquí por la comida gratis, no he venido por el qué dirán, siento tu dolor, comparto la rabia por los arbitrarios caprichos de Dios. Tenía un modo de posar los ojos en las personas que expresaba algo distinto cada vez, y en todas era acertado y reconfortante.

De pronto me vi a mí mismo deseando, mientras le veía acercarse a mi mesa y servirse un chorrotón de moscatel, que su mirada se encontrase con la mía. Era absurdo, pues no había nada que pudiera interesarme de aquel hombre que no era feo pero sí bajito y calvo y de cuarenta y pico.

No sabía nada de él, más allá de que era un adinerado empresario con las manos en las masas de mil negocios y una reputación algo exagerada de hombre hecho a sí mismo. Según contaba la leyenda, había nacido del barro de uno de esos pueblos de la Merindad perdidos en la montaña, y había labrado por méritos propios una prestigiosa carrera de saltos en la política local, autonómica, estatal y europea, antes de dejarlo por el apetitoso sector privado. O'Malley era para mí todo lo desconocido y enigmático que puede ser alguien cuando se vive en un pueblo como el mío.

—Como dudo que esta panda de fanfarrones vaya a hacerlo, te doy yo la enhorabuena: es bueno —le oí murmurar a menos de un metro de mí, con-

centrándose en que el líquido que emanaba de la botella no cayese fuera del vaso de plástico.

—¿Perdón? —me apresuré a decir, y en el proceso me salió disparado un felipe directo al cuello de su camisa. Mi instinto más básico me obligaba a alargar el brazo para limpiárselo de un manotazo, pero frené a tiempo.

—Es tuya la noticia sobre Laura, ¿verdad? —Los ojos de O'Malley se dirigieron por fin a mí, y conmigo adquirieron ingredientes de complicidad y cierto toque paternalista.

—Ah, eso —dije—. Me tocó a mí cubrir el accidente, sí.

—El texto es intachable. Sentido y sensibilidad. Y más aún dadas las circunstancias.

—Gracias —dije, apretando los labios y asintiendo con la cabeza. Él sacó su pañuelo, se secó el sudor y acercó su boca a mi mejilla. Me dijo su nombre, su verdadero nombre. Era terriblemente mundano. Su apellido, vulgar. Y, sin embargo, ya no soy capaz de pronunciar ninguna de las dos cosas. O'Malley, en cambio, es fácil. Es el personaje mitad dandi mitad vagabundo de *Los Aristogatos*. Le viene que ni pintado.

—No sé si El Nieto te lo habrá comentado ya, pero tengo un temita entre manos a punto de estallar y agradecería que os adelantarais vosotros. —El aire caliente que generó su susurro robótico, el que más adelante aprendería a identificar como su tono profesional, me erizó la piel—. Te he estado leyendo las últimas semanas y sé que harías un buen trabajo.

—Gracias —repetí. Me sentí halagado pero traté de disimular la emoción —. Pues cuando quieras. —El verano estaba siendo en noticias tan árido como el campo, así que por mí como si quería darme la exclusiva ya mismo.

—Déjame que lo consulte. Te dejo mi tarjeta —dijo. Fue extraño. Ya nadie usa tarjetas—. Ahí está mi número; mándame un wasap para que te tenga en contactos y te intento concretar hoy mismo. —Eso ya era más normal.

—Genial, enseguida te escribo, pues. ¿Sobre qué es, o…? —Siempre meto un «o» cuando estoy más perdido que un pulpo en un garaje, como dando a entender que tengo una ligera idea de qué va la cosa. Lo sé, no lo digas. Es de gilipollas. Por su expresión, O'Malley pensaba lo mismo.

—Los lodos, otra vez —dijo, como si fuera obvio—. Estos jodidos aldeanos me quieren dar por el culo —subrayó eso último, mirando al suelo y escupiéndolo casi, y tanta rudeza repentina me hizo aterrizar de nuevo en el planeta Tierra, mientras él me decía adiós con una sacudida a su vaso y pasaba a perderse entre el gentío de nombres propios.

No volví a verle ese día, pero su cara de trompetista de *jazz* retirado se me apareció en la bancada de la iglesia, tras los cipreses del cementerio, abajo en el jardín de Tabarnea y a lo largo del fantasmagórico camino a casa de los Íñigo. Y, quién sabía, las estrechas calles de Ariza-Lenea estaban desiertas aquella noche, pero en cada giro podía encontrarme con él por casualidad, yo con la Feli a rastras mientras él salía a dar un paseo o a sacar al perro o a

hacer ejercicio, su cabeza brillando con la luna.

No recibí respuesta al mensaje que le envíe. Aparentemente, ni siquiera me había agregado a sus contactos del móvil, pues no podía ver su foto ni su estado de WhatsApp. Y en eso me pasé todo el día del jueves, y después también el viernes, entrando y saliendo de la aplicación por si había habido cambios en la última centésima de segundo. Así lo hice cuando fui a *La Gaceta de Ariza* y me tomé un café con El Nieto, y a lo largo de la corta mañana, mientras escribía mi triunfal obituario sobre Laura Íñigo, y también al volver a casa de dos a cuatro a comer las sobras de la noche anterior (la tía Juana se encontraba en la cama aún, indispuesta y sobreviviendo a base de infusiones). Por la tarde, de regreso al trabajo, mis ojos seguían pegados a la pantalla y mi dedo pulgar libraba su particular batalla contra el móvil, cuando abrí la puerta de la redacción y me di de bruces con la misma sonrisa de gato arrabalero que me había estado persiguiendo las últimas veinticuatro horas.

2

El día después del funeral arrancó más tarde que cualquier otro viernes, aunque mi rutina prometía ser la misma. Me desperté aturdido por el sol rabioso que se colaba por la ventana y la resaca de un jueves que había durado el doble. Envuelto en un mar de papeles marcados por la letra precipitada de Laura Íñigo, descubrí que me había dormido sin quererlo, con la ropa del día anterior y las lentillas secándose bajo mis párpados.

No me llevó más de diez minutos reconvertirme en persona. Dejé atrás Tabarnea y a mi abuela lamentándose por el ataque anónimo a los aspersores, y aparecí por *La Gaceta* a eso de las doce y cuarto, desafiando la hora límite para llegar tarde. El Nieto me esperaba en el portal con Sara Puerta, la fotógrafa, y en cuanto me tuvo a su vera me agarró del hombro y me arrastró al bar Manolo, donde los tres nos tomamos el tradicional café del mediodía.

Iban a ser solo diez minutos, veinte, a lo sumo; El Nieto, sin embargo, echó la persiana del local antes de irnos, una cortina metálica que ocultaba totalmente la puerta y el escaparate acristalados, y al hacerlo un feísimo grafiti de tinta negra que rezaba «FASCISTAS» quedó al descubierto.

Lo habían hecho el verano anterior, en el que yo trabajaba de becario, y, según revelaron las cámaras de seguridad, había sido un vándalo encapuchado, pero El Nieto nunca se mostró enfadado ni quiso mover un dedo por limpiar la pintura; mucho menos denunciar el hecho o averiguar quién había sido el culpable. Era como si quisiera exhibir con orgullo una herida de guerra cada vez que cerrábamos y la persiana se revelaba en todo su esplendor, supongo que porque tener detractores públicos y ruidosos implicaba que *La Gaceta* seguía siendo relevante en 2018, para bien o para mal.

El bar Manolo estaba en la plaza de El Pozo, a menos de veinte pasos de la redacción, y la abuela siempre decía que en su juventud había sido un lugar de encuentro para las mentes respetables, pues lo habían levantado con un aspecto como de café bohemio de Las Ramblas —todo en madera, con si-

llas de patas retorcidas y columnas de acero de donde colgaban farolillos y relojes modernistas—, y también porque con el cortado ofrecían gratis el mejor buñuelo casero de la ciudad. Hoy, la nueva propiedad había ido sustituyendo cada desperfecto con muebles de plástico patrocinados por Coca Cola y los buñuelos venían de China envasados en bolsitas.

Los clientes habituales éramos nosotros; el resto, jubilados y algún repartidor que paraba a tomar algo antes de continuar la jornada. La gente solía mirarnos al entrar y, a veces, algún espontáneo se paraba y nos comentaba algún tema de actualidad, dándonos su opinión como si importase y luego esperando ávidamente nuestra aprobación. Te mentiría si dijera que entonces mi ego no subía volando hasta las nubes, partida y regreso.

—Bueno, ¿y qué tal tienes a la moza? —le preguntó ese día a El Nieto uno de los jubilados de siempre, después de aplastarlo un rato con un discurso sobre la sequía que no escuché, ocupado como estaba mirando el móvil y dándole vueltas al café ardiendo.

—¿Ana? Ya sabes, allí la tenemos, al otro lado del charco —respondió El Nieto, con su desagradable voz de barraca oxidada—. Y que no hay manera de hacerla volver, ¿eh? Le va muy bien, gracias, Fermín, hasta luego, cuídate, hasta luego.

Ana Miras era la única hija de El Nieto, una chica de mi colegio que llevaba años sin dar señales de vida, algo que había contribuido a convertirla en todo un personaje dentro del folklore popular ariceño-leneano. Todos en el pueblo la llamaban por su nombre, porque todos se acordaban de la Feria de las Veinte Denominaciones de 2008, en la que dejó inconsciente de un puñetazo a Gonzalito Roa, el hijo de Gonzalo, el entonces alcalde, por llamarla «La Bisnieta».

No había sido un comentario raro y estoy seguro de que Gonzalito, aunque es un imbécil integral, se lo gritó delante de todo el mundo sin maldad, solo para dejar clara la complicidad que él, *hijo de*, tenía con ella, *hija de*, y también, seguramente, como parte de una estrategia para ligar.

Al fin y al cabo, todos nos referíamos como «El Nieto» a su padre, mi jefe, Mauricio Miras nieto, pues era el hijo mayor del mayor de los hijos del primer Mauricio Miras, Mauricio Miras padre, que fundó a principios del siglo veinte *La Gaceta de Ariza* con el dinero que ahorró tras abrir una serie de exitosas panaderías en la Capital. Al hijo mayor de este, el ya fallecido Mauricio Miras hijo, todos lo comenzaron a llamar «El Hijo» cuando se dio por hecho, por sus buenas notas en la Facultad de Filosofía y Letras, que heredaría la pequeña publicación periodística. Así fue, y después llegó El Nieto, que siguió los mismos pasos que El Hijo. Visto lo visto, lo lógico era pensar que la costumbre se perpetuaría con Ana Miras, pero después de lo del puñetazo quedó bastante claro el aprecio que la joven guardaba por el legado familiar.

La tragedia de los Miras se mascaba ya, mi abuela lo decía, desde que Ana tuvo la audacia de escoger la rama de Ciencias en el Bachillerato. Las

sospechas de María Luisa se vieron aún más reforzadas cuando la chica se fue a hacer un Doctorado en Bioquímica a los Estados Unidos.

—La Bisnieta, porque ella en este pueblo es Bisnieta, por mucho que le jorobe, ha querido irse lo más lejos posible del barco a punto de naufragar que es la empresa de su padre —solía decir la abuela antes de saber que su nieto favorito iba a acabar cebando la sala de máquinas de ese barco—. Y yo la entiendo. También querría irme si hubiera montado un espectáculo tan lamentable como lo del pobre Gonzalito (dónde se ha visto, una chica fina y educada como ella comportándose así, como un gorila), y no critico su decisión; ese periódico está muerto y, puestos a estudiar algo, hoy en día lo que tiene salidas son las ciencias. Y si la chica es lista además de guapa, adelante con ello, pero, hombre, no hacía falta ese destierro tan radical. Su padre tiene un disgusto… ¡Es su única hija y la última Miras, con lo que ha sido ese apellido en Arza! Yo que sé, seguro que la hubieran cogido en cualquier laboratorio de la Capital, donde podría haber conocido a un buen mozo de aquí y, en fin, haber hecho las cosas como Dios manda.

Yo no tuve el placer de conocer a Ana personalmente; en mi mente era una especie de deidad egipcia con cabeza de halcón, pero tengo la sensación de que nos hubiéramos llevado bien.

—¿Qué tenemos para hoy? —preguntó El Nieto cuando el café y los temas de conversación banales se agotaron y estábamos a punto de volver a la redacción. Sara dijo algo que no escuché y yo estuve a punto de mencionar a O'Malley y aquel comentario sobre la exclusiva de los lodos, pero opté por decir que en el velatorio de Laura había oído a Marisa Sanz, la directora del instituto público, mencionar algo sobre unas obras para reformar el salón de actos. La idea tuvo una buena acogida.

—Y, por cierto, se me ha ocurrido escribir algo rápido sobre Laura para la edición de mañana —añadí—, una especie de editorial-despedida, firmada por *La Gaceta*. Creo que nuestros lectores lo agradecerán. Si os parece bien.

El Nieto asintió, y ni él ni Sara hicieron siquiera un ademán de sentirse cohibidos por el hecho de que a ninguno se le hubiera ocurrido hacer algo así desde el lunes. A mí me daba igual. Tenía en mi cabeza lo que iba a escribir desde que me había venido la inspiración en la cama la noche anterior leyendo *Las Profundidades*. Iba a ser maravilloso.

3

Si nos fiamos de sus notas, Laura llevaría trabajando en aquella novela alrededor de seis meses cuando murió y yo di con ella, por eso me resulta tan violento confesar lo mala que me pareció la primera vez que la leí.

Traté de ser un crítico indulgente, desde todos los prismas imaginables, empezando por el pequeño detalle de que estaba leyendo algo sin el permiso de la autora y de que había una alta probabilidad de que no estuviera hecho con intención de hacerse público. El manuscrito, además, abarcaba solo la mitad de la historia, y su pretencioso título ni siquiera era el definitivo (había encontrado por ahí, ocultas en los bordes de las páginas, otras ideas provisionales como *Confesión*, *Crimen embarrado* o *El extraño caso del medio cuerpo bajo la cosechadora*).

La trama era de típica novela negra americana. Desaparecen unas niñas y en su lugar se encuentran varios cadáveres sin identidad, descuartizados y decorados con imaginario satánico.

La vida en la apacible ciudad de Ariza —Ariza, a secas—se trastoca y todos son sospechosos. El misterio se destapa gracias al protagonista, un detective privado proveniente de la Capital que es contratado por la madre de una de las niñas y que fuma mucho y tiene un pasado oscuro, relacionado con el asesinato sin resolver de su propia hija, diez años atrás.

Las palabras de Laura se interrumpían abruptamente en la página ochenta y uno, en medio de una tensa discusión entre el detective y el jefe de policía sobre ley y orden y amenazas anónimas compuestas por recortes de revista, pero gracias a los exhaustivos apuntes pude saber el desenlace. El asesino no era otro que un vecino que había estado ayudando con el caso desde el principio. Se trataba del dueño de una planta de tratamiento de lodos (bonachón de día, psicópata y asesino en serie de noche), que había matado a varias personas indigentes y luego exhibido sus cuerpos con el fin de despistar a la investigación y poder así ganar tiempo con su verdadero objetivo: secuestrar, violar y asesinar niñas, una afición que ya había practicado en la

Capital diez años atrás con, sorpresa, la hija del protagonista.

Al final, el detective encuentra los cadáveres de las muchachas desaparecidas, enterradas en las profundidades de la planta de lodos del asesino, es decir, debajo de la mierda que luego este transformaba químicamente y convertía en abono para los huertos. Todo el mundo acaba traumatizado, sobre todo los agricultores, que ahora ven a sus niñas en cada nueva amapola que crece en sus campos, y el héroe logra vengar a su difunta hija matando de un tiro al villano. La moraleja venía subrayada en una de las hojas: el pasado siempre vuelve.

La descuidada escritura, junto con las sórdidas descripciones de los crímenes y la oscura personalidad del protagonista, me sugirieron que *Las Profundidades* pudo haber sido para Laura, simple y llanamente, una manera de ahuyentar con metáforas los demonios que la atormentaban. Una terapia íntima, impulsiva, para esconder en un cajón. Sin embargo, si esto era cierto, había algo que no entendía. De una manera nada sutil, Laura forzaba el relato para situarlo en espacios conocidos y no quedaban muchos rincones del pueblo sin mencionar entre calles, plazas, edificios históricos, museos, parques, escuelas, tiendas, senderos, montañas y ríos. A ratos, el libro se convertía en un verdadero panfleto turístico —con meticulosas explicaciones y adjetivos ultrarromantizados como «pintoresco» brotando por las páginas como un sarampión—, como si estuviera patrocinado por el Ayuntamiento o como si, en realidad, la autora sí que quisiera darle a su obra una vida comercial, al menos entre la vecindad, no tanto por la calidad de la escritura o el interés del argumento, sino por el morbo de que sucedía en Ariza-Lenea.

Ahora ya era tarde para averiguar si *Las Profundidades* hubiera sido un superventas, pero lo que tuve claro aquella primera madrugada empapado en Laura fue que me encontraba ante un gran material para su obituario.

Empecé a escribir el artículo con lo importante: un emotivo adiós a la difunta por parte de todos los empleados de *La Gaceta*. Después, un breve resumen de su vida y obra. Según pude consultar en los archivos del periódico, la joven Laura no solo había despuntado en el atletismo, sino que había ganado varios premios literarios en la escuela. Así que introduje sutilmente aquello, con intención de amortizarlo después, y luego me cebé en detallar una década de logros como periodista, agradeciendo su trabajo y aupando sus talentos, su compromiso con la verdad y su contribución a la democracia y al debate público en el ámbito local. Su meticulosa labor destapando una serie de irregularidades en contratos públicos en un Ayuntamiento cercano contribuía a darle una imagen heroica, y sus luminosas crónicas de las fiestas populares completaban el retrato con una faceta más humana.

Una vez establecida la atmósfera adecuada, encendí la traca final. Enlacé la pasión infantil de Laura por la literatura con sus aspiraciones adultas a autora de novela policíaca. Describí (por encima) su primera y última obra (de título desconocido) y edulcoré su crudeza en favor del costumbrismo rural,

enalteciendo el cariño con el que se hablaba de Ariza, sus calles y sus gentes, pero dejé clara una cosa, y con esto di por finalizada la necrológica: la voluntad de Laura Íñigo por hacer volar su rica imaginación en un marco local escondía una firme convicción de que una ciudad pequeña como Ariza, a pesar de la sombra alargada de la crisis y la constante amenaza de despoblación, tenía la complejidad y el atractivo suficientes como para ser escenario de un apasionante *thriller*. Firmado, *La Gaceta de Ariza*.

Eso fue todo. No quise extenderme más. Era extraño: a partir del día siguiente, el recuerdo de Laura Íñigo en el imaginario colectivo iba a basarse en una idealización construida por mí. Me sentí poderoso. El mérito se lo llevaría El Nieto, claro, y eso me enervaba la sangre. Pero pensé que al menos con la firma colectiva nadie me molestaría demasiado con preguntas comprometedoras.

No me llevó más de una hora redactarlo. Cuando se lo entregué a El Nieto se le iluminó la cara:

—Pero, Endika, ¡esto es fantástico! Me vas a hacer llorar y todo.

4

El Nieto siempre amenazaba con llorar cuando tenía en sus manos un artículo que prometía venderse bien en los quioscos al día siguiente. Y eso que estaba furioso por algo desde que habíamos vuelto del café, y ni siquiera la fuerza y la determinación con las que golpeé el teclado del ordenador en el pequeño cubículo que era la redacción de *La Gaceta de Ariza* me ayudaron a evadirme de su voz de cristales rotos en la sala contigua.

Como cada vez que se enfadaba, El Nieto se pasó la mañana desahogándose en soledad pero a gritos, pagándolo con nadie en particular y con todos al mismo tiempo, mientras enfrente de mí, en el otro lado del mismo escritorio, Sara escuchaba música con los cascos puestos. En un momento dado, nuestra puerta se abrió y entró él con todo su cuerpo por delante. Era ese punto de la mañana: Mauricio Miras nieto se había hartado de regodearse solo en su sufrimiento y quería compartirlo generosamente con sus subordinados.

—Menudos hijos de puta —dijo, y se desplomó en una de las sillas libres que usábamos para entrevistas.

—Qué pasa —dije yo, mientras Sara se tomaba su tiempo para quitarse los cascos y mirar a El Nieto con indiferencia, sin soltar en una mano el ratón y en la otra el teclado.

Me resultaba increíble la dinámica que existía entre ambos, mediante la cual Sara no estaba obligada a expresar el más mínimo interés ni a aportar nada a la conversación, siempre y cuando se quitara los cascos delante de su jefe. Sara hacía las fotos y se ocupaba de maquetar y del diseño gráfico, y lo hacía estupendamente y, al parecer, eso hacía que automáticamente cayese en el redactor todo el peso de la comunicación, tanto externa (atender llamadas telefónicas, correos electrónicos y visitas), como interna (hacer de niñera de El Nieto). Ya ocurría con Laura, tal y como presencié en mis veranos de becario, y ahora el rol se me había traspasado a mí como por contrato.

—Ha llamado Paco —dijo El Nieto—. Salazar nos quita la publi.

Me miraba a mí, claro, y esa era otra, la apatía de Sara hacía que El Nieto no me apartara la vista y que yo no tuviera ni un minuto de descanso. En ese momento, el obituario estaba a medio camino y apenas logré añadir un par de frases, aprovechando momentos en los que El Nieto fijaba la mirada en el techo.

Mientras tanto, en algún lugar al otro lado de la mesa, Sara estaba dale que te pego con el ratón, maquetando las secciones de la edición del día, y solo de vez en cuando tenía la consideración de mirarnos.

—Es lo de siempre —prosiguió El Nieto—. Jorge, el chupasangres, le ha ofrecido el oro y el moro por anunciarse en *Lenea Digital*: nosecuantos clics al mes, contenido patrocinado en Facebook… Todo por dos duros, claro, porque en ese blog de mierda solo trabaja él; no tiene a unos empleados que mantener. Qué vergüenza, qué vergüenza…

El Nieto susurró «qué vergüenza» unas cuantas veces más, y yo supe que era el momento de intercalar alguna contestación que alentara su discurso, como «madre mía» o «es que siempre igual». Pareció surtir efecto:

—Pero no te creas, Endika, yo se lo he dicho, ¿eh? No me he cortado ni un pelo. Le he dicho que muy bien, que él verá con qué tipo de basura periodística quiere que se asocie su marca. Y Paco se me pone en plan, no, claro, son los nuevos tiempos, Internet, ahora la gente lo quiere todo en el móvil y no se espera a leerlo al día siguiente, bla, bla, bla. Le digo, mira, ahí te estás equivocando, lo que pasa es que Jorge y estos nuevos diarios digitales son unos trileros: todo su esfuerzo está en que hagas clic en el enlace, pero luego, ¿qué? Y se lo he preguntado tal cual, le digo, ¿tú te has parado a mirar los contenidos? Tan solo un titular tramposo y dentro un cortapega o directamente el documento adjunto de la nota de prensa. Y todo con una foto cualquiera de Google y un diseño web predeterminado. —Al decir eso último fijó la vista en Sara y esta, al percatarse, le devolvió la mirada y ejecutó lo que ella entendía como una expresión de indignación—. Le digo, ¿te has parado un segundo a comparar lo que hacen esos farsantes con lo que hacen mis redactores, mis fotógrafos —a El Nieto le gustaba a referirse a cada uno de nosotros en plural—, que se dejan la piel para contrastar fuentes, contextualizar noticias, hacer buenas fotos? No, es que ya al final me he puesto en ese plan. Las cosas tienen un precio. El trabajo tiene un valor. ¡Salazar, patrocinador oficial de la miseria humana! Así se lo he dicho. Y se ha callado.

El problema iba más allá de un enfado puntual —y desmesurado— de El Nieto con un anunciante. En los últimos años, Internet y las redes sociales habían irrumpido en Ariza-Lenea con la fuerza de un maremoto volcánico, provocando el parto de dos nuevos medios digitales y gratuitos: *Lenea Digital* y *Ariza Directo*. Esto había trastocado la cómoda vida de Mauricio Miras nieto, que hasta entonces dormitaba entre los laureles de un histórico monopolio informativo en la Merindad (los grandes medios solo se acercaban cuando había crímenes, desastres naturales o elecciones), estancado con sus clientes

habituales y radicalmente alejado de la altura de miras del primer Mauricio Miras, así como de su sed de innovar y su incansable instinto de supervivencia (*La Gaceta de Ariza* tenía también, por supuesto, su propio dominio punto com, pero su diseño pasado de moda y la actualización tardía de noticias, una semana después de su publicación en papel, delataban que su existencia era a regañadientes).

Pero yo sabía que a El Nieto había algo en lo de hoy que le fastidiaba más que todo lo demás. En Ariza-Lenea podía adivinarse la ideología de casi cualquier cosa por la forma de nombrar al pueblo y, de los dos periódicos que le hacían la competencia, la pastelería Salazar se había ido precisamente a *Lenea Digital*, el extremo opuesto a *La Gaceta de Ariza*.

El Nieto solía decir:

—Algunos llevan toda la vida resentidos con la empresa de mi familia por omitir la dichosa palabreja, pero luego en cuanto tienen la oportunidad de crear su propio medio, bien que le llaman solo *Lenea Digital*.

Y era cierto que a mucha gente le había molestado siempre que en *La Gaceta* estuviéramos obligados a referirnos al pueblo solamente como Ariza. Antonio, el guarda de regadíos, me lo recordaba una y otra vez:

—Si vas a citarme en ese artículo, pon en mi boca «Ariza-Lenea» todo el rato. Si no, no te dejo que me saques. ¿Me has oído? —solía decirme, a pesar de que, al haber crecido bajo el viejo régimen y por mucho que se esforzara en cambiar de hábito, el pobre Antonio decía siempre Arza esto, Arza lo otro.

Ariza-Lenea era la denominación más políticamente correcta, aunque los necios que la usábamos acabábamos recibiendo palos de ambos lados. El asunto era más complicado que una guerra de nombres y por eso yo entendía la subversión de *Lenea Digital*. Además, había que tener en cuenta una cosa y es que, si parte del pueblo estaba resentido por la histórica omisión del término «Lenea» en el periódico más antiguo de la Merindad, aún se respiraba mayor rencor por un detalle del pasado: nadie parecía olvidar que la publicación se llamaba *La Gaceta Española* durante la dictadura y que, si no fue clausurada, como el resto de medios, fue gracias a la afinidad de la familia Miras con el régimen.

Cuando terminó de desfogarse, El Nieto nos guiñó el ojo y dio una palmadita en el hombro a cada uno antes de volver a su despacho. Sara se puso de nuevo los cascos. Yo terminé el obituario y conseguí que El Nieto olvidase el cabreo al leerlo. A las dos en punto recogí mis cosas. Al salir, me pareció escuchar la voz de Sara.

—Has tenido una buena idea.

Me giré para mirarla y dije:

—¿Qué?

Sara no apartó la vista de su ordenador.

—El obituario. A la gente estas cosas le ponen cachonda.

5

—Es inaudito —dijo la abuela—. Estoy segura de que entraron anoche mientras estábamos todos despiertos en el comedor… Me entran escalofríos solo de pensarlo.

Cuando llegué a comer a Tabarnea, María Luisa García de Maeztu estaba de pie junto al cobertizo del jardín, con los brazos cruzados, las perlas agarrándosele al cuello y el peso de su cuerpo en la pierna derecha, en el mismo punto donde la había dejado al marchar, pero esta vez acompañada por un electricista que estaba reemplazando la caja de luces de los aspersores y que no parecía prestar atención a lo que la abuela tenía que decirle.

—Porque ayer fue el funeral de Laura Íñigo, la periodista de *La Gaceta*, ¿sabes? —continuó—. Ah, claro, tú estabas allí también, es verdad, te vi en la misa, ahora me acuerdo. El caso es que después su familia cenó aquí, con nosotros. Les acogimos y les ofrecimos sopa caliente y una copita de vino porque en esas circunstancias lo importante es no estar solo, sobre todo cuando es de noche. Y la pobre Feliciana, la madre de la chica, está muy sola. Perdió a su marido hace unos meses, ¿sabías? Y ahora a la única hija… Una desgracia, por eso no entiendo cómo alguien pudo haber querido hacer algo así en un momento tan delicado como este. ¡Endika, cariño! —oí que me gritaba al verme cruzar el portón de la muralla. Le devolví el saludo sin pararme a hablar y entré en la casa, dejé la mochila en cualquier parte y subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a mi cuarto, desde donde podía ver y oír a la abuela en el jardín—. Ya sabes cómo son los jóvenes: vienen sin saludar, engullen a todo correr y vuelta a la calle. Es mi nieto, sí, se llama Endika. Trabaja, ¿eh?, es periodista. Ya, yo tampoco podía pronunciar su nombre al principio; me hubiera gustado que le hubieran puesto Enrique, pero la mujer de mi hijo se empeñó y…

Dejé escapar una risa ahogada mientras me cambiaba de ropa. A la abuela, como buena ciudadana de Arza y lectora habitual de *La Gaceta*, siempre se le atragantó que su queridísimo hijo Ángel se hubiera casado con alguien

como Mañasi, mi madre, que se refería al pueblo como «Lenea» y se había empeñado en que el único nieto varón de la familia se llamase Endika. María Luisa decía que el nombre no le gustaba porque no podía encontrarse en el santoral, pero lo cierto era que, más allá de sus orgullosas raíces norteñas, cristalizadas en el apellido Iriarte y en el noble apelativo de Tabarnea para su casa, la abuela no toleraba en su vida nada que no pudiera escribirse con eñe. Podía imaginarla toda ofuscada en su silla, meciéndome entre sus brazos a los pocos días de nacer o mirándome dormir en la cuna, lamentando en silencio, mientras retorcía los anillos en sus dedos, que un apellido tan ilustre como el suyo se hubiera topado con un nombre tan vulgar.

Con el tiempo, había aprendido a querer la musicalidad en «Endika», y también a interesarse en los nombres de los otros chicos y chicas de mi clase, que pertenecían, como yo, a una generación que se había abierto a diversas opciones más allá del castellano.

Cerré la ventana y corrí las cortinas. Las voces de fuera se apagaron. Me tumbé en la improvisada oscuridad y extendí el brazo por debajo de la cama para comprobar que los papeles de Laura seguían en su sitio, junto al móvil que había tomado prestado. Respiré, sosegado, pero pensé que aquello tenía que ser temporal y tendría que buscar un escondite mejor. Saqué el teléfono solo un segundo y vi que, como ayer, seguía encendido. Tenía una contraseña numérica que sabía que jamás podría descifrar, pero la idea de llegar hasta la agenda de contactos y las posibilidades que eso podría brindarme en el trabajo encendían en mí una absurda esperanza.

Al bajar a comer miré de reojo a través de la puerta entreabierta de la habitación contigua a la mía, la de la tía Juana, pero no alcancé a ver su cuerpo en la cama. Apoyé un oído en la madera y el sonido de una arcada crujió en mi tímpano. Estaba viva, al menos.

En la cocina me esperaba la abuela, con semblante tranquilo ahora que el tema de los aspersores estaba solucionado y las begonias y las buganvillas volvían a nadar en la abundancia. Empezó a seguir mis cortos pasos como una sombra mientras yo me ponía en un plato lo que quedaba del picoteo de anoche, y me habló del electricista y de su correspondiente tragedia familiar, que consistía en una madre ausente, un padre ludópata y un hermano con parálisis cerebral.

—Aunque lo peor es que sigue soltero a los treinta.

Nos sentamos en el comedor y ella comentó que alguna vez pensó en Laura como posible pretendienta para el electricista pero, claro, ya era tarde, y me preguntó, ahora que se acordaba y antes de que se le olvidase, cómo había ido todo en casa de la Feli. Se escandalizó cuando le dije que la casa estaba patas arriba cuando llegamos pero se puso muy contenta al saber que yo me había ofrecido a ayudar a limpiar. Entonces me acordé del libro sobre los toros. Se lo bajé y le dije que era un regalo de la Feli, y seguí comiendo con indiferencia aunque en mis adentros estaba satisfecho de ver cómo ella ins-

peccionaba las fotos en blanco y negro, con las mejillas iluminadas de la emoción. Sabía que le gustaría.

—Qué recuerdos —dijo—. La de tardes que pasé yo de moza bailando en las gradas de la plaza, chillando improperios desde el burladero, correteando en el ruedo delante de la vaquilla…

—Sí, abuela —dije, y me fui antes de que me enredara en anécdotas de su juventud que ya conocía. Fregué los platos, me eché una breve siesta y comprobé con exasperación que O'Malley seguía sin enviarme ningún mensaje. Me vestí y avisé a la abuela de que hoy no se me haría muy tarde. Ella se acordó de algo mientras yo recorría el jardín y me lanzó un grito desde la ventana de la cocina.

—Tus tíos vienen mañana —dijo—. Llegarán a eso de las doce. Pasarán la noche y se irán el domingo. La Juana no se encuentra muy bien; tendrás que ayudar.

—Sí, abuela —respondí. Odiaba cuando me daba órdenes que no necesitaba de cosas que ya había pensado hacer por mi cuenta.

Con un sonoro estruendo cerré el portón metálico y me adentré en La Isla bajo el cielo azul de las cuatro. En cinco minutos estaba de nuevo en *La Gaceta* y, antes de poner un pie en la oficina, escuché voces y supe de inmediato que aquel viernes tranquilo acabada de irse al traste. Abrí la puerta y vi a O'Malley: el hombre que me había ignorado durante todo el día se reía ahora ante mí, despreocupadamente, de lo que la voz de arpa desafinada de El Nieto le decía. Fue una rara mezcla de sorpresa, enfado y satisfacción. Lancé un tímido «hola» y El Nieto me presentó al invitado.

—Ya nos conocíamos —dijo O'Malley, pero se acercó hasta la puerta y me estrechó la mano—. Coincidimos ayer en el velatorio.

Asentí y dije algo al respecto que no debió de causar el más mínimo impacto.

—Somos viejos amigos desde hace veinte años, ¿no, O'Malley? —dijo El Nieto—. Tú eras concejal; yo acababa de tomar el relevo de mi padre como editor. Entonces me pasaba el día en el ayuntamiento mendigando noticias y el alcalde siempre me pasaba contigo, no sé por qué.

—Supongo que las trolas que te metíamos entraban mejor si te las decía un tío de tu edad.

Ambos rieron.

—Qué tiempos… —dijo El Nieto, y se dirigió a mí por primera vez—. O'Malley me estaba explicando justo ahora un tema muy interesante y parece que es una exclusiva, así que, Endika, si te parece, dejamos lo que habías pensado para otro día y nos ponemos a tope con esto. —Estaba seguro de que si le preguntaba a mi jefe de qué trataba exactamente aquello que yo «había pensado», no se acordaría. En lugar de eso, decidí atacar por lo práctico.

—¿Viene Sara o hace falta que lleve la cámara? —pregunté.

—Llévatela mejor; así, practicas un poco y Sara adelanta lo suyo.

—¿Para mañana?

— «¿Para mañana?» —repitió El Nieto, mirándome como si le hubiera hablado en un idioma extraterrestre—. Sí, sí, claro que para mañana. Es un tema urgente. Bueno, yo os dejo, que tenéis lío. Hasta luego, O'Malley, cuídate. —Se sentó en su escritorio y se puso a mirar con semblante serio la pantalla de su ordenador, donde probablemente tenía a medio acabar una partida al solitario.

—Gracias, Nieto. Un placer, como siempre —dijo O'Malley. Guiñó un ojo a ningún destinatario en concreto y luego se dirigió a mí—. Vamos, sígueme. Mejor te lo voy explicando todo en el coche, que tengo una reunión a las seis.

6

Qué hago aquí. No podía parar de preguntármelo. Y esta vez me refería a aquí aquí, no a un estado general de las cosas o a un cuerpo insignificante ocupando un trocito de universo; me refería a una situación concreta en un lugar concreto un viernes por la tarde, a la basura y los excrementos, al sudor de la cara goteando en mi cuaderno, a la correa de la cámara de fotos haciéndome rozadura en el hombro derecho y al sol y al cielo despejado pero humeando en el horizonte como un espejismo destructor. Recordaba tiempos mejores (ese mismo día a las doce, por ejemplo, tomando un café en el bar Manolo) y pensé que podía estar en la oficina ahora mismo, entrevistando por teléfono a la directora del instituto, y luego tecleando tranquilamente lo que fuese que me hubiera dicho acerca de las obras en el salón de actos, y todo eso sintiendo mientras tanto las caricias del aire acondicionado, mirando el reloj y contando los minutos para marcharme de allí rumbo al fin de semana.

O'Malley me había llevado a las afueras de la ciudad en su Mercedes. En la carretera me pidió disculpas por no haber respondido a mi mensaje y alegó que su trabajo le absorbía tanto que no había tenido tiempo. El resto del trayecto lo hicimos en silencio. Condujo el coche más allá incluso del anillo de huertos y la vieja harinera, fuera de la nacional a través de un camino de piedra atestado de maleza hasta llegar a una zona desierta a los pies de la montaña. Una valla de alambre nos separaba de lo que habíamos venido a visitar: setecientos metros cuadrados de planta de tratamiento de lodos, propiedad de O'Malley, diseñados con el fin de acumular, transformar y vender cantidades ingentes de residuos convertidos en abono.

Eran pasadas las cuatro y media cuando entramos en la finca. O'Malley me dedicó una visita guiada mientras yo grababa su voz con el móvil y recogía la información más importante en el cuaderno. De vez en cuando disparaba con la cámara, aunque había poco que fotografiar, salvando unas piletas vacías, montones de escombros y un pequeño edificio en forma de cubo

al que no llegamos a entrar. No había un solo punto con sombra en todo el solar. Los árboles y las plantas, colocados en su día como adorno, se habían secado.

Descubrí que las instalaciones llevaban dos años paralizadas por la Justicia tras recibir la oposición de un grupo de Ayuntamientos de la zona (entre ellos, el de Ariza-Lenea), que consideraban la planta un peligro para el medio ambiente debido a los agresivos procesos químicos que albergaba, además de una chapuza arquitectónica repleta de inseguridades y un generador constante de mal olor. La noticia que O'Malley quería darnos en exclusiva era que el juzgado provincial había fallado a su favor. A pesar de que ahora la resolución sería recurrida por las administraciones locales, él iba a pedir la licencia de apertura, además de emprender nuevas acciones legales para reclamar una indemnización por daños y perjuicios, por aquellos dos años en los que no había podido ejercer su actividad profesional.

En ese momento no había nada en el mundo que a O'Malley le importase más que limpiar su buen nombre y demostrar la viabilidad y sostenibilidad de su empresa. Por eso estaba yo allí. Quería que transmitiese su visión de las cosas y la idea de que él era el primero que se preocupaba por la naturaleza y que por eso había plantado tantísima vegetación rodeando la finca, y era una pena que se hubiera secado toda por los años de inactividad, y claro, ahora, con la sequía… En definitiva, aquello no era su culpa y, además, por lo que respectaba al bienestar de los vecinos, él cumplía con todos los requisitos legales para abrir la planta, y la zona de residuos sin tratar estaba perfectamente aislada (la mierda, sí, pero no solo la mierda, también restos de madera y piedra y metal), por eso él se hacía la siguiente pregunta: ¿quién podía atacar a una empresa que se dedicaba a reciclar la basura y a convertirla en tierra aprovechable por los agricultores, mucho más rica y fértil que la que brotaba sola en el campo? No podía entenderse; bueno, sí, él sí que lo entendía; la respuesta era que estaba rodeado de aldeanos, gente atrasada, como esos nuevos alcaldes, que lo solucionaban todo con palos y piedras, y también los grupos ecologistas, que hablaban como si tuvieran la verdad absoluta y pretendían volver a vivir en chabolas de paja; lo único que querían era sabotear el progreso que traía él de forma desinteresada, desinteresada, sí, porque a él el dinero no le hacía falta y, qué diablos, la planta no generaba beneficios, y ya sabía que ahora recurrirían la sentencia, pero esperaba que cualquier juez con dos dedos de frente le diese la razón a él de nuevo; por eso pensaba abrir próximamente, aunque lo irónico del asunto era que a quien debía solicitar el permiso de apertura era a los mismos Ayuntamientos que le habían metido en aquel lío…

O'Malley hablaba y hablaba. Hacía rato que el móvil que sujetaba mi mano había dejado de grabar. Mis dedos garabateaban en el cuaderno ramitas retorcidas y hojas secas volando con el viento, dibujos que no llegaban a plasmarse en nada (el papel se había humedecido con la acumulación de go-

tas de mi propio sudor y emborronaba cualquier intento artístico sobre él), pero que seguían un ritmo y una espacialidad que emulaban oraciones sensatas sobre la superficie blanca.

Llegué a la conclusión de que lo que mi interlocutor necesitaba era que alguien le revelase que la Merindad entera ya lo tenía por un empresario sin escrúpulos desde mucho antes de que estallara el incidente de los lodos. Quizá así tardaríamos menos en volver al coche. Imaginé su reacción al decírselo y de repente el día se hizo menos pesado. Pero entonces el hombre se quedó en silencio y dejó de alzar los brazos y mirar al cielo como un predicador. Posó sus ojos en mí y respiró por primera vez, su cara perdió las tonalidades rojizas, desapareció la vena inflada en aquella frente infinita, y su mirada recobró la tranquilidad que me había fascinado el día anterior en casa de los Íñigo.

—Te estoy abrasando con todo este rollo, ¿eh? —me dijo. Yo mentí y dije que no pasaba nada y de pronto el hombre estalló en una carcajada que resonó por todo el solar—. Perdóname, es que este tema me pone de los nervios y quiero que lo entiendas bien. —Respondí que por eso estaba yo allí y que creía que ya tenía todo lo que necesitaba. Él me interrumpió—. Pues claro que sí; quiero decir que claro que lo entiendes. Desde el minuto uno, seguro. —Y volvió a reírse, ahora de forma seca, resoplando.

Nos encontrábamos en mitad de un punto de la planta cuidadosamente pavimentado e inclinado con el objetivo de acumular los lodos más tóxicos y, en caso de lluvia, deslizar y filtrar el agua contaminada por unas alcantarillas en el extremo inferior. O'Malley se sentó en el suelo liso y me ofreció un cigarro que rechacé.

—Te he jodido el día, ¿a que sí? —dijo, y se puso a fumar solo. Me fijé en su ropa: polo rojo y unos pantalones de tela ocre que transmitían un calor horroroso. Una parte de mí solo podía ver la cantidad de horas de trabajo que me quedaban por delante, pero decidí sentarme a su lado, dejando la cámara y el cuaderno en el suelo—. Dime la verdad: ibas a hacer eso que te ha dicho el jefe que no hicieras y te ibas a ir a casita pronto. Apuesto a que tenías ya ese artículo a medio redactar.

Esbocé una ligera sonrisa.

—Ya da igual —respondí.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —O'Malley se puso a dar botes y escupió el humo hacia arriba con el entusiasmo de quien prende unos fuegos artificiales—. ¿Qué era?

—Nada —dije, luchando por evidenciar mi madurez en contraste con su actitud infantil, algo que me gustaba hacer cuando hablaba con gente mucho mayor y más importante que yo, aunque se me escapó añadir—. Esto es más entretenido.

—Seguro que sí… ¡Ja! —exclamó él, y sacó la lengua y el humo salió disparado en todas direcciones—. El ambiente en el curro tiene que ser raro,

¿no? Ahora que por primera vez sois el periódico de la oposición…

—¿A qué te refieres?

—¿Bromeas? ¡Estamos hablando de El Nieto, El Padre y el Espíritu Santo! Cuando yo era concejal, a los Mauricios se les ponía una alfombra roja cada vez que entraban al ayuntamiento. Y así ha sido toda la vida. Hasta las últimas elecciones. Ahora, ya no os leo tantas exclusivas; parece ser que el nuevo Gobierno se las da todas a *Lenea Digital* y, claro, si a eso le sumamos la inmediatez con la que ellos publican las noticias… tenéis que estar muy jodidos.

—Es más complicado que eso —dije. La atmósfera estaba tan quieta y los rayos de luz eran tan espesos que el humo del tabaco formaba una esfera opaca de hilos grises entre nosotros. Fue extraño: sentí la urgencia de decir lo que dije a pesar de que sabía que debía medir mis palabras—. La verdad es que en los últimos años Internet lo ha cambiado todo. El nuevo alcalde no da exclusivas. Punto. Tampoco se las da a *Lenea Digital* ni, por supuesto, a *Ariza Directo*. Ahora el juego es otro: únicamente publica lo que le interesa en sus redes sociales porque sabe que ahí tiene un alcance amplio, inmediato y, sobre todo, el control absoluto de la información. Ante esto, todo lo que nosotros podemos hacer es llamar por teléfono, tirar del hilo, tratar de ampliar la noticia con alguna cosa nueva… El Nieto dice que antes había ruedas de prensa cada día; ahora hay una a la semana y suerte. Se reservan para momentos en los que los involucrados quieren una foto, por la razón que sea. En resumen: sí, estamos jodidos. Pero estamos jodidos todos juntos.

O'Malley, que me estaba escuchando con atención, pegó un respingo y se puso a rebuscar en el bolsillo del pantalón hasta rescatar un móvil que vibraba con fiereza.

—Dime —le dijo al aparato—. No, estoy en Ariza. Sí, claro que me acuerdo, pero es a las siete, ¿no? ¡Qué me dices! ¿Y están todos allí? —Miré el reloj. Eran las seis de la tarde, la hora a la que O'Malley había dicho que tenía una reunión en la Capital—. Joder, ¿y qué quieres que le haga? Tengo la agenda aquí delante y tengo apuntado que a las siete —mintió, e inconscientemente extendió la palma de la mano, la miró y la agitó como si fuera su agenda—. Y estoy ocupado ahora. —Me guiñó un ojo—. No sé, invéntate algo o invítales a una caña en el bar de enfrente. Sí, estaré a las siete. Pues, si no pueden, puedes empezar tú con las entrevistas. O diles que se cancela y que ya los llamaremos. Me da igual.

Colgó con brusquedad y del bolsillo sacó su pañuelo de tela con iniciales bordadas para enjugarse la frente. Le dije que tal vez era hora de irnos y que lo último que quería era causarle problemas en el trabajo, a lo que me respondió que no era una reunión importante, que solo era una serie de entrevistas a unos jóvenes que aspiraban a trabajar en su empresa, que no pasaba nada si la cita se posponía.

—Si quieren el trabajo, volverán el día que se les diga —afirmó.

Bajo el sol de agosto, la acumulación de humo en el aire me pareció insoportable. Cogí mis cosas y me levanté del suelo.

—Antes de que se me olvide: para redactar esta noticia tendré que llamar a los alcaldes y a los ecologistas y pedirles su reacción a la sentencia.

—Oh, claro que sí —O'Malley adoptó por primera vez el tono robótico del día anterior—. Yo soy solo una parte de la historia; lo entiendo perfectamente. El resto está en tus manos. Además, ya te dije ayer que había leído cosas tuyas y que me habían gustado, y hoy lo he vuelto a comprobar: El Nieto me ha dejado echar un vistazo al obituario sobre Laura y, bueno, al hilo de lo que hemos hablado antes, no tiene que ser fácil sacar tiempo en tu trabajo para escribir algo así, tan creativo.

—Gracias.

—Y no sabía que Laura estuviera escribiendo una novela.

Empezamos a caminar hacia la salida de la planta de lodos. Cerca de nosotros, bajo un enorme montón de tierra seca mezclada con hierros y cemento, imaginé que sobresalía la mano inerte de una niña.

—¿La conocías? —pregunté.

La expresión de O'Malley se ensombreció.

—¿A Laura? Hablábamos prácticamente cada día cuando empezaron las movilizaciones contra la planta. Estuvo aquí muchas veces, como tú ahora. —Sonrió, sus ojos gatunos perdidos en un recuerdo—. Siempre ladeaba la cabeza al escuchar, abría mucho los ojos y lo anotaba todo en una libreta minúscula con una letra enorme. Y, claro, no le cabía en cada hoja más que una frase o dos, y cada vez que quedábamos nos reíamos porque yo me metía con ella, le decía: ¡ya me vienes con un cuaderno nuevo! Aún no me creo lo que ha pasado. Nadie se lo cree. Por eso lo que escribes sobre ella resulta tan reconfortante; saber que estaba creando algo y que era sobre todos nosotros… ¿Llegaste a leer la novela?

Salimos de la finca y O'Malley cerró la puerta metálica con un estruendo ensordecedor que interceptó mi respuesta.

—¿Qué?

—Que no —repetí. Recuerdo que fue en ese orden (portazo, palabra silenciada, repetición) porque fue la primera ocasión que mentí sobre Laura y, si ya me costó hacerlo una vez, fue duro hacerlo dos seguidas y elucubrar después—. Todo lo que sé es lo que he puesto en el artículo: cosas que Laura me contaba cuando trabajaba con ella los veranos.

Mi texto mencionaba el argumento muy por encima. Presentaba el crimen y a los personajes, pero no decía ni una palabra sobre empresarios psicópatas. Por fortuna, a mi yo del pasado le había parecido más romántico generar en los lectores la misma intriga que Laura habría querido para su novela. A mi yo del pasado, además, le había dado cierto pudor excederse en los detalles sobre el proyecto secreto de la difunta creadora y buscaba evitar dentro de lo posible situaciones incómodas. Por último, a mi yo del pasado

no le cabía, en la maqueta diseñada por Sara para la página, muchas más líneas para alargarse en detalles.

—Una pena. Supongo que su madre lo guardará todo con recelo —dijo O'Malley. Me encogí de hombros mientras entrábamos en el coche y abandonábamos la naturaleza para introducirnos de nuevo en la nacional—, así que nunca sabremos quién es el asesino, ¿eh?

El resto del trayecto lo hicimos en silencio.

7

El viernes acabó con una promesa, un reencuentro y el inicio titubeante de una obsesión. No me gustan los inicios: implican un compromiso y a mí siempre se me secan las plantas cuando me encargo de sus cuidados. Quizá por eso decidí ignorar a aquel chico tan perfecto de mi universidad, Antoni Rovira, después de habernos liado (te he hablado de él, ¿recuerdas? Gafas de pasta, medio tímido y un as en el karaoke), por eso y porque, entre los pocos dogmas que me acechaban aquel 2018, estaba el de la imposibilidad de querer, junto con el firme convencimiento de que el cielo sobre mí iba a ser el mismo cielo para el resto de mi vida. Fue este conformismo, supongo, el que hizo que me esforzara tan duramente, y a la vez con tanta indiferencia, por ser amable, simpático, servicial, un sobrino modélico, cuando Tabarnea se llenó el sábado al mediodía —mi sábado, el primero de mis dos sagrados días libres— de cinco pares de mejillas que besar, otros cinco cuerpos que abrazar y múltiples respuestas que ofrecer a infinidad de preguntas arrolladoras tratando de hacerse hueco entre todas las demás.

8

Mis cinco tías y sus maridos llegaron a Ariza-Lenea en coche. Lo hicieron cada pareja por separado, en márgenes casi exactos de diez minutos entre las once y media y las doce y media. Como cada fin de semana, la Juana los esperaba en el porche de la casa, preparada para la guerra con el delantal puesto, trapo al hombro, ceño fruncido, brazos cruzados y talón derecho repiqueteando en el suelo de piedra resquebrajada.

A medida que los vehículos entraban al jardín por el portón abierto de la muralla, ella les indicaba con señas inútiles dónde y cómo aparcar, como si no llevaran haciéndolo en el mismo sitio y de la misma manera durante los últimos treinta años. Era su forma de marcar territorio. De decir yo vivo aquí. Para todo lo demás, sus habituales expresiones monosilábicas adoptaban delante de sus hermanas un gruñido especial, un poco menos arrogante y tal vez algo más encogido.

De pequeño, solía imaginarla como un perro guardián herido y rabioso y me divertía esperar en el porche con ella, de cuclillas con las manos apoyadas en los pies, mientras la Juana miraba fijamente el camino pedregoso y, solo a veces, me entretenía explicándome la forma de distinguir a las tías cuando se asomaban sus automóviles a lo lejos, entre los frondosos claroscuros de La Isla.

—Tus tías vienen en cinco coches diferentes; ¿sabes por qué? —solía decirme—. Porque cada una tiene su propia familia. Y cada familia tiene su propio coche. Puedes saberlo todo acerca de una familia solo mirando su coche.

Y se ponía a describir uno por uno los cinco vehículos que más tarde invadirían el césped recién cortado. Recuerdo que me decía la marca, la serie, el número de asientos, el tamaño del maletero; toda una retahíla de detalles que ahora me sería imposible reproducir pero que entonces descubrí, a medida que mis desorbitados ojos de niño maduraban e iban difuminando las idealizaciones familiares, que se ajustaban con increíble fidelidad al tipo de

vida que llevaban mis tías: era el caso de mi tía Carmen y el tío Ramón, por ejemplo, con la furgoneta roja de ocho plazas siempre cubierta de barro y polvo y cargada de dos hijos, cuatro tablas de surf, equipo de esquí, raquetas para la nieve, tiendas de campaña y hasta cuerdas y arneses y mosquetones, vestigios de aquel único verano del noventa y nueve que les dio por hacer escalada; o la tía Tere y el tío Fernando, que eran todo lo contrario, con un automóvil de ocho asientos también, pero el suyo blanco y pulcro, sin un solo objeto dentro salvo lo indispensable (botellas de agua, mapas de carretera, cuatro hijos); luego estaban la tía Conchi y el tío David, con el pequeño escarabajo verde cubierto de pegatinas de colores y del tamaño suficiente para ellos, su única hija y Pepo, el perro; o la tía María Luisa y el tío Alberto, con sus cuatro vástagos y el crucifijo dando tumbos, colgando del retrovisor de una sencilla furgoneta gris donde a duras penas cabían todos; y la tía Mabe, el tío Fran y sus dos hijas, siempre los del deportivo nuevo.

Como era habitual, Mabe y Fran fueron los primeros en llegar y poner patas arriba la tranquila convivencia en Tabarnea. Ella era la mayor de las hermanas y estaba acostumbrada a ser la primera en todo: ir a la universidad, casarse, abandonar el pueblo. En cada paso la siguieron de cerca las otras, excepto la Juana, que nunca estudió ni se emparejó ni dejó la casa.

Lo del deportivo de Mabe y Fran era un capricho. Pero era un capricho práctico. Y evidenciaba que Mabe era la única hermana que se había adaptado al síndrome del nido vacío; las demás, con los mismos automóviles desproporcionadamente grandes, las bicicletas de montaña para cuatro, la suciedad, los parasoles de *Tom y Jerry*, las bolsas vacías de comida para perro (el viejo Pepo había muerto de una parada cardíaca hacía años) y las biblias infantiles todavía apiladas bajo los asientos, se habían quedado estancadas en el tiempo.

Escuché el primer sonido de claxon desde el comedor y bajé a saludar. Mabe y Fran aparcaron en su sitio y se apresuraron a darnos dos besos a la Juana y a mí. Los acompañé dentro, con la abuela, mientras Juana se mantenía imbatible en su puesto militar. Repetí la misma acción a lo largo de aquella hora hasta que logré concentrar a todos los tíos en la misma sala, besándose y abrazándose y despojándose de la ropa mientras la Juana, terminada ya la ronda en el porche, se dedicaba a colgar los abrigos y los bolsos en el ropero y luego guiaba a hermanas y cuñados a las habitaciones, donde, como cada vez, les explicaba que ahí tenían, sobre la cama recién hecha, limpias las toallas, y cuáles eran las horas de desayuno, comida y cena, y lo importante que era respetarlas para la salud de la abuela.

Todo formaba parte de un sádico ritual. Y yo había sido testigo, desde mi rincón privilegiado de hijo de todas y de ninguna, de cómo el mismo fin de semana se desarrollaba una y otra vez, con la tía soltera, la mártir de doce brazos, en el centro de la ofrenda. Aquel verano todo iba a cambiar y el sábado fue solo un inicio —uno de tantos, tal vez el menos desagradable—,

originado, como todo, por la muerte de Laura Íñigo.

Como había augurado la abuela ayer, a la Juana todavía le duraba la resaca de la fiesta privada que se montó ella sola el jueves en la cocina. Eso hizo que, por primera vez en la vida, me viera obligado a intervenir.

—¿Cómo te encuentras, tía? —le pregunté esa misma mañana. De rodillas, la Juana frotaba con agresividad una mancha oscura que sobresalía en el parqué del pasillo. A juzgar por las córneas enrojecidas, las ojeras verdosas y el carraspeo antes de escupir un ronco «bien», me apresuré a hacer las cinco camas de matrimonio y luego barrí, pasé la aspiradora y fregué los platos. Juana protestó, pero en ese momento yo era más fuerte que aquel fantasma de castillo con sábana y grilletes. Le mandé adecentar el jardín. Accedió.

Limpiando las escaleras, descubrí que la marca de suciedad que la Juana había estado quitando en el pasillo formaba un goteo discreto pero incesante hasta la cocina. Se trataba de un rastro de vómito: sin que me diera cuenta, se le había escurrido de la boca la otra noche mientras la subía a su habitación.

No era la primera vez que ocurría, pero nadie hablaba nunca de ello y menos delante de la abuela, que no estaba para disgustos; toda señal de reacción en mi familia era que, a veces, a mi tía Carmen se le encogía un ojo cuando la Juana abandonaba sigilosamente la sobremesa y se excusaba para guarecerse en la cocina, y que en alguna ocasión incluso se levantó también ella de la silla para seguir sus pasos. Pero eso era todo. Y yo me sentía solo en mi constatación de que estos episodios habían dejado de limitarse, hacía años, a fechas puntuales como Navidad o Nochevieja, para pasar a extenderse a los fines de semana en que mis tíos nos visitaban. La novedad era acabar vomitando un jueves cualquiera.

—Ay, tía, esto te pasa por no cenar —le había dicho yo mientras cargaba su cuerpo seminconsciente escaleras arriba, más por mí, por intentar normalizar la situación, que por ella, pues de los dos yo era el único que iba a acordarse al día siguiente. Pero aquella mañana de sábado, mientras abría a golpetazos todas las puertas y ventanas de la casa para formar corriente, lo pensé mejor: quizá a la Juana no le hubiera venido mal que no la hubiera ayudado, que la abuela la hubiera sorprendido en la cocina en aquel estado lamentable del que yo la había rescatado, que hubiera pasado un poco de vergüenza y que así el problema, porque era un problema, empezara a ser un poquito más público.

9

La abuela volvió tarde de su paseo matutino, a eso de las once. Solía retrasarse los días en los que venían las tías porque así no veía a la Juana sufrir: se aseguraba de aparecer antes que las visitas, pero después de que el grueso de los preparativos estuviera solventado; se sentaba en la mesa de quejigo, me llamaba a voces y yo la acompañaba y le daba conversación, contribuyendo así a generar el efecto de que la anciana llevaba esperando allí toda la mañana.

Aquel sábado, la escena fue ligeramente diferente, porque me pilló haciendo las tareas de la Juana y porque la abuela apareció en Tabarnea acalorada y nerviosa, sujetando en su mano una edición de *La Gaceta de Ariza*. Me señalaba. Dejé el trapo de polvo con el que estaba limpiando una encimera y me senté con ella en el comedor.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó, abriendo el diario y aplastando las páginas alargadas contra el mantel. Las venas moradas palpitaban en sus dedos—. Ay, pero antes, tráeme un café con leche, Endika, cariño. Y mucho azúcar. Estoy muy disgustada, muy disgustada…

Le serví a toda prisa y la vi recomponerse después de un sorbo.

—Te refieres a esto —le dije, indicando mi texto sobre O'Malley y la planta de lodos—. Yaya, cómo querías que te lo contase, si me enteré ayer por la tarde. Cuando volví a casa estabas dormida.

Yaya. Así la llamaba de crío. Con el tiempo dejé de hacerlo y ahora solo lo recuperaba cuando buscaba apelar en ella la ternura. María Luisa bajó la vista y se miró las perlas, resignada, pero luego pegó una sacudida.

—¡Haberme despertado, pues! —exclamó. Sonreí y busqué su mirada y ella también sonrió; ambos sabíamos que eso era impensable—. Ya me entiendes, es triste que me tenga que enterar de estas cosas por la prensa teniendo a un periodista en casa. Porque para mí este asunto es muy importante: cuando la gente empezó a protestar para que cerraran la empresa de ese pobre hombre, supe que lo que pasaba estaba relacionado con nosotros, con

Tabarnea. Es este nuevo Ayuntamiento, que manipula para ponerlo todo del revés, que quiere cerrar empresas y destruir casas…

De nuevo, la abuela remando para poner el viento a su favor. Me vino a la mente la sangre en mi dedo el otro día, al caer en las fauces de la abertura de la lata, y señalé con él la foto en el centro del periódico. Se veía la finca vacía de O'Malley y detrás el cielo raso brillando en blanco y negro. Dije lo que tenía que decir para animarla:

—Pero, abuela, son buenas noticias.

—Supongo… por eso estoy tan enfadada —dijo ella, aunque ya no lo estaba—. Fíjate lo que pone aquí —añadió, olvidando quién había escrito el artículo—: el juez no solo le ha dado la razón a la empresa, sino que desde ya mismo puede abrir y empezar a funcionar. ¡Qué inmediatez! Y, encima, el Ayuntamiento de Arza tiene que pagar las costas del juicio. Eso me encanta. Invitaré a O'Malley a cenar —murmuró, conteniendo el aliento. Podía imaginar los engranajes en su cerebro funcionar a toda máquina: si O'Malley había ganado el juicio al Ayuntamiento, había esperanza también para la amenaza de expropiación que pesaba sobre Tabarnea—. Esto hay que celebrarlo, sí. Está decidido. —Expulsó lentamente el aire retenido, disfrutando de una súbita tranquilidad, y cambió de tema—. O sea que trabajaste hasta tarde anoche.

—Terminé a eso de las diez y media —expliqué, y la abuela se llevó las manos a la cabeza, escandalizada—. La cosa es que O'Malley quiso llevarme hasta la planta para explicármelo todo bien y el tema se alargó. Luego, ya en la redacción, tuve que hacer un par de llamadas a alcaldes y ecologistas y para cuando quise ponerme a escribir eran las ocho. Pero estuvo bien, porque entre medias me llamó Nekane, mi amiga. ¿Te acuerdas de ella?

—Nekane… Nekane…

—Nekane Lizarraga.

—Ahora sí, los Lizarraga. Familia de zapateros, de toda la vida. Cuando vivía su abuela Margari, solíamos jugar al mus en el bar Manolo y se traía a la nieta: alta, delgada, siempre callada y tan mona. ¿Estudiaba algo de muchos años, no?

—Medicina.

—Ah, cierto, como su madre.

—El caso es que ayer me llamó y quedamos para cenar por ahí en cuanto acabase el trabajo; ella ahora está de vacaciones, pero no la he podido ver en todo el mes porque estaba de Interrail con el novio… —Tuve que explicar a la abuela qué era el Interrail y el concepto le estalló en la cabeza.

—¡Menudo verano se pegan algunas! —Lo demás no le importó, salvo una cosa—. ¿Alguien del trabajo te esperó a que acabaras?

—No.

—Sinvergüenzas.

—Abuela…

—Laura siempre te esperaba.

—Porque entonces yo era becario. Ahora soy un trabajador más; puedo apañármelas solo.

—Ay, eres tan mayor cuando hablas así. ¡Y yo tan vieja cuando te escucho!

Con una carcajada, me acerqué para darle un beso en la mejilla y me invadió un vapor familiar de vainilla y piel de naranja.

—Seguro que O'Malley y tú os lleváis bien —le dije—. Ayer fue muy majo conmigo; sin pedírselo, me dio el documento de la sentencia para que pudiera leerla con calma, y estuvimos hablando un poco del estado de *La Gaceta*, de la falta de noticias y todo eso. Me dijo que seguía teniendo mucha influencia de cuando era concejal y que podía ayudarme.

En el coche, justo antes de despedirnos frente a la puerta de la redacción, O'Malley se había ofrecido para ser mi fuente si alguna vez lo necesitaba. Había dicho «lo prometo», y luego había dicho «pero solo si te portas bien hoy». Se refería a la noticia sobre él que tenía que redactar, y yo le había reído la gracia pero le había dicho que no hacía falta, gracias, pues no me gustaba cuando alguien se comprometía a algo solo por llenar un silencio. Y porque, desde que había cogido aquella llamada en la planta de lodos y había mentido a sus empleados para quedarse conmigo, en mi cabeza la situación estaba adoptando cada vez más la estética de un inicio.

10

El insolente fluir de los aspersores en Tabarnea fue lo primero de lo que quiso hablar María Luisa a sus hijas (el desconocido vándalo que había roto el sistema de riego; la rapidez con la que ella había resuelto la crisis) una vez las tuvo acomodadas sobre hamacas de madera, en bañador, protegidas por enormes sombreros y bebiendo sorbete de limón junto a sus maridos (antes se trató el tiempo insoportable, cuándo iba a parar aquella ola de calor, por el amor de Dios; y los nietos, a los que les iba todo fenomenal, como siempre, sí, todos trabajando y contentos con sus parejas, la mayoría en la Capital, aunque este sigue en Alemania y esta otra, en Madrid, y la otra se plantea por fin volver de Londres), pero, para su frustración, el tema no tuvo mucho éxito. Tampoco la noticia de que el Ayuntamiento de Arza había perdido el juicio contra O'Malley.

Estaban en la parte trasera de la casa, en una zona del jardín cercada por unos setos y a los pies de un abrevadero de piedra que en épocas mejores almacenaba el agua de lluvia, pero que aquel verano de restricciones se nutría secretamente de mangueras. En la cocina, la Juana partía zanahorias con un pulso más lento y tembloroso del habitual. Yo salía y entraba, dividiendo mi tiempo entre la voluntad de ayudarla y las voces de fuera que reclamaban mi presencia. Oí que la tía Carmen gritaba:

—¡Por Dios, mamá! —mientras se daba crema en los brazos fibrosos. Su marido, el tío Ramón, que en ese momento chapoteaba en el abrevadero junto a Mabe, Fran y David, dejó escapar una risa.

—Ya estamos con el temita de siempre… —canturreó la tía Luisa, la única de las hermanas que no llevaba bañador.

—¿Qué temita? —La abuela, que jamás usaba hamaca, sino que se traía la silla del comedor y se sentaba con su vestido de flores enfrente de sus hijas, lanzó de reojo una mirada de desdén al tío Ramón—. ¿Qué temita?

—Mamá, acabamos de llegar —dijo la tía Tere—: vamos a dejar de discutir por un momento sobre Tabarnea y el dichoso Ayuntamiento —la abuela

protestó— y hablemos de lo importante. ¿Dónde está Endika?

La abuela suspiró. «Lo importante», por supuesto, era la muerte de Laura —que, como había sucedido el pasado lunes, los tíos todavía no habían podido comentar con nosotros—, así como el jugoso obituario que se había publicado hoy. María Luisa lo había leído, claro está, pero aquello no era nada comparado con los temas relevantes de verdad, los que afectaban a la casa. El texto le había gustado, sí, así me lo confesó unos días más tarde, acurrucados los dos frente a la intimidad de la chimenea una vez apagada la explosión familiar del fin de semana. Y su percepción hacia Laurita Íñigo había cambiado por completo.

No era la única. Tal vez fue más fruto de un agosto sin noticias que de mi talento periodístico, pero lo cierto es que el artículo causó un impacto en la población ariceñaleneana mucho más grande que cualquier otra noticia publicada en lo que llevábamos de año. Hablar de ello me sigue sorprendiendo hoy, pues en el fondo es solo un trozo de papel: cien líneas a dos columnas, letra sin serifa blanca sobre fondo negro y dos fotos, una reciente de Laura sentada en la redacción, mirando a la cámara en primer plano, y otra de ella rodeada de gente, su cuerpo pequeñito entrevistando al ganador del concurso de espárragos durante una Feria de las Veinte Denominaciones.

No fue algo que estallase de inmediato, como sí ocurrió el día después del accidente, en el que la conmoción y el morbo adoptaron forma de corrillos en las cafeterías. Funcionó más bien como el chorro de un grifo abierto sobre una bañera taponada; empezó salpicando suave, en las pescaderías, en las carnicerías, en las panaderías, donde coincidieron los vecinos más madrugadores con una edición de *La Gaceta de Ariza* bajo el brazo que aún no habían leído, pero que prometía información reveladora sobre las virtudes secretas de la joven fallecida. En las casas, la página del periódico emprendió un viaje de mano en mano; en algunos casos llegó a ser recortada y guardada; en otros, expuesta en la mesita junto al teléfono para ser analizada con detenimiento más adelante; y la mayoría de veces acabó siendo utilizada para secar el suelo tras un fregado de emergencia.

Una semana después, el zumbido que el papel había logrado generar el primer día pasó a ser incesante gracias a Internet, pues *La Gaceta* subió el texto, tarde pero gratis, a su anticuada página web, y el enlace se compartió por grupos de WhatsApp y perfiles de Facebook. Incluso el alcalde lo visibilizó en sus redes sociales. Día tras día, el nombre de Laura Íñigo retumbaba en el centro de alguna conversación alrededor de una mesa con vino y cerveza. Comenzó así el agua a llenar la bañera y a cobrar vida la idea de que Laura era un genio, una artista única cuyo futuro gran éxito literario se había visto truncado por un mal giro de volante junto a un pantano. Supongo que no fue hasta mucho más tarde, pasado el verano y extinguido el fuego y la rabia, que Fermín Albéniz, el bibliotecario, se animó a rescatar de casa el polvoriento recorte de periódico, lo plastificó y lo colgó, primero en el tablón de

anuncios y finalmente en la pared del mostrador de la biblioteca pública, reavivando así una idea que era falsa, pero esperanzadora y reluciente como el colorante en la fruta.

La acción fue muy bien recibida. Se habló de dignidad. De homenaje. Pedro Juániz, el librero, pidió a Fermín Albéniz fotocopiar ese mismo recorte para pegarlo en el escaparate de su negocio. Quedó una impresión ilegible que reproducía el brillo del plastificado, pero no tardaron en hacerlo también otros libreros para sus escaparates; y los dueños de algunos hostales, buscando ampliar el contenido en las pizarras de corcho de sus recibidores; e incluso algunos profesores de Lengua, con el fin de usar a la joven prosista como referencia inspiradora para sus alumnos de Primaria.

Una mañana de primavera, la orilla del lago donde se hundió el coche amaneció con una humilde ofrenda de lirios junto a una copia de la necrológica y una cruz. El verano siguiente, una placa de bronce honorífica fue colocada por el Ayuntamiento en la fachada de la casona de los Íñigo, donde se concibió la novela. Fue entonces cuando se desbordó la bañera. Vino prensa importante. Habló el alcalde, que dijo unas palabras bonitas, y también Mauricio Miras nieto, que lo intentó, al menos. La Feli lloró en primera fila, encogida sobre sí misma para no llamar la atención.

Los años pasaron, *La Gaceta* ya no existe, pero la página maquetada por Sara Puerta se puede ver aún en muchos puntos de Ariza-Lenea, fondo grisáceo y letra amarilleada por el paso del tiempo y la fotocopia de la fotocopia. Laura Íñigo, esa Laura Íñigo prefabricada por mí, es ahora para muchos vecinos persona ilustre, modelo a seguir, reclamo turístico e icono de resistencia rural.

Mientras tanto y por desgracia, su gran debut como novelista sigue a día de hoy en paradero desconocido. Ni su madre ni ningún familiar o amigo logró nunca encontrar siquiera algún esbozo de la novela. Con la vejez, la Feli llegó a asegurar que la mesa de su hija estaba repleta de apuntes el mismo día del accidente, y juró y perjuró que había visto con sus propios ojos cómo toda prueba material de portento artístico se esfumaba en el aire, como parte de una escena bíblica de ascensiones divinas. Los vecinos asumieron la teoría de que la escritora lo quemó todo antes de morir, ya que se rumoreaba que había sufrido una profunda depresión heredada de los trastornos de la madre. Esto último era difícil de refutar: la pobre viuda vivió presa de un dolor que la acompañó hasta su último aliento de solitaria noche de otoño, gas abierto, puerta cerrada y la placa en honor a su hija arrancada de cuajo y en el fondo del lago.

—Se volvió loca, simple y llanamente —fue lo que llegó a mis oídos un jueves lluvioso de abril, al coincidir, no hace mucho (poco después de enterarme de que la Feli había muerto), en un metro atestado de turistas con Ander Echeverría, un chico de mi clase que ahora regentaba el bar Manolo, tras haberlo ganado en una subasta contra un empresario de fuera que quería

convertir el mítico local en una casa de apuestas—. Venía mucho al bar justo antes de morirse —me contó Ander, agarrado a la barra metálica y a duras penas manteniéndose entero con la inercia de los giros—. Consumía un chupito de pacharán, nada más, y se estaba todo el día echando pequeños sorbos en el mismo sitio, justo al lado de la escalera de caracol que sube al lavabo. Hablaba sola. Decía que Laura no estaba muerta. Y se dedicaba a repetir la misma historia una y otra vez, siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo: decía que su hija le había hecho compañía todo ese verano, justo después del accidente, y que no subió al cielo hasta un veintiuno de septiembre; que hasta ese día la escuchaba hablar en su cuarto y su voz la relajaba mientras veía la tele en el sofá; que era una voz distinta, varonil, y que un día que se atrevió a echar un ojo por la mirilla de la puerta llegó a verla, más grande y fea y encorvada que de costumbre, y toda maquillada y con el vestido rojo y vaporoso del día de su graduación. Era como un sueño. Pero más real que lo que tú y yo estamos viviendo ahora. Eso decía, ¿sabes? Y así todos los días. Se ponía un poco pesada. Y encima se enfadaba si los clientes se reían. Yo nunca me reí. Me daba pena. Un día eché del bar a uno que se estaba pasando de graciosillo y en una ocasión me tuve que dar la vuelta y fingir que estaba limpiando la cafetera, porque se me partió el alma oyéndola narrar cómo la voz de su hija muerta le decía que estaba bien, que la perdonaba por todo y que la quería. Yo estoy abajo, decía la Feli, con una naturalidad y una lógica que te dejaba planchado, estoy viendo el telediario tan tranquila, y esa versión extraña de mi hija viene y se queda arriba, sentada en su cama, sin molestar, enfurecida a veces pero casi siempre arrastrando un lamento, como es normal, por otro lado, en cualquier espíritu que decide volver a la Tierra y habitar la casa donde nació.

11

—Endika, ¡ven ya! —oí que bramaba el tío Fernando, el marido de la Tere, pelando un melocotón sentado en el césped con los pies cruzados y la espalda apoyada en la hamaca de su mujer—. ¿Qué está haciendo el muchacho todo el rato ahí metido?

La Juana levantó la vista de la tabla de cortar.

—Hazles caso. Aquí solo molestas —farfulló, torciendo la cabeza con brusquedad para que saliera de la cocina—. Y ofréceles más sorbete y algo de fruta.

En el jardín, el ambiente festivo y los bikinis de colores se contraponían con el contenido de los papeles que vi desperdigados en las hamacas y en el suelo, llegando casi al abrevadero: páginas sueltas de los números de *La Gaceta*, del lunes a hoy.

—¡Ya está aquí el reportero! —me gritó el tío Fran desde el agua.

Todos se giraron y me sonrieron. Conchi levantó su copa hacia mí, como queriendo brindar.

—No te escondas en la cocina, chico. Ven, siéntate, eso es. Cuéntanos, cuéntanos…

Querían saberlo todo pero no me dejaban hablar. Cada detalle morboso generaba sed y nuevas preguntas, y yo salía y entraba de la casa a por más alcohol o fruta o un cuenco de aceitunas, tratando de esquivar la mirada de la abuela, que denotaba agotamiento y una necesidad desesperada de hablar de sus cosas.

—Eso no lo sé —era mi réplica a la mayoría de las cuestiones (la marca del coche de Laura, el resultado de la autopsia o si estaba seguro de que fue un accidente) y el pretexto perfecto para que los tíos hablasen de los grandes ausentes de la jornada, mis primos (como Miguel, que sí sabría dar respuestas porque estaba haciendo un Doctorado en Medicina Forense, o la prima Claudia, que era abogada en un prestigioso bufete de Madrid y conocía, seguro, cuál era el papel exacto del juez en la escena del fallecimiento).

La conversación se prolongó en la mesa de quejigo donde, a la hora de comer, mis tías se lanzaron a opinar sobre la faceta literaria de Laura, a interesarse por si yo había leído su obra y si de verdad la muerta era tan buena y escribía tanto y tan bonito sobre las costumbres de Ariza. De fondo, la cara de inquietud de la abuela. Y el ir y venir de la sudorosa Juana, a la que yo iba ayudando a servir los espárragos y los pimientos y la sopa y el cordero al chilindrón.

La tensión se desató llevando en mis manos una fuente con huevos rellenos. Hablaba la tía Tere:

—Era muy inteligente esa Laura, ¿no, Endika? ¿Qué te contaba de su novela? ¿Acababa bien? ¿Salías en ella? Chico, deja un segundo las bandejas y siéntate un poco, que para un día que te vemos… Ah, ya, o sea que no te contaba mucho, ¿eh? Fíjate, no sé si lo sabes, pero en nuestra familia también hemos tenido algún que otro literato… o literata, mejor dicho. —Soltó una risita. Yo apoyé la fuente en la mesa y me senté—. Hablo de la Juana, claro. Ella siempre escribía de pequeña. Ganó algún concurso y todo. ¿Te acuerdas, Juana? ¡Juana Mari! Ay, de verdad, no se puede hablar con esta mujer… Todo el día en la cocina. —La Juana apareció y se sentó un rato a sorber la sopa—. Escúchame un minuto, hermana: ahora que venimos más a Ariza, ¿por qué no aprovechamos y empezamos a ir a comer fuera?

Se hizo el silencio. Juana miró a su hermana. Luego a la abuela y al plato y siguió sorbiendo. La abuela intervino, alborotada:

—¿Preferirías… comer en un restaurante?

—Lo digo porque así la Juana descansa —contestó la tía Tere. La tía Conchi intervino:

—Lo que la Tere quiere decir, mamá, es que cuando venimos queremos ver a nuestra hermana pero está todo el día cocinando, limpiando… y nosotras lo último que queremos es molestar.

—Irnos por ahí no soluciona nada. —La respiración de la abuela empezó a volverse frenética—. Tabarnea no se maneja sola.

—Pues a lo mejor se podría contratar a alguien para ocuparse de la casa —dijo el tío Fran.

En las discusiones familiares los cuñados solían quedarse callados, así que aquel comentario solo provocó que todo el mundo se revolviera en sus asientos. Algunas miradas perseguían a la Juana, que no quitaba la vista del plato. Los ojos de la tía Tere se clavaron en mí, como buscando un último comentario pacificador, pero yo concentré todos mis sentidos en devorar los huevos rellenos. Ella se resignó y murmuró:

—Bueno, vamos a dejarlo.

La abuela asintió, limpiándose la boca de aceite.

—Eso es, sí, vamos a dejarlo.

—Luego te ayudamos a fregar, Juana —dijo la tía Luisa—, y así te echas siesta.

Juana dejó escapar una risita amarga.

—Las cosas están bien así.

Tere puso los ojos en blanco y dejó caer la cuchara sobre el plato.

—Prefieres encerrarte en tu cocina.

—Bueno, ¡ya está bien! —exclamó Juana, y por un momento vi el enfado en sus ojos; solo por un momento, porque después forzó una sonrisa—. Tú misma lo has dicho: soy rara… una literata, ¿no? Venga, a comer.

Cogió la olla de sopa vacía y abandonó el comedor. Después de eso, nada más. Quizá el chirrido desgarrador de los cubiertos contra la vajilla.

12

—Tía, ¿necesitas ayuda?

Ventana abierta a la noche estrellada, la tía Juana fregaba los platos y dejaba entrar a la cocina el pesado cantar de las cigarras y los aspersores y también el vuelo de algún mosquito peleón. Entre aclarado y aclarado, acababa de terminarse su primera botella de vino del día y su cara tenía mucho mejor aspecto que hacía tan solo unas horas. Decidí aprovechar las circunstancias. La aparté suavemente del fregadero y la sustituí en la tarea, y ella sonrió como sedada y se sentó en su banqueta, el codo apoyado en la mesa y la mano jugueteando con los rizos canosos.

—Gracias —susurró—. Es la primera vez que no hago esto sola. ¡Y vaya que sí hay diferencia!

Le devolví la sonrisa, pero por dentro me encontraba algo abatido, pues, después de la comida, todo el mundo se había ido a la siesta, olvidando que tan solo minutos antes se habían lanzado promesas de ayudar en la cocina, y a media tarde la tropa había vuelto a ocupar sus puestos en las hamacas, en el abrevadero o sobre la hierba, y la tía soltera había servido los cafés y sus hermanas se lo habían agradecido con ternura, y poco a poco y a medida que sus conciencias volvían a reactivarse, habían vuelto el palique y el chapoteo hasta el atardecer.

Ahora, después de una cena en la que la abuela había conseguido por fin despacharse a gusto sobre Tabarnea y el Ayuntamiento y sobre O'Malley y la esperanza, quedaban pocas personas en la sala de estar y la mayoría (entre ellos, María Luisa) se había ido a dormir. La vajilla sucia no se acababa nunca.

—¿No estás molesta por lo que te ha dicho la tía Tere? —le pregunté a la Juana, pegotes de tomate y queso resistiéndose a ser enjuagados (en Tabarnea no teníamos lavavajillas porque para cuando se planteó comprar uno Juana ya llevaba años ocupándose de la casa y la idea se juzgó como gasto innecesario).

La tía me lanzó una mirada pícara. Estaba echada hacia atrás, espalda contra el frío azulejo, y se lo pensó dos veces antes de decidirse a responderme con algo más que monosílabos. Como la cocina quedaba muy alejada del salón, no había peligro de que alguien la escuchara salvo yo mismo, y yo sabía que era importante hacer justo eso, escucharla, pues aquellos instantes de rara intimidad ligados al alcohol los pasaba normalmente sola, a puerta cerrada.

Lo sabía porque, cuando ocurrían, me pillaba acostado en mi cama pegada a la pared pegada a su cama. Las noches sin alcohol la oía rezar, dos golpes secos en el suelo de dos rodillas adoptando posición de plegaria, y no me molestaba en absoluto; es más, el retumbar del mantra ininteligible contra la pared me ayudaba a conciliar el sueño. Las noches de alcohol, sin embargo, el volumen de los ruegos aumentaba y arrastraba un compás que oscilaba entre el susurro culpable y el sollozo ahogado. En esos casos solía quedarme despierto en la cama, hecho un ovillo, mordiéndome la uña del pulgar y retorciendo el tobillo compulsivamente, tratando de entender alguna de sus súplicas, averiguar cuáles eran esos pecados que tanto la atormentaban. La respuesta era siempre un ritmo pagano, como de tantán, y el sueño me acababa venciendo. En ocasiones extremas, la tía sustituía su rosario farfullero por trágicas baladas de su telenovela turca favorita. Entonces era imposible dormir y lo mejor era levantarse de la cama y buscar cobijo en otra de las numerosas habitaciones de Tabarnea, lo más lejos posible de la suya.

Aquella ocasión, en la cocina, discerní en su réplica la misma armonía aguda de las noches de alcohol, pero esta vez sus palabras no eran un eco cerrado, pared con pared, sino un hilo de voz viajando diáfano por el aire:

—No estoy molesta porque dentro de poco será lunes otra vez. —Alargó el brazo en busca de más vino—. Mientras tanto, el problema es de ellas por no querer entender que esto es mi vida todo el tiempo. —Oí el sonido de ventosa del corcho saliendo de la botella, justo a tiempo para terminar con la pila de platos. Iba a preguntarle algo más, pero Juana se me adelantó—. Es tarde. ¿Hoy no sales por ahí? —Negué con la cabeza y me sequé con el trapo, pero la tía insistió—. Es sábado.

—Estoy cansado —contesté, cortante. Ella hizo un estiramiento imposible para mirar por la ventana sin moverse del sitio. Satisfecha con lo que veía, se puso a agitar la botella.

—No hay nadie en el porche. ¿Por qué no me acompañas y te tomas un algo conmigo?

Era la primera vez que Juana se prestaba a compartir algo con alguien. La noche se volvió emocionante y el riego y los insectos dejaron de ser tan desagradables.

13

Me resulta incomprensible de aquel verano del dieciocho que mi tía y mi abuela, posiblemente las dos únicas mujeres vivas que me han visto desnudo, insistieran tan a menudo en decirme eso de que saliera «por ahí» (digo lo del desnudo por poner un ejemplo de intimidad entre nosotros tres, pero podría mencionar también las pocas ocasiones en las que he llorado o he reído a gusto de verdad, que han sido con ellas, o la única vez en la que las tres cosas pasaron a la vez —reír, llorar, estar desnudo—, cuando tenía seis o siete años y me picó una avispa en el jardín, junto al abrevadero, y la Juana y María Luisa corrieron a rebozarme en barro, cosa que me pareció muy trágica y muy divertida y nunca olvido). Entonces yo tenía amigos, claro que los tenía, todo el mundo tiene amigos, pero ellas me conocían bastante como para saber que, si ya había salido un viernes, era suficiente. Me refiero a esa preguntita que me hizo la tía Juana de por qué no salía, si era sábado. Ya había salido el viernes. Era suficiente.

El viernes, mi amiga Nekane Lizarraga me había llamado a eso de las ocho y estuve a punto de no cogerle el teléfono. Tenía el pretexto perfecto de que estaba hasta arriba de trabajo.

—Nekane, hola —acabé cogiéndolo y me arrepentí al segundo, porque por supuesto que mi amiga quería ir a tomar unas birras en algún bar y después ir a cenar para ponernos al día (no nos habíamos visto desde Navidad), y no bastaba con lo que me estaba contando por teléfono sobre sus aventuras en Malta y Croacia (el teléfono marcaba ya los diez minutos de monólogo) y en otros países con los que yo solo tenía contacto por Eurovisión; tenía que enseñarme las fotos y yo contarle tantísimas cosas sobre el fin de carrera, la graduación, mi nuevo trabajo (¡que ya era oficialmente periodista, qué guay!), el verano, la sequía, la pobre Laura, qué horror, y, en fin, hablar, pero no en privado sino en un local rodeados de otras personas que nos iban a ver entrar.

Porque entrar era lo más duro de todo. En un pueblo como Ariza-Lenea,

la sociedad se compone de las mismas caras conocidas, pero todas no caben en el mismo bar, por eso se reparten en cuatro o cinco (está el de los *pintxos* buenos, el seudopub irlandés con cervezas artesanales, el de las pegatinas reivindicativas, el de en cada pared una tele y en cada tele un toro muriendo, y el del dueño joven, chupitos a un euro y las copas a cuatro) y por eso es mejor echar antes un vistazo por la ventana, para ir prevenido del tipo de miradas que se dispararán contra ti en cuanto pongas un pie.

Nekane y yo quedamos en el portal del periódico y allí me la encontré al salir, diez y media, recién terminada mi jornada laboral. Lucía un vestido corto y de tela amarilla con volantes que no volaban con nada porque no corría un soplo de viento. Nos dimos un abrazo y atravesamos la plaza de El Pozo y luego recorrimos la calle Mayor y giramos por un par de pasadizos hasta llegar a la parte más vieja del casco viejo, la calle donde se concentraban las tabernas. Nekane apretó el paso y su melena castaña y su único pendiente, del que colgaba un colmillo artificial como de bebé elefante, comenzaron a dar botes cada vez más pronunciados (también lo hicieron, pero menos, los volantes), hasta que al final vio a la persona adecuada saludándonos tras el escaparate del bar Antxeta (el de las pegatinas), y su melena y su pendiente y los volantes descansaron y ambos entramos por la puerta acristalada al calor social de un viernes en Ariza-Lenea.

—Espero que no te importe —me había dicho Nekane durante el trayecto — pero Gorka se ha quedado sin plan y se nos une. No pasa nada, ¿no? —Y no pasaba nada, no, pero yo me quedé helado al escuchar el nombre de quien ahora me sonreía al otro lado de la mesita redonda.

Gorka Fernández era el novio de Nekane desde hacía poco; que yo supiera, estaba soltera cuando la despedí el pasado siete de enero y volví a Barcelona a terminar la carrera. Cómo había surgido su historia de amor, lo desconocía; hasta donde yo podía saber, lo que nos unía a los tres era que habíamos ido a la misma clase toda la vida. Solo eso, yo no había vuelto a saber nada de Gorka desde fin de curso de segundo de Bachillerato. No nos seguíamos en redes y las pocas veces que me lo había cruzado por el pueblo había rehuido su saludo mediante un vistazo nervioso al móvil.

Lo primero que hicimos al vernos en el Antxeta fue darnos la mano —fue incómodo, no supe qué hacer y creo que yo se la fui a dar y él me la chocó y luego la estrechó, un juego raro que no correspondí— y lanzarnos una serie de interjecciones seguidas de un «cómo te va», y ahora lo pienso y es gracioso, porque habríamos necesitado toda la noche si de verdad hubiéramos querido contestar a esa pregunta después de tantos años. En su lugar, la respuesta de él fue:

—Genial, Endika, tío. Curro en la empresa de mi padre. —Pinturas Fernández, toda una institución en la Merindad—. Me va bien, la verdad. No me quejo.

La mía fue:

—Qué bien. Yo he terminado la carrera ya, Periodismo, sí, en Barcelona estuve, eso es, y nada, ahora estoy de vuelta en el pueblo, en *La Gaceta de Ariza*, llevo ya casi un mes.

—Estaba sustituyendo la baja de Laura Íñigo, la periodista, cuando tuvo el accidente, ¿sabías? —señaló Nekane, dirigiéndose a su novio con tono afligido.

—No jodas —exclamó Gorka—. Hostia.

—Sí —dijo Nekane, y asintió varias veces, como queriendo interiorizar la aportación de su pareja.

Hablamos un rato sobre Laura y mi nuevo trabajo, y en realidad estuvo bien porque tanto Nekane como Gorka me dijeron, desde la despreocupación que les otorgaba la distancia, que había hecho bien en aceptar el puesto indefinido en el diario, cómo no iba a hacerlo, estando las cosas como estaban, y que por supuesto que no debía sentirme mal, que estas gestiones suceden así, de forma un tanto radical, pero se hacen siempre por el bien de todos, por la empresa, lo primero, pero también por los lectores, y enseguida pasamos a hablar del Interrail, un relato que yo ya había escuchado antes por teléfono pero que ahora se me presentaba con descripciones más coloristas, de la mano de la rústica elocuencia de Gorka y el apoyo de recursos gráficos en pantallas de móvil.

La estampa era insólita. Normalmente, cuando quedaba para tomar algo con Nekane, daba igual dónde, los dos nos sentábamos en una mesa, después de haber pasado el mal trago de tener que entrar (hablo por mí), e intentábamos mantener una conversación tranquila sabiendo (al menos yo) que a nuestro alrededor la radiante juventud ariceñaleneana era feliz con sus respectivas cuadrillas de entre cinco y diez y hasta quince personas (las mismas desde que íbamos a Primaria), de las que nosotros no éramos parte, ni nunca fuimos: Nekane, porque siempre fue una chica introvertida, más interesada en estudiar para lograr su objetivo en la vida (ser médica, como su madre, en lugar de zapatera, como su padre) que en hacer amigos; y yo, bueno, por otras cuestiones.

Gorka Fernández formaba parte de una de esas cuadrillas y su estridente risa solía destacar por encima del barullo, pero hoy se había sentado en nuestra mesita para dos y, aunque de vez en cuando miraba a los otros grupos como echando de menos su propia vida, supo adaptarse bastante bien a nuestra exclusión reposada.

La cena se desarrolló con fluidez (cerveza, patatas bravas, bocadillos de panceta con queso) y la presencia de Gorka propició dos cosas: una, que aparcásemos temas personales sobre los que, según Nekane, ella y yo teníamos que ponernos al día (así que hablé poco, lo justo para decir «guau» y «ala, qué chulo» al ver las fotos del viaje; no me quejo, estaba agotado tras una jornada en la que había tenido que contar muchas cosas, entre ellas inventarme el legado de una muerta); y dos, que yo dejase un poco de lado la

gran fijación de estar pendiente de mi alrededor para controlar las caras, que casi siempre pertenecían a personas con las que sufrí infancias, pubertades y adolescencias, y de las que había huido hacía cuatro grandiosos años.

La fijación consistía en ver si me miraban e imaginar si se estarían preguntando cosas, o dando cosas por hecho, o si se estarían riendo de mí para sus adentros, o comentando algo con sus amigos, o tal vez susurrando entre dientes alguno de esos adjetivos con los que muchos de ellos, la mayoría, se habían referido a mí en el pasado, cuando yo todavía no sabía qué significaban ni qué significaba yo.

Aquella noche, sin embargo, estuve como nunca de relajado, porque Gorka estaba en mi mesa y todos en el Antxeta podían verlo. Nekane, mientras tanto, estaba haciendo todo lo posible, de manera nada disimulada, para que no se diese la situación de que Gorka y yo nos quedásemos solos, asegurándose, por ejemplo, de que Gorka fuese el que siempre se levantaba a la barra a pedir más cerveza.

Una de esas veces, se dirigió a mí con voz acusatoria al mismo tiempo que controlaba en la distancia los movimientos de su novio.

—¡Endika! —me dijo. Respondí con un «¡Nekane!» porque me pareció divertido jugar a su juego—. ¿Qué te pasa que estás tan callado? Me has dicho que no te importaba.

—No me pasa nada. Estoy bien, estamos bien, lo estamos pasando bien. —Nekane puso los ojos en blanco—. Eh, ¿qué esperabas? Me has avisado de que Gorka vendría un minuto después de vernos.

—No lo sabía cuando te he llamado por teléfono.

—Ya, claro.

—Te lo juro, en el último momento me ha dicho a ver si podía unirse. Pero qué más da, es mi novio y no debería importarte conocerlo.

Nekane se cruzó de brazos. Yo me encogí en mi asiento.

—Ya nos conocíamos.

—Jo, Endika. Sé que no os llevabais bien en la escuela pero…

Me reí con amargura y la interrumpí:

—En la escuela, en el instituto, en párvulos…

—Eso fue hace un siglo. Ya no es el idiota con granos que recuerdas y que estaba rebotado con el mundo por un divorcio traumático y una frustración escolar.

—Madre mía, eres su novia y su psiquiatra.

—Solo te cuento la otra cara de la historia. En casa sus padres discutían a muerte y en el cole al pobre no paraban de machacarle. Prácticamente le llamaban tonto cada día. Yo tampoco sabía esto hasta que no lo conocí bien.

—¿Y cómo fue que os conocisteis tan bien?

Nekane me contó que se habían liado en Carnavales, allí mismo, en la barra del Antxeta y, ya sabes, preguntándose qué tal la vida empezaron a hablar y…

—Ves, esa es la imagen que yo tengo de él —interrumpí—, y la que tiene todo el mundo, seguro: el típico chico popular, el guaperas que se liga a las chicas y luego se lo cuenta a sus doscientos amigos. El que puede decir y hacer lo que le dé la gana porque todo el mundo le seguirá el rollo.

—Pues es que ahora no es así. Para nada, en serio. Es sensible, buena persona.

—Lo que tú digas, pero eso de que Gorka y yo «no nos llevábamos bien» no es así. Lo que Gorka me hizo es lo que ahora todo el mundo llama *bullying*, pero que cuando éramos pequeños se intentaba pasar por alto, yo qué sé, rezándole a la Virgen o algo para que no hubiera sangre.

Me puse a pinchar compulsivamente las patatas bravas y a introducírmelas en la boca.

—Mira que eres teatrero —dijo Nekane, nerviosa por mis palabras pero también por ver cómo la ración de patatas disminuía de forma alarmante por mi culpa—. Pero sí, es verdad: Gorka acabó pagando sus traumas con los que menos culpa tenían.

—Sí, conmigo. Y ahora, diez años después, nuestro cole tiene un protocolo antiacoso gracias a lo que tu novio me hizo y nadie quiso ver.

—Joder, Endika… —Nekane fue a decir algo más, pero la interrumpí señalando con los ojos a Gorka, que se acercaba detrás de ella, manos ocupadas con tres enormes jarras de cerveza y la cara alegre. Terminé la discusión en voz baja pero con brusquedad:

—Ya. Vamos a dejarlo. No nos hablamos desde hace cuatro años pero lo estoy intentando, ¿vale? Y él también lo está intentando. Déjanos intentarlo.

Gorka se sentó. Al principio Nekane estuvo tensa, pero tras la cena y las cervezas vino una ronda de cubatas y la conversación retomó la soltura del principio. Los ánimos estaban tan calmados hacia el final de la noche que Nekane ni siquiera se sintió mal por tener que dejarnos solos para ir al lavabo. Para mí fue todo un fastidio: incluso cuando su novia no estaba delante, Gorka demostró ser un chico encantador.

14

—Dime una cosa, Endika, entre tú y yo. —A la tía Juana le brillaban los ojos a medida que llenaba nuestras copas—. Sí que leíste el libro de Laura, ¿verdad que sí? —Me eché a reír—. ¿Era bueno, o qué?

Estábamos sentados en un banco acolchado del porche, comiendo un plato de aceitunas —las pocas que quedaban tras el saqueo de los tíos— y dos bolsas de patatas fritas que había rescatado de un armarito secreto. Luces apagadas, los únicos focos eran la luna y el círculo de farolas parpadeando a lo largo del paseo de La Isla, al otro lado del muro.

—Laura nunca me lo quiso enseñar. —Tomé el primer sorbo y me dejé embaucar por la acidez de la garnacha. En algún lugar de la casa, alguien estaba viendo una vieja peli de marcianos y los murmullos de la invasión y la guerra llegaban hasta nosotros solo a veces—. Bueno, eh, y tú, ¿qué? ¿Es verdad lo que dice la tía Tere, eso de que escribes? —Entonces la que rio fue Juana, que se bebió toda la copa de un trago para no contestar—. O sea, que sí. Y yo sin enterarme. ¿Por qué no he sabido nada hasta ahora?

—Porque es una tontería. Yo no tengo estudios, como tus otras tías. Tampoco tengo nada que contar. —Hizo una pausa, pero por mi ceja levantada vio que no era suficiente y añadió—: La tía Teresa ha sacado el tema para provocarme. Lo ha hecho sin mala intención, porque todavía se acuerda de cuando vivíamos todas juntas aquí y yo me escondía en el cobertizo para poder devorar tranquila a Tolkien y a Agatha Christie y escribir relatos tontos que nunca acababa.

—Venga, ya, Juana. —Nunca se me hubiera ocurrido llamar por su nombre de pila a la mujer que me crio, y hasta me sonrojé al darme cuenta del atrevimiento, pero lo olvidé enseguida, porque aquella noche entre burbujas sentía que todo me era permitido—. Llevo toda la vida queriendo escribir y he estudiado una carrera para poder dedicarme a eso; de toda la familia, la única que no se llevó un disgusto cuando dije que quería hacer Periodismo fuiste tú… ¿Y en ningún momento se te ocurrió decírmelo?

Estábamos disfrutando de la conversación. Nuestras copas siempre estaban llenas.

—Simplemente es algo que me sale a veces, cuando tengo tiempo —suspiró ella—. Lo tuyo sí que era más una cosa innata, por eso me puse de tu lado cuando la abuela empezó a hablar de que hicieras Historia o Arquitectura o qué se yo. De todas formas, quién crees que te introdujo en el mundo de la literatura, ¿eh?

Tenía razón en eso último. Nos pusimos a hablar de los cuentos sobre ardillas hacendosas y niños de circo que me leía cuando era pequeño, y de las novelas sobre islas desconocidas e historias interminables que me fue recomendando al crecer. Luego pasamos a rememorar la cruzada de María Luisa contra lo que ella consideraba el camino incorrecto, porque de qué iba a vivir su nieto, si era sabido que los periodistas acababan todos muertos de hambre. Fue una indignación que se le pasó a medida que se hizo patente que la decisión estaba tomada, en parte gracias a los sutiles pero firmes esfuerzos de la tía por hacerle entrar en razón. Para cuando llegó la notificación de admisión de la universidad, sustituyó aquellas preocupaciones catastrofistas por el placer de alardear, ante amigas y conocidas, de que yo iba a estudiar en Barcelona, en una de las mejores universidades del país. Finalmente, cuando empecé mis prácticas de verano en *La Gaceta*, María Luisa se volvió mi lectora más fiel y concentró sus esfuerzos en recortar y guardar en una vieja caja roja cada página de periódico que contuviese mi nombre y el apellido García de Maeztu.

En un momento dado los ruidos del interior de Tabarnea se acallaron. Ya íbamos por la segunda botella.

—¿Sabes qué? Hace años que no leo ni escribo nada. No tengo tiempo —dijo Juana—. Pero tengo que reconocer que, cuando he leído en el obituario todas esas cosas sobre Laura Íñigo, me he emocionado. Y me ha vuelto el gusanillo, no sé, me he acordado de lo feliz que me hacía inventarme historias.

Sonreí. Ella también sonrió. Luego entrecerró los ojos y noté que empezaba a perderse en su propia sonrisa, cada vez más inconsciente. Yo la provoqué para evitar que se durmiera:

—¿Y qué escribes, a ver?

—Nada —dijo. Abrió un solo ojo—. Algún intento de relato que nunca queda redondo. Y me encanta la poesía, aunque no sepa rimar, si no es feo y mal…

—¡Cállate! —Le pegué un codazo y la tía casi se cae del banco, muerta de la risa—. Déjame que vaya a por algo más de picoteo y mientras tanto bájame algo que pueda leer.

—Endika, no.

—Me da igual lo que digas. —Me escabullí a la cocina y volví con cuchillo, tabla y chorizo, pero Juana ya no se encontraba allí. Por un momento se me encogió el estómago, pensé que la había perdido para siempre, pero en-

tonces escuché un chasquido dentro de la casa y todo estaba bien, porque Juana toqueteaba temblorosa, echada sobre el sofá grande en la sala de estar ya vacía, unos papeles en su regazo.

—Se han ido todos a dormir —dijo. No protestó al ver que entraba con comida pero sin alcohol. Me hizo un hueco entre cojines y me presentó aquellas páginas arrugadas, y me dijo «léelas, anda», mientras se incorporaba para cortar sobre la tabla el embutido y yo pronunciaba en voz alta el título de aquel trocito suyo que había decidido entregarme.

—*El sobrino*, por Juana María García de Maeztu…

—… para Endika, a quien espero que le guste mucho. — Me guiñó un ojo.

—Oh, ¿está dedicada a mí?

—Lo estará si se publica algún día.

Entre risas, nos quedamos mirando la televisión apagada, que nos devolvía un reflejo deformado de nosotros echados en el sofá, divagando, en mi caso, sobre lo poco que nos conocíamos en realidad. Me enfrasqué en la lectura y Juana dijo:

—Si no te importa… —Y encendió la tele, que mostró a una joven de pie en la calle con los ojos cerrados, empapada bajo la lluvia—. Ay, me encanta esta peli, la de la mujer con cáncer que decide arreglar su vida para cuando ya no esté.

—*Mi vida sin mí*, de Isabel Coixet.

—Esa.

Pasamos la noche así. Cuando alcancé el último párrafo eran las dos de la madrugada y tuve que despertar a mi tía, que estaba roncando con la cabeza hacia atrás. Le dije lo que pensaba sobre lo que había leído: que me había emocionado, que había mucho de ella en lo que escribía y que a la vez era una historia que podía conmover a mucha otra gente, que creía que tenía que intentar hacer algo, presentarse a concursos, a editoriales, lo que hiciera falta, que yo la podía ayudar con todo, también a corregir algunos aspectos gramaticales sin importancia, en definitiva, que todo estaba bien, que podíamos hacerlo juntos. Recuerdo hablar y tener en mis manos la novela de Juana y a Juana enfrente, conmovida. Recuerdo esa noche y la recuerdo bien porque es un recuerdo con la bruma y la certeza de saber que antes de eso no había hablado con pasión sincera sobre nada, y ahora estaba allí y estaba hablando y me brillaban los ojos, y Juana también hablaba y juntos hablábamos sobre Laura Íñigo otra vez porque, si ella pudo hacer algo bueno, por qué no yo, nunca era tarde, y todos podíamos cerrar un segundo los ojos y morir para siempre al siguiente o podíamos, en cambio, perseguir sueños hasta ahora cerrados con llave a doble vuelta en un cajón, y podíamos hacerlo, si lo hacíamos, en nombre de aquellos que no habían podido ver realizados los suyos por culpa de la fina tijera que corta el hilo de la juventud. Recuerdo que hablábamos, hablábamos, y sin notarlo de pronto solo hablaba

yo, porque la mente de la tía Juana volaba lejos y había visto ya, desde su distancia privilegiada en las alturas, que allí abajo la Tierra iba a arder mucho antes de lo que cualquiera podía figurarse.

15

Si la Tierra iba a prender en llamas o no, cómo podía yo haberlo visto venir. Estaba ocupado con otros asuntos ocultos en mi cuarto. Me resulta difícil recordarlo ahora con exactitud; se trataba de una obsesión que cultivaba desde el funeral de Laura y que no hizo otra cosa que acentuarse con el fluir de los días, las semanas y el calor del verano. A veces dudo de mí mismo, de si ocurrió en el orden que dictan mis esfuerzos por ejercitar la memoria; de si no fue así, sino de otra manera, más concentrada en el tiempo, quizá, o aún más espaciada o todo a la vez, la misma noche dentro de mil y una.

Digamos que comenzó el viernes, al volver a casa después de quedar con Nekane y Gorka. Me dormí enseguida, seguro, embotado con el sabor amargo de la cerveza, y desperté de un sobresalto cuando el reloj marcaba las cuatro de la madrugada. Me costaba respirar, tenía la boca seca y el cuerpo exageradamente húmedo, como en las películas. Era por el sudor, sí, pero había algo más.

La culpa la tenía la pesadilla recurrente sobre el entierro de Laura. Le seguían esta vez imágenes de niñas muertas, grotescamente descuartizadas y envueltas en barro y excrementos, caras conocidas de muchachas del pueblo que veía todos los días caminar a la escuela. En el sueño lloraba sus muertes, de pie en el cementerio, y de repente estaba en medio de la planta de lodos, esperando a que llegara el culpable de aquellas atrocidades para poder vengarme o hacer justicia. Una sombra encapuchada se acercaba a mí bajo la niebla espesa y la lluvia nocturna, y era O'Malley, riéndose sin piedad mientras a mi lado estaba Laura, viva pero amordazada y pidiéndome con los ojos que la liberase. Yo daba un paso al frente y luego otro, en mis manos sujetando gruesos grilletes que goteaban a chorros el agua gris, un paso, otro, y me agachaba y miraba a Laura, que intentaba soltarse las ataduras, pero ya era tarde para ella, mis cadenas la rodeaban y mis puños se cerraban alrededor de su cuello insignificante. La lluvia me empapaba el cuerpo. El techo de mi habitación se balanceaba. Manos al colchón. Olor a pis.

La última vez que me había meado en la cama fue en mi primera semana en Barcelona. Fue por los nervios de novato y lo viví como un drama vergonzante. Esta vez no le di importancia, cambié las sábanas y puse en marcha una lavadora rápida, pero al meterme en el lecho límpido descubrí que el sueño me había abandonado para no volver y que ahora mi cerebro solo podía evocar la novela inacabada de Laura. Me asomé al borde de la cama y de debajo recuperé los apuntes y el manuscrito. Antes de darme cuenta, estaba leyendo *Las Profundidades* otra vez.

La escena se repitió al día siguiente. Era, pongamos, la madrugada del sábado al domingo, después de aquel momento especial con Juana. Me desperté en un mar de orina, puse la segunda lavadora secreta de la semana y volví a desvelarme, la mente absorta en aquella historia policíaca que ni siquiera me gustaba. Ansioso, las vueltas en la cama para intentar dormir formaban incómodos torniquetes con las sábanas.

El problema era, yo lo sabía, la página ochenta y uno de *Las Profundidades*. Verás, era muy sencillo: lo que me estaba pasando era lo mismo que cuando en la universidad me tocó hacer prácticas en una televisión situada fuera de Barcelona. En el tren, me aficioné a leer a cachos libros de verdad, cuarenta minutos de ida y cuarenta de vuelta, y me obsesionaba acabarlos lo más rápido posible para empezar el siguiente. Por eso, al llegar a mi destino, sentía rabia por tener que interrumpir la lectura. Ahora padecía lo mismo, pero sin que nada pudiera saciarme porque no existía una continuación; la página ochenta y uno era la última que Laura había escrito de su novela.

A no ser… ¿Por qué no? Tal vez sí que había una forma de leer *Las Profundidades* hasta el final. Podía escribirla yo mismo. Los apuntes de la autora eran lo suficientemente específicos. Solo hacía falta saber dónde buscar. Aquella misma noche, entre anotaciones, encontré unos garabatos que me indicaron cómo podría seguir la escena inacabada de la ochenta y uno. Cogí papel y boli. Me puse manos a la obra.

La noche siguiente volví a soñar con cosas terroríficas, a desvelarme y a mojar la cama. Pero no me dejé derrotar por la desesperación, sino que puse otra lavadora mientras hacía lo más parecido a rezar para que fuera la última, y opté por hacer un par de cambios en mi vida.

Mi primer impulso fue arrancar de raíz el origen de fugas y pesadillas, intentando no dormir en absoluto; algo imposible; lo descubrí en el primer intento. En el proceso, sin embargo, comprobé que dormir solo cuando mi cerebro llegaba a su límite conseguía eliminar por completo los accidentes húmedos, y reducía los malos sueños a meras sensaciones de *déjà vu* en medio de una oscuridad placentera.

Resultó, además, que entregarme a tres o cuatro horas diarias de sueño no solo no afectaba a mi rendimiento durante el día, sino que me hacía estar más alerta a estímulos que hasta entonces ni siquiera era capaz de percibir. Por las noches, además, tenía tiempo de sobra para analizar y desarrollar la

obra de Laura, y el cansancio, mezclado con algo de café, agudizaba mi imaginación como un sexto sentido. Así fue como empezaron mis largos estados de vigilia y dio inicio lo que bauticé como «mi Vida Noctámbula».

16

Le puse nombre porque era real, algo serio, una disciplina. Quedarme despierto hasta tarde no era nuevo, lo hace casi todo el mundo: encender el móvil y quedarse absorto con la luz de la pantalla cambiando de azul a rojo, de rojo a blanco, de blanco a verde. En mi caso, las noches infinitas habían tenido siempre el color negro y naranja de las aplicaciones de citas. Así fue en Barcelona y así creía que sería siempre en Ariza-Lenea pero, con la llegada de la Vida Noctámbula, a partir de ciertas horas me acostumbré a no echar de menos el móvil para nada más que para consultar sinónimos en WordReference y geografía local en Google Maps, y para documentarme en Wikipedia acerca de crímenes, leyes o el funcionamiento de las plantas de lodos. La pantalla no me proporcionaba otros estímulos porque el mundo dormitaba (no yo, espalda encorvada sobre el escritorio, ojos devorados bajo la luz del flexo, los apuntes de Laura esparcidos por la mesa, caóticos como cuando me los encontré en la casona de los Íñigo).

Las Profundidades no tenía una estructura complicada. Avanzaba a buen ritmo y calculaba que podría llegar a tenerla terminada para antes de la Feria de las Veinte Denominaciones. Era muy lineal, contada en riguroso orden cronológico y apoyada en gran parte por diálogos que el protagonista, el detective atormentado, de nombre Juan y de apellido Williams (una ocurrencia algo estrafalaria, teniendo en cuenta que en ningún momento se explicaba el origen de aquella ascendencia medio anglosajona, lo que me llevó a concluir que la autora no le había dado importancia; simplemente le había gustado ese apellido para su personaje, creando una rara atmósfera como de poblado de Oklahoma con olor a migas de pastor), mantenía con policías, forenses, periodistas, políticos y vecinos.

A través de estas conversaciones, que tenían lugar en mitad de largos paseos por una Ariza-Lenea idealizada, Laura aprovechaba para profundizar en el desarrollo de su panfleto turístico y ofrecer una muestra de la característica forma de hablar del pueblo y su Merindad. Esta última es quizá la única

lanza que me veo obligado a romper a su favor: Laura conocía muchísimos localismos y sabía reproducir con éxito el acento rural en boca de los distintos lugareños. Genuinamente impresionado, me empeñé en anotar, memorizar y reproducir cada frase hecha, refrán, abreviación y muletilla.

Mi objetivo era siempre homenajear a Laura, imitarla sin llegar al ridículo, nunca tomarme licencias creativas que pudieran suponer un crimen contra su memoria. Jamás me refería, por ejemplo, a Ariza-Lenea como «pueblo», sino como «ciudad», ni tampoco lo llamaba «Ariza-Lenea», sino solo «Ariza», mal que me pesara, porque sabía que Laura lo querría así. También era fiel a las interminables descripciones: tuve que informarme mucho sobre la arquitectura románica de la iglesia de San Pedro —donde el Detective Williams encontraba una importante pista—, rebuscando libros entre viejas estanterías de casa porque nada podía encontrarse acerca de ello en Internet. Un día, después del trabajo, incluso caminé por la orilla del río que rodeaba La Isla para poder detallar con precisión el recorrido y hablar de los ciclos de las corrientes, el aspecto de los chopos y la forma en la que los patos sobrevivían a pesar del caudal casi agotado por el estiaje.

Fueron muchas noches y muchas páginas. Tenía mis noches buenas y mis noches malas, pero hacía años que no me veía poseído por una creatividad similar. No escribía tanto y tan seguido desde mi infancia, y entonces todo eran aventuras fantásticas sin acabar, desordenadas y emuladoras de tierras medias y escuelas de magia y hechicería; después, en la adolescencia, solo escribía enredos platónicos, breves para garantizar su desenlace; y ya en la universidad lo dejé todo, atraído por la experiencia en primera persona de aventuras y enredos de otro tipo.

Laura me ayudó desde el principio: en una ocasión que no vi salida a un capítulo, encontré el estímulo necesario releyendo su obituario. Me emocionó su vida corta, intensa, y su compromiso con la dignidad de la España vaciada. También me acordé de aquellos vecinos que lamentaban la desaparición de su obra. Pensé: algún día esta novela será un regalo a todos vosotros. Creo que, con el tiempo, llegué a olvidar que el obituario, aquellas falacias de color de rosa, había sido escrito por mí. La Vida Noctámbula se estabilizó. Cumplí mi horario a rajatabla. Dejé de mearme en la cama.

TERCERA PARTE

1

Lo admito, es increíble tenerte enfrente ahora, hablar contigo desde el otro lado del cristal, cuando es algo con lo que fantaseé tanto aquel verano del dieciocho. Eran varias las cosas que entonces me hacían pensar en ti. El mero hecho de poner los pies en Ariza-Lenea ya fue todo un recordatorio, pues el autobús que me traía desde Barcelona dejaba ver la cárcel de Los Recodos a un lado de la carretera, a menos de un kilómetro, justo antes de adentrarse en los primeros anillos de campos y huertos.

Te imaginaba sentado en una celda minúscula, leyendo, o jugando al baloncesto en la cancha de algún patio con vallas de alambre, desde donde te sobresaltabas con el silbido del autobús cortando el viento y mirabas el paisaje plano y me veías a mí. Tenías menos canas que ahora, eso seguro. Estabas más rellenito. Y tu uniforme de preso era naranja, como en las series.

No volví a ver la cárcel en todo el verano, por supuesto, pero de vez en cuando me invadía el impulso de ir. Llegué a guardar en contactos del móvil el teléfono de la prisión y pensé en llamar, e incluso en presentarme allí sin avisar, con el pretexto de hacer algún reportaje para el periódico o sencillamente diciendo que era un conocido tuyo. Todo esto tenía que ver con que creía que mi vida se había quedado estancada y con la añoranza de Barcelona, pero en este caso no por echar de menos a mis amigos de allá ni por las discotecas o el cine o la playa o los hombres, sino por algo mucho más concreto que consistía en tener a alguien con quien hablar.

Verás, en Barcelona había tenido ese alguien, solo uno, pero con mi regreso a Ariza-Lenea se había acabado. Se llamaba Lucca: italiano, unos cincuenta años, media vida en Cataluña y mi confidente durante los dos últimos años en la ciudad. Lo conocí un martes de octubre que decidí consultar por primera vez mi salud sexual, convencido por una campaña municipal que animaba a hacerlo cada seis meses a través de enormes carteles de hombres sonrientes en marquesinas. Encontré en Internet una asociación LGTB que ofrecía pruebas rápidas de sífilis y VIH a través de un servicio «anónimo,

confidencial y gratuito». Me pareció una buena forma de empezar.

Lucca era uno de los voluntarios del grupo. Me abrió la puerta al típico piso reformado del Eixample, techos altos y muebles de Ikea, a cinco minutos de la calle Aribau, donde yo vivía. Me hizo sentarme en una sala acogedora con dos sillones y una mesita y, mientras aguardábamos al resultado de las pruebas —un leve pinchacito en el dedo índice y luego cuarenta minutos de espera—, me preguntó si siempre utilizaba protección, a lo que respondí que sí, y si había tenido últimamente alguna relación de riesgo, a lo que respondí que no. Continuó interesándose sobre sexo pero también sobre muchas otras cosas (un poco como tú cuando apareciste en mi vida y empezaste —¿recuerdas?— a hacerme mil preguntas subiditas de tono a través de ese perfil falso de Tuenti, lleno de fotos de fútbol y marcas de ropa surferas con el que fingías ser un niño de trece años, un poco así y un poco como cuando supe que eras otra persona y te lo hice saber, y enseguida me desvelaste tu identidad y empezamos a hablar de tú a tú porque confiaste en mi madurez temprana).

Lo de Lucca fue un cuestionario que luego descubrí que era predeterminado para los nuevos usuarios y que buscaba encontrar el tipo de asesoramiento que darme. Me explicó las distintas enfermedades e infecciones y las formas de prevenirlas. Lo hizo de forma clara, entretenida, y de él sentí la cálida pero frágil energía de quien lleva conviviendo con la enfermedad mucho tiempo y ha decidido enfocar su experiencia en ayudar a personas con miedo.

Acabamos hablando de todo. Lo único de mí que pareció dejarle descolocado fue que la razón por la que me había presentado allí —y no en un centro de salud— era no que quisiera llorar por un trauma, ocultar una doble vida o confesar todo ese sexo loco que yo no practicaba, sino sencillamente que me gustaba que la organización estuviera llevada por la propia comunidad LGTB —y no por un médico heterosexual con muchas opiniones pero ningún interés— y que me pillaba cerca de casa. Cuando salieron los resultados negativos y respiré con alivio, a Lucca se le escapó una risita.

—Qué esperabas —dijo, y me entregó un folleto con el mismo tío sonriente de las marquesinas. Me hizo gracia y, agitándolo como una banderita, le dije que allí me tendría en seis meses.

Volví en uno, y ni siquiera había tenido sexo otra vez, pero quería ver a Lucca y hablar sentado en la butaca. En nuestra segunda cita me invitó a café y me hizo la prueba y hablamos durante otros cuarenta minutos. En las siguientes no hizo falta pasar por el teatrillo médico, sino que fuimos directos a la salita, donde Lucca siguió preguntándome cosas y dándome consejos. Yo le contaba mis preocupaciones, no solo sobre sexo, y poco a poco él también se abrió, al principio para poner ejemplos reales que pudieran servir de parábolas, y luego ya como ejercicio nostálgico al que yo correspondía y trataba de resolver con parábolas de cosecha propia.

Nos veíamos cada dos o tres meses. Un día me lo encontré en la sección de lácteos del Mercadona y al despedirnos me preguntó que a ver cuándo iba por el centro. Eso me dejó tranquilo: significaba que a él también le hacía ilusión pasar tiempo conmigo.

Durante las vacaciones le echaba de menos, aun sabiendo que volveríamos a vernos, pero aquello dejó de ser una certeza en el verano del dieciocho, por eso se me ocurrió que tal vez tú podías ser la persona con la que desahogarme, contarle mis pensamientos más secretos u oscuros o todo lo contrario. Entonces O'Malley entró de lleno en mi vida y me olvidé de ti.

Resurgiste en mi cabeza la medianoche del último día de agosto, durante la Feria de las Veinte Denominaciones. Me vinieron recuerdos correteando por el jardín durante aquella misma fiesta, cuando yo tenía apenas doce años y tú tocabas el saxofón en la charanga y me mirabas a mí de reojo. Fue un *flashazo* rápido, justo antes de que tuviera lugar el incidente. Te enterarías, supongo: el fuego, los gritos desesperados. Ya a principios de mes mi abuela lo predijo; se puso histérica un día, como siempre pero un poquito más, porque el gran evento se acercaba y le había invadido el presagio de que todo iba a salir terriblemente mal.

2

Fue en el desayuno del lunes después del funeral de Laura cuando María Luisa soltó aquello de que se había levantado de la cama con un mal presentimiento, que estaba muy mayor y que la de este año podía ser su última Feria.

—Así que ya podemos mover el culo para que todo salga perfecto.

Eran las diez de la mañana. La abuela y la tía bebían ya su segundo café, pero yo acababa de despertarme y apenas podía abrir los ojos para esparcir la mantequilla en el pan tostado.

—Qué agorera —contestó Juana.

Era una estampa pacífica, la misma de siempre. El día anterior, mis cinco tías y mis cinco tíos se habían montado en sus coches después de comer y habían vuelto a la Capital, llevándose consigo el huracán del fin de semana.

Murmuré algo como que todo iba a salir bien o que siempre salía bien o dije ambas cosas. Juana me dio la razón con un tosido, consumió su taza en tres tragos y se abalanzó sobre la mesa para empezar a recogerlo todo aun cuando no habíamos acabado. Volvía a ser la de siempre, bruta, reservada, monosilábica, como si nuestra conversación del sábado nunca hubiera sucedido. De hecho, cuando el domingo por la mañana fui a hablarle de su relato, me espantó con un bufido y me dijo que fuera a atender a las tías. No dejó que le sacara el tema en todo el día.

—Ya hablaremos —decía en un susurro.

Y no pasaba nada, ya habría tiempo de sobra para hablar a solas de qué hacer con aquella historia sobre mujeres y cuidados y tintes folklóricos de brujería ancestral. De momento, lo importante eran los preparativos de la Feria: decenas de mesas, cientos de sillas, barra, música, encargos florales y una gran carpa para aguantarlo todo si llovía. Era lo mismo cada año, pero había que hacerlo y empezamos ese día: de uno de los armaritos del comedor, que escupió polvo al abrirlo, sacó la Juana un cuaderno enorme de tapas duras, páginas arrugadas y un sinfín de marcadores de colores, y de la

repisa de la cocina acercó el teléfono.

—Aquí está todo —dijo. Se sentó y dejó caer el libreto sobre la mesa de quejigo—: números de proveedores, fotos de otros años, facturas…

Con una mano pasaba las páginas a la velocidad del rayo y con la otra acariciaba las teclas del aparato.

—Cien años —exclamó entonces la abuela y, con su voz temblorosa de las mañanas, se puso a recitar el discurso con el que daba por inaugurada la campaña de organización—. Un siglo, que se dice pronto, se lleva celebrando en Tabarnea la Feria de las Veinte Denominaciones. Siempre en la misma fecha: el viernes antes del primer domingo de septiembre. Este año cae en 31 de agosto. Será la edición más especial de todas, el centenario de la tradición instaurada por tu bisabuelo Prudencio, que tuvo tanto éxito que se ha repetido cada verano desde entonces. —Fue interrumpido por la guerra, pero a María Luisa esa historia no le interesaba—. ¿Y sabes por qué hizo tu bisabuelo este gesto tan bonito, Endika, cariño? No lo hizo por soberbia, ni por avaricia. No. Lo hizo por ayudar a los demás.

Cuando, en 1918, Prudencio García de Maeztu organizó en su casa una jornada de encuentro entre agricultores y ganaderos, lo hizo para demostrar su poderío ante los mismos vecinos que se habían reído de él cuando les anunció que se iba a América a hacerse rico. De paso, el evento atrajo a curiosos de todas las regiones limítrofes, y ayudó a poner en valor el producto de la Merindad y a levantar así la deprimida economía local. Con el tiempo, las primeras intenciones del viejo emprendedor fueron cayendo en el olvido y sus herederos perdieron interés en ellas en favor de las segundas, más altruistas.

Aunque con diversos nombres a lo largo del siglo veinte (Fiesta de la Era, Puertas de Septiembre, Ferias de Artesanía), la designación actual hacía referencia a que Ariza-Lenea era el municipio de la región con mayor número de productos protegidos por el sello Denominación de Origen: estaba el vino, por supuesto, pero también el cava y el pacharán, y luego el aceite de oliva, claro, y los espárragos, la alcachofa y los pimientos, y teníamos ternera y cordero, y eso ya sumaban cuántos, nueve, bueno, pues había más, aunque ni siquiera mi abuela sabía enunciarlos todos. Al caer la tarde, la Feria pasaba a ser —y ese era, esencialmente, el germen de la expectación— una cena popular y un concierto hasta altas horas de la noche en los jardines de Tabarnea.

—Este año quiero organizar algo grande, clásico y azul.

Juana interrumpió su lectura relámpago y se dirigió a la abuela.

—¿Azul?

—Sí, azul —repitió María Luisa, y miró al retrato de Prudencio colgado en la pared—. Quiero hacer un homenaje a la primera Feria. Y ese es el color que me viene a la cabeza cuando me pongo a imaginar cómo fue.

Juana devolvió la mirada a su cuaderno, pensativa, y se puso a indagar

frenéticamente entre papeles hasta encontrar lo que buscaba.

—Sabía que aún la guardábamos —exclamó, blandiendo con orgullo una vieja cartulina que acto seguido lanzó al centro del mantel—. ¿No te acuerdas, mamá? Mira la fecha en el dorso.

A la abuela se le iluminó la cara.

—Esto es maravilloso.

Me acerqué a mirar. Era una foto antigua, desgastada, medio borrosa y pequeñita, del tamaño de una tarjeta. En ella se veía una multitud en blanco y negro de mujeres con guardasoles y hombres con bastón y bombín, y también muchas otras personas con trajes sencillos, todos concentrados en un césped rodeado de animales y puestos ambulantes.

—¿No lo reconoces? —me dijo la abuela. Alzó la instantánea para iluminarla bien con la luz de la ventana—. Es el jardín de Tabarnea. Y mira qué pone aquí: verano de 1918… ¡Es la primera Feria! —sonrió, triunfante—. Ay, Dios mío, hacía siglos que no veía esta foto. Esto. Esto es lo que quiero: vestidos vaporosos, faldas trabadas, chalecos, esmóquines, un viaje en el tiempo. Podemos hablar con el museo etnográfico, ¿no crees, Juana Mari? Pedirles prestados sus trajes de época y montar un desfile. Será una noche inolvidable. ¡Y la carpa será azul!

La abuela había olvidado los malos augurios de la mañana. La tía se limitó a asentir.

3

Los lunes solían venir especialmente cargados de falta de noticias. Mi estrategia entonces pasaba por aparecer por el ayuntamiento, antes incluso que por la propia redacción, y rogar al alcalde o al concejal de turno alguna información en primicia, aunque fuese insignificante. Salí de Tabarnea con el habitual portazo a la muralla, dejando la palabra en la boca de la abuela mientras aullaba algo como:

—Escúchame bien, Endika, decidas lo que decidas, en el escenario de la Feria no quiero nada de jóvenes ruidosos, como el año pasado. Menudo concierto… ¡Fue horrible!

La casa consistorial estaba en la calleja de Las Rosas, un pasadizo estrecho y desértico donde la gente seguía sin poder disfrutar con holgura del único día del año en el que el ayuntamiento tenía relevancia: el lanzamiento del cohete anunciador de las fiestas patronales desde el balcón, el quince de agosto, para el que faltaba entonces algo más de una semana.

El alcalde, Pablo Lacunza, estaba encerrado en su despacho cuando llegué y los funcionarios me dijeron que volviera otro día, que hoy estaba ocupadísimo.

El verano pasado, cuando era becario, probablemente hubiera dado media vuelta, resignado, pero ahora era diferente: yo *trabajaba* en ese ayuntamiento, aunque fuese ejerciendo un control informativo desde el otro lado. Y era lunes. Agosto. Hacía como cien grados a la sombra. Llamé a la puerta y abrí. Al otro lado del escritorio, el alcalde me miró y arrugó la nariz.

—Hola, Pablo, soy Endika, de *La Gaceta* —dije, como si no me hubiera presentado ya un millón de veces.

—Ah, Endika, sí. Me pillas liadísimo.

—Venía a ver si tenías alguna noticia para mí.

Pablo señaló el desorden de papeles sobre la mesa.

—La verdad, vienes en el peor momento. Y no tengo nada que contarte hoy.

Me quedé callado. Agudicé el oído y me fijé en el ruido de fondo, un pequeño ventilador de mesa que nos apuntaba desde una esquina. Me vino a la mente una escena de *Las Profundidades*, con la que había estado peleándome hacía tan solo unas horas y donde también había un ventilador: era algo bastante enrevesado, una discusión que no escatimaba en melodrama, en la cual Jacinta Pradera, la madre de una de las niñas desaparecidas, echaba en cara al Detective Williams que su implicación personal en el caso le impedía resolverlo con eficacia. Me había llevado un par de horas dar con el tono adecuado y ser fiel a la forma de hablar de aquella señora, una ariceña-leneana de pura cepa, viuda, madre coraje y distribuidora de Avon. Su forma de hablar, su templanza, se parecía a veces a la propia Laura cuando se enfadaba. Si Jacinta podía, pensé, por qué no yo.

—Pablo, dame algo. Lo que sea, anda. No me hagas volver donde El Nieto con las manos vacías.

Pablo se revolvió en su silla, entretenido, pero no bajó la guardia, sino que mantuvo la mirada en silencio y una ceja arqueada. Insistí:

—Yo qué sé, por ejemplo, la semana que viene empiezan las fiestas y aún no habéis dicho nada de quién se encargará del chupinazo.

Tradicionalmente, los cohetes anunciadores de las fiestas los lanzaba el político de turno hasta que, tras las últimas elecciones, el acto empezó a servir de reconocimiento a distintos grupos sociales que contribuían de forma desinteresada a la fiesta, desde asociaciones a grupos de música. Yo, a diferencia de mi abuela, no me quejaba de los nuevos aires, pero sí que andaba buscando que Pablo rebajase conmigo un poco la actitud de policía gruñón, entre testaruda y precavida, que era así por el mero hecho de ser yo «el nuevo», pero también por pertenecer al periódico al que pertenecía. Para que te hagas una idea, Pablo Lacunza, de algo más de treinta años, agricultor y activista medioambiental antes que político, era el tipo de persona que pintarrajearía con gusto «FASCISTAS» en la persiana de *La Gaceta*.

—Eso ya os lo comunicaremos en rueda de prensa —respondió Pablo acerca del cohete de fiestas, y era mentira, claro, la información ya la daría él en su página de Facebook cuando le viniera en gana, o se la filtraría, con suerte, a *Lenea Digital*.

—Es solo un ejemplo —dije—. De todos modos, algo habrá donde pueda rebuscar, digo yo…

Pablo resopló y me entregó un dossier con sello municipal, de unas diez páginas. Me dijo que le echara un vistazo y que le llamase si tenía dudas.

Estupefacto por lo fácil que había sido, me levanté y me dispuse a salir, pero él tenía una cosa más que decirme.

—Endika, he oído que has venido para quedarte, ¿no? Mira, hay ciertas cosas que tenemos que respetar los dos si queremos que la comunicación funcione, ¿vale? A partir de ahora, prefiero que me llames si necesitas algo y no que aparezcas aquí sin avisar.

Se me pasó por la cabeza regalarle una disculpa, pero los papeles oficiales en mi mano brillaban con el sol y, aunque no fuesen la octava maravilla, los había conseguido precisamente por aparecer sin avisar.

Volví a pensar en *Las Profundidades*, traté de canalizar a Laura a través de sus personajes, y me sorprendí a mí mismo reaccionando a las palabras del alcalde con una risa cómplice, no muy sonora pero tampoco cohibida. Pablo se llevó un susto. Yo también. Sacudí la cabeza, tratando de controlar aquel impulso, pero ya no había vuelta atrás.

—Ay, Pablo, ¡tantas cosas me gustarían a mí…! —me vi a mí mismo exclamando. Y dije más—. No sabes tú bien: por ejemplo, me gustaría que me hubieras dado alguna información sobre las fiestas. O, puestos a pedir, también me gustaría (a mí y a El Nieto y a todos los otros periodistas, vaya) que hubiera más ruedas de prensa y, bueno, más actividad pública, así, en general. ¡Qué es agosto, pero no nos hemos muerto!

Y me reí yo solo. ¿Me había pasado?

—Hazme caso, que acabas de llegar —dijo él, recuperando el tono cortante. Se levantó de la silla y me acompañó a la puerta—. Esto tiene que ir poco a poco. Y, desde luego, con Laura, bueno, las cosas no se hacían así, de sopetón. Con ella era diferente.

Mi comentario sobre la muerte, pensé, le había recordado, sin querer, a tiempos mejores. Me hubiera gustado contestarle:

—Es que yo no soy Laura. —Y luego marcharme y añadir, sin darme la vuelta, justo cuando Pablo estuviese a punto de cerrar la puerta—: Pero estoy aprendiendo a serlo.

4

Llegué a la redacción blandiendo los papeles que me había dado Pablo Lacunza como cadenas y esmeraldas de la armadura de un enemigo recién abatido. La ficha era sobre una ampliación del carril bici en los anillos urbanos y El Nieto lamentó, con el café del mediodía en el bar Manolo, que la información dejara en buen lugar al Ayuntamiento.

—Pero felicidades: lo has conseguido en exclusiva —añadió al final, en un arrebato de delicadeza.

Me avisó de que tendría que sacarle punta, buscar algún fallo en la ordenanza o la contratación o simplemente hablar con el líder de la oposición para transcribir alguna declaración incendiaria. Lo cierto es que El Nieto no le estaba hablando a nadie: Sara estaba a lo suyo, como siempre, y yo me limitaba a mirarle mientras pensaba en las formas de mejorar el último párrafo que había escrito de *Las Profundidades*. Estaba repasando los temas que quería tratar en el capítulo siguiente (la agorafobia que sufría el Detective Williams en secreto; la desconfianza entre él y su clienta, que se iba agudizando; y una pelea en el bar Antxeta que acababa con dos jóvenes injustamente detenidos) cuando oí que El Nieto decía:

—O'Malley me ha escrito esta mañana para agradecer la noticia sobre la planta de lodos. Dice que buen trabajo.

Me ruboricé, sobresaltado. Abandoné *Las Profundidades* y farfullé algo que ni yo entendí, la mirada fija en los posos de café pegados a la cucharilla en la taza vacía.

—Por cierto, ¿le hablaste de si quería anunciarse con nosotros? —me preguntó El Nieto.

—Entre una cosa y otra… —negué con la cabeza—, pero tengo su número y me dijo que podemos contar con él como fuente para lo que necesitemos.

—¿Por qué no le pegas un toque hoy mismo? Así sabrá que no lo has olvidado. Ya me entiendes, que no se quede solo en un cumplido… De paso, le

dices que me llame para que le hable de una oferta especial.

—Vale —respondí, pero no le llamé en todo el día. Estuve ocupado con el trabajo y, sinceramente, me irritaba que el tío no me hubiera agregado aún al WhatsApp, algo evidente porque seguía sin aparecerme su foto de perfil ni su estado.

Por la tarde, me llegó un mensaje inesperado, un «hola» seguido de un «no sé si recibirás el *mail* que he enviado a El Nieto, así que lo digo por aquí, muchas gracias por tu profesionalidad, de mi parte y de toda la empresa, te debo un café», y de repente ahí estaba la foto de WhatsApp de O'Malley, redonda y reluciente pero decepcionante, pues se trataba del logo de su empresa, las iniciales de su verdadero nombre entrelazadas como serpientes sobre fondo blanco. Su estado era una exhibición de ingenio, un trozo de canción canalla de un obsoleto cantautor. Decidí no contestar hasta la noche, cuando estuviera en la cama, porque mi respuesta tenía que ir acompañada del recado de El Nieto y me daba pereza.

Oscurecía cuando volví a Tabarnea. Desde el camino del parque vi sombras extrañas en la ventana iluminada del comedor y me temí que aquella noche hubiera cena de interés. Probablemente era algo improvisado, pensé mientras subía las escaleras del porche, fruto de los arranques de histeria de la abuela en relación con la Feria. Respiré hondo por la nariz, buscando el centro de mi paciencia, y la puerta se abrió de golpe. Una mano me agarró de la camisa y me arrastró al interior.

—¡Qué bien que estás aquí! —Era la abuela, que gritaba—. Esto es un desastre.

—¿Qué pasa? ¿Y la tía?

—Mira, mira, mira… no me hables de Juana Mari porque… porque… —y soltó un alarido de rabia mientras entrábamos en la cocina.

La tía estaba allí, revolviendo con brusquedad una cazuela. La rodeaban cacharros esparcidos por la encimera, armaritos abiertos de par en par y olor a quemado.

—¡Ya va! ¡Ya va! —gritaba sin parar, voz resbaladiza y movimientos torpones. En la mesa, una botella de pacharán medio vacía nos miraba, desafiante. Era lo único que quedaba en pie.

—Le he dejado bien claro que tenía que estar todo listo para antes de las nueve —dijo la abuela al borde de un ataque de nervios—. No me lo puedo creer, Juana, no, así no, déjame a mí. Endika, óyeme, tenemos una visita. Ha sido una cosa de último momento; la tengo en el comedor, aburrida y hambrienta; ve y llévale un aperitivo mientras arreglo este desastre.

Pronunció «desastre» con las letras palpitando en su lengua y los ojos clavándose como cuchillos en su hija, a la que le había arrebatado el cucharón y que ahora murmuraba maleficios secretos con los brazos cruzados.

—Hago lo que puedo… —acertó a decir. Se puso a destrozar una lechuga con las manos sucias y yo las dejé enzarzadas en la discusión. Me alisé la ca-

misa, llevé cuatro cosas en una bandeja y, odiando a Juana por impedirme descansar a gusto en mi cuarto, entré en el comedor. La visita de interés, en un principio solo una espalda ancha de hombre bajito y calvo, se giró y me dedicó una sonrisa felina:

—Hombre, Endika, qué tal. Me alegra ver que hoy terminas el trabajo a una hora prudente.

O'Malley estaba radiante. Su compostura llenó la sala y me hizo pequeñito.

5

No se percató —o no quiso percatarse— de que mi timidez había sacado sus plumas a pasear. Invadió mi espacio personal, me dio una palmada en el hombro y con la otra mano me quitó la bandeja para ayudarme a poner las cosas encima del mantel.

—Tu abuela me ha dicho que se disgustó bastante el otro día —dijo, y dibujó una sonrisa burlona— cuando se enteró de las noticias por *La Gaceta* y no por su propio nieto.

Quería empezar una conversación. De hecho, una vez hubo colocado toda la comida y la bebida (lo hizo todo él porque yo estaba rígido; una cosa es hablar con alguien llevando puesta la máscara de periodista y otra muy distinta hacerlo dentro de las paredes de Tabarnea), se sentó y espero cómodamente mi respuesta.

—Sí, bueno —carraspeé—, mi abuela es la protagonista de su propia vida; como todos, vaya, pero ella siempre más.

Soltó una sonora carcajada y me evocó a sus risas del otro día en la planta de lodos, al humo escapando de entre sus labios como una locomotora. Más relajado, me senté en la silla enfrentada a él, el brazo apoyado en el respaldo, facilitando mi huida en caso de emergencia y a la vez indicando que estaba dispuesto a levantarme si necesitaba algo.

—María Luisa es un encanto —dijo.

—Lo es. —Y él esperaba de mí una réplica sarcástica y elaborada pero no se la di. El silencio que me precedió fue espeso.

—No esperabas encontrarme aquí hoy, ¿eh?

Tercer intento de generar conversación. De fondo, el barullo de la cocina, como de accidente nuclear. Abrió una de las botellas de vino tinto y llenó dos copas. Bebí un trago y dejé que el calor que recorrió mi cuerpo hiciera su trabajo.

—La verdad es que no. Aunque iba a responder a tu wasap justo ahora. El Nieto quiere hablar contigo y proponerte un par de planes interesantes para

que te anuncies en nuestro periódico.

Se rascó la barbilla, nada impresionado.

—Genial, hablaré con él y lo pensaré, sea lo que sea. —Estaba aburrido. Luchaba por rescatar su habitual energía—. Porque al buen periodismo hay que apoyarlo, ¿no? —Chocó su copa con la mía—. Ahora en serio, te lo digo de nuevo en persona: gracias por el trabajazo que te pegaste el viernes. Y lo del café lo digo de verdad. Siempre cumplo con mi palabra. Un café, una cerveza, un cubata. O las tres cosas, si lo prefieres.

Sonreí. Le di las gracias.

—Nada, hombre. Qué menos. Y la alegría no solo me la diste a mí: María Luisa d…

—¡Ya estoy aquí! —Como si hubiéramos invocado a un espíritu, la puerta se abrió de golpe y entró la abuela, sofocada, sujetando con manoplas una lasaña medio chamuscada y el plan B, tortilla de patata—. Esto es todo lo que hay. Ya lo siento, pero hemos tenido un pequeño percance en la cocina.

Se sentó en su trono y sonrió con todos los dientes. Él le sirvió una copa y brindamos. Escuché un ruido lejano como de algo que se caía al suelo y luego alguien subir tropezando las escaleras del primer piso. Miré a la abuela, que hizo como si nada y centró su atención en el huésped.

—Qué bien que, después de todo, has podido venir. Verás, Endika, le he llamado esta tarde para darle la enhorabuena por haber recuperado su empresa después de tanto sufrimiento. Le he invitado a cenar cuando quisiera, pero resulta que la semana la tiene toda ocupada ¡precisamente por la enorme cantidad de papeleo necesario para volver a abrir el negocio!

—Salvo esta noche —aclaró O'Malley, encendiéndose un cigarrillo—. Y esto no iba a perdérmelo por nada del mundo, María Luisa. Por los viejos tiempos.

«Viejos tiempos». La abuela había olvidado mencionar que ya conocía al dueño de la planta de lodos cuando le hablé de él el otro día. Era extraño: a María Luisa García de Maeztu, oráculo de Delfos del todo a cien, dinosaurio alado de sabiduría ancestral, no se le olvidaba nunca nada. Arqueé la ceja y seguí bebiendo en silencio. Ella reía.

—Ay, calla, calla…

—Hace veinte años ya.

—Nada. ¡Viejos tiempos, dice! Me haces sentir como una abuela chocha.

—Tú siempre has sido joven —dijo él, y se dirigió a mí y me habló reteniendo el humo en los pulmones—. Me acuerdo de cuando los del partido me pusieron de concejal de Urbanismo, recién acabada la carrera. El trabajo me parecía agotador, pero entonces tu abuela aparecía en el ayuntamiento con una vitalidad extraordinaria y yo decía, no me lo puedo creer, esta mujer no descansa nunca. Y me dejaba contagiar.

—¡Qué cosas tienes…! —La abuela soltó una carcajada, los anillos de la mano dando brincos contra su pecho, hasta que la risa se le redujo al silbido

de un suspiro—. Lo que es la vida… ¿verdad? Da igual que los cambios sean lentos porque luego, al recordarlos, siempre parece que sucedieron con un parpadeo. Y chas —chasqueó los dedos—, antes de darte cuenta te ha pillado el toro. Como hoy, que ha sido todo tan repentino que a la Juana ni siquiera le ha dado tiempo a preparar algo decente…

El nombre de mi tía me hizo salir de la conversación, volverme y agudizar el oído para ver si podía escucharla en los pisos superiores, pero el aire que se colaba por la rendija de la puerta solo me trajo silencio.

—… y lo que tuve que pelear yo entonces para que nos dejarais ampliar la conservera de Tabarnea…

—¿La conservera? ¡Pero qué me dices, María Luisa! Si en el Ayuntamiento os aprobamos los permisos enseguida.

—Enseguida, lo que se dice enseguida…

—La conservera lo ha sido todo para esta ciudad.

—Sí, claro, eso dices ahora, ¿pero en su día no hacía daño tanta nueva industria?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Ay… Qué bribón estás hecho tú.

Era como ver pelear a dos cachorros. Hacía tiempo que no veía a la abuela reírse con tantas ganas. Yo mismo me reí mucho. Sus batallitas me parecían interesantísimas porque eran anécdotas que no había escuchado antes, de cuando dirigía la empresa familiar y su influencia en el Ayuntamiento era infinita. Y porque él también las estaba escuchando. Las estábamos escuchando los dos. Era una acción que compartíamos. Incluso cuando María Luisa desvió con destreza la conversación hacia su terreno estricto de cena de interés —Tabarnea, La Isla, el nuevo Ayuntamiento y la planta de lodos—, encontré sus artimañas graciosas y sus lamentos, encantadores. Él, mientras, reaccionaba con elegancia a sus exigentes demandas, que pedían soluciones mágicas para problemas que todavía no se habían materializado. Contó su experiencia. Dio consejos jurídicos, voz seria y dedos pegados por las yemas formando en la mano una esfera. Ella le miraba atentamente, irradiando una expresión de calma absoluta. Yo escuchaba, hasta que María Luisa deshizo el embrujo, emitiendo con sus fauces abiertas de par en par un bostezo de leona.

—Bueno, ya es hora, ¿no? Que mañana todos tenemos cosas que hacer. Endika, cariño, te toca fregar. Juana Mari no se encuentra muy bien estos días.

De nuevo me acordé de la tía. Y de nuevo, silencio. La abuela se levantó, apoyada en su bastón de las visitas, e hizo un ademán deliberadamente torpón de llevarse la fuente de la lasaña, a sabiendas de que la detendría justo a tiempo para decirle que no, que ya lo hacía yo. Para sorpresa de todos, fue nuestro invitado quien intervino antes.

—Deja todo, María Luisa, por Dios. Mira qué tarde es. Ya nos ocupamos

nosotros.

Me lanzó un giño cómplice antes de ponerse a apilar platos. La abuela se quedó como congelada, sus ojos enrojecidos del cansancio dando saltos de él a mí. Aquella era una situación nueva en una cena de interés.

—No sé qué decir… —murmuró—. No hace falta, pero bueno… Normalmente es la Juana la que… Bueno, pues nada…

Cambió el tono del tartamudeo a la determinación para despedirse y hacer los cumplidos de rigor. Él hizo lo mismo: deseó que los problemas con la casa no fueran a más y pidió que se le mantuviera informado. A la abuela le hizo gracia.

—¡Eso díselo al periodista!

Y el periodista y el empresario la oímos subir las escaleras a su habitación a paso de tortuga vieja.

—No hace falta que me ayudes —dije.

—Por favor.

—Bueno. Llevamos las cosas en un boleo y tú me secas lo fregado.

Así lo hicimos.

—No me creo que no tengáis lavavajillas —dijo él. Le costaba mantener la sonrisa mientras sacaba la lengua para frotar con el trapo a conciencia—. ¿Sabes?, me parece que no hacía esto desde el noventa y seis.

La espuma cubría mis manos y al tacto me producía dentera. Cada dos segundos me ponía bajo el chorro hasta estar limpio otra vez, y vuelta a empezar.

—Entonces hacía Derecho en la Capital, ¿sabes? Uf, y qué bien me lo pasé. Becado, porque mis padres no podían pagarme los estudios, yo fui el primero de mi familia en ir a la universidad, así que me aplicaba, no te pienses que no, y con las pelas que me sacaba trabajando las tardes en una heladería en la plaza del Castillo me pagaba el alquiler de un quinto sin ascensor a las afueras, sin lavavajillas, sin nada bueno. A Ariza-Lenea iba los findes; ya estaba yo metido en las Juventudes del partido. ¿Qué hacías tú en el noventa y seis?

—Nací en el noventa y seis.

—¡Cabrón, eso duele!

Tiró el trapo y se llevó las manos al pecho, como si le hubiera disparado con mi fecha de nacimiento. Una huella oscura de humedad se le formó en la camisa, a la altura del corazón.

—Te has mojado —dije.

No pude evitarlo. Y me arrepentí enseguida, porque lo cierto es que me había parecido un detalle tierno del que solo yo me había percatado, pero ahora había conseguido hacer que al hombre se le cortara la sonrisa y se mirase el pecho con el morro serio como de «ah, mira, es verdad, vaya fastidio, en fin, qué ganas de que se acabe este rollo e irme a casa». Así que intenté salvar los muebles. Viajé en el tiempo quince segundos, justo al comentario

del noventa y seis y la mano en el pecho, y dije:

—Eres un exagerado. Yo también puedo contarte cosas de la universidad, y ahí estamos los dos igualados.

Él se animó.

—Tienes razón, sí, pero entonces yo puedo contarte todo lo que viene después. Casi casi hasta el final. ¡Ja, ja!

—Qué va, hombre, todavía te quedan muchas historias por delante.

—A mi edad, no te creas. Sale más a cuenta recordar las juergas pasadas que buscar nuevas.

Estábamos a punto de acabar. Yo no quería acabar. Se me ocurrió una idea.

—¿Ya no sales de juerga?

—Uf, cada poco. A mi edad las resacas son devastadoras.

—Vaya… Nada de cubatas, pues.

Le entregué el último cubierto de la pila, rebozado en espuma, y abrí el armarito enfrente de mí. Saqué dos vasos grandes y los deposité en la encimera, entre él y yo. Él los miró mientras le pasaba el trapo al tenedor y retorcía la sonrisa.

—No, no, no, Endika, nada de eso. El que invitaba era yo.

Por primera vez, llamé a O'Malley por su verdadero nombre. Y le dije:

—Venga, va, un *ginkas* y para casa.

6

Al día siguiente, después del trabajo, O'Malley me recogió con el coche junto al puente de San Sebastián y me llevó a la Capital. Quería que probase, dijo, los mejores *pintxos* de la ciudad y la mejor cerveza del mundo, y prometió darme alguna exclusiva para *La Gaceta*, además de traerme después a Ariza-Lenea sano y salvo y no muy tarde.

Me animé, en primer lugar, porque la Juana estaba mucho mejor. Se lo noté al punto de la mañana y me fui tranquilo a la redacción. No tenía buen aspecto, desde luego que no, debido a la resaca, pero se esforzó por agradar, pasando por alto la cara de tigre que le ponía a veces la abuela, y el desayuno fue más copioso que de costumbre, con una galletita de chocolate en el café que calmó los humos de María Luisa. Dentro de su tosquedad la percibí algo incómoda, como avergonzada, y me pregunté si, después de todo, la escena de la noche anterior —la lasaña quemada, la abuela hecha una fiera, la cena de interés a punto de irse al traste— serviría para cambiar las cosas, si se habrían acabado para siempre las botellas de pacharán vacías y los lamentos etílicos sobre dos rodillas.

—A ver si un día de estos —me dijo la tía cuando salí de casa— me enseñas esas correcciones de las que me hablaste. Las de mi relato. Que me hace ilusión.

En segundo lugar, si acepté el plan de O'Malley fue porque surgió de forma natural. No hizo falta ni decir que sí; habíamos estado todo el día hablando por WhatsApp y, en una de estas, él se había negado a aceptar que llevara todo el verano sin pisar la Capital. Me había escrito un montón de *emojis* de enfado y de sonrisa con gotita de sudor y me había dicho que cómo vivía sin ir al cine, al teatro, yo qué sé, sin Zara, sin bares de verdad.

Así que allí estábamos, otra vez en su Mercedes, sufriendo el duro sol del que no había escapatoria en la autovía. Sobre todo hablaba él. A mí me divertía escucharle porque nunca había conocido a alguien con tantas historias interesantes y tanto talento para contarlas, y contraatacaba con pequeñas

aportaciones irónicas, casi temeroso de que si bajaba la guardia se destapara que en realidad yo no era más que un ser mediocre, y entonces él no tuviera otro remedio que empujarme al arcén con el coche en marcha y seguir sin mí.

Esa era la tercera razón por la que me encontraba allí ahora, supongo, la misma por la que la noche anterior se nos hizo tan tarde, bebiendo los cubatas que preparé con hielos de colores y hojas de albahaca del jardín y todo, sabiendo que estaba fallando a mi cita con la Vida Noctámbula. Pero cómo iba yo a interrumpir la conversación, por muchas ganas que tuviera de seguir escribiendo *Las Profundidades*, si él había tomado la palabra, si sus manos carnosas hacían mil gestos al reírse de los funcionarios municipales, sus ojos de pupila alargada vibraban de pura emoción al relatar aventuras en la Asamblea autonómica, los hombros anchos se le hinchaban al rememorar la picaresca para asaltar las Cortes Generales en Madrid, y sus labios finos, en cuya comisura se acumulaba a veces un líquido blanquecino que limpiaba con un lametón, describían con sarcasmo años de diversión despreocupada en el Parlamento Europeo, donde todo eran cenas, exceso y vuelos en primera clase.

A veces, solo mirarle, como desactivando el sonido en un televisor, ya era todo un espectáculo. Otras, lo que no tenía desperdicio era oírle hablar, ojos puestos en la carretera para no marearme. Modulaba el tono y hacía pausas y se emocionaba y se reía y luego expulsaba el humo del tabaco, y el humo era parte de la historia, como la oruga de Alicia, como cuando me contó que una vez, cuando era concejal, tuvo que vivir con dos escoltas porque había aparecido su nombre en una lista negra, y el humo le salió formando círculos que se enroscaron en mi cuello.

En apenas cuarenta minutos llegamos al *parking* de El Corte Inglés, en el centro de la Capital, y siempre pasaba lo mismo: hasta que uno no cogía el coche y se plantaba allí no se acordaba de lo cerca que estaba. Antes de irnos de bares dimos un paseo y, después de un mes en Ariza-Lenea, fue todo un contraste ver las calles llenas de gente un martes por la tarde. La plaza del Castillo refulgía con un color casi festivo, adultos en las terrazas, adolescentes en el suelo con el móvil en la mano, niños jugando a espantar palomas. Reconocí en la zona de tiendas a una cuadrilla de chicas del pueblo que sujetaban helados y bolsas del Bershka. Junto al teatro, esquivamos una fila que esperaba para entrar a ver el musical de *La Familia Addams* y me pareció que dos de ellos eran Nekane y Gorka, ella leyéndose el panfleto de la obra y él mirando el móvil. No dije nada; simplemente aceleré la marcha y enseguida me olvidé del apuro, de que Nekane me había escrito para quedar y yo le había respondido que no podía, que estaba hasta arriba de trabajo, que mejor nos veíamos otro día.

—Necesitaba esto —le dije a O'Malley cuando nos sentamos en su bar favorito de la Estafeta y brindamos con cerveza artesana y una marranada de

hojaldre con alcachofa y sirope—. Ya estaba empezando a pensar que al otro lado de Peñalta se acababa el mundo.

Le conté lo de la falsa percepción de que la Capital estaba lejísimos. Era un viejo discurso social, heredado de mi abuela, que deslegitimaba a la ciudad como centro de las decisiones, por ser tan endiabladamente urbana y olvidar las necesidades del mundo rural, y la dejaba relegada a trámite burocrático y fuente de desdicha (esto último porque viajar allí implicaba casi siempre un caso grave en el hospital). En su lugar, el relato ensalzaba a Ariza-Lenea, capital de Merindad, centro del universo.

—Estoy de acuerdo, existe un cierto aricismo, sí —me respondió él, medio en serio medio en broma, después de escuchar como un niño bueno mis teorías antropo-rurales y pedirle al camarero otra ronda—. Y más aricismo que leneísmo, diría yo. Pero siempre lo ha habido, y hace unos años era peor. Creo que fue mi generación la que empezó a tener ganas de salir, abrirse, viajar…

Brindamos con las segundas cañas.

—Una panda de desertores todos —dije—. Según mi abuela, al menos. Parte de razón tiene la ancianita: las tiendas y los bares cierran, ya no hay cines, las industrias se van, los que se marchan a la universidad no vuelven…

—Tú has vuelto.

Sonreí. Lucca, mi confidente italiano del Eixample, decía «has vuelto» con su acento de Cerdeña siempre que me veía aparecer por la puerta.

—¿Ves a esos dos del fondo? —dije—. Son del pueblo, pero él trabaja en la Capital y viene y va todos los días. Ella lleva la Asociación de Comerciantes de Ariza-Lenea, ha acabado el curro, y aquí está.

—¿Están liados?

—Espero que no; ella está casada.

—Ah.

—Llevo encontrándome a gente de Ariza-Lenea toda la tarde. ¿Los pueblos se mueren o soy yo que, como trabajo en *La Gaceta*, veo la realidad de otra manera…?

—¿… más folklórica, quizás? —bromeó él—. No lo sé. Pero, si es verdad que se mueren, te va a tocar a ti contarlo. Ven, acompáñame fuera un minuto.

Se levantó rápido, llevándose con brusquedad la mano al bolsillo y sacándose un cigarro; no me esperó, sino que se adelantó a fumar y me apresuré a seguirle con el vaso medio lleno en la mano. Estábamos de pie, apoyados en un barril. En cuanto me vio salir siguió con el tema como si tal cosa.

—Y está bien que así sea; te veo implicado con la causa. ¿Un cigarro?

—No fumo. —Y yo también seguí como si nada—. Antes estas cosas me daban igual (y cuando digo antes, me refiero a hace un mes). Yo quería vivir en Barcelona, trabajar en una empresa internacional y, yo qué sé, practicar

inglés, que falta me hace. Y luego tener mis findes para conocer gente, salir de fiesta, ir a la playa… Aquí no hay mar y es un asco.

La Estafeta estaba llena. Familias de turistas con sus carricoches chocaban contra mí mientras O'Malley, en el lado interno de la terraza, mantenía su porte de hombre de negocios.

—Me parece lo lógico, a tu edad. Querer salir. —Hablaba con el cigarro entre los dientes y una mano toqueteando el móvil—. Yo mismo en cuanto pude me fui a Madrid. Luego a Bruselas. Y fueron unos años maravillosos. Pero entiendo que, mientras estés aquí, quieras creer en tu trabajo.

—Iba a ser solo por un par de meses, ¿sabes? Pero, con lo de Laura, todo se precipitó.

—Ya, imagino.

De pronto fue como si le irritase toda esa gente que se abría paso a mi costa. Alargó su brazo y me atrajo hacia él hasta integrarme bajo el cobijo de la terraza. Sentí su olor a colonia cara, que afloraba por encima del sudor de sol de agosto. Me recuperé del bandazo y dije, a salvo de la muchedumbre:

—Y ahora tengo un puesto indefinido haciendo lo que me gusta. Se lo cuento a cualquiera y me dice que de qué me quejo. ¿De qué me quejo, eh?

—Pero es normal que te agobies. Tienes cuántos, ¿veintidós años? Por Dios, márchate en cuanto puedas, a donde sea, a hacer lo que sea. Yo mismo: ahora tengo entre manos abrir la planta de lodos y ver si eso funciona. Después, qué sé yo.

—¿Después? Seguirás aquí. Es la inercia de las cosas.

—Tal vez sí, o tal vez no. Tú mismo lo dijiste ayer: me quedan aún muchas historias por contar, ¿no?

—Eso te lo dije para que te bebieras el cubata conmigo. —Se rio—. No, pero, en serio, me agobio a veces pensando que esto es todo.

—Eres un mocoso. La vida son muchas cosas.

—Mira dónde estoy. El mayor cambio con el que puedo soñar es, en un futuro, ocupar el cargo de El Nieto. Y sería genial dirigir *La Gaceta*, no digo que no, pero…

—Sí, sería genial, claro… —replicó, aburrido; luego encontró algo que le iluminó la expresión—. ¡Si no viene antes La Bisnieta de América y te lo arrebata de un puñetazo! ¡Ja, ja, ja!

Volvimos a Ariza-Lenea sobre las doce. En la autovía, O'Malley señaló un cartel que indicaba su pueblo perdido en las montañas. Me dijo que allí tenía todavía a sus padres, que los visitaba siempre que podía, que dependiendo del trabajo alternaba sus pisos en Ariza-Lenea y en la Capital pero que, en épocas más relajadas, donde de verdad le gustaba vivir era en la casa familiar. Le ayudaba a relajarse, decía, le hacía sentirse niño otra vez.

Sus dos hermanos, mayores que él, vivían en la Capital. La hermana estaba casada y tenía tres hijos; el hermano estaba viviendo con él una temporada porque lo acababa de dejar con su mujer y no quería estar solo. Dormían

juntos, en la misma cama. Por las mañanas, O'Malley tenía que sacarle a rastras de casa, hacerle el café, obligarle a empezar el día, a meterse en el coche para ir a trabajar. No le importaba. Quería a su hermano. De niños, era el hermano quien le cuidaba, le llevaba a la escuela y le leía cuentos mientras sus padres trabajaban en el campo. Yo dije que me hubiera gustado tener un hermano o, mejor dicho, una hermana mayor. Le conté que, para mí, mi tía y mi abuela eran mis madres, que yo a mis padres no tuve tiempo de conocerlos, y que tenía muchos primos pero que hacía años que no me llevaba con ninguno, que a veces vivir en Ariza-Lenea se me hacía cuesta arriba, pero que, la verdad, no estaba seguro de si la vida en otro lugar iba a ser mejor.

De noche, las largas del Mercedes en la carretera se reflejaban en las manos de O'Malley, que sujetaban con determinación el volante mientras hablábamos. Eran manos bonitas. Llevaba fijándome toda la tarde porque no eran manos de empresario rico ni nada de eso, sino manos fuertes y de piel gastada, como de alguien que hace trabajo manual, manos un poco brutas y que se sienten completas formando una pinza alrededor de un cigarro.

Al llegar al puente de San Sebastián, donde me había recogido, le dije que podía dejarme allí, pero él se introdujo en La Isla y paró junto al portón de la muralla de Tabarnea. Apagó el motor y desaparecieron sus manos. Desapareció todo, solo por un segundo de oscuridad cegadora. Nos quedamos callados. Los ojos se habituaron a las luces de fuera y pude ver su cara girada para buscarme en la penumbra, y ahí estaban otra vez sus manos, en esta ocasión abajo, frotándose las rodillas como si tuviera frío. Me salió imitarle el gesto; quería alargar el silencio y que él pensara que compartíamos la misma manía cuando estábamos nerviosos. Los dos nos frotamos y él me dijo «buenas noches, que descanses», y volvió a encender el motor, revelándose entero bajo la bombilla del coche, y de repente él tenía cuarenta años y yo veinte y mi asiento estaba muy bajo o el suyo demasiado alto. Dejé de frotarme la rodilla, qué gesto tan estúpido, y entré en Tabarnea, rápido porque era tarde, tardísimo, mejor reengancharme ya a la Vida Noctámbula. Antes dije «buenas noches», creo, por encima de mí mil cigarras locas y mil aspersores locos y mil golpes locos de mil insectos repiqueteando contra la única luz del porche. Sí, «buenas noches», dije, «descansa tú también».

7

Llegó el fin de semana. Comuniqué en casa que me iba todo el sábado a pasar el día en el monte con Nekane, o algo así, a lo que mi abuela asintió con un suspiro. Ella, que llevaba todo el verano insistiendo para que saliera más, estaba de pronto inquieta por la cantidad de horas que pasaba fuera. A eso había que sumarle que Juana había estado toda la semana ausente, pues aunque el martes había mostrado un repunte en su estado de ánimo, desde ese día casi no había salido de su cuarto, alegando tener migrañas, y había hecho el mínimo esfuerzo en sus tareas. Pero eso yo no lo sabía aún; llegaba tan tarde a casa que las dos mujeres ya tenían las luces apagadas, y la Vida Noctámbula se me retrasaba tanto que, si quería dormir mis tres o cuatro horas diarias, apenas me despertaba con tiempo para dar los buenos días e ir pitando a *La Gaceta*. O'Malley fue el culpable de todo. El sábado por la mañana nos encontramos en un sitio apartado, metí mis cosas en su maletero y me llevó a ver el mar.

Después de nuestra rara despedida del martes, yo me había puesto a tope con la Vida Noctámbula. No pude escapar, sin embargo, de la imagen de sus manos. Y de la pregunta de si lo de aquella noche había sido una quedada entre amigos o algo más. Lo habíamos pasado bien —o al menos yo lo había pasado bien—, pero no tenía ni la más remota idea de quién era O'Malley, y pensé que O'Malley tampoco tenía la más remota idea de quién era yo.

Estaba mirando los apuntes de Laura Íñigo cuando vi que la escena de *Las Profundidades* que me tocaba escribir tenía que ver con él. Era delirante. No había que ser la señorita Marple —o el Detective Williams, en su defecto— para deducir que el personaje que Laura había creado para hacer de villano, Jesús *Chus* Araiz, propietario de una planta de lodos, tenía una inspiración real. Porque el asesino era O'Malley, tenía que serlo, pero no entendía de dónde había sacado ella aquellas ridículas características: en la novela, era inseguro, medio tartamudo y bizco, de voz aguda y apariencia tan inofensiva que generaba una ternura patética. O'Malley no era nada de eso —excepto

calvo; eso se repetía en ambos casos—; era un torrente de confianza, una constante oda al poder y a la opulencia; un villano, tal vez, pero uno de Hollywood, de cine de espías.

A eso de las cinco de la madrugada se me encendió el móvil. Me sorprendió; no lo había usado ni para buscar sinónimos. Era O'Malley. Me enviaba una foto, pero no podía verla sin meterme en el WhatsApp y que entonces se viera que estaba en línea a esas horas. Decidí arriesgarme, muerto de curiosidad, y vi que era la noticia sobre el carril bici de *La Gaceta* del día anterior. Él seguía conectado. Bajo su nombre leí eso de «escribiendo…» y automáticamente salí de la aplicación y desde la pantalla de bloqueo recibí que le había gustado y que se interesaba por el tema. Su *emoji* sonrojado evidenciaba algo que tal vez no era un interés genuino por lo que yo le pudiera contar, pero sí por hacer que la comunicación entre nosotros no se interrumpiera después de la escena del coche.

Dejé los escritos de Laura —solo sería un segundo—, miré por la ventana a La Isla teñida de naranja farol y me imaginé a O'Malley entre los árboles, observándome como hace años me observabas tú. Pensé que de momento daba igual no saber exactamente quiénes éramos, si podíamos hablar y yo podía contarle cosas como las que le contaba a Lucca en Barcelona, o las que te podría haber contado a ti si me hubiera atrevido a coger el coche de la abuela ese verano y conducirlo hasta Los Recodos.

Abrí WhatsApp y mandé un «hola» a la foto de perfil aburrida de iniciales entremezcladas. Me preguntó qué hacía despierto a esas horas y yo «nada, que estaba desvelado». Cuando le pregunté lo mismo, me explicó que para él el día siempre empezaba a eso de las tres, que así aprovechaba el tiempo para adelantar trabajos. Le dije que estaba loco. Entonces me insistió sobre el artículo de las bicis y casi sin darme cuenta acabé sincerándome con él. Le conté lo incómodo que había sido mi encuentro con el alcalde. Le dije que a pesar de ello me caía bien, que yo había votado por el cambio en Ariza-Lenea y que lo volvería a hacer, que no quería a *los de siempre*, que me parecían unos fachas, que ya lo sentía si él era de ese partido y se sentía ofendido. Luego fui más allá. Le describí lo difícil que era a veces para mí ocupar el lugar de Laura Íñigo en el pueblo. Lo solo que me sentía. Él se apresuró a darme mil consejos. Trabajar con El Nieto no tiene que ser nada fácil, dijo, ni con el nuevo alcalde, ni, bueno, con nadie en Ariza-Lenea, sobre todo si ya te has acostumbrado a otra cosa en Barcelona. Aunque me envidiaba un poco: siempre le había gustado el periodismo y, si no hubiera acabado donde había acabado, hubiera intentado abrirse camino en la comunicación.

Seguimos hablando de trabajo (más bien yo le contaba con humor las miserias de *La Gaceta* y él me mandaba réplicas ingeniosas) hasta que me venció el sueño, o eso creo, porque de pronto eran las diez y la alarma del móvil me ametrallaba la cara. Levanté de la mesa el cuello dolorido y vi en la pantalla un par de mensajes perdidos de O'Malley preguntando si seguía ahí y

luego poniendo *emojis* de risa y de la carita expulsando zetas. Le respondí con un «jaja» y un «buenas, me quedé frito». Me respondió al minuto, y la conversación no cesó en todo el día.

No entendía nada: los temas nunca se agotaban y él insistía por quedar conmigo un día, y al otro, y al otro, y hoy te llevo de *pintxos* pero mañana qué te parece si te invito a cenar a este hotel nuevo que han abierto a las afueras de Ariza-Lenea, y hoy podemos simplemente dar una vuelta bordeando el río, dar de comer a los patos. Me dejé llevar. A mis tías les decía que tenía muchísimo trabajo. Con Nekane hablaba poco, pero la dejé tranquila cuando le expliqué que agosto era un mes raro, que se me venían muchas cosas encima con las fiestas patronales a la vuelta de la esquina y los preparativos de la Feria de las Veinte Denominaciones. Ya tendríamos tiempo en septiembre. Ella no insistió y yo sabía que en el fondo estaba aliviada al no tener que sentirse mal por pasar con Gorka todo el tiempo del mundo.

El viernes fue decisivo. Aparcamos el Mercedes en La Isla y volvimos a repetir el silencio incómodo del otro día. Esta vez de fondo no había insectos, solo el viento huracanado del aire del coche a todo volumen. Justo unos segundos antes, habíamos estado hablando de no sé qué sobre las casas okupas en Berlín, porque O'Malley me había contado de cuando llegó a Bruselas sin piso ni intenciones de alquilar uno, y de cómo se las arregló para sobrevivir en una casa de esas, alternativas. Era probablemente una historia inventada. Por eso yo le pregunté si había estado en Berlín y, como respondió que no, mentí y le dije que yo sí, y de eso estábamos hablando, de casas okupas en Berlín que yo había visto en un documental de La 2, y era tarde y estábamos en el punto de partida: él las manos en las rodillas, yo sin saber dónde meterlas. Quería acercarme, pero no iba a ser yo quien diera el paso, porque nada de lo que nos había llevado a ese momento me daba garantías de que O'Malley fuera la persona que yo quería que fuese.

Recuerdo que él tenía puestas las gafas de sol aunque se había hecho de noche y, no te rías, pero te vi en el reflejo de los cristales. Dirás que miento, como con lo de las casas okupas de Berlín, pero lo cierto es que llevaba pensando en ti esa tarde y todas las anteriores, porque aunque O'Malley podía ser alguien con quien hablar, yo qué sé, quizá contigo era más fácil. El proceso no lo sería, claro. Pedir visita en una cárcel no es sencillo, ni tampoco echar a andar una conversación después de tantos años. No lo está siendo ni siquiera ahora, me está costando decirte las cosas, sobre todo viéndote escucharme ahí parado, tan calladito, que no dices nada, y eso que sé que eres tú quien ha pedido verme a mí. Imagínate mi sorpresa cuando recibí una llamada de un número larguísimo y de repente «ey, Endika, cuánto tiempo, resulta que estoy a punto de salir de aquí y, bueno, la verdad es que no tenía a nadie más a quien llamar». ¡Si hubieras visto mi cara! Un cuadro. El mundo te da la espalda y te viene a la cabecita mi nombre. Quién lo diría. Porque fue así, ¿no? ¿O solo fui la intentona número veinte de una larga lista telefóni-

ca? No. Déjalo. No hace falta que respondas.

En las gafas de O'Malley no estabas solo. Visualicé también a Lucca en su butaca de Ikea. Tú en un cristal, él en el otro. Qué me diría si me viera. Nada, nunca nos dimos los teléfonos, pero un día le dije dónde vivía, así que me gustaba fantasear con la posibilidad de que me hiciera una visita sorpresa. Se pondría a relatar una de sus parábolas sobre algún chico estúpido de Cerdeña, seguro, y al principio le diría que qué me estaba contando, pero luego, como siempre, el final de la historia sería revelador, fábula con moraleja de animalitos de granja.

Estaba a punto de tirar por la resolución más lógica, la de volver a decir «buenas noches, que descanses», cuando el cuerpo de O'Malley se abalanzó sobre mí, siguiendo el último tramo de un balanceo, ojos entrecerrados por la velocidad, manos sudorosas que suponía ásperas aunque aún no había tocado y labios ciegos que si chocaron contra los míos fue solo por pura inercia de carrusel. Correspondí, acomodé, intensifiqué. Solo lo justo, pero él se separó de mí enseguida, vista en el salpicadero y respiración entrecortada. Del impacto, las gafas de sol se le habían caído al suelo. La imagen de ti desapareció. Lucca también se esfumó.

8

—Bueno, nos vemos mañana, qué te parece si te recojo temprano y pasamos el sábado en la playa.

Soy un chico de piscina. De la piscina municipal de Ariza-Lenea, para ser exactos. La playa es un sitio lejano al que iba obligado por mi abuela y mi tía cuando tenía nueve años y me apuntaban a colonias para hacer nuevos amigos. Lo relaciono con uñas devoradas, arena en la boca y niños de acento costero gritándome cosas en bañador. La película se repite verano tras verano hasta que un día, el primero de las colonias de 2005, llamo llorando desde una cabina y mi tía viene a recogerme y en casa se deja de hablar de veranos en la playa y nuevos amigos. El coche levanta una terrible polvareda cuando aparece la Juana derrapando entre bungalós. Tiene la mirada más enfurecida del mundo, y lo sé porque no presta atención a la carretera en todo el trayecto, solo tiene ojos para mí y diez dedos para raspar las letras que me han pintado en la cara.

Esta vez, menos mal, el conductor mira a la autovía todo el tiempo. O'Malley estaba como siempre, tal vez más sonriente. Llevaba un polo azul celeste de Lacoste, piratas negros y sandalias de peregrino. En el coche, rumbo al mar, se animó a contarme lo emocionante que fue para él que en 2005 se aprobara la Ley de Matrimonio Igualitario, porque consiguieron que el partido pagara el autobús al Orgullo. A Madrid, sí. ¿Nunca había estado en el Orgullo? No, bueno, él tampoco, solo aquella vez, y fue por eso que me comentaba del autobús gratis. Fue una cosa colectiva, así que nadie tenía por qué señalar a nadie en concreto por asistir o llevar colores o una bandera. A él lo del Orgullo, ni fu ni fa, tanta parafernalia, tanta pluma. Que no le parecía mal, pero claro, la comunidad LGTB era más cosas que un montón de locas subidas en una carroza. Era todo más complejo. Que luego la gente juzga solo por lo que ve por la tele, y claro… ¿No me parecía? ¿No?

Aparcar fue fácil. El Cantábrico no se veía muy bravo, pero había bandera amarilla y O'Malley propuso sentarnos alejados de la orilla porque pronto

subiría la marea. La arena quemaba. Él se puso enseguida en bañador y su torso se reveló tan esbelto como se adivinaba bajo la ropa. Lo que me sorprendió fue lo peludo que era y que cuarenta años luchando contra la gravedad no perdonaban la caída de ciertas zonas. Me pidió que le diera crema en la espalda, un gesto que me pareció tremendamente íntimo y que realicé mientras miraba a mis lados y evaluaba a la gente.

Eran las once de la mañana. Llevábamos dos horas juntos y todavía nos quedaba todo el día. ¿Cuánto faltaba hasta la hora más razonable para volver? ¿Unas siete u ocho horas? Era mucho, y el día demasiado caluroso. Me costó desnudarme. Antes, en casa, me había asegurado de terminar de eliminar los pocos pelos que me salían en el cuerpo y, aun así, antes de quitarme la ropa, me cercioré de los lugares más bochornosos, la barbilla y el bigote, típicos, o los más traicioneros, como los orificios de la nariz o la zona del ombligo. Me valí de un espejo y una pinza que pretendí usar con discreción.

—¿Qué haces? —oí la voz de O'Malley a mis espaldas.

—Nada. Nada, es solo que no me gustan los pelos. Tengo pocos, en general, pero aun así… Ya está. —Devolví el espejo y la pinza a la mochila y me sentí lo suficientemente limpio como para quedarme en el bañador que llevaba debajo de mi pantalón.

O'Malley era discreto; nunca le pillé mirando mi cuerpo. Sacó *La Gaceta* de la mochila y apuró a hacer un chiste malo sobre lo publicado ese día (era, por fin, el tema sobre las obras en el salón de actos del instituto) antes de sumergirse en una lectura silenciosa.

Miré el reloj. Las once y cuarto.

—¿Nos damos un baño?

El mar tenía muchísima espuma y estaba oscuro porque tenía el fondo cubierto de algas. Era señal de que estaba bravo y que había resaca, dijo O'Malley, aunque no lo pareciera a esa hora del día. Vería luego; se avecinaba tormenta.

—Ya podría llover en Ariza-Lenea —dije.

—Olvídate de Ariza-Lenea, va. Estamos de vacaciones.

—Ja.

Lo veía todo borroso, como siempre que me bañaba, porque dejaba las gafas y las lentillas en la mochila. A nuestro lado, distinguí un grupo de niños que jugaba a salpicarse. Tendrían siete, ocho años. Uno, el único rubio y de ojos azules, era el líder y con quien él se ensañaba, se ensañaban los otros. Gritaban, reían, se atragantaban, y no paraban de echarnos agua sin querer. Yo estaba de pie, con el mar cubriéndome casi entero, sosteniéndome con las puntas de los dedos mientras O'Malley parecía ajeno a lo que le rodeaba, suspendido boca arriba con las extremidades extendidas y los ojos cerrados como un muerto. De vez en cuando decía cosas como «esto es vida» o «qué bien se está», y luego buscaba mi respuesta sin abrir los ojos como jugando al Marco Polo.

En una de estas, un chaparrón de agua salada me saltó en los ojos y me provocó escozor, culpa de una pelota inflable enorme con el dibujo del Capitán América que había caído justo entre nosotros dos. Desde la orilla, unos chavales en plena pubertad me gritaron reclamando lo que era suyo.

—¡Eh! ¡Eh!

Me quedé paralizado.

—¡El balón!

Miré a mi alrededor buscando a alguien que se hiciera cargo y caí en que solo podía ser O'Malley, medio dormido y despatarrado como si estuviera en el puto Mar Muerto.

—¡Eh, aquí! ¡Pásalo!

Al parecer, los niños no podían simplemente venir a por la pelota. Tenía que cogerla yo. Apurado como estaba, casi completamente sumergido y de puntetas, tenía que propulsar el cacharro y lograr que llegase hasta donde estaban ellos, y todo eso teniendo en cuenta que, con el viento y el peso de mierda que tendría aquello, lo único que conseguiría era un efecto *boomerang*.

A mi lado, O'Malley abrió un ojo, molesto por los gritos que no cesaban.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Abrió los dos ojos y giró el cuello.

—¿Qué dicen?

Me vinieron a la mente las colonias, un campo de fútbol, el balón en medio del campo y un montón de niños esperando a que metiese gol.

—La pelota. Los chavales esos quieren la pelota —dije—. Que vengan ellos, ¿no?

Los gritos seguían. Volvieron a mí las colonias. Fallé. Pues claro que fallé. Odio el fútbol. Le di una patada por dar y los demás se rieron de mí. Llevaban esperando a reírse todo ese rato, se hubieran reído aunque hubiera metido gol. El grupito de críos a nuestro lado paró de jugar a salpicarse y se nos quedó mirando, o eso me pareció, tampoco es que pudiera ver mucho con mi miopía. A lo lejos, oí que una voz impaciente preguntaba si, por favor, podíamos pasarles la pelota.

—Al menos a alguien se le ha ocurrido formular una oración en lugar de gruñir como un simio…

—Joder, Endika.

—Es broma.

O'Malley abandonó bruscamente su posición horizontal, se hizo con la pelota y la lanzó con enfado hasta donde estaban los chiquillos, formando una cortina de agua. No sé ni cómo lo logró con su metro sesenta. Los de al lado siguieron con sus juegos, nadie nos miraba y regresó la calma.

—Tengo frío. Me voy a la toalla —dije.

Hacía un calor del infierno y enseguida estaba seco y arrepentido de ha-

berme salido tan pronto. O'Malley estuvo dentro un poco más y luego se sentó a mi lado, abrió una pequeña nevera azul que se había traído y sacó dos latas de cerveza. El agua le goteaba de la punta de la nariz.

—Has visto qué apañaos' —dijo, mirada triunfal, pasándome la lata.

Con las gafas puestas y desde la distancia, podía ver ahora con claridad la escena de antes: las caras del niñito rubio y sus secuaces, a los que ahora hacía aguadillas, y más cerca, con el agua cubriéndoles los tobillos, los chavales con la dichosa pelota del Capitán América. En la arena húmeda, un grupo de niñas hacía túneles y castillos, jugando con la marea. Discutían acaloradamente, disputándose el cubo y la arena buena, delimitando las zonas de construcción de cada una. ¿No podía ser la vida así, gente sentada en sitios?

—Te noto raro, ¿está todo bien?

—Sí, todo bien.

Bebí un poco de cerveza fría para que el tiempo corriese más rápido.

—¿Seguro? No te habrás enfadado por lo de la pelota…

A O'Malley ya no le interesaba leer el periódico ni estarse tumbado cantándole a la vida. Ahora quería hablar, fíjate cómo son las cosas.

—Es solo que hacía siglos que no iba a la playa —dije, por darle algo que mascar—. Estoy incómodo: el agua, este sol, los críos, que son unos pesados, y tanta arena por todas partes.

Instintivamente, O'Malley barrió de un manotazo un poco de arena de mi toalla. Luego me ofreció sus gafas de sol. Qué tierno. Sonreí y dije «gracias».

—Bueno, y, no te molestes, eh, pero… Es la primera vez que hago esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Esto. Pasar el día con alguien a quien acabo de conocer.

—Ah, ya.

—Es raro.

—No, si te entiendo. Yo tampoco suelo hacer esto a menudo, no te creas.

—¿El qué?

—No, bueno. Que yo suelo quedar con chicas.

—Ah. *Eso*.

—¡Cuando quedo! Que es pocas veces, ja, ja. ¿Tú qué?

«Ja, ja».

—¿Qué? —pregunté.

—Venga, con lo guapo que eres.

—¿Qué?

—¿No tienes a ninguna chica por ahí?

—¿Chica? No, no, no. Solo tíos. Yo, solo tíos.

—¡Vale! Yo, normalmente, tías. Excepto cuando estuve en Madrid, hace un año o así, por negocios, que entonces quedaba con tíos, con tías… Me daba igual. Me alojaba en un hotel y, bueno, se me fue de las manos. No es lo que busco ahora, no quiero volver a esa etapa, ni a Madrid, ni nada de eso. Nunca he tenido pareja, siempre he vivido por libre, pero aquello fue

demasiado y, bueno, no quiero caer de nuevo en tanto sexo por el sexo, no sé si me entiendes.

Bajé la mirada, sonrojado. Se había abierto el melón.

—Qué va, tú no entiendes, tú eres un chico bien —dijo él.

Descargó una de sus carcajadas de mil voltios. A él el melón le hacía gracia. Eso me relajó. Podíamos hablar del melón.

—Imbécil, pues claro que entiendo —dije—. Me paso el día cachondo como una mona. Como para no estarlo. —Señalé el periódico a nuestros pies —. Llevo un mes tecleando mi propia tumba en Ariza-Lenea.

O'Malley volvió a troncharse.

—No te creo.

—Créetelo. ¿Te quedan cervezas en el minibar ese que tienes ahí montado? Gracias.

—¿Cuándo fue la última vez que…?

—Eso no se pregunta. Porque es tremendamente cruel y porque, si te soy sincero, no me acuerdo.

—Anda, bebe, fantasma.

—¿Tú?

—Yo… No sé. Estuve quedando con una compañera de la facultad de Derecho, porque doy clases allí a veces, de Derecho Mercantil, muy de vez en cuando, el caso, que a lo tonto a lo tonto fue ya hace mucho, como un mes.

—¡Un mes, madre mía! —le grité al cielo con los brazos en alto como pidiendo a los ángeles misericordia—. No haré comentarios al respecto. De todas formas, tú lo tienes más fácil. En Ariza-Lenea, en los pueblos de la Merindad, en la Capital… Hay muchísimas mujeres heterosexuales, muchísimas más que hombres gais. El porcentaje tiene que ser algo entre infinito.

—Tú es que, en cambio, eres un producto de nicho.

—Eso es, de nicho, sí. Qué bonito. Del diez por ciento. ¿No dicen que uno de cada diez…?

—Pero, ¿y en Barcelona?

—Bueno, bueno, bueno. No hablemos de Barcelona, por favor, que lloro. Y, si me tengo que deprimir, prefiero hacerlo por las miserias de ahora. En Barcelona tenía mis más y mis menos. Aquí es una mierda. No sé si usas *apps* tipo Grindr o Tinder pero es bastante salvaje.

—Qué va. En la vida. Ni sé cómo van… Tampoco es mi rollo y, ya te digo, prefiero no practicar el sexo por el sexo.

—Ajá. Bueno, pues Grindr es el apocalipsis, al menos por lo que respecta a Ariza-Lenea. Daría para un programa de esos de *Equipo de Investigación*. ¿Quieres que te lo explique?

—Soy todo oídos.

—Vale, pues en las noches estas que estás tan cachondo que arrancas con las uñas el papel de la pared, te tiras horas y horas enganchado a la pantallita naranja y tienes a tu alrededor todo gente con perfiles ocultos, ¿vale?, o

sea, todo recuadros negros, perfiles sin fotos de ningún tipo, o algún paisaje o torso desnudo, y nadie da datos reales, ni edad, y si lo dan es todo inventado.

—Es lo que había oído.

—Sórdido, ¿eh?

—Terrorífico.

—Bien, si te pones a hablar con ellos, porque estás así de desesperado, te salen casi siempre con que están en el armario o que están casados o que es que claro, es un pueblo pequeño y la gente habla, bla, bla, bla, vaya, que te vayas olvidando de ver con quién te estás enfrentando. Pero no les dejes tú (que vas de cara) de hablar a ellos (que van de anónimos) porque entonces empiezan a insultarte. En fin, cada loco con su tema. Y no es como en Tinder, que tienes que aceptar a la otra persona para iniciar una conversación; aquí no hay filtros. Puedes bloquear, sí, pero ya *a posteriori*, ya después de haber tenido que leer o ver lo que sea. Y luego está la gente normal.

—¿Y qué es «normal»?

—¡Ja! Yo ya no lo sé. Los que van de cara, supongo. Yo prefiero gente de mi edad, y tal. Pero siempre, siempre pilla lejos, a treinta kilómetros o más y mira, qué pereza coger el coche. Quita, quita. ¿Te aburro?

—No, por Dios, me tienes enganchado. Pero, dime, ¿y por qué no te borras la *app*? Y qué les den a todos por culo.

—La cosa es que nunca te cansas de mirar los perfiles. Pase lo que pase, ahí estás todas las noches. Está diseñado para hacerte adicto, es de locos, o sea, la *app* te enseña los cien perfiles más cercanos, ¿vale? Imagínate, en Barcelona, el último tío que te sale está a unos cuatrocientos metros, así que es una fiesta. En Ariza-Lenea, en cambio, lo tienes a cuarenta kilómetros, y los primeros cinco o seis perfiles nunca a menos de diez. Ese es el panorama. Bueno, pues aun así, estás todo el rato dándole con el dedo para refrescar la *app*, a ver si sale algo nuevo, aunque ya sabes que están los cuatro frikis de siempre. Pero es entretenido. Y pasan las horas y tú no te das cuenta porque solo piensas en refrescar la *app* y en recibir la bendita vibración del mensaje nuevo, y han pasado ya dos horas, tres horas, tiempo que podrías haber dedicado a cualquier otra cosa, pero ahí sigues, y te montas tus películas, piensas que igual alguien para cerca porque se le ha pinchado una rueda y es un príncipe holandés y me llevará en su corcel o yo qué sé qué. La realidad es que la mayoría de las veces se te levanta solo con que a alguien le intereses lo mínimo para hacer el esfuerzo de escribirte un «hola». Uf, es deprimente, ¿eh? Cómo ha degenerado la conversación. ¿Has traído picoteo? ¡Bien!

Comimos cacahuetes y aceitunillas rellenas de anchoa. A O'Malley todo le parecía divertidísimo, y lo cierto es que yo me sentía liberado de poder compartir con alguien mis noches de soledad. Era justo el tipo de cosas que te hubiera contado a ti, supongo, porque, además, Grindr y Tinder no existían cuando eras libre así que te hubiera interesado mucho. Como lo de la

noche del funeral de Laura, por ejemplo: cuando salí a tomar el aire después de lo de los aspersores, abrí Grindr y no volví a casa hasta mucho más tarde. Bueno, pues esa noche no pasó nada, ni esa ni ninguna otra noche. Solo dejé que mis pies se perdieran por Ariza-Lenea con los ojos puestos en la pantalla naranja, y llegué hasta la iglesia de San Pedro y me quedé allí sentado, con las piernas cruzadas bajo el pórtico románico, el móvil en el suelo y los dedos refrescando la aplicación una y otra vez, una y otra vez, y eran las doce, la una, las dos, hasta que me habla un tío a tres kilómetros que me enseña su polla pero me dice que su cara no, ni de coña, que es guapete, dice, que ya veré, que mejor nos vemos directamente en persona, que a ver si quiero quedar ahora mismo, y yo que sin ver quién es no, gracias, y le bloqueo y eso es todo, eso es siempre todo, el dedo refrescando la *app* para nada, el corazón a mil con cada nueva notificación para que al final siempre sea nada.

Miré el reloj. Ya eran las dos, todo un progreso. Después de mí, O'Malley tenía preparadas algunas anécdotas y al escucharlas sentí por primera vez una extraña sensación de *déjà vu*. No tenía relación con el sitio, ni con nuestras posiciones (los dos echados en nuestras toallas, comiendo y bebiendo como dos emperadores romanos), sino con las historias que él me contaba. Era como si ya me las hubiera dicho antes. Todas esas cosas sobre la universidad, las clases, y luego el curro en la empresa y su época de cuando quiso ser abogado me resultaban familiares, pero no sabía de qué, y de pronto me vinieron a la cabeza escenas de *Las Profundidades* y la foto de Laura Íñigo colgada en la casona familiar el día del funeral. Recuerdo que me agobié tanto que empecé a tocarme la cara, porque eso es algo que hago cuando estoy nervioso, me busco pelitos para arrancarlos, así que me puse a ello, y encontré uno justo debajo del labio, qué horror. Tiré de él con las uñas del dedo pulgar y el anular, pero no había forma porque no tengo uñas. No desistí, sino que me puse a escarbar, que no quedara ni rastro, y llegó un punto en el que dejé de concentrarme en la conversación y solo veía los labios de O'Malley moverse, finos como dos plumas de petirrojo, y no oía nada más que las olas romper contra la orilla, cada vez más cerca de nosotros, porque O'Malley tenía razón y la marea estaba subiendo y la teníamos casi encima, más cerca, más cerca, hasta que noté un pinchazo en la cara, justo debajo del labio, y me miré los dedos y tenía sangre, pero el pelo asqueroso seguía ahí y de pronto un cuchillo gélido me atravesó el tobillo y grité del susto.

—¡Las toallas!

Estábamos, sin darnos cuenta, en primera línea de playa. La marea llegaba a nuestros pies. O'Malley se levantó de un brinco.

—¡Joder! Rápido, coge las cosas antes de que se mojen.

—¡El periódico!

—Da igual, ya cogeremos otro, que se lo coma el mar.

La Gaceta navegaba sobre una ola repleta de espuma. A nuestro alrededor, cientos de familias huían de la invasión acuática con sus sombrillas y

sus tiendas de campaña de Quechua; era un verdadero caos y por encima de todos se aproximaba, amenazante, una nube negra.

—Va a caer la de Dios.

Empezamos a correr hacia el paseo cuando escuché un grito desgarrador detrás de mí, la misma voz que me había pedido la pelota hacía un rato. Me giré. Había un revuelo de niños y niñas en la nueva orilla, a pocos metros. Tiré todo a la zona seca de la playa y fui corriendo hasta el origen del jaleo, que ahora se había convertido en un corrillo estrecho formado por los chavales de la pelota, los de los salpicones y también las de las obras de ingeniería arenosa.

—¿Qué pasa?

Me abrí paso y vi en el centro a uno de los críos que habían estado jugando a ahogarse, uno con el que el líder se había ensañado a gusto. Estaba tumbado boca arriba con los ojos abiertos como platos y el cuerpo rígido, impasible a la marea que iba y venía y le golpeaba la cara. Miré a mi alrededor, en busca de un adulto, pero solo veía ojos enormes de cuerpos enanos buscándome a mí. Me puse de rodillas y lo primero que pensé fue en Nekane, que solía darme la brasa con hacer cursillos de primeros auxilios porque podía ser útil. Siempre acababa teniendo razón la hija de puta. Me posé sobre el pecho del crío pero no oí nada con el oído taponado de agua y el mar revuelto.

—¿Qué ha pasado?

Alguien dijo que estaban jugando a hacerse aguadillas. Y que se los había tragado una ola. Agarré el primer brazo que pillé y le dije que ya podía correr a buscar al socorrista. Yo estaba de rodillas junto al cuerpecito, sujetándolo en una postura absurda de *La Piedad* de Miguel Ángel, como si en algún universo paralelo al nuestro ese gesto fuera suficiente. El chico rubio, el líder del grupo, se me echó al oído.

—¿Estará bien?

Y su voz no era de líder ni era de nada, solo el tono agudo de un renacuajo. Pensé en las colonias y me pregunté si los chicos de entonces hablarían así cuando me gritaban. ¿Era la voz de Gorka igual de ridícula en la escuela? ¿De dónde sacaba entonces yo tanto miedo?

El rubio, muy bajito para que solo le oyera yo, susurró:

—¿Puedes cerrarle los ojos? Me está mirando.

Nos quedamos contemplándonos como dos bobos. A mi alrededor, la multitud era una masa difusa y ya veía adultos que se hacían cargo. O'Malley debía de estar por ahí, en alguna parte. Al fin, el círculo se abrió y aparecieron dos socorristas. Uno atendió al niño y el otro se puso a disolver el círculo. El primero me preguntó si lo había encontrado yo. Dije que no, pero aun así me pidió que no me moviera de allí hasta que no aparecieran los padres. Se puso a actuar sobre la criatura, primero haciéndole el boca a boca y después pegándole en el pecho. Yo presencié la escena de rodillas, justo al

lado. En un momento de confusión, me salió pasar los dedos sobre aquellos ojos enormes que buscaban el cielo y luego quise encontrar con la mirada al niño rubio, decirle que estuviera tranquilo, que su amigo dormía. Pero me había quedado solo.

9

—¡Hombre, aquí está! ¡El periodista!

—¿Qué tal ha ido el día, Endika, cariño?

—¿A dónde has ido?

—Ya os he dicho mil veces que se había ido a pasar el día al monte, con una amiga.

—Uy, uy, uy, con una «amiga».

—Con su amiga Nekane, que se conocen desde críos. Endika, anda, saluda a tus tíos. Y quita esa cara, por Dios, que parece que hayas visto un fantasma. ¿Tienes ropa para lavar? La Juana está en el cuarto porque sigue un poco pachuchilla, pero no te preocupes, ¡que hoy tus tías están de un casero…!

—Eso, eso, tú danos lo que sea que te lo lavamos y para mañana lo tienes seco y planchado. Hemos vuelto a nuestra infancia vaquera: hemos hecho las compras, hemos cocinado, hemos fregado… Ya ni me acordaba de cómo funcionaba esta cocina; ¡mira que es vieja! En fin, si la Juana ve esto, no se lo cree. Todas las hermanas, de zafarrancho en Tabarnea.

—He subido antes a decírselo. Y, aunque estaba intentando hacerse la convaleciente, he visto que se le escapaba una sonrisilla.

—¡Cómo es la Juana cuando se pone mala!

—Como una niña pequeña. Pero, Endika, ¿a dónde vas? No, hombre, baja a estar con todo el mundo. Este chico… Esperad aquí, que subo a ver qué le pasa. ¡Endika! Ay, Virgen Santísima, tanta escalera me va a matar un día de estos… Cariño, ¿te encuentras bien?

—Abuela, ahora bajo, perdona, que es que me está llamando Nekane para no sé qué.

—Ah, bueno, bueno, está bien. Pero te estamos esperando para cenar, ¿eh? Nada, hijas mías (ale, y ahora vuelta a bajar escaleras, esto es un sinvivir), que dice que ahora baja, que está hablando con la amiga.

—¡Claro que sí! Mamá, deja al chico, que quiere hablar con esa tal Neka-

ne… Ja, ja, ja.

—¿Nekane?

—¡Endika! ¿Puedes hablar?

—Sí, sí. Que es que estaba mi abuela entrando en mi cuarto. Dime.

—Ah, nada, ¡que es sábado! ¿Te hace tomar unas cañas en el Antxeta? Si quieres, llamo a Gorka, que visto lo bien que lo pasamos al final la otra noche… Jo, me hizo mogollón de ilusión. Y él me ha dicho que está deseando volver a verte.

—Uf, hoy no. Ya lo siento, ¿eh? Pero es que tengo cena familiar. Además, estoy agotado.

—Joe, bueno, pues, al menos, cuéntame, que esta mañana me has mandado un mensaje críptico de que te ibas a la playa con un chico…

—Ah, eso. Al final, nada.

—Pero, ¿quién era?

—Nadie, no, un tío, sin más. Le conocí en una de estas *apps*, pero al final él no podía y yo tenía jaleo en casa.

—Tienes que dejar de usar esa aplicación horrible, que ahí la gente es muy rara. Además, siempre te pasa lo mismo. Te ilusionas, y luego nada.

—Bueno, Nekane, te dejo, que me llaman para cenar.

—*Agur*. Hablamos estos días.

—Eso. *Agur*.

Nekane hablaba como si me conociera. Abajo, el barullo pletórico de la familia llenaba el aire que se colaba por la puerta de mi habitación.

CUARTA PARTE

1

El lunes, de madrugada, la tía Juana se fue. Lo hizo mientras la abuela y yo dormíamos, sin avisar a nadie y sin una nota de despedida, ni siquiera una pista con el dedo en el vaho del espejo empañado del baño, algo que indicase el porqué de su partida o el lugar donde poder ir a buscarla y rogarle que volviera. Solo dejó tras de sí sus copias de las llaves de la casa y la casa como los chorros del oro, tan ordenada que desde ese día se me hizo imposible encontrar nada, pues las cosas habían perdido su sitio habitual en el mundo y recuperado el de origen, probablemente el que habían tenido antes incluso de nacer yo.

Tardé en creerme que se había marchado de verdad, aunque sentí su ausencia nada más abrir los ojos al respirar un silencio vasto, inabarcable, con la primera bocanada de aire caliente de la mañana, y aguzar el oído y no encontrar, mirada fija en el techo agrietado con pegatinas de estrellas, rastro del típico concierto matinal de tazas y cucharillas y voces discutiendo en la cocina.

Me levanté de la cama, salí al pasillo y el crujir de mis pasos en el suelo de madera vieja resonó por toda la casa. Por primera vez en veintidós años, las puertas y las ventanas estaban todas cerradas, nadie las había abierto para formar corriente y la atmósfera era yerma y estaba viciada con los vapores de la noche anterior. Volví a mi habitación. Cuando abrí la ventana para que entrase la vida de fuera, solo recibí el rugir del riego en el jardín, que se fue agudizando hasta llenarlo todo en sustitución del silencio, y de pronto ya no supe qué era peor, si el silencio o los aspersores. Al final dejé la ventana y la puerta abiertas de par en par, y así empezó el ambiente a renovarse y pude caminar con mayor soltura. Me asomé por el hueco de la escalera. Grité:

—¿Tía? —Y luego—. ¿Abuela? —Y luego—. ¿Juana?

Y fue la última vez que pronuncié su nombre aquel verano. No recibí respuesta. Después de eso, entré en la habitación de la abuela porque ya sabía

que la tía no estaría en la suya.

Sobresalía bajo las sábanas el bulto enorme, inmóvil, de María Luisa. El miedo me invadió, me acerqué a ella lentamente, me senté en la cama, repitiendo «no» para mis adentros, «no, no, no», hasta tropezar con sus ojos grises que me miraban. Estaban húmedos. Brillaban, enrojecidos, vivos, pero como a punto de estallar.

2

La desaparición de la tía Juana causó un gran revuelo en Ariza-Lenea. Las conversaciones, que hasta entonces giraban en torno a la muerte de Laura Íñigo, comenzaron a oscilar de forma intermitente entre ella y la Juana. Y es que, aunque no tuviera amigos ni saliera mucho de casa, enseguida se hizo evidente el hueco vacío en la fila de la charcutería. El jueves de mercado, muchos echaron en falta el momento de fantasear con las fastuosas fiestas en Tabarnea en base a la compra que la tía cantaba al tendero. Estos actos de chismorreo rutinario, que tanta paz proporcionaban a la vecindad, se interrumpieron a la fuerza de la noche a la mañana y la gente quiso saber por qué.

Los rumores se propagaron enseguida: Juana María García de Maeztu se había ido a hacer descalza el Camino de Santiago, a Francia en una furgoneta y al sur a trabajar en los campos de fresa, y había cogido el primer avión a los Emiratos Árabes a cocinar para un jeque multimillonario, y se había fugado a la India con un amante nativo que le había acogido en una secta de amor libre y dieta estricta de sémola y perejil.

Que se había ido dando un portazo era el único detalle de consenso general porque lo había oído Chema Andueza mientras paseaba a su perro por La Isla, y el dato de mayor interés lo proporcionó Ana Mari Urbiola, de las Urbiola de la licorería de la calle Mayor, al aportar cierto contexto histórico a todo aquel que quisiera escucharla desde el otro lado del mostrador.

—Es curioso, García de Maeztu no era su apellido cuando la trajeron a Ariza de esa forma tan secreta, hace por lo menos cuarenta años. La María Luisa apareció en la escuela un día para inscribir a una nueva hija que nadie sabía de dónde había salido. La maestra de entonces comentaba que nunca había visto una cosa igual, que la niña no sabía leer ni escribir y solo abría la boca para escupir a sus compañeras. ¡Lo que oyes! Un caso espantoso, espantoso, sí, y lo de «espantoso» lo decía la maestra, Rosa Abaigar, no yo, y eso que ella siempre fue una mujer muy moderna y muy abierta de mente pero,

en fin, todas tenemos un límite… Resulta que esta chiquita salvaje era hija de una hermana pequeña de la María Luisa que se había ido de casa a los dieciséis y que no se hablaba con la familia desde entonces. Se comentaba que era del mundo de la farándula, trapecista o algo así, siempre con la vida a cuestas en un carromato y arrastrando a la niña por el mundo. Imagínate. La María Luisa nunca hablaba de su hermana, así que gracia supongo que no le haría tener que adoptar a la sobrina así, de bote pronto, cuando la hermana murió en extrañas circunstancias. El caso es que lo hizo y que desde el día en que la inscribió en la escuela luchó por sacarla adelante, quitarle los malos hábitos y hacer de ella una mujer hecha y derecha. Una García de Maeztu, a fin de cuentas. Pero vamos, que esto que os cuento lo sé yo por lo que se decía entonces, y las cosas se decían a cuentagotas, porque en esa familia siempre se ha hecho todo con un secretismo…

Teniendo en cuenta estas circunstancias tan particulares, no fue extraño llegar a la conclusión de que el motivo de la fuga de Juana (cualquiera que fuera su verdadero primer apellido) estaba relacionado con sus cinco hermanas de la Capital (estas sí, García de Maeztu de nacimiento).

—Discutieron por dinero, como pasa siempre que lo hay. Y en el caso de los García de Maeztu hay dinero, y mucho —sentenció Mari Luz Santiesteban después de escuchar la historia de Ana Mari Urbiola—. Algún lío de propiedades, seguro. A mí siempre me pareció raro que la empresa fuera de las cinco hermanas, no de la Juana. Sí, sí, Juana renunció a ser socia cuando la abuela lo dejó, lo sabe todo el mundo. Tendrá que ver con lo que dices tú, Ana Mari, digo yo, que si ella es hija postiza, a lo mejor no le pareció bien, en un principio, quedarse con un trozo del pastel. Pero supongo que luego se arrepintió.

—O a lo mejor es que ella quería otro tipo de pastel, no sé si me entendéis.

—¿La casa?

—¡Anda, no! Ya sabes… Ya que vosotras os habéis quedado con la empresa, es justo que, cuando muera mamá, me quede yo con la mansión en el parque.

—Para lo que le iba a servir… En dos días, va el Ayuntamiento y la echa abajo.

—Uy, eso, ¿tú crees que eso se hará?

—Pues claro que se hará, tarde o temprano. Vamos, es que ya vale; una casona ahí, en medio del parque. Debería darles vergüenza y marcharse ellas, no estar esperando a lo que diga un juez.

—Pues yo creo que no se hará, fíjate. Además, si pasa, la María Luisa se muere del disgusto antes de que toquen nada, y entonces estamos en las mismas: quién hereda la casa, a ver.

—Cada cosa a su tiempo. De momento, en pocas semanas viene la Feria.

—¡La Feria! Es verdad.

—Sí, pues no sabéis cómo está el jardín de Tabarnea… He oído que tienen una plaga, algo que se está comiendo los cables de los aspersores y, bueno… ¡un destrozo! La tierra está toda seca y las plantas, hechas un asco.

—Mira, también, digo yo que ya estaba bien de estar todos ahorrando agua por la sequía y las marquesas ahí, derrochando.

—Aun así, hay que reconocer que el jardín era una preciosidad. Y quedaba tan poco tiempo para poder entrar a verlo en la Feria…

—Pues yo creo que lo de la plaga es mentira. El jardín se ha muerto porque la que se ocupaba de cuidarlo era la Juana. La María Luisa, desde luego que no, con lo mayor que está.

—Puede que el nieto se ocupe.

—¡Ja! ¡El periodista! ¡Bien, hombre!

—O puede que la Juana aparezca en dos días y que estemos aquí hablando por hablar.

—Pero cómo va a volver en dos días, ¡si está en la India!

3

Las consecuencias de que la tía hubiera decidido irse a la India, al sur o a frotarse con la espalda de la estatua de Santiago de Compostela tomaron forma de agujeros en el correcto funcionamiento del día a día. Verás, hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto hacía Juana para que las cosas salieran. La Feria es el mejor ejemplo. Yo siempre le decía a todo el mundo que la organizábamos nosotros, y ese nosotros abarcaba a la Juana, claro, pero no de forma determinante, ¿entiendes? Nos incluía también a la abuela y a mí. Los tres, a partes iguales. «Nosotros». Cada año, desde que tenía dieciséis, me sentaba con Juana y María Luisa y hablábamos de la comida que había que encargar, los músicos que había que contratar y los voluntarios con los que teníamos que ponernos en contacto. Luego era Juana quien hacía las gestiones, claro, pero para mí eso no era importante porque, tras el evento, ya sabes, a la mañana siguiente, los tres solíamos despertarnos más tarde de lo normal, los tres agotados y quejándonos mucho pero sonrientes, orgullosos, porque la fiesta había sido un éxito y todo el trabajo duro había merecido la pena. Nunca nadie decía «yo he hecho más» (me refiero a que Juana nunca lo dijo), por eso fue duro descubrir que, sencillamente, yo había sido un gilipollas todo ese tiempo.

Al principio intenté convencerme de que podía con todo. Agarré el libreto de Juana, dispuesto a ponerme las pilas, pero todos aquellos números de teléfono y todas aquellas facturas y mierdas sobre contratación y sistemas eléctricos y permisos municipales empezaron a bailar ante mí como letras en la sopa. En cualquier caso, la Feria no sería hasta dentro de, cuántas, ¿tres semanas? Antes, me vi abrumado por el peso de otras responsabilidades. Tabarnea, para empezar, nunca había sido tan gigantesca, con mil esquinas y cientos de muebles donde solo con respirar ya se acumulaba el polvo a montones. Aunque, si voy a ser preciso, antes debo ponerme físico y carnal: el primer peso que cayó sobre mis hombros fue el de mi propia abuela, la misma mañana en la que nos despertamos sin Juana. Lo que me dijo María Luisa

al mirarme desde la cama con sus ojitos hinchados, ella tumbada y yo sentado en el borde, aliviado de que no hubiera muerto mientras dormía, fue:

—Endika, por fin.

Me estaba esperando, claro. Eran las diez de la mañana y la abuela nunca había estado en la cama hasta tan tarde porque Juana siempre se aseguraba de tenerla preparada antes de las ocho. No supe qué hacer. Aparté las sábanas de franela y calculé cinco puntos en su cuerpo que podían ser estratégicos para arrastrar, levantar o empujar. Luego descarté aquellos que podían ser dolorosos o demasiado íntimos. La abuela, mientras tanto, con todo su enorme peso esparcido en aquella cama que un día albergó a un matrimonio pero que ahora apenas podía con una viuda, se impacientó y empezó a darme órdenes que yo agradecí, sonrojado, muéveme las piernas aquí, eso, y ahora levántame así, y yo te agarro y tú… eso es.

Nos encontramos de pie al final del camino, yo en pijama y ella en camisón. La ayudé a lavarse y vestirse, y a varias cosas más que no sabía que era necesario hacer entre dos, hasta adoptar al fin en aquella mujer de ochenta años la forma de la María Luisa de las diez.

—A partir de ahora, tendrás que ayudarme todas las mañanas.

Bajamos a desayunar y ella estuvo como siempre, quejándose con una naturalidad aterradora de la casa, la Feria y el Ayuntamiento, y dirigiéndome a mí en exclusiva todas sus demandas. Quise pararle los pies, preguntarle a gritos qué coño había pasado con la Juana. Luego quise hacer lo mismo sin gritar. Pero no hice ni una cosa ni la otra. No pude. La casa era demasiado grande y mi abuela parecía entenderlo todo y dar por sentado que su nieto también.

4

Pasaron los días. Acumulados en la pantalla de bloqueo tenía diez mensajes de O'Malley de al menos cinco líneas cada uno.

—Yo también escribo, ¿sabes? —me había dicho en el viaje de vuelta de la playa, justo después de afirmar que estaba seguro de que yo escribía poesía y que lo hacía estupendamente—. En mi vida siempre le he dado mucha importancia al lenguaje. Y siempre tengo en la mesilla de noche a Lázaro Carreter. ¿No sabes quién es? No me digas eso, hombre. Te cuento, fue presidente de la RAE. O director. El caso es que tiene un libro genial sobre la utilización del idioma.

En la autovía llovía a mares y las nubes eran tan oscuras que parecía de noche y teníamos que llevar las luces puestas. Habíamos estado callados todo el tiempo y ese fue solo un intento suyo de tapar el silencio.

—También leo mucho, sobre todo ensayos. Novela, no tanto, salvo histórica, porque así siento que aprendo, que no pierdo el tiempo, ¿sabes? No sé, alguna vez he comprado novelas de escritores maricas por curiosidad, pero es todo tan dramático… Por qué tiene que haber siempre una infancia traumática y drogas y sida y prostitución, ¿eh? Mi vida ha sido supernormal, nunca he tenido ningún problema, he sido muy feliz y he estado con hombres y con mujeres. ¿No puede haber una novela así?

—¿Esto no lo hemos hablado antes?

—¿Qué?

—Nada. Déjalo.

Ahora me preguntaba en sus wasaps que cómo estaba, en plan genérico; luego ya indagaba más, interesándose específicamente por si me encontraba «bien», y me decía que, dejando aparte el incidente de la playa, él había estado muy a gusto y a ver por qué no nos íbamos la próxima vez a pasar por ahí un fin de semana entero. A Santander. A Oviedo. A Zaragoza. El último mensaje me decía que podíamos hablarlo tomando un café. A esto accedí.

Quedamos en la terraza medio vacía del Gorpi, una cafetería que daba al

río. Era la hora del café con El Nieto y había conseguido escabullirme diciendo que tenía que hacer recados. O'Malley llegó con cara seria.

—Vaya, Endika, esto no me lo esperaba —fue lo que me dijo cuando le dije la verdad: que, aunque también había estado a gusto, me parecía que a lo mejor pasar todo un día juntos había sido demasiado y que no estaba preparado para irme con él un fin de semana—. Pero, eh, te entiendo, es verdad que han sido días muy intensos. Y eres muy joven.

Le dije que podíamos tomar café un día de estos, nada más. Nos despedimos con un abrazo amistoso. Yo creí, sinceramente, que había cortado con éxito aquel amago de inicio de algo.

5

El resto del día lo pasé en la redacción, reproduciendo como un autómata un nuevo post de Facebook del alcalde en el que anunciaba que el chupinazo de las fiestas patronales lo lanzaría la banda de música por su treinta aniversario. Una vez más, Pablo Lacunza se había pasado por el forro toda consideración al medio impreso y *Lenea Digital* ya había colgado la noticia en su web. Decidí no invertir ni un poquito de esfuerzo en enfadarme, ni tampoco en intentar darle valor añadido a mi pieza con más detalles: no llamé a Pablo Lacunza, no le di esa satisfacción, y tampoco intenté ponerme en contacto con los miembros de la banda, aunque ellos, pobres, no tuvieran la culpa.

Al volver a casa Juana seguía sin estar allí. Abrí el buzón, esperando una carta suya como si fuera 1918, y cocí vainas con patatas. En el comedor, la abuela estaba sentada, con las manos entrelazadas temblando más de lo normal.

—Qué tal el día, abuela. ¿Quieres más o así está bien?

—El día, agotador. Menos, menos, quítame un cazo. No te lo vas a creer, pero han vuelto a destrozar los aspersores. Como lo oyes. Así que me he pasado horas llamando al electricista y luego horas haciéndole compañía. Creo que me he quemado un poco el cuello con este sol. Y nada, que dice que hay que reemplazar todo el sistema. Le he comentado que ha podido ser algún tipo de parásito, un castor, o algo así, pero dice que imposible; que, por la profundidad de los agujeros en la tierra y los cortes en los cables, ahí ha metido mano un hombre. De verdad, no sé qué vamos a hacer en esta casa con tanta desgracia.

Se tapó la cara con las dos manos y los brillantes en sus anillos formaron dos ojos rojos que me señalaron.

—¿Las tías qué dicen? —pregunté mientras aplastaba las vainas y las patatas con el tenedor hasta formar un puré espeso.

—Tus tías no dicen nada, como siempre.

—¿Pero les has contado *todo* lo que ha pasado?

La abuela se apartó los ojos de rubí y reveló una mirada igual de enrojecida.

—Ay, Endika. No tengo fuerzas. Cuando tus tías se enteren de que Juana Mari se ha marchado de un día para otro se les va a romper el corazón. Y más después de este último fin de semana tan bonito que hemos pasado en familia. Tú estabas fuera y te lo has perdido casi todo pero, de verdad, ¡cómo han colaborado! Bueno, sí, fue porque no estaba la Juana en condiciones, pero ya me entiendes, yo pensaba que las cosas iban a cambiar, que por fin mis hijas se estaban interesando por la casa de sus ancestros… Pero ya nada, se acabó. En fin, el pastel se lo encontrarán el viernes. Se han pedido días libres por las fiestas y vendrán con ganas de juerga. La que les espera…

Era la primera vez que hablábamos del tema.

—Vale. Y, para que me aclare, ¿hasta el viernes tengo que seguir haciendo como si no pasara nada solo con las tías o también contigo?

—Pero qué dices.

—Que parece que te importen más los aspersores.

Me levanté de golpe y la copa de vino tinto de la abuela se derramó, esparciéndose por toda la mesa.

—Bueno, ya está bien —gritó—. ¡A tu cuarto! Ya hablaremos cuando estés en condiciones de hablar.

Pero no me moví del sitio ni le aparté la mirada. Solo dejé que el mantel absorbiera lentamente el fluido rojo en la parte desenfocada de mi campo visual.

—Endika, por Dios. Qué quieres que te diga, ¿eh?

—Quiero que me expliques.

—Tu tía nos ha dejado. Pero eso ya lo sabes.

—Algo tuvo que decirte.

—¿El domingo? Estabas aquí, igual que yo. Estuvo todo el día en su cuarto.

—Sí, y tú entrabas y salías con tus infusiones mientras yo me quedaba abajo entreteniendo a las tías.

—Bueno, pues qué quieres, es verdad que discutimos. Le dije lo contenta que estaba de ver por fin a sus hermanas unidas trabajando por la casa y se puso hecha una furia, como siempre que le hablo de tus tías, igualita que cuando era niña y se mordía los labios hasta hacerse sangre para llamar la atención.

—Me estás diciendo que se ha ido por celos.

—Yo no sé por qué ha hecho lo que ha hecho. Ese día solo quería mimos de su madre. Luego, alguien me despertó en medio de la noche y… ¡Endika, no mires así a tu abuela! Te lo estoy diciendo cuando te lo estoy diciendo, pero te lo estoy diciendo, ¿no? Yo también estoy muy afectada, pero el mantel lo vas a lavar en cuanto acabemos con esto. En fin, como te decía, que alguien me despertó a deshoras, y era la Juana, sentada en mi cama, con ropa

de viaje y una maleta. Me dijo que lo sentía mucho, pero que tenía que irse. Es todo.

—Y no te dijo adónde iba.

—Me dijo que te quiere muchísimo.

A la abuela se le quebró la voz. Buscó, nerviosa, el bastón, y yo detecté, todo junto, el perfecto teatro de cena de interés.

—No te creo.

—Eres mi nieto. Cómo puedes pensar que te mentiría con una cosa así.

—Y tampoco me creo esa actitud de no importarte dónde esté ella, ni avisar a las tías, ni nada, cuando esto es culpa tuya.

—¿Culpa mía?

—Sí, porque ha pasado justo durante la semana que yo he estado más horas fuera.

—Endika, tu tía no es un gato, no hay que vigilar la puerta para que no se escape. Pero ahora veo que el que se siente culpable eres tú por no haberle prestado la atención suficiente.

—He estado trabajando.

—¡¿Trabajando?! —bramó, en un tono que sonó como un cuchillo, cayó como un escupitajo y terminó en cruel carcajada—. ¿Es eso lo que has estado haciendo estos días? ¿Trabajar?

El aire apestaba a vino aguado. Me vinieron imágenes de la marea trayéndome a un niño con ojos de muerto. Tenía que haberme ido en ese instante, pero en cambio:

—Y qué has estado haciendo tú, ¿eh? ¿De qué has estado hablándole al electricista? Ya te habrás encargado, ya, de que todo el pueblo sepa lo de la tía antes que tus propias hijas.

Le había devuelto el cuchillo y el japo, pero ya nadie iba a borrarle a la anciana la sonrisa de la cara.

—Muchacho. —Levantó el índice y yo me preparé seriamente para dormir en la calle esa noche. Pero solo dijo—: Crees que conoces a tu tía Juana.

Y se quedó mirando al dedo, para acto seguido desenfocar los ojos y empezar a murmurar frases inconexas que me llegaban solo a veces.

—Yo lo sabía (…) cien años (…) sola (…) tarde o temprano (…) lleno de presagios (…) siempre sola.

La dejé ahí, sumida en su propio embrujo. A la mañana siguiente el trono frente al quejigo estaba vacío, menos mal, pero la mesa seguía como si sobre ella alguien hubiera sacrificado un cochinillo. Recogí los platos, metí en la lavadora el mantel manchado de rojo y subí al cuarto de la abuela a ayudarle a empezar el día.

6

No era capaz de concentrarme. La Vida Noctámbula se veía afectada por un ir y venir de pensamientos acerca del millón de cosas que tenía que hacer y de lo mucho que tenía que madrugar para poder con todo. De noche intentaba olvidar el mundo, vivir en *Las Profundidades*, pero a las tres de la mañana me invadía la imagen de una agenda absurda que no hacía más que acelerarse cuando trataba de disiparla con café: levanta y acicala a la abuela, acuérdate de las pastillas, cocina, ve a por el pan y el periódico, pasa la aspiradora, llévala al médico si vuelve a toser así, y el trapo, ya es hora, a *La Gaceta*, luego a comer, no sé qué de los aspersores, *La Gaceta*, calienta la cena, interésate por la abuela, pregúntale. Así pasaban las horas, instrucciones futuristas que eran pesadillas al dormir y que me pillaban con la sábana mojada pero nunca con más de dos líneas escritas. Antes de darme cuenta se me echó encima la Virgen de la Asunción y con ella llegaron a Ariza-Lenea las fiestas patronales, ansiedad multiplicada como panes y peces.

Las calles se tiñeron de blanco y rojo. Los hogares se vaciaron y la música llenó el parque de La Isla. Siete días y siete noches. Alpargatas, cintos, pañuelicos. Durante el chupinazo estaba yo que no podía tenerme en pie porque los días previos los había pasado matándome por producir a tiempo un suplemento especial de fiestas. Mientras Sara Puerta hacía fotos estratégicas a pie de calle en la apretada plazoleta de Las Rosas, yo subí al balcón consistorial e hice fotos desde allí, en tensión por si el cohete explotaba por accidente a pocos metros.

Guarecido tras unas gafas de sol, entrevisté a Fermín Bustos, director de la banda de música y encargado de encender la mecha en nombre del grupo, y el señor no podía hablar, se le perdió la batuta y tuvo que tumbarse en el suelo y ser rociado con agua porque le había invadido una emoción tremenda. El alcalde también estaba pletórico. Le hice preguntas entre empujones de los demás medios y al acabar dijo, con una copa de cava bailándole en la mano, que nos daba las gracias por nuestra incansable labor de vigilancia de-

mocrática y que si queríamos podíamos comernos una gamba.

El resto del día lo siguieron pasacalles y homenajes y almuerzos populares. Sara Puerta hacía casi todo el trabajo importante, la verdad: sacar fotos donde salieran muchas caras, para que al día siguiente le hiciera ilusión comprar el periódico a la mayor cantidad posible de personas. Mi tarea era hablar con la gente, llenar los huecos con palabras hinchadas de folklore castizo que nadie iba a leer, e intentar escaparme antes de las ocho. El Nieto hizo acto de presencia el primer día, en el ayuntamiento. Saludó a políticos y otras personalidades locales y eligió él mismo la foto de portada, antes de desear a sus dos empleados buena suerte y escapar a la costa gallega en coche, vacaciones soñadas con su señora esposa.

En cuanto acababa la jornada, mi cosa favorita en el mundo era quitarme los zapatos y hacer el camino a casa descalzo y solo, esquivando cuadrillas de borrachos, con la mano extendida rozando las paredes del lado derecho de la calle para no perderme en el laberinto del minotauro. El fin de semana, solía tomar un vermú con Nekane en una terraza y los dos observábamos la charanga en la plaza de El Pozo como octogenarios. Era lo mismo cada año, pero esta vez se nos unió Gorka y yo intentaba aguantarme la risa, viéndole sufrir con el culo pegado a la silla mientras la fiesta se desarrollaba ante él, sin él, horas de juventud desperdiciadas en un goteo incesante.

La Vida Noctámbula se estancó aún más. Una noche de desesperación, decidí bajar la impresora al sótano e imprimir desde allí, para no hacer ruido, las páginas de *Las Profundidades* que tenía escritas hasta el momento. A medida que la máquina expulsaba una hoja, la leía en diagonal y la dejaba en el montón e iba a por la siguiente y —tal vez por un efecto óptico de la bombilla lúgubre del sótano o quizá porque era la primera vez que leía la novela en papel— me fijé en que había algo que se repetía cada una o dos hojas, destacando por encima de las letras, colándose en direcciones, descripciones y diálogos. Se trataba de un número, el mil novecientos ochenta y seis, probablemente un guiño al año de nacimiento de la autora, que tenía que rondar esa cifra. Me hizo gracia. Eran cuatro dígitos. Me acordé de que la tía Juana solía usar su propio cumpleaños para todo tipo de contraseñas —yo lo sabía, aunque ella lo negara— y solía repetir la fecha las veces que hiciera falta con tal de llenar los huecos (supongo que, en todo caso, eso es mejor que introducir siempre los números uno, dos, tres y cuatro).

El caso es que cuando subí de nuevo a mi habitación me pareció la cosa más obvia del mundo rescatar de debajo de la cama el móvil de Laura Íñigo. Estaba cubierto de polvo y sin batería, olvidado desde que lo dejara ahí la noche del funeral. Lo enchufé a mi cargador y esperé en cuclillas, temblando, a que me saludara la manzanita, y después introduje aquellos números mágicos, uno, nueve, ocho, seis, convencido de que me abrirían las puertas a la inspiración del no retorno.

7

Uno, nueve, ocho, seis. Me había tocado la lotería. Tenía de pronto ante mí el cerebro de Laura, sus más profundos secretos, su característica forma de hablar. Todo mezclado con muchos *emojis* y signos de exclamación y dividido en cientos de conversaciones con amigos y familiares y contactos profesionales; también grupos de WhatsApp con compañeros de la universidad, primos de Hondarribi y el club de atletismo de cuando era una niña. Uno, nueve, ocho, seis. Escuché todos los audios. Leí cada chat como el fragmento de una antología poética. En la agenda de teléfonos ni siquiera entré. Ya no me interesaban sus contactos y *La Gaceta* no los merecía. Uno, nueve, ocho, seis. Entiéndeme, para entonces yo ya conocía a Laura —había trabajado con ella en vida y ahora compartíamos las noches de Vida Noctámbula gracias a *Las Profundidades*— pero esto era una cosa completamente distinta. Vibré con los pequeños matices, con los enfados y las risas, con las expresiones que solo usaba con su madre. Descubrí que había personas que consideraba malas y otras que consideraba buenas, que en este sentido había pocos grises. Nunca había votado porque ningún partido la representaba. Iba a la psicóloga y a la psiquiatra una vez al mes, y era un rollo porque las profesionales que le habían recomendado eran buenas pero tenían el despacho en San Sebastián y eso suponía cuatro horas de carretera. Odiaba conducir. También odiaba bailar y salir de fiesta, pero le gustaba cantar y eso poca gente lo sabía; por su cumpleaños, sus amigos siempre la llevaban a un karaoke en la Capital. Me sorprendió su exagerado amor por los animales, sobre todo gatos, cuyas fotos y vídeos, sacados de Internet, los compartía con una prima por WhatsApp. En los días de lluvia se le rizaba el pelo. Las páginas de los libros recién comprados le provocaban dentera. Se refería al pueblo como «Ariza» solo en compañía de su familia, pero delante de la mayoría de gente de su edad le gustaba decir «Lenea» y nunca, nunca usaba ambos términos. Le parecía rimbombante. Los domingos iba a misa solo por complacer a su madre y se pasaba la homilía del párroco Don Miguel imaginando el vermú

rojo y la bola de pimiento que se tomaría después. Tienes que entender por qué lo hice, por qué seguí rebuscando en su intimidad aunque sabía que no era ético. Entrar de lleno en el corazón de Laura me dio millones de perlas que introducir en la novela. La mayoría de las frases que había escrito estaban mal, Laura no las hubiera estructurado así, ahora lo entendía. Suprimí, añadí, abrevié. Corté párrafos enteros y los pegué en otros capítulos donde de pronto tenían todo el sentido del mundo. Los diálogos me quedaron redondos. La novela empezó a respirar. El Detective Williams era real, estaba sentado a mi lado inclinando la cabeza en señal de aprobación. Laura, ¿era esto lo que querías? ¿Era esto, Laura? Puedo ir más allá que limitarme a imitar. Puedo ir más allá, dejar de ser el bufón que he sido hasta ahora. Puedo dejar de mirar, Laura, puedo pasar a la acción.

8

El séptimo día de la partida de Juana, domingo, coincidió con la quinta noche de fiestas en Ariza-Lenea, lo que significaba que el ambiente en las calles empezaba a dar señales de decaimiento, como cualquier quinta jornada festiva en cualquier pueblo norteño que aún tenga el valor de celebrar la semana entera. La música de charanga se oía hueca y las algarabías de la gente de mi edad eran ya ruegos velados para que alguien, quien fuera, acabase con su sufrimiento de forma rápida e indolora.

El jardín de Tabarnea se había secado, la hierba amarilleaba, las flores exóticas de la abuela mostraban signos de enfermedad por culpa del misterioso vándalo de los aspersores y yo echaba de menos a mi tía. Nada podía mitigar el agujero en el pecho de no saber: ni todo el trabajo del mundo ni todas las veces en las que me repetía en voz baja que si se había ido sin más era porque, por alguna razón, era mejor así. Tampoco la visita de mis otras tías sirvió para distraerme: cuando entraron en la casa y se enteraron de lo que había pasado todo fue angustia y confusión pero luego, tras las ambiguas explicaciones de mi abuela, un silencio incómodo envolvió el aura en la piscina. Mi tío Fernando, orgulloso poseedor de un montón de macetas preciosas en la terraza de su ático en la Capital, se ofreció voluntario para hidratar las flores una por una con una regadera, aunque ahogarlas bajo el sol en pleno síndrome de abstinencia no parecía la solución más indicada. Yo, mientras tanto, iba y venía en mi papel de sobrino modélico con mojitos y tequila y aceitunas.

—Todos tenemos derecho a una vida, Endika, cariño, y la Juana llevaba demasiado tiempo sin saber qué era eso —me había dicho mi tía Mabe en voz baja, como en secreto, estando los dos solos picando hielo en la cocina. Yo mentí y dije que entendía y ella me acarició la barbilla con suavidad, mirándome con ojitos entornados, ebrios, dedos olor a menta y a licor de cuarenta—. Tu abuela… Ya la conoces. Ahora el cielo se le ha caído encima pero tú no te preocupes, que ya estamos aquí nosotras para hacerle compa-

ñía. Tú, como siempre. Es lo que Juana hubiera querido. Sal, diviértete y trabaja mucho, pero en cuanto puedas lárgate de este pueblo, ¿vale? —Guiñó el ojo y me sacó la lengua y aprecié tristeza en cómo le tembló el mentón—. Tira, lleva estos hielicos al jardín, que tienes a tus tías deshidratadas.

La única manera de sobrellevarlo todo, el ruido y la ausencia y la decadencia, era bebiendo cantidades ingentes de alcohol. El domingo de terraceo en la plaza de El Pozo lo invertimos Nekane y yo en sendos cubatas de *ginkas* y, para cuando emprendí mi viaje a casa, descalzo y solo, iba tremendamente borracho.

Nekane había estado insoportable. Gorka y ella habían discutido y llevaban un día entero sin dirigirse la palabra. Me aseguró que nunca habían estado peleados tanto tiempo, y yo no lo entendía porque no tenía novio pero era horrible sentir la impotencia de no saber qué has hecho mal, si es que has hecho algo mal, y la rabia de ni siquiera acordarte de cuándo o cómo empezó la discusión, o por qué cojones estás tan enfadada y acabaste insultándole con ese tema delicado que prometisteis no mencionar jamás, por respeto y pudor y porque para eso no hay solución, qué tonta era por habérselo dicho, no me iba a decir el qué, no, mejor que no le insistiera más, mejor no hablar, directamente, porque yo poco tenía que decir al respecto. La esencia misma de la conversación con Nekane se basaba en la desgracia de que su único amigo no era capaz de darle buenos consejos sobre relaciones, porque jamás había tenido una. Nekane tenía que recurrir a su madre, imagínate hasta donde llegaba su angustia aquellos días, y mi papel se reducía al de un saco de boxeo en mitad del *ring*.

Intenté cambiar de tema ochocientas veces (eso sí que me estaba autorizado), para distraerla y poder hablar yo de algo, aburrido como estaba de tanto Gorka esto, Gorka lo otro.

—Cómo se nota que es ya el quinto día, eh, está todo muertísimo —dije, pero ella nada, que Gorka era un palurdo insensible, ya lo vería, ya, cuando me echara novio, que los hombres son todos igual de gilipollas y en este caso da igual gay, hetero o arbusto.

Recurrí a la desesperada al morbo de hablar de mi tía, a pesar de que cuando Nekane me llamó un par de días antes (toda preocupada por mí pero sobre todo molesta porque se había enterado tarde y mal y por su madre) le dije que prefería no hablar del tema.

—Ay, Endika, perdóname —respondió Nekane a mi intentona—, ¡yo aquí hablando de riñas tontas cuando tú tienes un percal en casa…! Vamos a pedir otro cubata, anda, que estamos los dos que nos hace mucha falta. Y cuéntamelo todo.

Pedimos y confesé que no, no sabía dónde estaba mi tía, pero que sí sabía que se había ido por voluntad propia, no se había perdido ni la habían secuestrado y, por supuesto, esos rumores que me comentaba de que la policía estaba investigando su desaparición eran falsos. Las nuevas derivas de la

conversación pusieron a Nekane de buen humor y el *ginkas* burbujeó entre nosotros cuando nos lo trajeron fresquito, hojas de menta y pajitas de colores.

—¿No te mueres por averiguar adónde ha podido ir?

—¿Quieres que te cuente un secreto? —dije, sonrisa pícara. Nekane arrastró su silla hacia mí como respuesta—. El otro día, mientras mi abuela dormía, entré en su cuarto.

—¿No habías entrado en su cuarto aún? Por Dios, yo es lo primero que hago si…

—Déjame explicarte. Mi tía es muy rara para esas cosas (es muy rara, en general) y desde pequeño tengo prohibido entrar en su habitación. Ha sido siempre como un santuario, así que imagínate ahora, que no está.

—Vale, vale, entiendo que te dé apuro. Uf. ¿Y?

—Y, pues llevaba desde que se fue con unas ganas enormes de entrar y buscar alguna pista, visto que mi abuela no suelta prenda. Paso todos los días por su puerta cerrada, intentando reunir el valor suficiente, pero nada. Hasta la otra noche, que me desvelé. Era justo cuando el chupinazo, ¿sabes?, tenía la cabeza como una moto después de, bueno, de todo el día trabajando. Y pensé qué haría ella en mi lugar.

—¿Qué haría quién?

—Mi tía. Mi tía, claro. Me refiero, si me hubiera ido yo sin decir nada.

—Ah, sí, claro. ¿Y?

—Que pienso: ella hubiera entrado en mi habitación sin ningún pudor y lo hubiera puesto todo patas arriba hasta encontrarme.

—Pues sí.

—Así que entré.

—Entraste.

—¿Y sabes qué me encuentro?

—Qué.

—Nada.

—¿Qué?

—Todas las estanterías están vacías. No hay ropa, ni libros, ni nada.

—La piel de gallina… ¡Mira mi brazo!

—El cuarto está impoluto, como si antes de irse lo hubiera empaquetado todo y se lo hubiera llevado en un camión de mudanzas. Así que pienso, genial, está claro que no va a volver. Y me rayo un montón pero entonces me doy cuenta de que falta lo más importante: no hay ni rastro de los manuscritos.

—¿Qué manuscritos?

—Mi tía escribía, ¿sabes? En plan literatura: relatos y esas cosas. Yo lo descubrí hace poco, nada, una semana antes de que se fuera. Tuvo una discusión con mis otras tías por cosas de la casa y salió ese tema a relucir, y me enseñó un cuento que había escrito y yo le dije que era muy bueno y que te-

níamos que publicarlo. Bien, pues también se llevó eso, ¡y tuvo que haberlo cogido de mi cuarto!, porque lo tenía yo, le estaba haciendo un par de correcciones.

—Pero, si ha vaciado su cuarto entero, como dices, y ha dejado hasta las llaves para no volver, ¿tan raro es que también haya querido llevarse sus cuentitos?

Mi cubata estaba medio lleno. En el de Nekane solo quedaban hielos rotos que se introducía en la boca y chupaba y escupía de nuevo al vaso cuando el frío estaba a punto de quemarle la lengua.

—¿Quieres saber qué creo yo? —dije—. Que no abandonas, después de mil años, una vida cómoda y segura si no es porque te ha invadido la angustia de que el tiempo no perdona y de que vas a salir de tu casa con los pies por delante sin haber cumplido uno solo de tus sueños. Mi tía quería ser escritora. Siempre lo ha querido, pero no fue hasta la otra noche, conmigo, que no supo que quería serlo a toda costa. Así que, si me tengo que poner a buscar, mejor empiezo por ahí. ¿Sabes? Veo a mi tía dando trotes acelerados por grandes ciudades, Bilbao, Madrid, Barcelona, llevando sus obras de editorial en editorial en un maletín de metal esposado a su muñeca, esperando el gran «Sí» mientras recibe el impacto de todos los «No» en esa cara suya huraña capaz de aguantarlo todo.

—¿Te imaginas?

—No me lo imagino. Estoy seguro.

No distingo ya qué parte de esta conversación ocurrió de verdad. Solo sé que la fantasía de la escritora trotamundos y el maletín blindado creció en mí con el paso de aquel verano y todos los que vinieron después.

9

—¿Tú crees que estoy loca? —me preguntó Nekane cuando quedó claro que el tema de la Juana no daba para más. Dije que no—. Debería ser él el que me hablase a mí, ¿no te parece razonable? —Dije que sí—. Yo sé que los amigos de Gorka lo piensan, Jon y Ander y los demás, por cómo me miran. Que estoy loca. Ni me saludan cuando nos cruzamos por la calle. La rarita, la empollona, la que no tiene amigos. Creo que le están comiendo la olla con eso. Y con que pasamos mucho tiempo juntos.

Le dije que a ver si la causa de todo iba a ser lo del concierto del otro día. Ella levantó la ceja, interesada. El pasado viernes de fiestas me había entrado un pequeño ataque alérgico debido al calor y tuvimos que irnos antes de tiempo y sin despedirnos. Nos encontrábamos en un recinto de La Isla, habilitado por el Ayuntamiento, con carpa, un gran escenario y una barra alargada donde la quinta de jóvenes del noventa y uno servía bebidas y bocadillos y pinchos veganos (yo estuve tomando nota de todo, incluso guardé algún número de teléfono por si me era útil para organizar la Feria).

El espacio lo llenaban sobre todo críos de entre quince y dieciocho años, y la única razón por la que Nekane y yo estábamos allí, en tercera fila, lo bastante cerca de la barra para que no decayera el suministro de birras, era que su novio tocaba a eso de las once. Gorka había formado hacía menos de un año un grupito de *ska* (¿o era punk? ¿*Rock*? ¿Metal? Quizá todo a la vez) con otros cuatro chicos de su cuadrilla que también habían ido a nuestra clase. Yo había planteado la posibilidad de que Nekane fuera sin mí, porque estaba cansado de trabajar y, seamos realistas, tampoco merecía la pena estar si Gorka solo tocaba el bajo y ni se le iba a escuchar con aquella acústica de verbena, pero Nekane me había fulminado con la mirada, así que ahí estábamos.

Empezó el concierto y un montón de tíos con camisetas negras se pusieron a saltar y a empujarse en primera fila. Afortunadamente, hasta nosotros solo llegaban débiles coletazos que creaban ondas en el vaso, nada más. Los

focos parpadeaban con fuerza, fue todo muy confuso al principio, pero enseguida se estabilizaron y pudimos ver con claridad a los cinco miembros de la banda, con Gorka y su bajo en el extremo más cercano al nuestro. La situación era surrealista: cinco de los tipos responsables de algunos de mis traumas infantiles habían decidido imprimirse en las camisetas un logo con calaveras y pistolas y ojos de búho, como parte de una estética que consistía en berrearle no sé qué injusticias políticas y sociales a un micrófono mal enchufado.

Sonreí a Nekane para transmitirle confianza y ella se limitó a encogerse de hombros, como queriendo disculparse y decirme que bueno, estaba bien, ¿no? Le comenté, para destensar, que ella debía de ser la única chica de las primeras quince filas, y yo el único chico no heterosexual.

—Qué bobo eres —contestó. Le hizo gracia—. No, mira, ahí está Amaia, la novia de Iraultza, ¿no la ves, al lado del tío enorme? La está aplastando, a la pobre. No ha sabido elegir sitio.

Me fijé en Gorka, manipulando las cuerdas de aquel bajo que yo no sabía oír. Pensé que hacía años que no lo miraba tanto, y menos así, en público y en un contexto de fisgoneo impune. Era más alto que cuando íbamos a clase juntos, estaba más delgado y tenía un peinado menos agresivo, echado para atrás y engominado en lugar de aquel horrible flequillo graso que le tapaba media cara. Llevaba deportivas blancas de Nike y vaqueros pitillos, grises, de Pull&Bear (pitillos, madre mía, qué hubiera sido de mí si hubiera llevado algo la mitad de ajustado en el instituto), y se había cortado dos enormes agujeros en el lugar de las mangas de la camiseta, desde donde se le asomaba el sobaco peludo, un principio de pectoral y las costillas, que viajaban al sur hasta encontrarse con unos abdominales incipientes. Estaba todo serio. Apretaba los labios. Fruncía el ceño. A veces, bajo un chorro de sudor, levantaba una mirada fugaz para buscarnos entre el gentío y sonreírle a Nekane y sonreírme a mí. Analizando sus dedos, mullidos de tanto jugar a pelota mano y que en otra vida me habían agarrado del cuello para apuntar mejor la trayectoria del escupitajo, sufrí una tremenda erección. El calor se volvió insoportable. Se me hincharon los ojos.

—No me encuentro muy bien…

—¿Cómo dices…? ¡No te oigo con la música!

Nekane me acompañó a casa a por la medicación. Yo exageré mis males para no tener que volver al menos hasta que el concierto hubiera acabado. Entonces mi amiga sintió compasión y me dijo que sin mí no se iba, que Gorka lo entendería.

—Pues mira, puede que ahí tengas razón —me decía ahora Nekane en la terraza de la plaza de El Pozo mientras dejaba que el último hielo del *ginkas* se derritiera en su lengua—. A lo mejor está picado porque no me quedé toda la actuación. Está bien visto, Endika; muy fino, el detalle. Algún día serás un novio espectacular, ya lo verás.

10

Estaba pensando, haciendo eses descalzo por el caminito de La Isla después de mi conversación con Nekane, que había algo que no le había dicho a mi amiga, ni a nadie, y que me carcomía por dentro, que la única razón por la que me había atrevido a entrar en el cuarto de mi tía Juana era el éxtasis que sentí al profanar el móvil de Laura Íñigo, y que la alegría había durado poco. Se cortó la noche siguiente cuando, a pesar de que la Vida Noctámbula prometía ser más fructífera que nunca, encontré en las profundidades de la lista de chats una conversación que hizo que se me helara la sangre. Mi reacción fue inmediata: bloqueé el móvil del susto y sentí que me mareaba. Escuché pasos en el rellano y luego el viento arrastrando las ramas de los árboles contra mi ventana, como brazos que escalaban la fachada para entrar en mi habitación. Cogí inconscientemente la chaqueta por si refrescaba, qué tontería, y salí de Tabarnea, móvil en mano a las tres de la madrugada. Seguí como un sonámbulo el camino hasta la casona de los Íñigo —el mismo que había hecho con la Feli a rastras la noche del funeral—, sin saber cómo cojones iba a entrar, en la cabeza solo que me había invadido un tremendo sentimiento de culpa por haber pasado las últimas horas, días, semanas, fisgoneando en vidas ajenas, o en lo que había sido la vida ajena de alguien que ya no era.

La casona de los Íñigo estaba cerrada a cal y canto cuando llegué, pero fue fácil colarme en la servidumbre entre casas hasta el jardín trasero, encontrar una piedra y romper con ella la ventana de la habitación de Laura. El ruido de cristales rotos me activó, hizo que se me erizara la piel y que mirase a mi alrededor en busca de alguna luz vecina que se encendiera de pronto, pero todo el mundo estaba de fiesta y los ecos de la verbena en la plaza de El Pozo ahogaban cualquier atisbo de vida hostil.

No lo pensé mucho. Tenía la mente absorta en el descubrimiento que acababa de hacer y lo veía todo borroso y tenía el estómago revuelto cuando me puse a trepar por una tubería —yo qué sé cómo; no sé escalar— hasta llegar

a mi destino. Solo sería un segundo, devolver el móvil robado a su legítima dueña y marcharme. Despejé la ventana de restos cortantes y entré.

En general, las conversaciones de Laura se interrumpían aquel fatídico lunes en el que su coche había pegado un volantazo al lago. Pero una en concreto, con su jefe, se cortaba sin más poco antes de cogerse ella la baja y entrar yo en escena, justo después de una acalorada discusión en la que El Nieto acababa diciendo que no había más que hablar, que podía hacerse la víctima si quería, pero que olvidase sus pretensiones de publicar no sé qué, porque de ninguna manera se iba a meter *La Gaceta* en esos fregados, y menos aún con pseudo-informaciones conspiratorias carentes de pruebas sólidas, y esta era la última vez que hablaban del tema, si seguía poniéndose pesada ya sabía dónde estaba la puerta. Ante esto, Laura se ponía terca como una mula y le decía que esta historia le estaba costando la salud. Luego, silencio. El Nieto no se había interesado por su empleada durante las semanas que duró la baja. Fue al deslizar mi dedo hacia los mensajes antiguos de la misma conversación cuando vi cuál era el centro de la polémica.

Y ahora le estaba dando vueltas a todo esto, borracho y solo en la decadencia de un día que era séptimo sin Juana y quinto festivo, mientras a mi alrededor todo daba vueltas también y alguien me hacía señas desde una zona del parque apartada del camino, lejos de la luz de las farolas.

—¡Ey, Endika!

Era un grito conocido, la figura agazapada de un chaval.

—¿Gorka? —murmuré. Me desvié del camino y fui a saludar.

—Cagüendiós, Endika, ¡cómo vas!

—¿Yo? Qué va. Solo han sido un par de cubatas… y chupitos. ¡Con Nekane!, ¿sabes?, pregunta por ti.

Gorka se echó a reír. Luego siguió concentrado manipulando un objeto que tenía incrustado en la tierra. Recuerdo dejar caer todo mi peso sobre la hierba seca y ponerme a cuatro patas a su lado para acto seguido vomitar el desayuno, la comida y la cena, y supongo que entonces él se apiadó de mí, porque noté cómo alguien me estrechaba entre sus brazos y me ponía la mano en la frente. De fondo, risa inconfundible y aliento en la nuca.

—Estoy mejor, gracias —dije una vez vaciado—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Gorka seguía a carcajada limpia. O tal vez era yo quien no paraba de reír. Daba igual; la tierra debajo de mí tambaleaba y el cielo sobre La Isla estaba lleno de estrellas justo antes de cerrar los ojos y perder el conocimiento.

11

Me despertaron unos golpecitos en la cara. La silueta de Gorka encima de mí. Al fondo, las estrellas todavía en su sitio, parpadeando una al lado de la otra, al lado de la otra, al lado de la otra, tejiendo sobre nosotros una tela enorme, brillante, preciosa.

—Dónde están los árboles —pregunté.

—Qué.

—No están. Los han quitado.

—¿Han quitado los árboles?

—Sí, mira, lo ves. —Señalé a las estrellas—. No hay ni uno solo.

Una sonora carcajada.

—Endika, tío, ¿qué os habéis fumado Nekane y tú? Levántate, anda.

—Nada, nada, nada.

Me incorporé como pude. Seguíamos estando en medio de la oscuridad, en una zona de La Isla apartada del camino. A mi lado, un charco de pota luchaba por hacerse notar, brillando vagamente bajo un tenue retazo de luz de farola.

—Espérate, que te acompaño a casa —dijo Gorka, dándome la espalda porque de nuevo estaba manipulando no sé qué.

—Estoy bien. Vivo aquí al lado —Me trabé un poco al hablar—. ¿Qué estás haciendo?

—Esto —dijo, y se apartó para dejarme ver, aunque yo no podía distinguir nada entre la oscuridad y el alcohol—. Son fuegos artificiales.

—Ah, mira.

—Suelo encargarme todos los años. Los tiro desde aquí porque está apartado de las casas. Y porque en esta zona del parque no hay árboles.

—¡Ves! Lo que yo decía. ¿Y lo haces tú solo?

Él asintió.

—Estoy esperando a las doce para encenderlos uno a uno. Quedan diez minutos.

—¿Puedo quedarme?

—Claro. Pero no toques nada, que vas fino. Cuando eso, será mejor que te apartes un poco. Y luego a casa, ¿eh?

Asentí. Nos quedamos callados. A lo lejos, entre la vegetación, se colaban las luces de las barracas, los ritmos del reguetón y los giros de la noria, esta última asomando el morro por encima de los árboles.

—O sea que te gusta la pirotecnia —dije, y no sé cómo conseguí articular la palabra «pirotecnia». Gorka, que estaba concentrado en controlar que sus cacharros funcionaran correctamente, me miró y dejó todo, y vi en el brillo de sus ojos que no mucha gente se interesaba por ese *hobby* suyo de andar encendiendo fuegos. Dejé que me explicara cosillas al respecto, mientras yo solo podía pensar en Laura Íñigo, su móvil y las conversaciones de WhatsApp.

Las pruebas que Laura le había mandado a El Nieto, en las cuales se quería basar para redactar varios reportajes incendiarios, eran unas fotos mal hechas de documentos municipales que, si uno hacía *zoom* con el móvil y parpadeaba varias veces para ver a través del *flash* que se reflejaba en el papel, demostraban una serie de irregularidades en relación con la planta de lodos de O'Malley. Al parecer, durante años y años el Ayuntamiento había permitido la construcción de la planta, saltándose unos cuantos procedimientos administrativos, y no había sido hasta la llegada del nuevo Gobierno local que no se había echado el alto.

Que O'Malley fuese un mafioso no me sorprendió; lo que me dio un vuelco al corazón fue ver que Laura estaba convencida de que la persona encargada de hacer de nexo entre la empresa y el Consistorio era María Luisa García de Maeztu. El nombre de mi abuela se repetía una y otra vez en distintas conversaciones entre Laura y El Nieto, y parecía ser que eso era sobre todo lo que había provocado el enfado de este último, porque de ninguna manera iba *La Gaceta* a señalar a una persona que ni siquiera estaba siendo investigada, ya no solo porque acabarían teniendo a todo el gremio de abogados encima —pagado por María Luisa, la empresa de Tabarnea y el mismísimo Belcebú si era preciso—, sino porque María Luisa era una vieja amiga de la casa. Lo que definitivamente me hizo bloquear el móvil fue la insinuación de Laura de que las conexiones de María Luisa no eran a cambio de nada, y que O'Malley podía estar haciendo chanchullos en las altas esferas autonómicas, estatales y europeas para evitar la amenaza de expropiación sobre Tabarnea.

—Son las doce.

—¿Qué?

—Hora de los fuegos.

12

Gorka me mandó lejos. A trompicones volví al camino y esperé tumbado en el suelo de piedra bajo la protección de las farolas. Uno a uno, los cohetes salieron disparados desde la zona despejada y oscura donde estaban Gorka y mi charco de vómito y, maravillado, observé cómo estallaban en el cielo y se convertían en gigantescas flores de luz que abarcaban todo el pueblo. Rojas, azules, verdes, amarillas, en cada explosión grité «guau», alto para que él me oyera porque estábamos solos y quién si no iba a transmitirle entusiasmo. Durante tres o cuatro minutos fuimos los reyes del parque.

—¡Ha sido espectacular! —dije cuando todo acabó. Corrí hasta él y me salió darle un abrazo.

—Me alegro de que te haya gustado.

A pesar de la oscuridad pude ver que se le apagaba la mirada. Pensé que tal vez echaba de menos a Nekane, y la verdad es que el momento hubiera sido romántico.

—¿De dónde sacas esos fuegos tan bonitos? —le pregunté. Y no falló, se le encendió de nuevo el brillo en los ojos.

—Son de Biarritz —respondió—. En España están prohibidos. Pero ni siquiera tengo que pagarlos, son un regalo de unos clientes franceses de mi padre, cada año nos los traen gratis. —Mientras me lo contaba, el pecho se le hinchaba de orgullo.

—Pues qué guay.

—Sí, oye, ¿te acompaño a casa? Aunque ya te veo mucho mejor.

—No, sí, no hace falta, estoy bien. —Seguía estando borrachísimo, pero al menos ya podía distinguir las siluetas a mi alrededor—. Aunque, sabes qué, lo último que me apetece es irme a casa.

—Yo en cuanto recoja voy para lo viejo. Si quieres… Supongo que Nekane estará ahí.

Nekane estaba en casa, como siempre a esas horas.

—Supongo que Nekane estará en casa… —dije, para no insinuar que Gor-

ka era un completo ignorante—. No, pero no es eso. No quiero volver a casa de mi abuela. Nunca. —Me eché a reír—. Pero eso no puede ser; a nuestra edad es eso o dormir debajo de un puente, ¿verdad?

Empezamos a amontonar los restos de los fuegos y nos coordinábamos como si lleváramos haciéndolo toda la vida. Al acabar, Gorka sacó una litrona de cerveza que tenía en una bolsa donde había de todo, ginebra y vodka y pacharán, porque, dijo, después iba al chabisque de su cuadrilla a ponerse morado, y me la ofreció y nos sentamos junto a la pila de trastos y nos pusimos a beber. Dijo Gorka que esa era la recompensa del guerrero; yo me reí y dije que más bien era la recompensa del pirómano (la verdad es que el parque apestaba a humo). Un día de estos prendes fuego a toda Ariza-Lenea, le dije. Bromeamos un rato, nos pasábamos la botella de mano en mano, y yo acabé diciendo algo así como:

—Quién nos ha visto y quién nos ve.

Gorka carraspeó y se revolvió en su hueco de hierba seca. La situación se volvió incómoda.

—Es broma. ¿No te ha hecho gracia? —añadí, y luego, para cambiar de tema—: ¿Sabes por qué no quiero irme a casa?

Igual que su novia, Gorka se dejó engatusar por el morbo.

—Me contaron lo de tu tía, qué putada —dijo, más animado aunque forzando un tono afligido—. Ella era como una madre para ti, ¿no?

—Bueno, sí, pero no es eso. ¿Sabes de verdad por qué no quiero volver? ¿De verdad verdadera?

De lo que viene a continuación no guardo recuerdos. En mi cabeza está todo negro pero, por lo que me contó Gorka cuando volvimos a encontrarnos más adelante, la conversación se puede transcribir más o menos así (no tengo ni idea de qué estaba diciendo ni a dónde quería llegar, pero tampoco había allí nadie para pararme los pies, nadie más que Gorka, quiero decir):

—Te lo explico, pero es un secreto, ¿vale? Laura Íñigo estaba escribiendo una novela y yo soy el único que la ha leído, me la dio antes de morirse y me dijo que no se la podía enseñar a nadie, me dijo «Endika, quiero que lo leas y me digas qué piensas». Nunca se lo pude decir, claro, y eso que tenía un montón de opiniones.

—Laura Íñigo… Laura Íñigo… Ah, la chica esa que tú estabas sustituyendo, la periodista.

—La muerta, sí.

—Se cayó al lago con el coche, ¿no?

—Se cayó, se tiró, la tiraron… Quién sabe.

—Hostia, qué dices.

—Yo qué sé. Bueno, sí que sé, porque estuve con su madre el día del funeral, en su casa. De hecho, me llevó hasta la habitación de la hija. La guarda intacta, ¿sabes?, la habitación, lo sé porque luego he vuelto, con el tiempo, y sigue toda igual que cuando estaba viva, como en la tele cuando las cá-

maras entran a los cuartos de los niños desaparecidos, años después, y sus padres guardan hasta el clínex con los mocos del último resfriado. El caso es que la Feli, se llama así, su madre, la Feli me dijo que ella había mirado las últimas conversaciones de WhatsApp de Laura, supongo que para ver si había algo raro, y me aseguró que no encontró nada que pudiera forzar la teoría del suicidio.

—Entonces no se tiró.

—Bueno, no he dicho eso. He dicho que su madre no encontró nada que… Gorka, presta atención. La Feli, sin ir más lejos, está segura de que su hija se fue porque quiso, de forma discreta, sin alborotos (aunque esa es otra historia), y yo sé que Laura sabía cosas. ¿Eso que tienes en la bolsa es Larios? ¡Y vasos! Oye, mira, yo de aquí me iré directamente a casa, mal que me pese, pero cuanto más tarde vaya, mejor, como si antes sale el sol. ¿Te hace un par de *ginkases*?

—¿Pero tú mañana no trabajas?

—Sí, pero es el Día del Mayor, un acto corto en el club de jubilados que empieza tarde, sirven un montón de churros y chocolate y todo el mundo está sentado.

—Bueno, vale.

—Decía… Pero echa un poco más, anda, no seas rancio. Así, ya vale, ahora el Kas hasta arriba. ¿Hielos no tienes? Eso. Decía que Laura sabía cosas. Cosas turbias y un poco complicadas que ahora no me voy a poner a explicar pero, básicamente, su jefe, mi jefe, El Nieto, ¿sabes quién es? Eso es, el padre de la del puñetazo a Gonzalito Roa. ¡Ja! Qué bueno. ¡Chin chin! Y para adentro. Dios, está fuerte, ¿eh? No, no, está bien así, no me eches más Kas, que tanto gas me hace mal. Bueno, pues El Nieto, que es el propietario de *La Gaceta de Ariza*, va y le dice a Laura que ni de coña le va a dejar publicar lo que ella sabe. Laura recibe presiones por todos lados y pum, se pide la baja por depresión. Ahora bien, no digo que una cosa tenga que ver con la otra, solo te cuento los hechos en el orden en el que ocurrieron. Primero, las presiones. Luego, la baja. Y luego, el accidente.

—Joder.

—Vale, ¿y por qué te cuento lo de la novela? Me la he leído a fondo, está sin terminar pero le queda poco (le quedaba poco, mejor dicho, porque ahora la autora está muerta y quién va a acabar eso: nadie, claro) y mi teoría es que Laura quiso encriptar en ella esa información turbia que no le habían dejado decir en el periódico. Es un libro supersórdido, lleno de muertes y corrupción. Si sale a la luz, a más de uno le da un infarto, así te lo digo, sí, más de uno se reconocería en esa novela, entre ellos, mira, te lo voy a decir, entre ellos, mi abuela.

—¿Tu abuela? Tío, qué me estás contando.

—Que sí, que sí, no te rías, porque ella está obsesionada con que no nos echen de Tabarnea. Mi casa. Está en medio de todo esto, de un parque prote-

gido, ¿no lo ves? Y es ilegal: las leyes europeas y todo ese rollo. Pues Laura descubrió que tal vez había una especie de mano negra intentando amañar la expropiación. Hacer que vaya lenta la cosa o, si podía suspenderse, mejor que mejor.

—¿Y todo eso lo sabes por lo que pone en un libro?

—Está todo ahí, en clave. Y lo he leído tantas veces que siento que lo hubiera escrito yo, ¿sabes? A veces, te lo juro, a veces es como si Laura me estuviera hablando desde las páginas de su novela, o sea, desde la tumba, claro, pero como a través de las páginas, como si ella y yo tuviéramos una conexión especial. Y creo que quiere que haga algo para que nada de lo que pasó quede impune, todavía no sé el qué, pero seguro que algo gordo. Aj, dime que te queda más Kas, que esto está imbebible y no quiero acabar potando otra vez.

13

Lo siguiente que recuerdo es estar con Gorka delante de *La Gaceta de Ariza*. Las calles están desiertas, todo el mundo está en la verbena y ambos cargamos sendos cubos de Pinturas Fernández y una bolsita con globos de agua.

—¿Preparado?

Tengo en una mano un globo lleno de líquido rojo y en la otra otro de líquido amarillo. Sigo borracho o estoy más borracho que nunca o no lo estoy en absoluto, pero esta vez los recuerdos son claros.

—Fíjate, alguien ya se ha encargado de hacerles un regalito antes que nosotros.

Y Gorka señala el grafiti feo y descuidado de «FASCISTAS» en la persiana metálica.

—Es del verano pasado —le explico—. Tenía mis razones, supongo, aunque aún no sabía lo que sé ahora.

Y me deshago de los dos globos. El primero da directo en el blanco y un pegote amarillo tapa un poquito la «T» de «FASCISTAS», creando un chorrillo que se abre camino lentamente hasta el suelo. El segundo globo explota en mi mano y de repente dejo de ver por un ojo.

—Hostia, Endika, tío —oigo decirle a Gorka antes de ponerme una mano en el hombro—. Pareces de *La matanza de Texas* o algo.

Y se mea de risa. Lo cierto es que tengo rojo por todas partes, hasta en el ojo, que escuece un poco.

—Cállate y dame otro globo.

Y nos ponemos a lanzar pintura como si no hubiera un mañana a la fachada del sitio donde trabajo.

No sé en qué momento empezó aquello a dejar de tener sentido, si es que alguna vez lo tuvo: supongo que cuando nos despreocupamos del objetivo real y pasamos a iniciar una guerra de pintura en la que yo era del equipo amarillo y Gorka del rojo; la calle entera, un campo de batalla, los dos bandos, bien diferenciados a ambos lados de la acera; y el camuflaje, un pasa-

montañas. Era un juego de niños, el juego de niños más divertido que pueda recordar (vaya una afirmación facilona por mi parte; hay pocas cosas de mi infancia que catalogue como «divertidas», y menos aún relacionadas con Gorka Fernández).

Cuando se terminaron los globos huimos de la escena del crimen y nos despedimos con un choque de manos en el puente de San Sebastián, desde donde Gorka se desvió hacia su casa a las afueras y yo me adentré nuevamente en La Isla. Le oí gritar algo del otro lado del puente, debajo de nosotros la fina corriente de agua sobreviviendo a la sequía, y yo «¿qué?», y él «que ha sido un placer colaborar y que a ver si algún día puedo echarle un ojo a la novela esa».

—¡Imposible! —le grité—. Se la dejé a alguien y no sé si me la devolverá algún día.

A Gorka le hizo gracia.

—¿A uno de esos corruptos de los que hablaba Laura Íñigo?

—Al peor de todos.

—Qué cabrón eres. Venga, Endika, *agur*.

—Cuando quieras repetimos.

—Ja, ja. De momento, una ducha con bien de jabón y una visita a la tintorería que, si no, me parece a mí que poco tardarán en pillarnos.

14

Cuando llegué a Tabarnea vi dos cosas que me parecieron raras. La primera, que el suelo del jardín estaba húmedo. Supuse que el tío Fernando se había pegado la tarde entera dándole a la regaderita porque, si no, no se explicaba que, sin haber llovido ni una gota, se hubieran formado charcos en el camino de piedras que conducía al porche y que en el césped mis pies descalzos se hundieran en la tierra mojada, a cada paso exprimiendo entre los dedos barro y gusanos y pétalos caídos de flores moribundas. Era noche cerrada. Por la densidad en el aire, sin embargo, no tenía que quedar mucho para que las primeras luces del crepúsculo me delataran en mi camino de la vergüenza e iluminaran la escena que estaba protagonizando, que era una escena curiosa, yo todo embadurnado de rojo sangre de rodilla para arriba y de negro tierra de rodilla para abajo, vestido de blanco como el miembro de una secta y dando tumbos, todavía muy borracho y como sedado, sin prisa por escabullirme al cuarto y meterme en la cama y fingir por la mañana que no tenía resaca y que era periodista.

La segunda cosa que me produjo inquietud fue ver dos cruces incrustadas en la tierra a medio camino entre la muralla y la casa. Al principio no supe que eran cruces, por supuesto, en la oscuridad solo distinguí un par de objetos borrosos que, por su forma alargada y su color claro y brillante, me parecieron los cartuchos de los fuegos artificiales de Gorka. No tenía sentido pero estaba seguro de que, fueran lo que fueran, eran dos objetos extraños a Tabarnea. Aceleré el paso, impaciente, y no me quedó otra que extender los brazos como un equilibrista para no ponerme a vomitar a cuatro patas de nuevo, y en el fondo ya me olí que algo malo iba a ocurrir y que podía evitarlo solo con dar media vuelta.

Se trataba, en efecto, de dos cruces de madera blanca, dos cruces pequeñísimas, talladas con mimo, dispuestas una al lado de la otra y las dos igual de absurdas y tiesas como señalando dos nichos en medio del gigantesco jardín. Estaban pintadas de un blanco tan puro, tan virginal, que uno solo podía

pensar en criptas infantiles, y durante un instante me acechó la idea de que realmente hubiera bajo mis pies dos cuerpecitos enterrados, y pegué un brinco y me aparté un metro porque los míos eran pies mugrientos y me pareció una visión grotesca e irrespetuosa y no quise participar de ella. Entonces vi los nombres; entornando los ojos vi dos nombres tallados en la madera que me resultaron familiares, en la cruz derecha el nombre de Beatriz Elizondo y en la izquierda el de Eider Montero, y a pesar de que otra vez estaba todo dando vueltas supe ver que iba a suceder lo que iba a suceder a continuación.

Para que puedas entenderlo, antes tendría que contarte, supongo, la última cosa que pasó la otra noche, la noche en la que entré sin permiso en la casa de Feliciana Íñigo gracias a la trayectoria certera de un pedrusco contra el cristal de la ventana. Esa noche me decidí a esconder el objeto que era el origen de todo —el móvil, por supuesto— debajo de lo que había sido la cama de Laura Íñigo. Hasta mí llegaban los ronquidos de la Feli en la habitación de al lado, no había nadie más en la casa y abajo, en la cocina, encontré gazpacho en el frigorífico y estaba a punto de pasarse, y también un táper de macarrones con tomate que sería una pena tener que tirar; todo junto podía perfectamente ser un agradecimiento por devolver el móvil o un premio por haber limpiado la casa la noche del funeral, así que de nada, Feli, comí con las manos, pensando en que luego la mujer no tuviera que fregar más de la cuenta, y, sentado en la mesa del comedor, vi a Laura conversando tranquilamente con su padre y su madre, y luego a la Feli sola, abandonada por los caprichos del destino, hablando en voz alta o con la tele encendida a todo volumen para no tener que escuchar sus propios pensamientos. Pensé qué triste es la vida, coño, y me chupé los dedos de tomate y vi a O'Malley: el beso en el coche, la playa, nuestro último café. Y el día que me llevó a ver la planta de lodos y me dijo Laura siempre ladeaba la cabeza al escuchar y abría mucho los ojos y hablábamos prácticamente cada día cuando empezaron las movilizaciones y aún no me creo lo que le ha pasado pero es reconfortante saber que estaba escribiendo una novela sobre nosotros y ¿llegaste a leerla?

Relamí el táper hasta dejarlo limpio y subí las escaleras de nuevo porque veía coherente salir por la misma ventana por la que había entrado, deslizarme por la misma tubería. Entonces me asaltó una duda y tuve que parar. Me agaché debajo de la cama de Laura, cogí el móvil, me prometí que esta sería la última vez, uno, nueve, ocho, seis, y deslicé el dedo por los chats, pero nada. No me rendí, porque tenía que existir, sí o sí, una conversación de WhatsApp entre Laura y O'Malley, solo que yo no la había encontrado aún. Busqué su nombre en la agenda de contactos. Nada, hasta que se me ocurrió escribirlo en el buscador de la aplicación y hete ahí, un chat archivado, un contacto bloqueado, la foto de empresa de O'Malley con las iniciales entrelazadas como dos víboras.

Poco diré de todo lo que hallé en la larga, compleja y shakespeariana conversación entre la difunta periodista y el empresario. No me quedan fuerzas. Solo que bastaba un rápido vistazo a las fotografías nocturnas que poblaban la galería para deducir que entre O'Malley y Laura había habido una aventura. Y que esta no había acabado bien. El móvil de Laura lo devolví a su sitio y te prometo que no volví a tocarlo nunca más (quiero pensar que la Feli lo encontró algún día y que lo tiró a la basura directamente, no que consiguiera acceder a él, pues eso solo hubiera servido para agudizar sus últimos años de locura).

Al volver a casa, sin móvil, no pude concentrarme en la Vida Noctámbula porque pensaba en Laura y O'Malley y en Laura con O'Malley. Después de tomarme cinco Redbulls y dos tilas, recibí en mitad del caos creativo un enésimo mensaje de O'Malley, cómo no, si me había estado escribiendo toda la semana, a ver cuándo echábamos un café, que hacía mucho que no sabía de mí y tal, y tiene guasa porque justo en ese momento, entre Redbulls y tilas, me dijo que a ver por qué un día no le enseñaba algún escrito mío, sí, hombre, uno de todos esos poemas o relatos que él estaba seguro que yo hacía estupendamente. Tiene guasa el temita, y le contesté eso mismo o algo parecido o le mandé un *emoji* sacando la lengua, la cosa es que sentí una rabia extraña y noté que el agujero en el pecho se me abría en canal. Pensé en Laura, en todas las cosas que me hubiera gustado preguntarle. Y lo que hice a continuación solo puede clasificarse como un acto terrorista —el primero, quiero decir, antes de lo de la guerra de pintura en *La Gaceta de Ariza*—: le dije «hola, cuánto tiempo, a ver si nos vemos pronto, aunque el curro me tiene absorbido, etcétera, etcétera, pero, ey, mientras tanto, esto es en lo que llevo trabajando el último mes, se llama *Las Profundidades*, si quieres te lo envío, cuál era tu mail, ah, vale, genial, pues ya lo tienes, cuando quieras le echas un vistazo y me dices qué te parece, adiós, O'Malley, me voy a dormir, adiós». Y cerré la conversación de WhatsApp y bloqueé su contacto. Luego borré para siempre mi documento de Word de *Las Profundidades* (presioné *supr* y *shift* a la vez; nada de papeleras de reciclaje) y me metí en la cama, pero faltaba una cosa más: me levanté, tiré los apuntes de Laura, el manuscrito original y la copia impresa a la basura y prendí fuego al cubo con un mechero. El humo llenó mi cuarto y tuve que abrir la ventana tosiendo histéricamente, y todo junto fue una sensación similar a vomitar borracho tras varios segundos con los dedos apretando la campanilla. Agobiante, liberador, irreversible.

Eso es lo que sucedió la otra noche, y la irreversibilidad de las cosas es justo en lo que estaba pensando cuando vi los nombres de Beatriz Elizondo y Eider Montero esculpidos en las dos crucecitas. Porque cuando una mano fría y, ciertamente, muy áspera, me agarró del tobillo y tiró de él hasta derribarme y arrastrarme al barro, un cuerpo extraño encima del mío, pies y manos inmovilizadas por otros pies y otras manos, supe exactamente qué estaba

pasando (en la caída me pegué con la cara en la tierra —reblandecida por el riego, menos mal— y me encontré postrado boca abajo como un animal malherido, hasta que las manos me soltaron un segundo solo para darme la vuelta, estrecharme el cuello y taparme la boca), y si me quedé paralizado y sin habla no fue por miedo, como se atrevieron a insinuar después diagnósticos facilones en consultas color pastel, fue porque estaba preparado o, si lo prefieres de forma más mística, porque era yo mismo quien había invocado al demonio, mis dedos tecleando una novela robada, pidiendo a gritos, a mamporrazos, que alguien expulsara la sequía de la Tierra con un Diluvio Universal.

Oí una voz:

—Ahora es cuando te mato.

La voz de O'Malley. Me provocó un dolor punzante en el centro del tímpano y una erección tremenda que encontró cobijo junto a la suya.

—Detective Williams, el juego se ha acabado.

Se echó a reír, una risa felina, susurrante, cada vez más y más grande hasta cubrir mi campo de visión y convertirse en un beso con sabor a cigarro y lengua gorda y tan áspera como la piel de quien la dirigía, apenas dejándome espacio para respirar, aunque en mi mente nada de eso era real; lo real, lo verdadero, lo que en ese momento estábamos más cerca de ser era lo que en vida habían sido Laura y él (largos, complejos, shakespearianos), y si él era él (me refiero a que si, mientras rozaba su cadera con la mía y buscaba con las manos una salida a los impulsos que palpitaban más abajo, él era él), yo sentí a Laura entrar dentro de mí, con todas sus manías y sus miedos y su gruesa línea que separaba lo malo de lo bueno y su odio a conducir y su amor por los gatos y el vermú que secretamente deseaba mientras Don Miguel daba la homilía; yo era todo eso y O'Malley no estaba batallando por follarme a mí, sino por hacérselo a Laura, y era, en efecto, un asesino, pero no el asesino de *Las Profundidades*, no había matado a esas niñas, a Beatriz Elizondo y a Eider Montero, porque Beatriz Elizondo y Eider Montero no existían salvo en la mente de Laura y Laura las escribió para hablar de otros demonios, otras víctimas, otros crímenes, y yo y O'Malley éramos ahora la personificación de todos ellos, y O'Malley me estaba matando a mí como mató a Laura hacía pocas semanas, dejándola en el fondo de un lago o en el fondo de una discusión de WhatsApp, qué más daba, yo quería gritar la verdad a los cuatro vientos pero estaba demasiado excitado y mis huesos demasiado húmedos, y mi cuerpo de tierra, mi cara de tierra, mi boca de tierra solo podían retorcerse, mi erección luchando por quedarse con el espacio reinante entre las entrepiernas de los dos hasta que la suya ganó la partida, su pantalón abierto de cuajo y el mío roto de parte a parte, pues era una tela mala, un pantalón de mercadillo que al rajarse dejó que el flujo del éxtasis segregado en secreto se mezclara con la pintura roja, con la tierra negra y los gusanos y las hormigas y las cigarras que estaban cantando *Million Dollar Man* de

Lana Del Rey y no lo habían entonado tan fuerte ni tan afinado en todo el verano. Desde fuera no éramos más que dos manchas que peleaban. Y cualquiera podría vernos resoplar en el barro, sudorosos, cualquiera podía haber presenciado cómo O'Malley pegaba la primera embestida y farfullaba, sin previo aviso, sin preliminares, con la fiereza de un búfalo o de criminal de novela *pulp*:

—Ya estás muerto.

QUINTA PARTE

1

¿Cómo se quema un *baserri*?

2

¿Lo sabes tú? Los cimientos y todo, quiero decir. Que no quede ni rastro. ¿Es posible? Curioseando en Google encontré una noticia de *El Diario Vasco* sobre un incendio en Azpeitia en noviembre de 2006, en un caserío centenario llamado Txanpardin. El artículo hablaba de que las llamas comenzaron «pasada la una de la madrugada» (siempre ocurre de madrugada, ¿verdad?, es curioso) y calcinaron «totalmente» el tejado y la estructura del edificio (no tengo claro si es lo mismo estructura que cimientos, ¿tú sí?). También comentaba que no hubo heridos, eso está bien, que el propietario se encontraba en su puesto de trabajo de turno de noche en una acería y que la mujer salió ilesa al despertarse alertada por los ladridos de los perros. La reacción de la propietaria había sido tratar de salvar «los pocos enseres que pudo», lanzando incluso «algo de ropa y objetos por el balcón». Me hizo gracia la escenita. En Tabarnea nunca tuvimos perros que pudieran alertar de nada, ni ningún animal doméstico —más allá de tortugas acuáticas que siempre se llamaban Paquita y que mi abuela me dejaba tener en una caja minúscula con una palmera verde de plástico horrorosa— porque supuestamente a la tía Juana le daban alergia, aunque yo sabía que en realidad era porque la abuela detestaba todo bicho viviente que pudiera producir cacas de más de un centímetro. En este sentido, Tabarnea no era un *baserri baserri*, solo una mansión que parecía un *baserri* porque así lo había querido hacía cien años la nostálgica esposa de un indiano ricachón, recién llegada de los valles del norte sin un duro pero cargada de recuerdos de una vida mejor.

Decía la noticia que de Txanpardin tan solo quedaron cuatro paredes semiderruidas y «el cartel que en una de ellas recordaba lo que antes era el número 68 del barrio rural Izarraitz, muy cerca de la ermita de Olatz y del santuario de Loiola». Murieron treinta y seis gallinas. El fuego comenzó, al parecer, con «una chispa» en el tejado, en la zona de la chimenea, que fue «avivada por el fuerte viento» y prendió la paja almacenada en la *ganbara* y las vigas de madera (es decir, que las causas estaban poco claras y el tono del ar-

tículo dejaba entrever que no había mayores esperanzas por llegar a averiguar la verdad). En Tabarnea había vigas de madera pero nada de paja (te lo he dicho; no era un *baserri baserri*) aunque, que yo recuerde, tampoco hay paja en los incendios de las pelis americanas; en ellas lo que se hace es empaparlo todo de gasolina y encender una cerilla. O abrir el gas. Luego subirse corriendo en una moto y huir a México.

3

Cuando acabó dentro de mí, O'Malley se levantó, se puso el cinturón y volvió a internarse en la oscuridad hasta que su figura desapareció y me quedé solo, tumbado boca arriba, con la ropa rasgada bajo una capa de tierra húmeda y una lombriz reptando por mi brazo. Las luces de la casa se encendieron. Se abrió una ventana, la de la habitación de mi abuela. Oí los aleteos de un murciélago. Me mantuve quieto, sin parpadear, mimetizándome con la noche mientras encima de mí la silueta del vampiro recortaba el cielo estrellado, hasta que se cerraron las compuertas y volví a encontrarme a salvo de las miradas. Entonces noté algo duro y áspero rozando la punta de mi dedo: un libro, la copia encuadernada de *Las Profundidades*, que O'Malley debía de haber impreso y dejado discretamente a mi lado. Era extraño, en la cubierta aparecía mi nombre, ponía «*LAS PROFUNDIDADES*, por Endika García de Maeztu». El título bien grande, en mayúsculas y cursiva, acaparando la parte superior de la portada, y justo debajo de mi nombre una instrucción escrita a lápiz: «Llámame cuando termines de escribirlo». Mala letra. Apresurada, casi ilegible.

Me levanté, el libro en una mano y lo que quedaba de mi pantalón en la otra, y eché a correr hasta los límites de Tabarnea. Grité:

—Esto lo escribió Laura, no yo.

Y se lo grité a la nada, pero lo grité igualmente porque supe que en algún lugar entre tinieblas él se estaba riendo. De las fauces de la oscuridad del parque su voz se abrió paso y llegó hasta mí:

—Entonces no debería haber venido esta noche.

Al día siguiente no fui a trabajar. Me desperté de un parpadeo y descubrí horrorizado que me había dormido sin quererlo en cuanto puse un pie en la habitación, que seguía embadurnado de barro y pintura y que ahora mi cama olía a estercolero. Llamé a Sara Puerta y le dije que había sufrido una reacción alérgica y a mi abuela que me iba a *La Gaceta* a toda prisa, y lo que hice fue ducharme, coger el coche, tirar la ropa destrozada a un contenedor

en las afueras y aislarme todo el día en la biblioteca pública de un pueblo cercano. En un viejo ordenador de sobremesa donde tuve que apuntar mi nombre y las horas de uso (me lo inventé todo), tecleé con la determinación de un cíborg monstruoso el final de la novela de Laura Íñigo. Al anochecer imprimí las páginas nuevas y escribí a O'Malley por WhatsApp. Le dije «ya está, ya lo he terminado», y le llamé por su nombre y después de todo el día escribiendo otros nombres, como el del asesino de la planta de lodos, por ejemplo, psicópata, inseguro, medio tartamudo y bizco, el ficticio Jesús *Chus* Araiz, teclear por fin el suyo, el nombre verdadero, me provocó un escalofrío. «O'Malley». Recuerdo pronunciarlo en susurros apagados, mientras aguardaba sentado en el capó del coche junto a la carretera de salida de aquel pueblecito donde yo no era nadie, devorando bajo las farolas los pellejos de mis uñas hasta hacerme sangre, hasta que recibí una respuesta que decía «qué rápido, muy bien, ahora apunta esta dirección».

Las señales de O'Malley me llevaron de nuevo a la planta de lodos. A medida que me aproximaba por la senda pedregosa e infestada de malas hierbas, vi la puerta abierta y luz en la pequeña construcción en forma de cubo donde no llegamos a entrar la última vez. Aparqué mi coche junto al suyo y atravesé la verja con paso vacilante. Encontré a O'Malley dentro del edificio, sentado en el escritorio de una oficina desangelada y vestido con camisa blanca y pantalón negro. Brillaba con el sudor. Me miraba. No dijo nada. Yo me limité a apoyar en su mesa la novela, la parte impresa por él junto con las páginas añadidas, y su reacción fue una sonrisa de aprobación. Delante de mí leyó en diez minutos lo que yo había tardado horas en escribir y al acabar cogió el libro, que tenía un peso considerable, lo tiró de cualquier forma a un cubo de basura metálico y le prendió fuego con un mechero. No paraba de repetir «bien, Endika, muy bien», y luego:

—¿Ves esa caja que hay ahí? Quiero que la abras.

Dentro había un colchón hinchable grande, gris, polvoriento, en el que me obligó a descargar de rodillas todo el aire de mis pulmones.

4

Un asfixiante viento del Sáhara agitó Ariza-Lenea al acabar las fiestas patronales. Las calles se vaciaron y se apagó el jolgorio por la Asunción en favor de susurros de aire enfurecido cargado de polvo que erosionó la piedra de las casas. La vecindad aprovechó el clima desapacible para hacer las maletas e iniciar un éxodo vacacional a zonas costeras. Los pocos que se quedaron se encerraron en sus casas con las puertas y las ventanas cerradas, trapos y pañuelos cubriendo los recovecos para evitar que entrase la arena furiosa. En las calles los remolinos de polvo anaranjado hacían imposible ver nada a más de cinco metros y salir suponía regresar con la ropa sucia y la piel magullada. Solo a veces se veía durante el día a algún crío corretear por la orilla del río, tratando de encontrar una zona limpia y con el mayor caudal para bañarse; también a algún zorro extraviado o un pajarillo sin su madre. Un día, una cría de jabalí apareció dando tumbos por La Isla. Tenía el pelo plateado y tan incipiente que los niños lo llamaron Copito de Nieve y disfrutaron de él como un juguete. Enseguida se dispararon las alarmas y tuvo que bajar de los anillos de campos y huertos Antonio, el guarda de regadíos, uniforme de peto gris y sombrero de paja, para matar de un tiro limpio al pequeño animal. Los niños lloraron la pérdida de su reciente atracción albina y Antonio metió al bicho en su furgoneta y después presumió todo el invierno de haber sacado de aquella anécdota el mejor jamón que había probado en su vida.

—Jamón albino. ¡Quién lo iba a decir! Jugoso como un bebé —decía tras el segundo vino en el Antxeta. Y a pesar de que el hombre repetía una y mil veces que los críos no habían sufrido daño alguno, los padres tuvieron miedo de que hubiera animales salvajes ocultos tras el humo naranja y establecieron un toque de queda.

La Gaceta de Ariza cerró dos semanas por vacaciones. Cuando llamé a El Nieto para comunicarle que un verano más alguien había agredido la fachada de la redacción, le pillé emborrachándose a albariños en una marisquería

en Pontevedra y acerté a entender, entre gárgaras y escupitajos, que ya se encargaría él a la vuelta pero que por el amor de Dios no le volviéramos a molestar a no ser que la noticia implicara más de un muerto. *La Gaceta* y parte de la acera nunca llegaron a librarse del todo de los salpicones de pintura seca y, si estos fueron desapareciendo, fue por la erosión de los zapatos de la gente al pasar, no porque alguien se hubiera puesto a limpiarlos. A nadie pareció importarle (a El Nieto al que menos) y, como en los pueblos fantasma el paso del tiempo es relativo, la gente en Ariza-Lenea asumió la idea de que la pintura y también el grafiti que decía «FASCISTAS» habían estado allí toda la vida, creados probablemente durante las manifestaciones proamnistía en mayo del 77, a manos de un activista antiglobalización en los primeros 2000 o algo parecido.

El caso es que mis vacaciones coincidieron con un aplatanamiento general en Ariza-Lenea. El viento y el polvo y la desmemoria me recordaban al hechizo del cuento de los Hermanos Grimm en el que el Flautista decide trucar su flauta para llevarse de la aldea a todos los niños en lugar de a las ratas y Hamelín se vuelve un lugar tranquilo pero con una insalubridad que para qué; un silencio cruel, maligno, solo interrumpido por una llamada de menos de dos minutos que abrió un atajo, encendió una esperanza de fuego fatuo, alimentó mi agujero en el pecho e hizo brotar de él un árbol de melancolía y una certeza: el mundo en Ariza-Lenea iba a acabarse en dos semanas. Eso implicaba varias cosas. La primera, que debía abandonar el pueblo. La segunda, que el último día de agosto iba a ser mi último día y que, por tanto, la fecha límite para irme era la Feria de las Veinte Denominaciones. La tercera, que no volvería nunca a escribir en *La Gaceta*. La cuarta y última, que lo que las perturbadoras manifestaciones de la naturaleza pretendían era precisamente expulsarme del pueblo, darme un empujoncito para que saliera y así salvarme del apocalipsis (¿o quizá privarme del paraíso?). La llamada era de Barcelona. En ciento dieciséis segundos tuve que responder a una oferta de trabajo en la tele donde había hecho las prácticas. No contesté nada sensato. Igual dije que necesitaba tiempo para pensarlo. No lo sé, porque hoy esos últimos días son lo que fueron, un lento pero eficaz descenso a la locura, y tienen forma de espiral y ojos de gato. Pero entonces yo solo sentía que por fin me había enamorado.

5

De Laura no hablamos ni una sola vez. Tampoco de la planta de lodos ni de Tabarnea ni de la abuela. Lo cierto es que hablábamos poco. Mientras afuera el mundo se hundía en un mar de arena subsahariana, nosotros el tiempo lo pasábamos en la cama hinchable, objeto que se volvió el centro del espacio entre los dos, de aquel inicio de algo. Resulta que el viejo y calvo O'Malley se reveló como un experto prestidigitador de lo perverso; sabía ejecutar exactamente lo que yo quería de él gracias a lo que había leído de mí entre las líneas de *Las Profundidades*. Es gracioso contarlo ahora. Sin darme cuenta, en el proceso de imitar a Laura había impregnado la novela de elementos míos, jeroglíficos subliminales de mi propia personalidad dibujados detrás de descripciones y diálogos, una suerte de tubo de escape literario por el que se habían filtrado mis más profundos anhelos, mis miedos, mis inseguridades y también, inevitablemente, mis filias sexuales.

Todos aquellos acertijos involuntarios O'Malley los supo descifrar con maestría. Ahora lo sabía todo de mí. A veces me entraban impulsos de ponerme a leer otra vez *Las Profundidades*, tratar de entender dónde estaba la línea de separación entre la verdad de Laura y mi traición ególatra. La obra literaria, sin embargo, ya no existía. Había desaparecido definitivamente en el fuego cuando O'Malley la quemó delante de mí usando la misma técnica que yo unas noches antes (supongo que introduje en el texto los pasos para quemar un libro, pero no es algo que yo recuerde).

Cuando estábamos en el colchón O'Malley mandaba. Entre armarios, estores bajados, mesas de reuniones, escritorios y cajones llenos de documentos de contabilidad, la actitud que adoptaba conmigo era idéntica a la noche en la que nos fundimos en la tierra de crucecitas incrustadas, la misma que el día en el que me hizo ponerme de rodillas y soplar en la solapa de la cama hinchable, sudando por los cuatro costados y al borde del mareo, notando como a veces la conciencia me abandonaba y la sustituían hormiguitas que se agolpaban en mi retina. Yo hacía todo lo que me pedía. Aunque, si te soy

sincero, todo lo que él me hacía lo hacía sin pedir permiso, ofreciéndome tan solo un gesto preventivo, una caricia, un golpecito en la parte baja de la espalda para que me encorvara más, un abrazo que me elevaba por los aires con el fin de colocar discretamente una toalla sobre el colchón, un aviso de uno, dos, tres segundos en forma de susurro en el oído, palabras impronunciables que eran ríos (y todos los ríos me llevaban a él), torrentes que arrastraban casas, ciudades, civilizaciones enteras, cascadas de sudor que dejaban surcos de tierra caliente, piel fría, muslo tembloroso, rastro de lengua, goteo incesante en tobogán desde la línea de la frente donde debería empezar el pelo y a través de la curva de nariz puntiaguda, salto mortal a mis ojos que buscaban sus ojos.

Fuera del colchón no éramos nadie. No había un nosotros ni un inicio de nada. O'Malley insistía en que no había hablado nunca con nadie acerca de su orientación sexual, sobre todo con su familia, y que tenía miedo de cómo podría afectarle si se corría la voz antes de tiempo y de forma distorsionada, siendo él encima un pez gordo de la economía local. Y a su edad. Esto último no lo decía (O'Malley nunca hablaba de su edad) pero yo sabía que era así, que eran miedos propios de su generación, inseguridades que tal vez habría entendido mejor si existiera una versión de *Las Profundidades* escrita por él. Podríamos haber dado paseos por el campo, supongo, tomar una caña o dar de comer a los patos como cuando nos conocimos, pero todo aquel asunto era la excusa perfecta para no salir de la planta de lodos y yo no puse mayores trabas. En mi caso, además, y aunque en Barcelona hubiera vivido mi sexualidad de forma natural, Ariza-Lenea seguía siendo un lugar donde había pasado el tema por alto, por una razón ligada todavía a los tambores de mi infancia, a la idea de que el silencio me había ayudado a sobrevivir hasta ahora y, bueno, claro, ligada también a mi abuela.

A veces me enfadaba. Me levantaba de la cama y me ponía a gritar. Le decía «no me gusta vivir a escondidas» y maldecía el control absoluto que ejercía sobre mí. Le reprochaba la violencia de la noche de las cruces, le llamaba depredador, le insultaba, me metía con su falta de pelo, con su edad, con su ridícula voz robótica con la que pretendía ser profesional y que siempre usaba cuando quería darme consejos paternalistas sobre las decisiones correctas para mi futuro, como si hubiera decisiones correctas, como si su vida no estuviera plagada de decisiones incorrectas que no desharía jamás aunque pudiera. Entonces montaba escenas melodramáticas en las que le dejaba. Me vestía con torpeza ante su mirada perpleja y le dejaba. Recorría descalzo la finca vacía, atacado por los mosquitos y el polvo africano de camino a la verja, entraba en el coche y echaba el seguro, encendía el motor, quitaba el freno de mano y ponía primera, deslizando el pie del freno solo unos segundos, para que el trasto se moviera un par de centímetros cuesta abajo y poder fantasear con abandonarlo todo, con pisar el acelerador y coger la nacional y después la autovía, pasar de largo Zaragoza y luego Lleida

y Tarragona a doscientos por hora, llegar hasta Barcelona, dejar tirado el coche humeante enfrente de la Sagrada Familia o en cualquier calle del Poblenou, echar a correr hasta la playa, que el Mediterráneo me cubriera entero. Respirar. Abría los ojos y apagaba el motor. Con la cabeza gacha deshacía mis pasos, entraba en el cubículo, me desnudaba, volvía a nuestro microuniverso de cama de plástico y dejaba que O'Malley lamiera mis heridas.

Todo para no hablar nunca de nada. Y para obviar que todo aquello —nosotros, el colchón, la oficina, las ventanas abiertas con los estores bajados por los que ni en esas conseguíamos formar corriente— tenía fecha de caducidad, que yo iba a escapar al morirse el verano y que mientras tanto seguía sintiendo a Laura muy dentro. A veces, cuando estaba debajo de O'Malley y su mano se aferraba a mi cuello, me ponía a repetir en mi cabeza como un mantra sus conversaciones de WhatsApp (Laura con O'Malley, Laura con su madre, Laura con El Nieto, Laura con el grupo de atletismo) y creía que se me cortaba la respiración. Y cuando montaba aquellos pollos, el numerito de encerrarme en el coche y todo eso, luego me avergonzaba tanto que sentía la necesidad de complacer a O'Malley y solo se me ocurría emular a Laura, su forma de hablar, su rico acento, los localismos, la risa, su atención de ojos abiertos y cabeza ladeada, la gesticulación agresiva con las manos, aquella manera tan sutil de dejar caer los párpados cuando quería ser perdonada. Y cuando dejaba de hacerlo y volvía a ser yo mismo, ya no sabía si O'Malley seguía teniéndome allí porque quería hacer todas esas cosas conmigo o solo porque la echaba de menos a ella. Por eso con el tiempo me acostumbré a dejar de ser yo, o al menos a no serlo del todo. Y era cada vez más difícil no enfadarme: los diálogos nocturnos entre Laura y O'Malley se agolpaban en mi mente, las discusiones, los flirteos, el sexo, y era un círculo vicioso, reproducía las mismas dinámicas para ganarme a O'Malley, para hacerle sentir que no perdía el tiempo conmigo, algunas veces sin darme cuenta y otras consciente de lo que hacía, y me ponía furioso al ver que él sabía perfectamente lo que estaba sucediendo, que cuando Laura me poseía le brotaba siempre el mismo temblor en el labio superior, la misma forma de retorcer el morro, la misma excitación desenfrenada con los ojos a punto de salírsele de las orbitas, siempre los mismos gestos que le delataban, que dejaban en evidencia que, aunque nunca habláramos de ello, en ese colchón polvoriento y mohoso había una persona más, que nuestro íntimo microuniverso lo era ya siempre de a tres.

Un día sentí que me apagaba. Me vi físicamente incapaz de distinguir qué partes de mi personalidad eran mías y cuáles bebían de Laura. No reconocía mi propia voz ni el reflejo en el espejo. De una de las siestas eternas que nos solíamos echar cuando el sol de la tarde quemaba a través de las persianas, me desperté de una pesadilla en la que me ahogaba yo también en un lago negro, me devoraban los tiburones y todo rastro de mi existencia se desintegraba. Ese día abandoné la planta de lodos y por primera vez logré arrancar

el coche. En la carretera aparté los ojos del camino, tan nublados por unas lágrimas que no reconocía que de todas formas no distinguía las líneas en la vía, y mandé un mensaje a O'Malley diciéndole que le dejaba. Me arrepentí enseguida, claro, di media vuelta en mitad de un túnel y volvimos a lo mismo, pero esta vez decidí abandonar toda expresividad para evitar que ninguna cosa de mí pudiera recordarle a ella. Me volví esquivo, rígido, impasible. O'Malley pareció respetarlo. No me forzó a hacer nada que no fuera estrictamente necesario para el buen funcionamiento de nuestra vida horizontal. Yo seguí estando a sus órdenes, pero dejamos de hablar lo poco que hablábamos y fue inevitable notar que el espacio sagrado entre los dos se había roto y que, aunque quisiéramos mantenerlo cerrado y ahuyentar a los espíritus, estos aprovechaban cualquier resquicio para infiltrarse con la misma astucia que el polvo del sur en las casas del pueblo.

Seguimos tensando la cuerda a pesar de todo. Hasta una madrugada que me desvelé y le pillé mirándome, y vi en sus ojos gatunos la urgencia de traerla a ella de vuelta. Me giré y ahuequé la almohada, me hice el dormido esperando su primer ronquido y entonces me levanté y dejé una nota en la que volví a dejarle, esta vez con palabras definitivas que cortarían el hilo entre los dos. Estaba amaneciendo pero el aire era tan opaco y naranja que en el coche tuve que poner las largas y las luces antiniebla y activar el limpiaparabrisas. Me puse a proferirle insultos a la ventisca de los cojones, que sacudía el coche y casi lo volcó al cruzar el puente de Los Hoyos, y al atravesar La Isla me dije «qué pena, cómo está todo, si el cielo sigue descargando arena sobre el parque de esta manera parecerá la Feria de Las Veinte Dunas y mi último día en Ariza-Lenea será raro, una despedida en el desierto», y justo estaba pensando en eso, en dar un último beso a la abuela vestido con chilaba, cuando atravesé los muros de Tabarnea, salí del coche dando un portazo y de golpe paró el vendaval.

La atmósfera volvía a ser pura. Me sacudí el pelo y la ropa, entré en Tabarnea y encontré a María Luisa sentada donde siempre, en la mesa de quejigo, frente a ella un enorme despliegue de fotografías antiguas esparcidas a lo largo y ancho del mantel. Llevaba el maquillaje corrido y tenía la cara sin lavar y el pelo enmarañado. Lloraba. Entonces me di cuenta. Descubrí que había estado desaparecido el tiempo que había durado la tormenta. Pero ya he vuelto, abuela. Y por fin ha dejado de llover polvo y en menos de una semana es treinta y uno. ¡La Feria, abuela! Todo va a salir a la perfección. Que sí, abuela, créeme, saldrá como tú quieres que salga, centraré todos mis esfuerzos en lograrlo porque ese será el fin, abuela, mi último día en Ariza-Lenea, y yo aún no he hecho las paces con el mundo.

6

Lo del incendio del *baserri* de Txanpardin es solo un pensamiento. Uno pequeño dentro del caótico cesto de ideas vagas y maleantes que me iban y me venían en aquel verano, sobre todo un día en concreto, uno muy esperado pero raro y el más caluroso, seco y ajetreado de todos: el último de agosto, treinta y uno, el de la Feria de las Veinte Denominaciones, viernes antes del primer domingo de septiembre. Iba a ser el último día antes de mi gran evasión. De eso te quiero hablar. Fue un día que llegó sobreviviéndonos a todos, al viento del sur, a O'Malley, al estiaje, a la Juana y a las fiestas patronales, y que empezó como un día cualquiera, conmigo despertando temprano para preparar la casa y levantar a la abuela.

Serían algo menos de las siete. La cabeza me martilleaba con fuerza al incorporarme en la cama y apoyar las dos piernas en la alfombra. Me froté los ojos, los entorné, estiré los brazos hasta hacer crujir los huesos de la espalda y, en fin, hice lo que haría cualquiera para espabilarse por la mañana, aunque lo que me pasaba no se solucionaba con los ritos habituales. Descalzo y a ciegas (ponerme a encontrar las gafas en el caos de mi habitación me resultaba una idea inmensa), palpé el suelo en busca de las zapatillas de casa, pero desistí enseguida cuando todo lo que logré fue volcar una botella de anís a medio beber. Como cada día recorrí la casa y abrí puertas y ventanas para formar corriente y, como cada día desde los últimos cuatro o cinco, al hacerlo un estruendo gigantesco se apropió de corredores y descansillos. Era el ruido de los operarios, que se levantaban pronto para evitar las horas fuertes de sol del mediodía y que ese día habían madrugado más de la cuenta porque tenían que ultimar detalles antes de la gran apertura de las diez.

Encontrar las gafas y las zapatillas fue una odisea, y en el proceso acumulé tal mal humor que le di una patada a un cajón a medio abrir y me hice daño en el meñique, pobre, no tenía la culpa de nada, y quise soltar un taco pero luego me relajé al mirar por la ventana y ver todo lo que había conseguido en tan poco tiempo: una gran carpa azul invadía el jardín y brillaba tí-

midamente con el sol del amanecer, cubriendo debajo el escenario, la barra, las mesas alargadas, las banquetas y (de esto era de lo que más orgulloso me sentía) una pasarela pequeñita en el centro, donde al atardecer desfilarían con vestidos de época jóvenes voluntarios de la escuela de teatro, tal y como había querido la abuela. Convencer al museo etnográfico —situado en la Capital—había costado lo suyo, pero al final habían accedido y, de hecho, tenía que llamarles enseguida para quedar con ellos y ayudarles a transportar el material a la casa. La directora del centro hablaba de las prendas que custodiaba como si se trataran de la jodida *Mona Lisa*: habíamos estado horas hablando por teléfono y me había impuesto mil exigencias de estrella de *rock*, entre ellas que la ropa se escondiera, hasta la hora del desfile, en la habitación más fresca de Tabarnea, protegida del sol y los bichos.

Debajo de la carpa escuché hablar al capataz, que repetía una y otra vez que tenía que estar todo listo antes de las diez, y tú venga, a atornillar los postes, y tú a comprobar el sonido de los bafles y tú a contar los asientos, ah, ya lo has hecho, bien; yo qué sé, lo cierto es que todo el ruido del mundo sonaba mejor que el chachachá de los aspersores. Seguían sin funcionar, menos mal, y el jardín había completado ya su grotesca metamorfosis en paisaje estepario. Hacía unos días habíamos llamado, como último recurso, a la compañía más cara a cien kilómetros a la redonda, y los profesionales tuvieron que marcharse por donde habían venido: nos dijeron que necesitarían volver otro día con más equipamiento y que el presupuesto iba a subir, que alguien había destrozado tan a conciencia el sistema de riego que habría que cambiarlo todo cable por cable y claro, eso no se podía hacer en un día y menos en un momento como aquel, la casa vuelta al aire en la antesala de la Feria.

No te negaré que fueron unos días estresantes. Las cosas no habían parado de salir mal, no solo porque el jardín era irrecuperable o porque no estaba la tía Juana para decirme qué hacer; también porque, encima, a mi abuela le había dado un golpe de calor y el médico le había mandado reposo absoluto y pasarse el día abanicándose y bebiendo agua con limón, órdenes que María Luisa dejó claro que no acataría y cuyas consecuencias incluían que yo tuviera que andar detrás para asegurarme de que no acabara cayéndose al suelo como un pajarillo malherido.

Me duché y mi cabeza empezó a recobrar poco a poco la velocidad del mundo. Para mi sorpresa, encontré a la abuela sentada frente a su tocador, un tocador viejo y apolillado del siglo diecinueve plagado de fotos de carnet horrorosas de hijas y nietos. Se había repasado la laca dos veces, se había puesto la colonia de Carolina Herrera y los pendientes de cumpleaños y funerales y tenía a medio atar el vestido amarillo que usó en la boda de Borja (su nieto mayor, el favorito, que llevaba años divorciado, en paro y viviendo en Portugal, y cuya mala suerte en la vida María Luisa solo relacionó una vez con el conjunto que ella había llevado ese día; después lo olvidó en favor de lo bien que le sentaba en las ocasiones especiales). Los anillos de oro y plata

y el collar de perlas eran los de siempre, por supuesto, y cuando posé un pie en el suelo de azulejo se estaba pintando de rojo los labios, el último paso, según había aprendido, antes de bajar a desayunar, por eso supe que mi presencia allí ya no era necesaria.

—Buenos días, abuela.

—Te huele el aliento a anís desde aquí —fue su forma de saludarme, interrumpiendo por un segundo el recorrido de los dedos sobre los labios para girarse, media boca colorada y brillante y la otra paliducha y arrugada—. No me pongas esa cara, Endika, cariño, te lo digo por tu bien. Lávate los dientes. —Y continuó el trabajo de chapa y pintura como si nada—. ¿Sabes? Estoy tan nerviosa que no he podido esperar a que vinieras a levantarme: apenas he pegado ojo esta noche, luego ha amanecido y ha empezado ese ruido ahí fuera y… ¿cómo va todo en la carpa?

—Ahora bajaré a ver.

—Sí, es lo mejor. Cuanto antes, a ver si necesitan algo. Ya me prepararé el desayuno yo sola, pero ¿puedes acercarte y terminar de atarme el vestido? Gracias. Tus tías llegan a las nueve, me han dicho. Y a la tía Mabe se le ha escapado que estarán aquí también los primos. Algunos, vaya. Bien, ¿no?

—Sí. —No intenté disimular mi indiferencia.

—¡Nadie se quiere perder tu debut como organizador! Aunque con lo bien que has trabajado, cariño, ninguno dudamos que todo vaya a salir a la perfección. Si la Juana pudiera ver esto…

Se le quebró la voz. Apoyé mi mano sobre su hombro. Me dio un beso y al hacerlo se manchó de carmín la dentadura postiza. Iba a decirle algo, pero ella se giró y continuó hablando despreocupadamente mientras se ahuecaba el pelo, mirándome a veces a través del espejo:

—Has estado tan ocupado que casi no hemos tenido tiempo de hablar. Lo siento si me puse tan furiosa aquel día, pero es que casi me da un infarto al verte de repente, todo despeinado y cubierto de ese sucio hollín, después de tantos días temiéndome lo peor, pensando que tendría que buscarte en el fondo del pantano. Nunca te habías parecido a tu padre tanto como en ese momento. Mi Ángel… ¡Eras como una aparición! Y empezaste a hacerme tantas preguntas de la Juana y la casa… Ya no sé ni qué dije, así que no me lo tengas en cuenta, por favor.

—No te preocupes, abuela.

—Te prometo que retomaremos el tema a partir de mañana, cuando haya acabado la Feria y todos se hayan ido. Sí, eso es, llegará por fin septiembre y todo volverá a la normalidad. Esperaré a que vuelvas de *La Gaceta* con unas tostadas de ajo, te las haré con bien de aceite, como a ti te gustan, y nos beberemos un sorbete de limón bien fresquito para que el médico se esté tranquilo, ¿eh?

Asentí. Qué será de nosotros cuando llegue septiembre.

—¿Te parece bien, Endika, cariño?

—Sí, abuela. Tostadicas y sorbete. Cuando acabe este lío y estemos solos.

—Estupendo. Ah, y no piensas comentar con tus tías nada de lo que hablamos el otro día, ¿verdad que no?

—No, abuela.

—No, claro. Eso pensaba. Así me quedo mucho más tranquila. A veces pienso que vas a hacer una locura. ¡Ay, qué nieto más guapo tengo!

7

Salí de casa, me adentré en la carpa y pregunté a los operarios qué tal iba todo y a ver si querían agua o algo de comer. Iba listo para aquella jornada decisiva, pilot azul en una mano y portafolios en la otra, dentro cientos de notas y tablas y nombres, ordenados alfabéticamente y luego por colores. Álvaro, el capataz, me respondió que viento en popa, pero que se había roto uno de los arneses para subir al techo de la carpa.

—No te preocupes, yo lo apunto. Tengo que ir al centro igualmente; en un rato os traigo un reemplazo.

Mis dientes, que había lavado a conciencia después del comentario de la abuela, repiqueteaban con brusquedad al hablar debido a la resaca. Me pregunté cómo hacía la Juana para aguantar. Luego me vinieron a la cabeza los hilos de vómito cayéndole de la comisura y formando un charquito denso en el azulejo y pensé que, sencillamente, ella tampoco aguantaba.

Atravesé los muros de Tabarnea, en cuyo portón metálico yo mismo había colgado un gran cartel que rezaba «Bienvenidos a 1918 – 100ª Feria de las Veinte Denominaciones».

El parque de La Isla estaba irreconocible, el largo caminito circular lleno de puestos cubiertos del mismo plástico azul de la carpa (contenían principalmente productos agroalimentarios con sello Denominación de Origen, pero también otros géneros como especias, madera, piel, plata, cristal, cera, seda, perfumería o pintura) y la zona de césped convertida en establo, decenas de vallas de madera donde descansaban caballos, burros, cerdos y vacas.

Era allí, en la parte de La Isla fuera de Tabarnea, donde tenía lugar la Feria propiamente dicha. Mi trabajo principal era apuntar las necesidades de los participantes y redirigirlas a quien pudiera solventarlas o hacerlo yo mismo si podía. Esta labor, que suponía visitar todos los puestos uno por uno y que hasta ahora siempre hacía la Juana, había sido la favorita de mi abuela antes de jubilarse. Le hacía sentir por un día que La Isla entera era suya.

—¡Endika! ¿Qué hay?

—Buenos días. ¿Cómo va todo?

—Va, va, por lo menos va. Solo una cosita: me habéis puesto mal el nombre del puesto. Es Mielería Egoitz, no Mieles Egoy, esa es la competencia, que, mira, a mí eso es lo que menos me importa, pero no es plan de que la gente busque en Google y encuentre lo que no es.

—Lo siento mucho. No, claro, lo apunto y enseguida te lo cambiamos. ¿Por aquí qué tal?

—Todo bien. Lo único, si fuerais tan amables de traernos más agua… El día promete ser cañero y esta mañana no nos han ofrecido más que dos botellines de nada.

—Tenéis fuentes por todo el parque; de todas formas, no hay problema, ahora compro garrafas por un tubo. ¡Que por falta de agua no sea!

—Gracias, Endika.

Era así todo el rato. Me parecía un trabajo insufrible.

—Buenas, ¿cómo va todo?

—No va la luz.

—Ajá.

—Y la luz la necesitamos urgente, porque el nuestro es un puesto de lamparitas artesanales y claro, sin luz no es lo mismo…

—No, claro. Luz, vale. Enseguida llamo al electricista.

—Genial. Oye, Endika, ¿qué pasa que no viene la Juana?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Mi tía?

—Sí, claro, llevamos tratando con ella todos estos años. Simpatiquísima, la mujer. ¿No está, o qué? —El interés de la vendedora de lamparitas era sincero. Sus ojos no transmitían ni un ápice de morbo. Tuve que responder:

—No está, no. —Y añadí algo que me había prometido a mí mismo que no diría a nadie—. De momento. Quién sabe si a lo mejor se deja ver hoy por la Feria…

—¡Ah, bueno! Me alegra oír eso. La verdad, que la mujer necesitaba un descanso después de haber estado toda la vida ocupándose de este jaleo. ¡Y teniendo ahora un sustituto tan majo ya no tiene de qué preocuparse! Qué eres, el sobrino, ¿verdad? Qué majo, qué majo…

Me costó una hora terminar la ronda. Solucioné los problemas más inmediatos y me apresuré a coger el coche a hacer las compras en el centro. Allí me reuní con la directora del museo etnográfico, que me siguió con su coche y un gran camión hasta la casa, donde trasladamos los trajes al sótano con técnicas de seguridad solo comparables a las de la República con las obras del Prado durante la guerra.

A eso de las nueve se levantó una polvareda tremenda en el camino de La Isla que a todos nos hizo temblar de espanto, temerosos de ser devorados de nuevo por otro vendaval. Eran los coches de mis tías, acercándose a Tabarnea a velocidad de autopista. Los puestos se tambalearon, la gente tuvo que

taparse la boca con lo primero que pudo y la directora del museo etnográfico me lanzó una miradita de desaprobación. Contemplé la escena desde lo alto del porche y pensé que mi presencia debía de proyectar un aspecto horrible, una cara de perro terrorífica, devorándome las uñas, el talón dando botes contra el suelo y gotitas de sudor descendiendo a chorros por la frente. Me acordé de la Juana; la vi a mi lado, preparada para la guerra con su delantal y el trapo echado al hombro, describiéndome los coches de sus hermanas y diciéndome con pesadumbre que cada una tiene su propia familia y cada familia tiene su propio coche y puedes saberlo todo acerca de una familia solo mirando su coche. A raíz de su partida, las tías me habían prometido que se acercarían a Ariza-Lenea a ayudarme con la Feria, pidiendo días libres si era preciso. Por cortesía les dije que no, por favor, que no se preocuparan, y supongo que eso fue suficiente para no volver a verlas hasta ese mismo instante.

Los vehículos atravesaron embalados las murallas y los pobres operarios interrumpieron lo que estaban haciendo, atónitos ante aquel terremoto que amenazaba con desestabilizar los cimientos de su esfuerzo en el último minuto.

—Mecagüen… —murmuré, y me apresuré a bajar las escaleritas del porche para indicar a las visitas el lugar donde aparcar sin molestar a nadie. Fue inútil, claro, ellas fueron directas a su hueco de siempre y de los cinco coches salieron cinco tías y cinco tíos y doscientos primos como payasos de un gag surrealista.

—¡Endika!

—¡Primo, cuánto tiempo!

—Ya estamos aquí. ¿Dónde tienes a la Luisi?

—¡Qué calor! Esto no hay quien lo aguante.

La mejor estrategia para tenerlos ocupados y lejos de la piscina fue ponerles a cortar pan y jamón y chorizo y pimiento del piquillo en la cocina, con el pretexto de que era tradición que la familia diese de comer a la gente de los puestos. Pareció funcionar; sentirse útiles les levantó el ánimo y, lo más importante, podían preparar los aperitivos mientras se tomaban un vermú y picoteaban un poco de esto y un poco de aquello. Subí las maletas a los cuartos, preparé toallas y sábanas y les ordené, les pedí, les rogué que por favor fueran a besar a la abuela al comedor de uno en uno en lugar de en tropel: primero los nietos, que hacía mucho que no venían, y luego ya las hijas y finalmente los yernos. Lo hice no tanto por el delicado estado de salud de la abuela, sino porque no me daba la gana tenerlos a todos andando de aquí para allá, ensuciando la casa y haciendo ruido innecesario. Así los tuve bien vigilados en la cocina y a la abuela satisfecha atendiendo a las visitas desde su mesa de quejigo. Respiré hondo. Me forcé a sonreír. Eres un sobrino modélico, pensé, y si logras mantener este equilibrio, quién sabe, el fin del mundo incluso puede que se retrase.

—Primo, ¿cómo estás? —me preguntó mi primo Víctor. El primo Víctor era Doctor en Bioquímica y trabajaba de recepcionista en una empresa de seguros en Calahorra. Le dije que bien, sabiendo que no haría falta responder muy elaborado porque enseguida vendría otra pregunta.

—¿Y qué tal el trabajo en el periódico? —quiso saber la prima Elena, que había hecho Bellas Artes y un Máster en Restauración y ahora se estaba sacando un curso de fotografía de desnudos en Londres mientras trabajaba en una pastelería vegana—. Ya nos hemos enterado, ya, de lo de los vándalos en *La Gaceta*. Menudos cobardes sinvergüenzas. ¿Vais a denunciar?

—¡Qué chula has dejado la Feria! —apuntó el primo Jorge. De su vida, sinceramente, no tenía la menor idea—. Y eso que el jardín está el pobrecito que da pena verlo. ¿Te has estresado mucho? No lo creo, primo, tú te lo montas bien.

Poco a poco, las preguntas se centraron en la abuela. Sobre todo hablaban las tías. Mis primos cortaban y bebían, y solo de vez en cuando levantaban la mirada para asentir.

—Ahora que la Juana no está, tienes que avisarnos si la ves empeorar.

—¿No la notas cada día más vieja?

—¿Y no crees que esto del golpe de calor lo hace para llamar la atención? Porque, chico, sacude ese abanico con un gusto… ¡Parece una folclórica!

Yo no quería estar ahí. Era una pérdida de tiempo y, ahora que tenía controlado el frente familiar, debía terminar de repasar mil cosas antes de la hora de apertura. Entonces salió el tema de Nekane, y encontrar un hueco para escabullirme se hizo imposible.

—Oye, y esa amiga tuya, ¿qué?

—¿Qué de qué? —dije.

—¿Sigues quedando con ella?

Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo.

—Eso, eso, primo, cuenta.

—Que no nos creemos a tu abuela cuando nos dice que solo sois amigos.

—Con el hombretón que estás tú hecho.

—El primo Santi ya ha acabado de saludar a la abuela. ¿A quién le toca ahora? ¿Ana, vas tú? Estupendo. Oye, Endika, cuéntanos, es tu amiga especial, ¿verdad? Desde pequeños.

—¿La tratas bien, primo? Que no me entere yo que eres malo con ella… ¿Le haces regalos en su cumple?

—¿Estará por aquí hoy?

—¡Preséntanosla!

Si me iba ahora pensarían que rehuía la pregunta, razón más que suficiente para confirmar su teoría y darle al tema la importancia que no tenía. Miré a mis primos uno a uno y luego a mis tíos, parándome en especial en mi tía Mabe, porque de ella no entendía qué estaba queriendo decirme con tanta pregunta, allí parada con un interés tremendo y una sonrisa de boba en

la boca, cuando hacía años en una excursión a Gaztelugatxe me había arrinconado en las escaleras al monasterio y me había preguntado si yo era gay, así, con estas palabras (yo le había dicho que no pero fue un «no» de pacotilla porque tenía doce años y yo no *quería* ser gay, y menos en un viaje familiar subiendo con la gota gorda cuatrocientas escaleras). Pensé que la Mabe tenía que sospechar algo, como mínimo, por eso alucinaba al verla ahora toda expectante, como si hubiera olvidado que una vez me dio la oportunidad de ser sincero, o como si quisiera olvidarlo y creer que lo mío con Nekane era real. Pensé a la mierda. Dije:

—Nekane no es mi novia. No me gustan las chicas. Soy gay.

Se hizo el silencio. Por primera vez en veintidós años, mi familia se había quedado sin palabras y me ofrecía el espacio necesario para explayarme. De fondo, chirridos metálicos y el grito de un operario. Me acerqué al primo Rubén y le quité el cuchillo:

—Así no, lo estás haciendo mal. ¡Y tú también, Ana! Miradme un segundo. El pimiento me lo cortáis así, bien finito, y luego le echáis sal y aceite y lo ponéis en esos boles de cerámica que trajo la tía Conchi de Granada y se lo lleváis a la gente de los puestos. Yo me voy.

Quedaban diez minutos para las diez y hacía un calor insoportable: ¡por supuesto que en el fondo yo estaba seguro de que la tía Juana iba a aparecer! Joder, era eso o volverme loco. Se trataba del evento más importante del año para Tabarnea, ¿no tenía ni un poquito de curiosidad por ver cómo salía todo sin ella? La imaginaba interrumpiendo diversas situaciones, siempre por sorpresa, dejándonos a todos atónitos con unos tacones de veinte centímetros, gafas de sol y nuevo peinado de escritora de renombre. La veía asomarse entre el ruido y las aglomeraciones del concurso de espárrago, atravesar la muralla a caballo en plena cena popular, salir del río como una lamia durante la exhibición de deporte rural o subir al escenario en mitad del concierto para apropiarse del micrófono y decirme delante de todos lo orgullosa que estaba. Todas las fantasías terminaban con ella presentándome a su pareja, alguien que había conocido en sus viajes, un poeta argentino de melena rubia o una antropóloga quebequense de ojos soñadores o los dos a la vez, una relación a tres con la que planeaba mudarse al norte de Canadá a fotografiar el éxodo de los cazadores del hielo. Yo abrazaba a todos y luego la miraba a los ojos y le hacía una pregunta, sin rencor ni un ápice de amargura, solo una pregunta inocente de alguien con ganas de saber. Le decía «tía, ¿por qué te fuiste?».

8

¿Por qué me dejaste solo en Ariza-Lenea con todas tus responsabilidades, a cargo de la abuela, de ese vejestorio que cada día necesita más atención y cuidados y que alguien la levante con todo su peso de la cama y la acicale y le pase un trapito húmedo por las partes más delicadas para asearlas, por el sobaco y la entrepierna y los tobillos y el cuello y la zona oscura detrás de la oreja; por qué te fuiste sin más, sin dejarme una nota o, mejor, un puto manual de instrucciones para esta jodida casa que se cae a pedazos, que se la come el polvo; por qué te fuiste como si estuvieras convencida de que yo, ¡yo!, podría con todo, hacerme cargo de la cocina, los baños, los corredores, de las telarañas que se acumulan sin piedad, del granero, el sótano, el jardín; por qué te fuiste cuando sabías mejor que nadie que yo no quiero estar aquí, que yo me fui a estudiar fuera en cuanto pude porque quería vivir una vida grande en la gran ciudad, tal vez incluso enamorarme, querer a otro hombre y que ese hombre me quisiera también, conseguir un trabajo de lo mío o de lo que sea, comprarme un pisito, hipotecarme, vivir cincuenta años más como mínimo y tener una pareja y un perro y formar una familia, tener hijos, hijas, guiarlos en este mundo hostil y, en fin, todo lo que un niño como yo, cuando viene de una familia como la mía, puede querer de su vida hasta el día en que se muera; por qué te fuiste si sabías que yo quería todo eso cuando El Nieto me llamó y me ofreció un trabajo y yo pensé, qué otra cosa iba a pensar, que sería temporal, claro, una sustitución, porque cómo iba a pensar que la mujer a la que sustituiría se iba a caer o arrojarse o ser arrojada al fondo de un pantano, cómo iba a saberlo yo, cómo iba yo a querer trabajar para siempre en un periodicucho local si me había fugado a Barcelona, cómo iba yo a querer trabajar en un periódico a secas si acabé la carrera desencantado y sin aspiraciones de futuro; por qué te fuiste, tía; y por qué no vuelves y me dejas marchar a mí en tu lugar, a mí, que soy joven y que, aunque no tengo sueños, tengo, supongo, tiempo todavía de buscarlos, a mí que me queda todo por vivir; por qué te fuiste tú, tía; por qué tuviste tú y no yo

la valentía para hacer lo que había que hacer?

9

Veo cómo dibujas una sonrisa en esa carucha tuya cuando te hablo de la Feria. ¿Es, quizá, una de las cosas que más añoras de ser libre? Solías participar todos los años con tu saxofón en la charanga y siempre te prestabas como voluntario para lo que hiciera falta: comida, pegatinas, música, puestos, inflar globos para los niños, lo que fuera. Aunque sea paradójico, supongo que fue precisamente eso, el haber estado tan involucrado en la vida local, haber sido ese vecino simpático que saludaba siempre con una sonrisa, lo que hizo tan fácil cuando te encarcelaron que todos dejaran de hablar de ti como si nunca hubieras existido, más allá de la consternación del primer día.

—Madre mía lo que dice la prensa de José Guinea… —recuerdo a la abuela decir una mañana de otoño, *La Gaceta de Ariza* extendida sobre la mesa de quejigo—. Qué escándalo, la cantidad de niños a los que engañó para meterlos en su casa y… Es terrible, terrible, terrible, ¡como para imponer un toque de queda y no dejar a nuestros nietos salir a la calle! ¿Qué será lo próximo, si ya no puedes confiar ni en la decencia de tus propios vecinos?

Después de eso en casa no se tocó más el tema. Y en la escuela nadie nos preguntó si estábamos bien, si a alguno de nosotros nos había afectado. Las víctimas eran otras: salían en el periódico detrás de iniciales desconocidas y eran los hijos de otros, los primos de otros, los amigos de otros, nunca mis hijos, mis primos, mis amigos, yo mismo. A mí me daba igual, claro, me tenía que dar igual, porque tú y yo no nos conocíamos, no en el mundo real, así que fue fácil fingir, sumarme yo también al juego de que no existías aunque pensara en ti todo el tiempo. Pasaron los años. Se sucedieron las Ferias. Y la respuesta a tu sonrisa es que sí, que la Feria seguía siendo igual que cuando tú participabas en ella. Igual de soporífera, quiero decir.

A partir de las diez empezó a llegar la gente y para el mediodía La Isla era un hervidero. Degustación de quesos, competición de jacas, música de charanga. Lo único que prometía salirse de la norma era el calor, que lo enturbiaba todo, y el desfile de trajes de época que tuvo lugar por la tarde,

cuando todo el mundo estaba ya cansado de mirar puestos y empezaba a abrir el apetito para la cena popular.

La tía Juana no se dejó ver. No estaba y no iba a estar y no importaba lo mucho que yo girara el cuello como un búho en su búsqueda. Sí que estaban todos los demás: mi familia, Nekane, Gorka, El Nieto, políticos, funcionarios, comerciantes, agricultores, ganaderos, gente con la que trataba en el día a día del periódico, el párroco Don Miguel, familias con sus hijos, cuadrillas de jóvenes, grupos de jubilados, turistas, peregrinos, Sara Puerta haciendo fotos para *La Gaceta*… Luego, con el desfile se llenó el jardín de Tabarnea y mi prima Ángela se ofreció voluntaria para coger el micrófono y hacer las presentaciones junto con la directora del museo etnográfico. Ángela hacía chistes y piropeaba a los modelos y la directora daba datos históricos mientras de fondo se escuchaba una lista de reproducción de música clásica del Spotify que había confeccionado yo mismo.

Aproveché que la atención del mundo estaba en la pasarela para salir del recinto amurallado y tomar el aire en La Isla, ya vacía a esas horas a excepción de los dueños de los puestos que recogían sus productos. Bajo las farolas vi a una mujer de rostro familiar fumando apoyada en un árbol. Por un momento pensé es la Juana, así que me acerqué, pero no era ella, solo un espejismo del puesto de jabones artesanales llamado Claudia. Le pedí un cigarrillo. Claudia me lo encendió con la punta del suyo y me quedé un rato con ella, fingiendo que sabía fumar aunque al tragar el humo me lloraran los ojos.

Quien tampoco estaba era O'Malley. Por la mañana había acumulado algo de tensión pensando que me lo encontraría de repente, pero al mediodía, punto álgido de la jornada, quedó claro que no iba a aparecer y relajé los músculos. Por eso se me revolvió tanto el estómago cuando, mientras tenía lugar el desfile y Claudia me contaba chascarrillos de la dura vida del feriante, recibí un mensaje suyo. Decía «hola, Endika, me gustaría que me dijeras qué ha pasado para que tomes esta decisión, me jodería que este distanciamiento sea definitivo, pero lo respeto y siempre te agradeceré el apoyo que me has dado, te deseo lo mejor en las decisiones que tomes para tu futuro, espero que podamos hablar en persona cuando sea, un abrazo».

No respondí. Ni siquiera entré en la aplicación. Me acerqué al río, sumergí los pies descalzos en el agua y coqueteé con la idea de tirar el móvil y verlo dar brincos contra las rocas en el caudal raquítico. Entonces escuché detrás de mí las voces de Nekane y Gorka, llamándome porque el desfile se había terminado y querían que me sentara con ellos en la cena. Eso hice, aunque me tocó levantarme de la mesa varias veces para supervisar el servicio de *catering*, que era una mezcla de empleados de empresa privada y algunos de mis primos que se habían ofrecido voluntarios.

Después llegó el concierto, un grupo de folk céltico-*reggae* que a la abuela no le disgustó del todo, y yo estaba distraído, sentado en la mesa alargada

entre Nekane y Gorka, con quienes —para qué te voy a mentir— lo estaba pasado muy bien porque no los veía desde fiestas. Ambos estaban de muy buen humor, parecían haber solucionado sus problemas de pareja y se pusieron muy borrachos. Yo también me emborraché.

—¿Qué me dices, Endika, te parece bien? —me preguntaba Nekane—. La semana que viene, justo antes de que empiece la uni y tenga que volver a empollar como una condenada, podríamos aprovechar para hacer planes los tres juntos. Ir al monte, a la piscina… ¿Y el próximo finde no son fiestas aquí cerca, en no sé qué pueblo?

Gorka asintió. No recuerdo qué pueblo era, pero él iba a ir allí a correr el encierro con la cuadrilla y luego se quedaría a dormir con una prima suya que tenía una casa enorme con sitio de sobra para Nekane y para mí, si es que decidíamos ir.

—¡Iremos! —Nekane me guiñó el ojo—. Hay verbena y luego DJs en una sociedad que se llena de gente. Por la mañana un pincho, el cafecito de la resaca y vuelta a casa en bus. Será divertido.

—Claro que sí, Endika, hombre. Y así me ves correr —dijo Gorka.

—Sí, no sé, ya hablaremos —respondí—, que ahora tengo la cabeza ocupada con todo lo de la Feria y solo pensar en moverme me parece agotador, ja, ja, pero sí, puede ser, por qué no, ya hablaremos.

Dije todas esas cosas porque Nekane me estaba sonriendo y se le caía la baba. Nunca la había visto tan contenta, tan en paz, y sabía que era porque por primera vez sentía que pertenecía a algo. Hasta ahora me tenía a mí, claro, pero no era suficiente; ahora, además de tenerme a mí, tenía novio, y menudo novio, el chico más popular del pueblo, el que tenía más amigos y el que siempre quería hacer planes; no, claro, y yo me alegraba por ella, por la vida que por fin parecía sonreírle. Nekane ya no tenía por qué ser Nekane, la rara, podía vivir una vida como la de cualquier otra chica del pueblo y si para ello yo tenía que jugar a ir con ella al monte y a la piscina, y luego a ese pueblo que ya no recuerdo a pasar la noche de fiestas y a mezclarme con los amigos de Gorka, bueno, pues ya veríamos.

—Es una pasada lo cerca que se pone de la vaquilla. ¿O no, Gorka? ¡Gorka! Digo que es una pasada lo cerca que te pones de la vaquilla. Algún día vamos a tener un disgusto, ¡en serio!

—Bueno, chica, déjale, si le gusta…

—¿Tú no corres, Endika? —dijo Gorka. La pregunta me pareció obvia y ofensiva.

—¿Yo? Tú qué crees.

—No eras muy de correr, no… —dijo, y se rio. Nekane dijo:

—Es verdad, Endika, que tú y yo éramos de los que nos escaqueábamos todo lo posible de la clase de gimnasia.

Me limité a encogerme de hombros. No era así como lo recordaba. Nekane sí que corría. Yo me quedaba sentado en el banquillo, castigado porque

me empecinaba en no vestir en chándal ni tocar el balón o apartado con una nota de la tía Juana que decía que me dolía la tripa. Y no solía ser difícil fingir, la tripa se me revolvía de veras con los nervios de tener que ir luego a los vestuarios, donde Gorka solía ponerme en el centro de las miradas de un corro lleno de chicos semidesnudos para hacerles reír por la razón que fuera, la que tocase esa semana, no sé, por ejemplo, que yo no participaba en las clases porque corría como una chica, pero esos solo eran recuerdos y ahora éramos adultos y todo lo que había sobrevivido de entonces era que en la escuela yo no era muy de correr, no.

10

—Venga, chicos, que estos culos no se van a acabar solos, ¡más pacharán, más pacharán!

Era una estupidez, pero nos estábamos meando de la risa. Mientras el resto del mundo se había levantado hacía rato para disfrutar de los jóvenes músicos que hacían virguerías sobre el escenario con la armónica, la gaita y el txistu y cantaban temas modernos sobre el amor en Instagram y el sol y la luna y las estrellas, nosotros éramos los últimos supervivientes de las mesas alargadas de la carpa. Estábamos jugando al Juego del Pacharán, una ocurrencia de Nekane que consistía en terminarnos en el menor tiempo posible los culos de las botellas de pacharán que quedaban de pie en la mesa. Nos sentíamos bandidos haciendo contrabando a escondidas. Nekane estaba ganándonos por goleada. Correteaba descalza de mesa en mesa, brillando con una corona de lucecitas que había comprado a un vendedor ambulante y con motitas de purpurina que una amiga de Gorka nos había puesto a los tres debajo de los ojos. Parecía una ninfa del bosque, el hada de las endrinas, hasta que se desplomó como un saco de patatas y Gorka y yo tuvimos que ir a rescatarla.

—¡Nekane, tía, estás fatal! —le grité. Nekane se echó a reír e intentó por todos los medios arrastrarnos al suelo con ella.

—Chicos, chicos, sssh, se está genial aquí abajo, en serio.

Entre el gentío que disfrutaba del concierto, una señora que estaba cerca de nosotros se giró y nos miró con cara de desaprobación.

—Nekane, va, levanta —dije.

Pero Nekane apenas podía abrir los ojos, estaba pálida y solo balbuceaba:

—¡Más pacharán, más pacharán!

Y se descojonaba. Gorka y yo nos miramos. Él me dijo:

—Nos va a dar la noche, ya lo verás.

Y parecía preocupado en serio y me miraba a mí buscando una reacción adulta como si la última vez que nos vimos yo no hubiera estado vomitando

a su lado como un cosaco.

—Está borrachísima —dije. Me eché a reír. Solo oía a Nekane decir «más pacharán, más pacharán», cada vez me entraban más ganas de vomitar y mi único punto de estabilidad para no caerme yo también era mirar fijamente el entrecejo de Gorka—. Si te parece la llevamos a mi cuarto y la dejamos en mi cama, con una manta y un balde por si se pone a potar.

Entramos en la casa y empezamos a subir las escaleras a oscuras, alumbrados solo por la luz del concierto que se colaba por las ventanas. Llevábamos a Nekane a rastras sobre nuestros hombros.

—Joder, ¡qué fresca está la casa! —exclamó Gorka cuando llegamos a mi cuarto—. Yo me quedo, ¿eh? Desde esta ventana se puede ver el concierto perfectamente.

Nekane farfulló:

—¿Quién ha apagado la luz? Quiero volver al jardín…

La sentamos en la cama, entre los dos. Gorka le sujetó la cara con las dos manos y la besó apasionadamente. Si dejaba de hacerlo, ella resbalaba cama abajo hasta el suelo. Miré al frente, incómodo. Desde la cama no podía verse más que los focos del escenario, rojos, verdes, azules, y se escuchaba la música, que en ese momento decía algo sobre un amor de verano escondido en un laberinto de fuego fatuo.

—Qué bien estamos, ¿eh? —dijo Nekane sin abrir los ojos—. Me hace muchísima ilusión que nos llevemos así de bien los tres. El tiempo lo cura todo, ¿verdad? ¿Endika? ¿Verdad que sí?

Rozó su mejilla con la mía, ojos cerrados, brillantina emitiendo destellos en la habitación, y descargó en mí una respiración intensa, casi un ronquido que apestaba a alcohol. Me rodeó el cuello con sus brazos delgados y empezó a repetir un mantra de lo bonita que era la vida y lo bonito de estar los tres juntos, y a darme besos en la cara hasta que al final alcanzó mis labios. Le pregunté «qué haces, Nekane», pero Nekane me sonreía con unos ojitos bizcos que estaban en otra parte y sus labios y los míos se fusionaron. Mi mejor amiga y yo nos estábamos besando y después mi mejor amiga y su novio, y vuelta a empezar en una ruleta que Nekane dirigía, hasta que se echó para atrás y dejó vía libre para que Gorka y yo hiciéramos lo mismo.

El chico que más había temido en mi infancia —ahora bajo una capa de purpurina violeta— y yo nos miramos. Creo que solté una risita nerviosa. Él también se rio, también estaba nervioso, y Nekane dijo «me encanta que os llevéis tan bien, de verdad, qué guay todo, venga, un besito, solo uno», y juntó nuestras cabezas y empezó a imitar el sonido de un beso como si tuviéramos cinco años y estuviéramos jugando a ser mayores. A un centímetro, embobado, Gorka me sonreía. Nuestras dentaduras chocaron, ruido de brindis, beso torpón con solo un poquito de lengua por parte de Gorka buscando la mía que estaba escondida, pegada al paladar, rígida como un palo, hasta perder la presión de las manos de Nekane porque Nekane se había escurrido

del todo y estaba ahora tirada en la alfombra, inconsciente, mientras fuera los niños del folk cantaban un réquiem por un sueño inmobiliario truncado en el verano del 07.

—Tío, ¿qué haces?

Nekane había dejado de jugar pero yo seguía besando a Gorka. Su lengua se apartó de la mía y sus ojos me miraron, extrañados, como si aquello no tuviera nada que ver con él. Se echó a reír.

—Ay, Endika, Endika…

Yo respiré aliviado porque la noche no iba a acabar en puñetazo.

—¿Nekane?

Gorka acarició a su novia.

—Se ha dormido.

La levantamos del suelo entre los dos para acostarla en la cama. Gorka la besó con ternura en la frente.

—Me parece que hoy no estamos para tríos —dijo. Se rio él solo. Luego suspiró, paseó la mirada por mi cuarto, se acercó a la ventana, se sentó en el alfeizar con los pies colgando hacia fuera y se lio un porro.

Yo nunca había probado la marihuana, pero para entonces y desde hacía un par de horas ya era una persona que fumaba tabaco, y me enorgullecía de ello porque fumar siempre me ha parecido un gesto muy sexy aunque el sabor me dé náuseas y besar a chicos fumadores me parezca asqueroso. El caso es que Gorka me ofreció fumar con él y yo acepté, los dos sentados en la ventana viendo el concierto desde un palco de lujo a lo Julia Roberts y Richard Gere en *Pretty Woman*, dos personas observando el mundo a sus pies y envenenando el aire en sus pulmones. Empezó a hablarme. Olía fuerte a desodorante de Axe Chocolate y tenía los ojos de brillantina puestos en el concierto pero me hablaba a mí. Miraba al escenario y a la gente y a los árboles que se alzaban en La Isla a lo lejos y siguió haciéndolo cuando, a los pocos minutos de sentarnos, el concierto acabó y al grupito de moderneo folk le sustituyó una orquesta que solo interpretaba pop de los 2000 (la había elegido yo mismo porque a todo el mundo le gusta el pop de los 2000). Al principio hablaba con naturalidad, como si nada, pero a medida que avanzaba aquella maravillosa selección de canciones la voz se le fue volviendo más y más seria, hasta alcanzar un tono como de confesión, como de alguien que sabe que somos dos personas con un secreto, con un pasado común ancho como el mar y del color de la sangre y la vergüenza, dos personas adultas que tienen que cruzar a nado un océano entero de recuerdos para encontrarse.

11

(*El Sol No Regresa*, de La Quinta Estación)

—Creo que me he enamorao', Endika. Es perfecta. A veces discutimos y eso, claro. Es la tía más cabezona del mundo. Nos gritamos y se echa a llorar como si fuésemos a dejarlo para siempre por una tontería, porque siempre es por una tontería, y yo me tengo que morder los puños para no ponerme a darle hostias a la pared. Me he llegado a hacer sangre, ¿ves? Estas son heridas de guerra, tío, te lo juro, heridas de estar con Nekane sin ponerme a darle golpes a las cosas como un puto gorila, porque eso es algo que hacía antes. Con otras. Pero ya no. Con ella estoy bien y no quiero estar con nadie más. Aunque mi cuadrilla… ¡Ja! Supongo que te lo ha contado. Mis amigos son retrasados. Dicen que qué hago con la tía rara esta, ja, ja, no sé, supongo que porque yo siempre he ido a por las más guapas, a por las que estaban más buenas… Pero porque no sabía lo que quería (y ellos tampoco, ellos no tienen ni puta idea) hasta que la conocí. Es perfecta. Me vuelve loquísimo lo sensible que es, lo observadora, lo inteligente. Y no sabes cómo habla de ti. Me cuenta cosas que yo, bueno, que yo no… Son muchos años, ¿sabes? Y hace tiempo que tú y yo no teníamos relación.

12

(*Besos*, de El Canto del Loco)

—Bueno, y tú qué. No tiene que ser nada fácil vivir aquí, conocer a otros chicos y todo eso. Tampoco hay muchos más como tú. Al menos yo no los veo por ningún lao'. Se te hará cuesta arriba. En Barcelona sería otra cosa, ¿o no?

—Sí, la verdad.

—Ja, ja, ja. Pillín.

—No, bueno. Lo normal. Pero aquí… Sequía, sí.

—La puta sequía, primo.

—Qué se le va a hacer.

—Ya te digo. Yo antes de Nekane también llevaba una temporada a dos velas, ¿eh? Es que, también, las tías de Lenea… O sea, majísimas, ¿eh? No digo que no. Pero están ya todas muy vistas.

—Ah… Eso ya no sé.

—Te lo digo yo. ¡Ja! Bua, tío, qué gusto hablar contigo. ¡En serio! Tenía una idea muy distinta de… vaya, que no tenía ni puta idea de qué era ser maricón. O sea, gay. Eso. No lo digo a malas, ¿eh? Lo ves en la tele, en las pelis, te informas, sí, claro, pero no tienes ni puta idea hasta que no conoces bien a uno. Y el tiempo que he pasado contigo me has parecido de puta madre. No sé, me has quitado prejuicios. Si los tíos de clase te conocieran ahora… Callarías bocas. A más de uno. Y falta que les hace.

—Qué bien.

—Y eso que solo te conozco a ti y a otro, ¿sabes? De Logroño. Bolleras que yo sepa no conozco. El chico este es majísimo, supernormal también, nada de pluma. Que tú tampoco tienes pluma, ¿eh? O sea que guay. Este que te digo es el hijo de unos amigos de mis padres. Te encantaría. Si viene un día os presento, ya verás, ya, os caeréis genial. Aunque ya me dijo Nekane que tienes un noviete, ¿no? ¿Cómo dijo? ¡Madurito dijo! Eso es. ¡Ja, ja! Eh, los mayores dan un morbo… Tienen más experiencia, ¿o no? Yo cuando tenía dieciocho o así estuve con una de casi treinta que…

—¿Nekane te ha hablado de O'Malley?

—Ya lo creo que sí, chaval. El empresario. Ja, ja.
—Ja, ja.
—¿Pasa algo?
—No, nada.
—Nekane me lo contó así, de pasada, ¿eh?
—…
—¿Qué pasa? ¿Ya no estáis?
—No.
—Hostia. Pues mira, mejor: lo que te decía de este chico de Logroño…
—Gracias, pero no hace falta que me presentes a nadie. Estoy bien.

13

(*Ni Una Sola Palabra*, de Paulina Rubio)

—Para mí ha sido como conocerte de cero. Y, en serio, eres la hostia, un tío valiente y…

—¿Te parezco valiente? ¡Ja, ja!

—¡Pues claro! ¿Cuántos años tenías cuando saliste del armario? ¿Quince?

—Dieciséis.

—¡Ya ves! A esa edad éramos todos unos animalicos y tú dijiste pues mira, que os den por culo. Ya me entiendes. Dijiste que os jodan, quedaos con vuestra idea de lo normal porque yo voy a vivir mi vida y al que no le guste, qué. El que no sepa respetarlo en este pueblo de los cojones… Es su problema.

—Vaya, Gorka, pues no sé qué decir.

—Deja que lo diga yo: lo siento. Que si no lo digo reviento. Es que no te lo pusimos nada fácil, joder. Ninguno, creo, pero en especial yo, hostia, que no hay día que no me acuerde. Te pido perdón.

—No pasa nada. De verdad. ¿Otro porro tienes?

—Claro, tío, los que quieras. Y también tengo de esto otro.

—¿Qué es?

—M. ¿Quieres?

—Bueno.

—Claro que sí, hombre, que estamos de celebración y has currao' mucho. Aquí tienes.

—…

—Oye, que sepas que lo de antes ha sido un comentario de mierda, no lo tengas en cuenta.

—El qué.

—Cuando he dicho que en la escuela no eras muy de correr. Me ha salido así, para romper el hielo, pero por supuesto que me acuerdo, tío, y sé por qué no corrías ni te gustaba el deporte ni quedabas con los chicos.

—Ah, ¿sí?

—Era porque en el fondo te estábamos obligando a ser quien no eras, a

ser un *hombre*, sabes, hombre como entendíamos nosotros que tenía que ser, una idea de hombre de mierda, vaya, así que, joder, todo lo relacionado con nosotros te tenía que dar un miedo… ¿O no? Ahora lo entiendo. Me ha costado verlo pero Nekane me ha ayudado. Y más gente. ¿Cómo no te íbamos a dar miedo? Con las chicas era más fácil. Ellas sí te aceptaban. Me da tanta pena… Sí, tío, me da pena que no pudieras tenernos de amigos por lo cabrones que fuimos. Que, por otro lado, mira, éramos unos bruticos, tampoco te perdiste nada, pero, no sé, tener una cuadrilla como todo el mundo… Y Nekane igual, ¿eh? Los dos. Siempre aparte en la esquina del Antxeta, mirándonos de reojo cuando nos reíamos… Yo me fijaba, sí, siempre os he visto murmurar, y estas semanas que me ha tocado estar en vuestro lado del bar, uf, es duro, ¿eh? Se siente uno muy solo rodeado de tanta risa y sabiendo que ninguna es tuya. Me siento culpable. Y sé perfectamente que todo esto, lo de ser amigos tú y yo, ha funcionado estas semanas porque queremos a Nekane. Pero entiendo que te parezca un paripé y que te haga sentir incómodo y quieras mandarme a la mierda y con razón. Lo entenderé y me aseguraré de que Nekane lo entienda. Ella dice que no, que una vez te pida perdón podemos ser tan amigos, pero tú y yo sabemos que no es tan fácil. Aun así, te pido perdón. Ya te quise pedir perdón el otro día en el parque. Fue raro. Cuando te pusiste a potar y tuve que agarrarte y sujetarte la frente para que no te cayeras en tu propia pota, te vi tan vulnerable que me emocioné, tío, me salieron lágrimas y todo, como un niño pequeño. Fue porque hasta ese momento te había visto tan cambiado… y, qué coño, también ahora: te veo tan cambiado, tío, tan entero, que me resultas casi de piedra y no me recuerdas en nada al chico de la escuela. Ya apenas gesticulas, ¿te has fijado? ¿No te acuerdas de cómo nos reíamos de ti cuando gesticulabas? ¿Por qué éramos tan hijos de puta? ¿Por qué no podíamos dejarte en paz? Eso me preguntaba mientras te ayudaba a vomitar. Uf, lo recuerdo ahora y me vuelven a salir lagrimillas, joder. Qué fuerte. ¿Cuál es el problema de no querer jugar al fútbol, de ir con chicas, de hacer gestos con las manos, de sentarte con las piernas cruzadas o de que te guste Paulina Rubio y no porque esté buena? ¿Qué hay de malo en ser diferente, con ocho años u ochenta?

—Pues sí, Gorka. ¿Y qué hay de malo en tener pluma?

—¿Qué? Ah… ¿Ves cómo todavía estoy aprendiendo? No tiene nada de malo, claro, pero aún hoy es algo que… Y de pequeños, uf, de pequeños nos daba asco. Y el caso es que con nuestra idiotez conseguimos cambiarte, tío, hacerte esconder. Ya no eres el mismo chico expresivo. Tienes una coraza. Y la voz demasiado grave. Corrígeme si me equivoco, igual estoy pasándome de la raya, pero lo suelto así porque así lo siento, y el otro día pensándolo me vine abajo, como ahora (mírame, tío, que estoy llorando, ¡ja, ja!), porque me hice un millón de preguntas que no me había hecho nunca y que no supe contestar y porque estoy seguro de que en el fondo, por mucho que creamos que hemos avanzado como sociedad y todo eso, en realidad no hemos cam-

biado una mierda y los niños diferentes tienen el mismo miedo ahora que el que tenías tú entonces. Endika, ¿tú también estás llorando? ¿O es la purpurina? ¿Quieres hablar de otra cosa? ¿Prefieres que me vaya?

14

(*El universo sobre mí*, de Amaral)

—No, quédate.

—Me quedo, pues.

—Joder, me encanta esta canción.

—Pero, ¿estás bien?

—*Solo queda una vela* (sí, sí, estoy bien) *encendida en medio de la tarta y se quiere consumir*… ¿Me dejas contarte una historia?

—Te escucho.

—Le conocí hace menos de un mes, a O'Malley, en el funeral de Laura Íñigo. Resulta que ella y él, bueno, que estaban liados (sí, él es bisexual, sí, tío, los bis existen, yo tampoco me lo creía, pensaba que era gente despistada o que no quería reconocer del todo que eran gais o lesbianas, pero ahora que le he conocido, de verdad, hazme caso, tienen que existir). ¿Te acuerdas de lo que te conté de Laura, lo del libro y todo eso, *La Gaceta*, los asuntos turbios con el Ayuntamiento, la depresión, la baja…? Pues la empresa de este tío estaba en el ajo. Y Laura lo incluyó en su novela.

—¿A este fue a quien le pasaste la única copia del libro?

—Ajá.

—¿Y empezasteis a salir?

—Bueno… No como te imaginas. Nos veíamos a escondidas y solo era sexo, no una relación de verdad, porque este tío está en el armario. Y el sexo era turbio.

—¿Turbio?

—Violento.

—Cómo de violento.

—No, no quieres saberlo. Raro, raro.

—Pero a ti te gustaba.

—Sí. Y él sabía que me gustaba. Eso es lo peor, que no puedo reprocharle nada, estaba tan metido en eso como él. Hasta un día que me harté y le mandé a la mierda. Pero entonces esta última semana ha pasado una cosa que… Es fuerte, ¿eh? Resulta que he empezado a recibir mensajes anónimos en

Grindr (¿conoces Grindr?) de un tío que me empieza a insultar en el minuto uno en que le saludo y le mando mi foto, porque al parecer me conoce de algo, a mí y a O'Malley, pero él escribe sin cara, sin nombre, sin edad, nada, y por mucho que le bloquee me sigue hablando desde distintas cuentas, siempre distintas cuentas anónimas y siempre insultando, no solo a mí, también a O'Malley, de hecho, sobre todo a O'Malley, en plan os he visto por Ariza-Lenea juntos y dais asco, qué haces con el puto cerdo ese, ese viejo calvo… Y eso lo más suave. Luego vienen las amenazas: me dice que tiene fotos nuestras, que las va a poner por todo el pueblo, que se va enterar todo el mundo…

—¿Fotos vuestras? ¿En plan…?

—Yo que sé, tío, tienen que ser fotos de cuando supuestamente nos vio por el pueblo. O sea, nada de cosas guarras, ¿eh? Eso es lo más patético. Un gilipollas quiere hacernos daño (o, bueno, hacérselo a O'Malley, por esto de que está en el armario) con unas fotos nuestras tomando un puto café. ¡Hay que joderse!

—¿Y eso está pasando ahora?

—¿Probamos a ver? Llevo sin abrir la *app* desde ayer. Ya verás como si la enciendo… Aquí está. El hijo de la gran puta. ¿Quieres leer la perlita que me ha lanzado hoy?

—Uf, tío, mejor que no; me da apuro… ¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a denunciar?

—La cosa es… Lo he hablado con O'Malley. He vuelto a quedar con él aunque habíamos dejado de estar. Y eso que yo no he tenido casi tiempo, con esto de la Feria, pero bueno, me parecía que este tema era fuerte y que había que hablarlo.

—Claro, claro.

—Y él majísimo, eh, muy calmado para lo histérico que podía haberse puesto. Porque esto a mí no me afecta, ¿entiendes? Me da igual que en el pueblo se diga misa. ¡Y más aún que se repartan panfletitos con mi jeto en una cafetería tocándole la mano a un tipo! Pero él es mayor, es de otra generación…

—Sí, joder, hay una brecha.

—Sí. Bueno, y él estudió Derecho y tal, y me dice que en estos casos lo mejor es esperar, no ir aún a la policía: primero ver si se aburre y si la cosa sigue y se pone chunga ya veremos qué estrategia seguir. Dice que tiene alguna idea de quién puede ser, que tiene un par de enemigos en el pueblo. Al parecer, un fin de semana que pasó en Madrid y quedó con un chico, se encontró por mitad de Gran Vía con unos de Ariza-Lenea que le miraron de arriba abajo y casi ni le saludan, gente relacionada con el mundillo empresarial, con el Ayuntamiento… Su competencia. O'Malley me dice no te preocupes, si al final resulta que son estos pringaos' ya me encargaré de ellos, bla, bla, bla, pero, hostia, es como para cagarse, ¿o no? Que el otro día el anóni-

mo me pone que si me pilla por la calle me va a dar una paliza por «marikona». Encima escribe fatal, eso es lo que más me jode de todo, da hasta risa a veces, parece una puta broma o algo, nadie escribe así, está hecho a conciencia: ¿quién escribe «lla beras» en vez de «ya verás»? Pero es que luego, cuando dice que va a colgar fotos nuestras en la puerta del Ayuntamiento, escribe «Ayto», perfectamente abreviado, como quien conoce la jerga. ¿No te parece raro? A mí me empezó a parecer todo muy raro enseguida. Y entonces el otro día va el anónimo y me escribe en plan arrepentido: me dice, ¡a mí!, que se ha enterado por ahí que hay gente en el pueblo que quiere hacer una recogida de firmas o no sé qué contra O'Malley, un boicot a su empresa, y todo por ser gay, y que O'Malley está afectadísimo por lo que está pasando, que le ha dado un ataque de ansiedad y ha pasado la noche en el hospital, que a ver si estoy con él, que le diga que lo siente, que se le ha ido de las manos, que no pretendía llegar a tanto, y que si puedo que me lo lleve unos días por ahí de fin de semana, para evitar estar aquí cuando se hagan protestas contra él y así no sufra. Y yo leo esto, tío, y digo: ¿qué coño…?

15

(*Bang-Bang Txik-Txiki Bang-Bang*, de Gatibu)

—Aun así quedo con O'Malley, ¿vale? Quedamos antes de ayer en su despacho en la planta de lodos. Un sitio abandonado. Ahí que voy, con mis santos cojones, y me lo encuentro hecho una piltrafa. Completamente destrozado. Las luces están apagadas y hay un ventilador encendido a tope pero aun así hace un calor del horror. Me dice que nunca lo ha pasado tan mal en la vida, que encima es algo que no puede compartir con nadie, solo conmigo, porque claro, su familia no sabe lo suyo. Se está planteando dejarlo todo e irse del pueblo para siempre. Estamos sudando. Empieza a llorar delante de mí. Y yo le abrazo, claro, cómo no le voy a abrazar. Le abrazo. Nos damos un beso, luego otro. Nos desnudamos poco a poco en su cama hinchable. Follamos. El sexo es increíble, sucio pero increíble, como lo lleva siendo todo este tiempo, incluso mejor porque parece que en cualquier momento alguien va a entrar por esa puerta y pegarnos un tiro en la nuca a cada uno por maricones. Luego yo me visto despacio y me despido con ternura pero con determinación porque tengo que seguir trabajando en la Feria y cuidar de mi abuela y todo eso, y vuelvo a casa y me asalta una duda, me asalta una duda tremenda y no puedo hacer otra cosa que escribir a O'Malley y decirle que lo siento mucho, lo siento en el alma, pero no puedo seguir con esto, no puedo seguir apoyándote, lo mejor es que nos distanciemos un tiempo porque no me encuentro bien y no puedo ofrecerte el apoyo que necesitas de mí en un momento como este. Le digo que si al final va a juicio con este tema le pasaré las capturas de las conversaciones y si hace falta haré de testigo, y ánimo y lo siento y espero que respetes mi decisión. Me ha respondido hoy. Me dice que la respeta pero que no entiende qué ha pasado y que le gustaría quedar. Y aquí estoy, sintiéndome como la peor persona del mundo por pensar que O'Malley se lo ha inventado todo, porque cómo voy a pensar eso si he estado en su despacho consolándole mientras lloraba en mi hombro. Pero la verdad es que mientras él lloraba yo ponía los ojos en blanco, no lo podía evitar, me decía a mí mismo por favor, que pare ya esté melodrama, me quiero ir de aquí, esto no puede ser verdad, nada de esto puede ser verdad, es un engaño

y encima es un engaño cutre. Entonces me he dado cuenta de otra cosa. Hasta ahora no lo veía pero ahora lo veo, que O'Malley me ha estado provocando un montón de extrañas sensaciones de *déjà vu*, como de haber vivido antes ciertas conversaciones… Pero no podía ser, yo a O'Malley no le conozco… A no ser que sí. El verano pasado estuve hablando una temporada con un perfil anónimo en Grindr, sí, ya sé, es patético, pero yo estaba muy desesperado y se trataba de un señor de por aquí dentro del armario pero muy culto y con el que conectábamos en muchos aspectos, un tío que había trabajado en el sector público pero que ahora se dedicaba a lo privado, un tipo sensible, sarcástico, hablar con él era divertidísimo y no poder verle la cara o el cuerpo o saber su nombre tampoco me parecía en ese momento una prioridad. Un día incluso quedé con él, le invité a casa, le dije «da igual, tú llama al timbre y yo te abro y hablamos; ya veremos luego si nos gustamos». Al final no pasó nada, el anónimo se rajó, pero casi pasa y hasta ese punto llegó mi desesperación. En fin, que creo que ese es el principio del engaño, delante de mis narices todo este tiempo, O'Malley siempre jactándose, con esa superioridad moral de los cojones, de que él no sabe usar estas *apps*, que él es un Señor con mayúsculas, chapado a la antigua, a veces incluso insistiendo demasiado en el tema, cuando sabe que a mí me da igual, que yo las uso y a mucha honra, como media Maricoespañilandia, que no pasa nada, pero él siempre que no, que no, yo de eso no, como si quisiera tapar que él una vez las usó y que habló con un chico joven del pueblo al que nunca le enseñó la cara y con el que casi queda en su casa. Me he vuelto loco con esto, pero estoy casi seguro de que era él, que yo ya conocía a O'Malley cuando conocí a O'Malley. Y todo lo que está pasando ahora, el acoso, la recogida de firmas, las noches en el hospital solo están sucediendo en ese chat virtual. Pero qué hago, ¿eh? Dime, ¿cómo vuelvo al mundo real? ¿Y si al final resulta que todo es verdad, que O'Malley está siendo realmente víctima de un delito de odio y yo le he dado la espalda cuando más me necesitaba?

16

(*Cuídate*, de La Oreja de Van Gogh)

—No puedo respirar. Sujétame, Gorka. ¡Me caigo! Joder, qué susto. ¿Te imaginas? Directo encima del público… Como para haberme matao'. ¡Ja, ja! *Lo sé, prohibido preguntar, muy bien, seré sincera…* No, en la silla no, túmbame en la cama con Nekane. Así. Mírala cómo duerme. Qué guapa. La echaré de menos, a ella a la que más, aunque hace tiempo que Nekane es alguien de otra vida. *Cierra la puerta, ven y siéntate cerca…* Túmbate aquí, Gorka, al lado mío, y pon la oreja en mi pecho. ¿Lo oyes? No puedo respirar. Es el M, que me está empezando a hacer efecto, o los porros, no sé, pero se me están cerrando los bronquios y no tengo ni idea de dónde habré dejado el ventolín. No lo busques, déjalo, estoy bien, solo notarás mi voz un poco más aguda, como un pitido, pero eso a ti te tranquilizará, te transportará a la infancia, cuando yo era un niño inocente que se comportaba como una chica. Eh, no te pongas así, no te lo estoy echando en cara: ha sido muy bonito todo eso que has dicho antes y tienes razón en muchas cosas. Pero lo de pedir perdón… Eso es (¿cómo se dice?) harina de otro costal. A estas alturas pocas personas podrían pedirme perdón y salirse con la suya. Sí, mi tía Juana podría pedir perdón por habernos dejado, mi abuela podría pedir perdón por haberse vendido al diablo, El Nieto podría pedir perdón por haberse patillado las reglas básicas de la ética periodística y la empatía y O'Malley… Todos podrían pedir perdón, es fácil, son palabras. ¡Dios, no puedo respirar! Es divertido, hace días que estoy pensando que este va a ser mi último día en Ariza-Lenea pero, qué hora es, ¿las once y media?, quedan treinta minutos para que acabe el día y yo sigo aquí, bajo los efectos del alcohol, la maría y esa droga que vete tú a saber de dónde la has sacado… Es divertidísimo, ahora mismo no tendría fuerzas ni para arrancar el coche, pero el caso es que no aguanto en este pueblo ni un minuto más. Noto las cuatro paredes cerrarse, las paredes de esta casa que están hinchadas por la podredumbre (¿ves las grietas?, ¿notas cómo supuran sangre?), y el agujero en el pecho que ya está abierto en canal. El aire está viciado por la corrupción, ¿es por eso que no puedo respirar? ¿O es porque me he pasado el verano luchando por una cau-

sa perdida contra esta casa, este jardín, las flores, los putos aspersores que no paran de encontrar la forma de volver a bombear? Ya no tiene sentido. Tampoco una pintada en la fachada de un periódico tiene sentido. A nadie le importa, ¿te has dado cuenta? Y ya da igual que la historia de las amenazas anónimas sea verdad o mentira, que Laura se cayera al lago, se tirase o la tiraran, que O'Malley sea un asesino o solo un examante cretino. La verdad no importa, el hedor a podrido es el mismo y este pueblo es un infierno igualmente, la sequía no es una sequía, la tormenta de arena no venía del sur y este verano no va a acabarse nunca. A no ser… Echarlo todo abajo, sí, y empezar de nuevo. En eso tú podrías ayudarme, Gorka: ¿sabes cómo se quema un *baserri*?

17

(*Limón y Sal*, de Julieta Venegas)

—¿Estás loco? Lo de ayudarte a joder al hijo de puta de El Nieto vale, porque es un puto facha y su periódico es basura y porque se merece eso y más, pero esto otro…

—Lo de la pintura no ha servido de nada y lo sabes.

—¡Tú! ¿Hablas en serio? ¿Qué esperabas que pasara? Y qué, ¿se te ha ocurrido justo ahora? ¡Joder! Debe de haber mil personas ahí abajo. Mira, porque estás borracho y metido y todo eso, que si no…

—Que si no, qué.

—Que si no te metía una hostia. Así de claro. ¡Ja, ja!

—Te metía una hostia, *maricón*.

—¿Eh?

—*Maricón de mierda. Ven aquí, que te voy a meter una hostia*.

—Tú, para.

—*Te molo, ¿eh, puto maricón?*

—Ni puta gracia, Endika.

—*Sé que me la quieres chupar. ¿Vamos al baño y me la chupas?*

—¡Nekane! Nekane, despierta, nos vamos.

—Tú no te vas. Y a Nekane déjala en paz, que mírala cómo está. Ni te oye.

—Cagüendiós, suéltame el brazo, que hasta ahora he estado a buenas contigo y no te he faltado al respeto en ningún momento…

—Me lo debes.

—Qué dices, tío. Suéltame.

—Qué pasa, ¿no decías que te acordabas de todo?

—Endika, hostia, ya te he pedido perdón. Pero si me buscas me encuentras y no quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño a estas alturas? Me descojono. Crees que sabes por qué pides perdón, que sabes de qué hablas cuando hablas del miedo. Pero no tienes ni idea. Son palabras que te has aprendido de memoria. ¿Sabes qué pasaba cada vez que te metías conmigo? Me ponías cachondo. E imagínate los

días fuertes, esos en los que no sé qué hostias te pasaba que me hacías de todo delante de todos, primero riéndote mucho y luego muy enfadado, no sé por qué, y yo me iba corriendo. ¡Ja! Para que luego digas que no corría. Corría hasta veros pequeñitos, como si me fuera la vida en ello.

—Ya sé que corrías.

—A veces creía de verdad que me iba la vida en ello. Me empezaba a doler la tripa, un miedo atroz a morirme. Me dabas tanto miedo que me entraba un apretón… Nunca he tenido tanta cagalera como entonces, te lo juro, por el miedo de no saber qué pasará mañana, de que encontraras una nueva manera de humillarme, algo en mí que fuera asquerosamente femenino. Me iba corriendo al baño, me cagaba por las patas abajo y todo eso con una erección de caballo, tío, y aquello no había manera de bajarlo, era como un testigo físico del miedo, y necesitaba hacerme una paja y correrme ahí mismo o todos me veríais el bulto y la pesadilla empezaría otra vez, esta vez encima con una causa justificada, porque cómo no me ibas a matar si quedaba públicamente demostrado que yo era de verdad un puto maricón. Imagínate que tus primeras pajas huelan siempre a miedo y a mierda. Que tu primer amor sea la persona que más te odia. No, no, Gorka, espera, no te vayas. Hay más. ¿Sabes qué es lo peor? Mira, ¿no ves? Llevo palote todo este rato. No puedo evitarlo porque esas cosas no se olvidan: tu insolencia, tu personalidad apabullante, tus ganas de llamar la atención… no solo te hacían tener a todas las chicas detrás, también al maricón a por el que ibas constantemente. Y, piénsalo, cómo no iba a enamorarme de ti, si eras la personificación de todo a lo que aspiraba. Claro, todos los chicos de clase querían ser como tú y yo también, por qué no, yo hubiera matado por ser tú. Todos queríamos tu atención. ¡Y yo la tenía todo el tiempo! Porque lo tuyo conmigo era una fijación sobrenatural. Cuando nos hicimos mayores y me dejaste en paz lo eché de menos. Y este verano, al volver a Ariza-Lenea… Ahora lo entiendo: O'Malley, el sexo, la violencia; con él he intentado reproducir la única vez que fui capaz de enamorarme. Pero, Gorka, no pasa nada, mira, ¿ves? Ya respiro mucho mejor.

18

(*Antes Que Ver El Sol*, de Coti y Dani Martín)

—Ahora el que no respira soy yo…
—Qué.
—¡No puedo respirar! Qué hora es.
—Tranquilo.
—¡Qué hora es!
—Aún es treinta y uno. Quedan quince minutos. Hay tiempo.

19

La causa del incendio, dijeron, fue la terrible sequía y un cortocircuito en uno de los viejos cables de Tabarnea. El fuego brotó un minuto antes de la medianoche y se propagó enseguida, primero por toda la casa y después por el vasto jardín. En la carpa cundió el pánico. Alguien entre el público gritó «fuego» y todos comenzaron a correr despavoridos, incluyendo los miembros de la orquesta, que saltaron del escenario y tuvieron que dejar atrás, harto dolor, los instrumentos y el equipo de sonido.

Para cuando las llamas alcanzaron el escenario, Tabarnea se había desalojado por completo. El gentío se quedó en estado de *shock* en los albores de la muralla, cientos de hombres y mujeres de bien tendidos en el suelo de cualquier manera, algunos vomitando, asfixiados por el humo, otros pidiendo socorro o buscando cobertura o grabando con sus móviles, hipnotizados por las llamas, horrorizados, testigos de cómo el fuego devoraba en cuestión de minutos cien años de historia local y treinta y ocho delicadas prendas de época propiedad del museo etnográfico.

Los bomberos llegaron tarde. Quedó claro desde el principio que nada podía hacerse para evitar que la casa insignia de Ariza-Lenea se viera reducida a cenizas, por lo que su trabajo consistió en asegurar que el estropicio no se extendiera al resto del parque. Por la mañana el terreno privado amaneció con aspecto de cráter. Dentro del agujero negro no quedó en pie una viga, tan solo la muralla circular de piedra vieja y enmohecida y la piedra vieja y enmohecida de la casa, agrupada en el centro como las ruinas de un castillo medieval. No hubo muertos ni heridos graves, pero sí se encontró una veintena de atendidos por asfixia.

A quien nadie pudo encontrar fue a la abuela María Luisa. De ella se dijo en el pueblo que no quedaron ni los huesos porque Dios se había compadecido de su tristeza y la había elevado a los Cielos. Otros más escépticos creían que sencillamente había muerto abrasada por las llamas o ahogada en el río tratando de huir. Esta última era una idea absurda tan solo un minuto antes

de las doce ya que el río apenas tenía caudal, pero totalmente verosímil justo después del incendio pues, por irónico que parezca, con el último fuego de Tabarnea unas nubes negras se apoderaron de la Merindad, mezclándose con el humo y descargando por fin una lluvia descomunal, medio ácida, que ahogó campos y huertos y desbordó los ríos y no paró en cuarenta días. Por eso al grupo de incrédulos no le pareció raro que a la María Luisa, si aquel capricho meteorológico la había sorprendido buscando su salvación cerca de la orilla, la hubiera arrastrado la corriente. Esta teoría no podría desmentirse, decían los recelosos, al menos hasta pasados uno o dos meses, pues habría que esperar a que alguien en algún pueblecito costero alertase de la presencia de un cuerpo extraño anclado en las rocas, imponente pero arrugado por el agua, y volviese entonces la María Luisa al pueblo para ser enterrada en funeral de Estado, borrando así de un plumazo todo atisbo de superstición. De momento, la única verdad plausible era que la matriarca de los García de Maeztu se había esfumado igual que la casa, igual que su hijo Ángel y su nuera Mañasi en aquel accidente infame diez años atrás y que su hija Juana Mari de un portazo hacía pocas semanas.

Mientras tanto, en medio del ruido y la furia yo solo fui una silueta oscura. Hacía rato que Gorka se había llevado a Nekane a casa. Los había visto alejarse, Gorka con mi mejor amiga en brazos mientras el mundo ardía a sus espaldas, y recuerdo pensar que desde la otra perspectiva parecerían actores rodando el final de una película épica. Antes habíamos observado juntos la destrucción desde el mismo punto, cosas de la vida, desde donde Gorka había lanzado sus fueguitos artificiales durante las fiestas.

—Es bonito desde aquí, si te olvidas de los gritos —dije.

Gorka asintió y me hizo sentir menos solo, pero ahora me parece que hubiera asentido a cualquier cosa; creo que ni siquiera estaba escuchando nada de lo que le decía, solo aquellos sonidos aterradores. Le cogí de la mano. Él no la rechazó, sino que la sujetó más fuerte y apartó por primera vez la mirada del desastre, me miró a los ojos, nos miramos, dos siluetas oscuras con un secreto, un pasado común y un océano ancho que ya no lo era tanto.

—Voy a llevarme a Nekane a casa. Hablamos mañana —dijo en un susurro.

Y se dio la vuelta y se agachó junto a su amor, que dormitaba, la levantó con sus brazos atléticos y empezó a caminar fuera del parque a cámara lenta. Pareció dudar solo uno, dos segundos, antes de girarse y decir:

—¿Estarás bien?

Yo contesté:

—Sí.

Pero no lo sabía. No tenía ni idea de qué iba a ser de mí. Él añadió:

—Puedes acompañarnos si quieres, quedarte a dormir en mi casa esta noche y las que hagan falta.

Le dije «gracias, pero tengo que buscar a mi abuela», y me dirigí al cora-

zón del incendio.

20

La había visto desde el principio de pie bajo el portón de la muralla, sobre su cabeza ondeando el «Bienvenidos a 1918 – 100ª Feria de las Veinte Denominaciones», ardiendo por un extremo. Se apoyaba sobre una cadera, como siempre que esperaba algo o a alguien, con una calma irrespetuosa hacia la banda sonora de alaridos desesperados que la rodeaba y solo interrumpida por aquel dichoso cartel que podía acabar cayéndosele encima. La vi mirar atrás, hacia el cúmulo de sollozos, supongo que para echar un último vistazo a sus hijas, nietos y yernos antes de adentrarse en el fuego.

Nadie pareció verle realizar ese movimiento imprudente, solo yo. Empecé a correr, esquivé árboles, farolas y grupos de personas, y llegué a distinguir a pocos metros las caras de desolación de mi familia, envuelta en abrazos y mantas junto al camión de bomberos. Ninguno fue capaz de notar mi presencia. Somos como dos fantasmas, abuela, pensé, dos criaturas del bosque imaginarias, tú un unicornio herido y yo el ave fénix, y mientras crucé sin problema las cintas de seguridad.

Tabarnea estaba iluminada como nunca debido a las llamas. Distinguí esquinas hasta ahora siempre negras y vislumbré nidos y telarañas por donde salían espantados miles de insectos reptando por sus vidas. Se hacía difícil respirar. Entre tanto humo los ojos me lloraban y apenas podía llamar a gritos a mi abuela por culpa de los tosidos descontrolados. Entonces la vi. Arrastraba los tacones en la tierra baldía, embrujada por la casa a punto de colapsar, ante ella un festival demoníaco que se erguía en vertical, columnas anaranjadas dándonos la bienvenida a aquella nueva Tabarnea de la que el fuego se había proclamado dueño y señor. Aprovechando una extraña corriente de oxigeno grité:

—¡Yaya!

La vi girarse. Nuestras miradas se cruzaron, ojos rojos, reflejo de llamaradas, y contemplé su rostro sabio de mil arrugas, ninguna de preocupación, que se concentraban en unos labios pintados que dibujaron palabras en el

humo negro, «me voy, Endika, lo único que siento es no verte crecer, pero ese es un miedo que tenemos todas las abuelas, me acostumbré a él el primer día que te tuve en mis brazos». Respiré. Respiramos los dos al unísono y nos dijimos adiós y para cuando la vi empezar a subir las escaleras del porche ya me había dado la vuelta y había rehecho mis pasos, despacito y con las piernas fallándome porque ya no quedaba más vida en el aire corrupto, hormiguitas en mi retina, el cielo y la tierra intercambiando papeles, sobre mí una sirena de bomberos irradiando colores imposibles en la noche sin estrellas y una multitud apretándose en círculo a mi alrededor como queriendo despedirse. Les pregunté, solo para entretenerles:

—¿Dónde están los árboles?

Y al mismo tiempo pensé en la abuela. Estaría sonriendo en paz desde su trono del comedor, las columnas de fuego respetando esa parte de la casa, el tatarabuelo Prudencio mirándola desde el retrato en la pared y ella aguardando con su mejor vestido, toda engalanada en oro y plata, el pelo recién cardado, perfume de Carolina Herrera, el reloj de muñeca de su madre en hora, el anillo de casada creando destellos en su dedo anular, el dedo índice acariciando suavemente la Biblia, y en todo esto pensaba, en la paz y en los relojes en hora, cuando alguien me cogió de la mano mientras me acomodaban en una camilla, una voz inconfundible, estremecedora, que me susurró al oído:

—Volverán a crecer, Endika, no pasa nada.

Y empezó a llover y la lluvia alivió el escozor en mis ojos y limpió mi cara de purpurina, y encima de mí O'Malley se reía tímidamente o estaba llorando, no lo sé, no pude preguntar nada más, su rostro de gato se fue apagando y yo había agotado mis últimos esfuerzos en preocuparme por los árboles de Tabarnea.

SEXTA PARTE

1

Imagino que desde que me has visto entrar por esa puerta te estarás preguntado qué hago aquí hoy realmente en este día lluvioso. Porque está lloviendo ahí fuera, ¿no lo has visto desde tu celda? No para de caer *xirimiri*, hace un día fresco y los campos alrededor de la cárcel de Los Recodos están de un verde que me recuerda a los valles del norte y a los días posteriores al incendio, cuando Ariza-Lenea mudó de piel, se sacudió el amarillo del verano y empezó septiembre toda verdosa salvo dentro del cráter de La Isla donde antes había estado mi casa, que se mantuvo del color del luto y la ceniza.

Ni yo sé para qué he venido. Después de todo, nunca fuimos más que amigos. O ni siquiera eso. Nunca fuimos nada. ¿Por eso me llamaste? ¿Pensaste que vendría porque nunca llegaste a hacerme daño como a los otros niños? Porque tú… ¿lo llamas así? Quiero decir si reconoces que lo que hiciste fue «hacer daño» o si piensas que eres una víctima del sistema. A mí no me hiciste daño, desde luego, pero supongo que ahora que te he contado mi historia entenderás que si no pudiste romperme fue porque ya estaba roto. No fuiste para mí nada más que un entretenimiento… ¡Oh! Ya está; ya sé para qué he venido: quiero pedirte perdón. No, no, escúchame, no es solo una palabra que te suelto sin más, lo digo en serio, es algo que llevo tiempo arrastrando, resignado porque nunca tendría la oportunidad de decírtelo a la cara. ¡Pero aquí estamos! Quién lo diría.

Te pido perdón por usarte. Por deshacerme de ti como un desperdicio cuando me harté. Pero quiero que lo entiendas. ¡Un chico me estaba tratando bien! No podía creerlo. Y, vale, yo tenía cuántos, ¿doce años?, y tú cuántos, ¿treinta y dos?, eras mayor, claro, pero me cuidabas cuando hablábamos por mensajes privados en Tuenti y me mirabas con ternura cuando nos cruzábamos por la calle, tú cargando con tu saxofón en la charanga y yo correteando por ahí con Nekane y mis pantalones cortos. Eras mi secreto. Todo era un juego.

Recuerdo el día en que dejaste de hablarme por el perfil falso y te reve-

laste como lo que eras, me dijiste hola, soy José Guinea y tengo treinta tacos, probablemente no sepas quien soy pero yo a ti te he visto por el pueblo alguna vez, y más de una vez también en los vestuarios del polideportivo y, madre mía, perdona si me paso al decir esto, pero tienes un cuerpo precioso, no sé, aún muy poco formado, como el de una tía, supongo que por eso me gusta, porque yo no soy maricón, ni de coña, y supongo que tú tampoco, ¿no?, no, claro que no, somos dos tíos que de vez en cuando pueden quedar a ver porno juntos y ya está, qué hay de malo en eso, y hablábamos, hablábamos, y no había nada de malo en tener esa clase de conversaciones porque ni tú ni yo éramos gais, qué alivio, solo dos tíos heterosexuales que se atraían, que compartían sentimientos, que exteriorizaban su atracción hacia otros hombres aunque fuese siempre negando la obviedad, y siempre me decías cosas bonitas y siempre estábamos a punto de quedar, siempre a punto, pero a mí me entraba un miedo horrible en el último momento, se me revolvían las tripas y me aumentaba la presión en el pecho porque no terminaba de creer que un chico quisiera estar conmigo para nada que no involucrara reírse de mi feminidad, y te decía lo siento, pero no puedo hacerlo, y tú me tranquilizabas con esa suavidad tuya que me volvía loco, me decías que yo era un chico especial y que me esperarías, pero que no pasaba nada por quedar, que la edad no importaba, que tú ya habías quedado con otros chicos como yo y que todo había ido bien, y yo te decía no te creo, no me creo ni de coña que otros chavales de la Merindad estén interesados en lo mismo que nosotros, eso no existía, el raro solo era yo, los gais solo aparecían al servicio del alivio cómico en las comedias americanas, y entonces (¿supongo que fue entonces cuando dejamos de hablar?), entonces me dijiste los nombres de los chavales y me quedé blanco porque eran chicos aún más pequeños que yo y que conocía de vista, algunos incluso de mi mismo colegio, y admitiste que tenías vídeos y que podías enseñármelos, que en ellos se veía cómo traías a tu habitación a tal o cual chaval, fumabais un poco de la marihuana que guardabas en un cajón y jugabais a la Play y tú le enseñabas tu colección de porno y luego una cosa llevaba a la otra.

Creo que ahí fue cuando se rompió el hechizo. Dejó de ser un juego y tú te quitaste la máscara de la inocencia. Te dije que no te creía pero que, si era cierto, me parecía asqueroso. Te insulté. Eras un monstruo, lo tuyo no era normal, lo mío sí, lo mío sí pero lo tuyo no, yo deseaba a chicos de mi edad, no a ti, tú solo querías hacer cosas con niños y eso era una enfermedad, lo era, y necesitabas ayuda, yo no tenía ningún problema, entonces lo entendí, de alguna manera me ayudaste a poner palabras a aquello que sentía, era gay, homosexual, maricón, me gustaban los hombres y no había nada de malo en ello.

Te pedí que no me hablaras más o llamaría a la policía y, aunque denunciarte fue algo que se me pasó mil veces por la cabeza, te juro que no fui yo. Te olvidé rápido y me centré en lo importante: la enorme tarea de aceptarme

a mí mismo. No causaste mayores traumas en mí que no hubiera causado Gorka Fernández antes que tú. Salvo la culpa. Eso no termina de írseme. Desde que te detuvieron y te volviste una persona pública y escalofriantemente real, cuando me despierto en medio de la noche con el pecho rajado de parte a parte y recuerdo que me voy a morir, pienso en los otros niños y me entran ganas de ir a sus casas. Uno por uno, les pediría perdón por no haber hecho nada. Sé que no hubiera podido salvarlos a todos, pero sí mitigar su dolor o acelerar tu detención un par de años. Porque yo ya estaba roto, pero esos niños no; yo tenía trece años, pero esos niños no; ellos aún guardaban la inocencia hasta que llegaste tú. Sin embargo, opté por callarme y pensar solo en mí. Disfrutarte hasta que dejaste de ser divertido. Olvidarte. Tirarte a la basura. Guardar silencio.

Es gracioso. El universo me devolvió ese silencio con creces. Me lo tiró a la cara. La policía jamás apareció por casa y me enteré de todo por las noticias. Eso dolió; ¿acaso no era yo suficientemente interesante? Suena estúpido, pero es lo que sentí entonces. ¿Cómo estaban tan seguros de que no necesitaba ayuda? Vale, si los agentes inspeccionaron tus redes sociales verían que la comunicación entre nosotros se cortó antes de que llegáramos a quedar, pero ¿no podían cerciorarse de que no hubiera habido encuentros espontáneos, un día cualquiera por la calle o en el parque volviendo a casa solo de noche? Podría haber pasado algo horrible. ¿Por qué no lo consideraron importante? Era solo un niño. ¿Les traía sin cuidado? Me convertí en una línea en la noticia. «Hubo otros intentos que no llegaron a prosperar». Yo era ese intento. Un intento fallido, infértil, irrelevante. ¿Hubiera sido mejor que hubiera accedido a ir a tu casa? ¿Hubiera logrado así la mano tendida de un adulto?

No sé por qué he venido. Ni para qué te digo todas estas cosas. Menos mal que el tiempo lo cura todo, ¿eh? ¿Cómo dices? No, por favor, no he venido a que me pidas perdón, de poco sirven las palabras. Las mías tampoco te servirán de mucho, probablemente nada de esto sirva y no tenga sentido que yo esté aquí hoy, pero bueno, ya he dicho lo que llevo queriendo decirte tanto tiempo y ahora sentiré un pequeño alivio en el agujero en el pecho, aunque solo sea durante el trayecto de vuelta en el coche con la música a tope y las ventanillas bajadas. No, no quiero que te justifiques, tampoco me digas eso de que yo no tengo la culpa, no quiero saberlo. Y no me pidas perdón. Esto. La celda. El paso del tiempo. Todo esto es suficiente.

2

¿Después del incendio, dices?

3

Verás, debido a mis alergias, todo el humo y el alcohol y las drogas casi me llevan al otro barrio o eso me dijeron. Desperté un mediodía de principios de septiembre en una habitación de hospital. Lo primero que vi fue una enorme corona de flores en una mesita a mi lado que decía «DE TUS TÍAS» como si me hubiera casado o estuviera muerto y la verdad es que fue un poco decepcionante no ver mucho más: el cuarto estaba vacío a excepción del paciente de al lado, del que me separaba una cortina blanca, y un hombre pequeñito que intentaba dormir a la desesperada, hecho un ovillo sobre una incómoda butaca y tapándose la cara con la ayuda de los brazos y una chupa de cuero. Permanecí un rato leyendo un número atrasado del *¡HOLA!* en un estado de confusión hasta que O'Malley despertó de su siesta.

—Buenos días —dijo. Le noté temeroso de acercarse, con una sonrisilla incómoda que parecía querer disculpar su presencia—. Por fin te despiertas. Qué tal te encuentras.

—Mareado pero bien, creo.

A mis palabras les siguieron un silencio que en el hospital sonó tres veces más grave. O'Malley se apresuró a taparlo.

—Tu familia… No pienses que… —Tosía nerviosamente—. Tus tías han estado acompañándote todo el tiempo; es solo que, ya sabes, tener que venir desde la Capital y todo eso… Ellas… Han dejado estas flores. Y tu amiga Nekane ha estado hace solo un rato. Y su novio. Gorka. Los dos han venido a verte cada día. Muy simpáticos.

Y luego arrancó a tartamudear sobre mi abuela y Tabarnea como si no supiera qué había sido de ellas. Añadió que lo sentía mucho y que podíamos ir a ver la tierra quemada juntos si yo quería. Dije que vale y no hice preguntas: por qué no tengo noticias de la Juana ni aun estando al borde de la muerte; qué hacías tú en medio del incendio; cómo conseguiste encontrarme cuando caí inconsciente a escasos metros del fuego; qué haces aquí cuando lo habíamos dejado, cuando nuestra única manera de existir hasta ahora ha-

bía sido un colchón de plástico, nada más a diez mil kilómetros a la redonda excepto mierda prensada en una finca; nada de eso pregunté; solo me interesé por ver si en el hospital tenían la edición de hoy de *La Gaceta*, pero resulta que hoy no había edición de *La Gaceta* porque *La Gaceta* había cerrado: una secreta pero destructora adicción al juego había carcomido el patrimonio de Mauricio Miras nieto y, sin previo aviso, la histórica publicación periodística empezó septiembre declarándose en quiebra. Acababa de quedarme sin trabajo, lo que interpreté como una señal más (una cruel y arbitraria, como una tormenta de arena subsahariana) de que debía marcharme.

Me dieron el alta y O'Malley me llevó en su viejo Mercedes. Por un momento tuve ganas de echar a correr en la dirección contraria, temeroso de que me fuese a llevar de nuevo a la planta de lodos, porque a dónde íbamos a ir él y yo si no. La realidad era otra.

—Les he dicho a tus tías que, mientras no pensemos en una solución a largo plazo, puedes quedarte en mi casa.

Lloviznaba. Como hoy.

—Y te han dicho que sí.

Xirimiri, fino pero incansable. Lo que se conoce como calabobos.

—Soy un viejo amigo de la familia. Fui al cole con tu tía Mabe. No tienes que preocuparte por lo que puedan pensar, estaremos bien, ya lo verás.

Por la radio sonaba muy suave algo de Billy Joel, a veces solapado por el chirrido del limpiaparabrisas.

—¿Y no había otra alternativa? —dije.

A O'Malley se le hinchó la vena de la frente y le empezó a palpitar a ritmo ofendido.

—Nekane también se ofreció —dijo—. Y Gorka. Dadas las circunstancias… Pero ellos viven con sus familias y yo vivo solo; pensé que sería menos jaleo así. En mi piso hay sitio de sobra. Además, qué más da, lo importante es que estés bien. Es duro quedarse sin casa, no me quiero ni imaginar pero, encima, no poder hacerle un funeral a tu abuela, no poder despedirte como es debido…

—También podría alquilar un piso. Mis tías podrían ayudarme con eso.

—Endika. Qué te pasa conmigo. Me dejaste de hablar de la noche a la mañana y no entiendo…

—Da la vuelta.

—¿Qué?

—Te estás saliendo del centro. ¿No íbamos a pasar por Tabarnea primero? Me gustaría verla.

O'Malley resopló, giró bruscamente y atravesamos el casco viejo hasta llegar al puente de San Sebastián. Ante nosotros, La Isla. Me invadió un escalofrío.

—¿Estás seguro de esto?

—Seguro.

4

La frondosidad del parque, nutrida de las lluvias de septiembre, contrastaba con el páramo en el que se había convertido lo que había sido la única zona verde durante la sequía. Aparcamos frente al portón metálico de Tabarnea y lo atravesamos juntos. La forma de círculo perfecto que le daba la muralla emitía vibraciones de lugar sagrado, huella de meteorito. Observé las ruinas una a una e intenté recordar dónde había estado todo antes: las escaleras, el porche, la planta baja, el primer piso, el segundo, el ático, la techumbre… O'Malley, mientras tanto, me protegía del agua con un enorme paraguas negro y me miraba mirar. Deseé ser él para saber cuál era mi cara ante la devastación.

—Es todo mucho más pequeño ahora —murmuré—. Vacío, me parece imposible imaginar la casa. Y los coches, la carpa, el escenario, las flores, los árboles… ¿cómo podía caber todo en este circulito? ¡Mira, el quejigo de la abuela!

El viejo tronco talado había sobrevivido a las llamas y permanecía intacto y bien enraizado, sin tan siquiera un poco de color negruzco por la quemazón. Me agaché, acaricié sus anillos e imaginé por un momento que se trataban del plano de Ariza-Lenea.

—Junto a este árbol es donde mis padres me enseñaron a andar —dije—. Es un recuerdo inventado, nunca pasó, pero es lo único que guardo de mi vida antes del accidente y por eso me gusta.

—Es bonito.

Me incorporé. En el centro exacto del cráter se alzaba, triunfante, la mesa de quejigo, el espíritu del dragón dormido, tan limpio y de una pieza como si se tratara de la roca estrellada. Me atreví a acercarme, posé mi mano sobre la madera maciza y me vinieron mil recuerdos reales de mi infancia. Se los conté a O'Malley porque era el único que podía escucharme: el jardinero furioso, la motosierra, el árbol arrancado, la depresión y el día en que mi abuela se convirtió en abuela. O'Malley jugaba a recorrer con la mano la superfi-

cie de la tabla hasta que sus dedos toparon con un corte inesperado y pegó un brinco. Se llevó la mano a los labios y se chupó la sangre que emanaba de su dedo índice.

—¿Qué es esto?

Se le había metido la astilla puntiaguda de una inscripción en forma de corazón, tallada con rabia, a cuchillazos.

—Qué raro —dije.

—«Juana y Bernardo, 2003» —leyó O'Malley—. ¿Quién es Bernardo?

Su voz me transportó a la conversación con mi abuela el día que la sorprendí llorando en esa misma mesa, mirando fotos antiguas después de la tormenta de arena.

—Era el nombre del jardinero.

—¿El que despidió tu abuela y luego cortó el quejigo?

Asentí.

—La abuela nos quería mucho a todos —expliqué—, pero siempre quiso más que las cosas se hicieran a su manera. La casa era lo primero y la Juana era parte esencial de la casa. Cómo concebir la idea de que la pobre y solterona Juana Mari pudiera abandonarla… Después de todo, ella se lo había dado todo: un techo, una familia, un apellido, una educación. ¿Enamorarse, la Juana? ¿Irse con otra persona? ¿Construir su propia casa? ¿Ser dueña de su propia vida?

Recorrí los dedos por la inscripción, como si fuera yo quien estuviera escribiendo aquellas letras atropelladas. «Juana y Bernardo, 2003».

—Yo quería mucho a mi abuela. Aún la quiero. Pero ella tenía una sola idea para el futuro de sus descendientes, incluido el mío: nunca quiso que fuera periodista sino arquitecto o abogado y fue la Juana la que me ayudó a convencerla. Pero la Juana no tenía a otra Juana que le tendiese la mano; mis tías supieron rebelarse a tiempo y ya estaban lejos cuando ella tuvo su oportunidad con Bernardo, el jardinero atento pero de mala familia y pobre como las ratas. ¿Cómo iba María Luisa a permitir semejante escándalo? Antes despedir al causante del alboroto, aunque implicase un sacrificio: observar impotente cómo la pasión hace trizas al árbol más antiguo del parque. Mientras tanto, la obediente Juana nunca se sintió con derecho a rebelarse. Por no ser hija biológica, por haber llegado tarde a la casa, por sentir que debía algo a la abuela, porque en su vida de pronto aparecí yo.

—¿Qué fue de Bernardo?

—Encontrar trabajo en el pueblo se volvió difícil y regresó a su hogar en Cáceres. Murió de un infarto hace pocos años.

—Vaya.

—Esa es la historia del quejigo talado. Me la contó mi abuela el otro día entre lágrimas de arrepentimiento. Ella nunca llegó a ver esta marca. Se hubiera vuelto loca.

Fue un momento raro, rarísimo, el momento más raro del verano. Una

manifestación sobrenatural, un capricho del fuego, que la noche del incendio lo quisiera devorar todo excepto aquella mesa, revelando una marca primitiva bajo una gruesa capa de barniz, a salvo de miradas furtivas y de las caricias de los anillos de los dedos de María Luisa, un secreto del sabor y la textura de un juego de niños, el grito de rebeldía de una mujer soltera que al derretirse el barniz revela para las generaciones venideras que aquí alguien alguna vez soñó con vivir su propia historia de amor.

—¡Nos lo llevamos a casa! —exclamó O'Malley. Esbocé una sonrisa mientras me enjugaba unas tímidas lágrimas—. En serio, traeré mi furgoneta hoy mismo.

—¿Cabrá?

—¡Pues claro que cabrá! Desmonto los asientos y listo.

—Digo en tu piso.

—Tú no sabes qué pisazo tengo… ¡Ja, ja!

—No lo sé, no. De ti solo conozco tu oficina y ese colchón mohoso.

A O'Malley se le ensombreció la mirada.

—Endika, escucha —dijo—: siento haberte presionado. No tienes por qué venir conmigo. Puedo pagarte un hotel y ya me lo devolverás. En serio. El caso es que no había nadie más que quisiera acogerte; esa es la verdad: Nekane y Gorka no podían, y tus tías… vinieron al hospital la primera vez, sí, pero cuando vieron que ya había alguien contigo dejaron de hacerlo. Se fueron un día y no volvieron. Y no sé si querrán volver alguna vez.

—¿A Ariza-Lenea?

—No sé si debería decírtelo. No soy yo la persona adecuada. Pero el caso es que no hay nada que las una ya a este pueblo ahora que no está María Luisa, ni la casa, ni tampoco el terreno en La Isla…

—¿Qué pasa con el terreno?

—Supongo que no pasa nada si yo… Ya se ha corrido la voz por todas partes…

—Dímelo.

—Es tuyo, Endika. Todo tuyo. Tu abuela te lo dejó en herencia junto a todo lo que poseía. Y eso es todo menos la empresa, que ya era de tus tías.

—Lo que faltaba. Madre mía, Tabarnea, ¡qué manera de agarrarse! Yo el terreno no lo quiero. Nada de lo que la abuela quiera darme lo quiero. ¿Y ahora qué? ¿Voy a tener que enemistarme con mi familia por haberme quedado sin pedirlo con una tierra muerta y el dinero de una vieja? Ni siquiera sabría por dónde empezar a odiarles. No las conozco, ni a mis tías, ni a mis tíos, ni a mis primos. La verdad es que ahora mismo siento que no conozco a nadie. Aunque, bueno, ellas me lo han puesto fácil si, como dices, se han esfumado. ¡Y dejándome en el hospital esa corona de flores tan hortera! Sí que era mi funeral, después de todo…

—Hay algo más.

—¡Más!

—He hablado con viejos amigos del Ayuntamiento… Tras el incendio, la tierra sobre la que se cimentó Tabarnea ha perdido el estatus de bien natural protegido que tantos dolores de cabeza causó a tu abuela. Ya no tiene sentido expropiarlo. No lo tendrás difícil para que te dejen construir de nuevo, esta vez legalmente.

Me quedé mudo, doscientos millones de pensamientos zumbando en mi mente. Tuve que agacharme y apoyar todo mi peso sobre mis dos rodillas y de pronto exploté en una carcajada incontrolable que viajó en eco por el recinto amurallado. O'Malley me miró, sonrisa contagiada pero ojos como platos, esperando una explicación lógica al brote de locura.

—Si la abuela nos oyera ahora… —dije, ahogado por una risa que estaba tornándose azul, ojos al cielo, mandíbula al frente, hormigueo nasal. Sobre mis hombros, un cuervo me pasó rozando y empezó a picotear sobre una pila de ceniza. Rompí a llorar.

5

Nos subimos al coche. O'Malley le dio un golpe a su viejo reproductor de CDs y empezó a sonar *Me quedo contigo*. Me contó que hacía años se atascó el disco en el aparato y ahora era o la radio o Los Chunguitos.

Le dije que estaba bien. Cruzamos el puente de Los Hoyos y atravesamos Ariza-Lenea en dirección a su piso, y yo ya tenía la mano tiranteando discretamente el picaporte de la puerta igual que Meryl Streep al final de *Los puentes de Madison* cuando pasamos por *La Gaceta* y me acordé de Laura.

Pensé que si íbamos a hacer aquello, vivir juntos, ella tenía que irse, y de repente lo dije en voz alta, verbalizando por primera vez nuestra vida de cama de plástico bajo el polvo africano. No dije su nombre. No tuve el valor. Solo dije «ella tiene que irse», pero fue poderoso hacerlo en público, a plena luz del día, sin persianas de estor ni sábanas sucias que nos protegiesen del mundo. Noté que bajábamos la marcha. O'Malley se revolvió en su asiento, sacó del bolsillo el pañuelo blanco de iniciales bordadas y se secó el sudor de la frente.

—No has tenido suficiente, ¿eh? —dijo.

—A qué te refieres.

Señaló con la cabeza la calle, manchada de pintura roja y amarilla, y el grafiti que gritaba «FASCISTAS» en la persiana, pero no hacía falta que me explicase nada, yo ya sabía que de mí él lo sabía todo.

—Las pintadas, el incendio… —dijo—. Justo igual que el final de *Las Profundidades*. ¿Era todo parte de un plan o fueron arrebatos impulsivos, como con los aspersores?

Yo ya, sinceramente, ni siquiera recordaba cómo terminaba *Las Profundidades*. Lo había escrito a todo correr en un ordenador cuadrado de una biblioteca pública, con las uñas de los dedos todavía sucias por la tierra y la pintura y pensando en O'Malley y en Laura y en las crucecitas en el jardín. Dije:

—No sé de qué me estás hablando.

O'Malley me pisaba al hablar.

—Primero atacaste el periódico corrupto, luego la casa corrupta. Lo siguiente, imagino, es la planta de lodos corrupta: ir a por el asesino maquiavélico para completar la venganza del trío de ases que sofocaron a Laura hasta acabar con ella.

—Para el coche.

—¿Qué harás esta vez? ¿Volar la finca por los aires?

—Quiero bajarme.

—¿Quieres que vayamos ahora? ¿Te llevo en coche para que sea todo más cómodo?

En medio de la avenida que conectaba el casco viejo con el comercial, O'Malley pegó un volantazo y con un chirrido despegamos rumbo a la planta de lodos. Solo hablaba él: despedazaba una a una cada página que yo había escrito, gritando cada secreto que había guardado entre líneas sin saberlo, hurgando en las heridas abiertas, arrancando cables, vertiendo en ellos agua escaldada, clavando sus pezuñas en mis cicatrices. Frenó en seco frente a la verja de su propiedad, en el descampado a los pies de la montaña, y tras una densa nube de polvo se reveló el cubículo donde tantas horas habíamos pasado juntos.

—En el maletero guardo una cerilla y un bidón de gasolina —dijo. Era mentira. Me miraba con agresividad. Sudaba a chorros—. Según la novela, toca destruir la planta de lodos y luego el fin del mundo, ¿no?, decir adiós a Ariza-Lenea y volver a tu querida Barcelona. ¿O ya no tiene sentido, ahora que eres dueño y señor de Tabarnea?

—Crees que me conoces, que lo sabes todo de mí.

—Sé que estás loco.

—No.

—Sé que crees ser el poseedor de una verdad misteriosa y retorcida. Pero lo cierto es que la verdad es mucho más sencilla. Mucho más triste. Nadie tuvo la culpa de la muerte de Laura, Endika. Quizá ella misma. —Yo seguía aferrado al picaporte y estuve a punto de salir del coche, pero las palabras de O'Malley eran tentáculos afilados que me hundían en el asiento—. Y crees que haciendo esto encontrarás la paz, pero es solo una ilusión. En tu vida siempre habrá un jardín que destrozar para aplacar el agujero en el pecho. ¿Lo entiendes? Puedes reconstruir Tabarnea, ponerla bonita, llenarla otra vez de flores tropicales, que luego una noche sentirás que el mundo se acaba y que vas a morirte y la casa volverá a incendiarse y vuelta a empezar.

—Ahora eres una pitonisa. Ahora esa estúpida novela también habla del futuro.

—Oh, pero no es ningún misterio. En el fondo tú esto ya lo sabes.

—No.

—Te irás a Barcelona y conocerás a un montón de chicos y lo pasarás bien, incluso creerás que te enamorarás de alguno de ellos y puede que con

suerte te vayas a vivir con alguien de tu elección, a pesar de la constante vibración en el móvil, aún sabiendo que existen más hombres todavía por explorar, más guapos que el que has elegido, más altos, más delgados, y luego, con el tiempo, más jóvenes; solo a un golpe de clic, solo a cien metros, a cincuenta metros, a diez; y finalmente todo se irá a pique. Hazme caso. Te hundirás en la ciudad. Cuanto toques fondo volverás aquí con el rabo entre las piernas y rogarás que te acepte a mi lado. Pero tú esto ya lo sabes; has vivido en Barcelona.

El corazón me iba a mil por hora. La vista se me nubló. Ahora era solo la voz de O'Malley como balas en mi cabeza y Los Chunguitos.

—Pensé que conseguiría aislarte —continuó—. Si lograse crear un espacio seguro para ti, para los dos… Pensé que podría salvarte de tus impulsos. Pero entonces te fuiste y vi el fuego en el parque desde mi ventana.

—Quisiste aislarme, dices. Al precio que sea, ¿no?

—¿Cómo dices?

—Digo que da igual a quién te lleves por delante con tal de estar conmigo y protegerme de mi locura. Digo que sabes mucho de todo, que eres un tío listo y yo muy tonto. Sabes tantas cosas… Conoces perfectamente esa supuesta sordidez del mundo homosexual y todo sin haber usado Grindr ni una sola vez.

—Todo está en tu libro.

—Todo está en mi libro, claro. Qué listo eres. Eres tan listo que pensaste que tu mierda de historia sería creíble.

—De qué estás hablando.

—De que todo es mentira. Las amenazas, los ataques de ansiedad, las noches en el hospital…

—Te estás equivocando.

—Eres un mentiroso.

—He encontrado al agresor. Lo he denunciado. El juicio es el mes que viene.

—Eres increíble. Yo, mira… Ya me perdonarás, ¿eh? Pero me tengo que ir a buscar un sitio donde dormir esta noche.

Tiré del picaporte y saqué el pie. Entonces O'Malley dejó escapar una mueca de rabia, pisó el acelerador y con el impulso me vi rodando colina abajo. A lo lejos, oí mi nombre.

—¡Endika!

Abrí los ojos. Me había dado varios golpes, uno de ellos en la cabeza. Volvía a estar tendido en el suelo bajo la lluvia, hecho una maraña de tierra húmeda y ortigas, y volvía a tener a O'Malley encima, sujetándome entre sus brazos.

—¿Estás bien?

Me incorporé. Me llevé la mano a la nuca. No sangraba. Respiré hondo.

—Déjame.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas.

Empecé a caminar sin rumbo, pero me detuvo la presión del peso de O'Malley.

—Espera.

Trató de arrastrarme al barro como la noche de las crucecitas en el jardín, solo que esta vez aguanté en pie y de una pieza y fue él quien se desplomó sobre dos rodillas.

—Te pido perdón. Es cierto. Todo es mentira.

—Suéltame.

—Déjame que te explique. Cuando te hablé por Grindr el verano pasado y tuvimos esas conversaciones sin que tú supieras quién era yo, me pareciste tan dulce, tan espontáneo, tan lleno de vida… Todo lo que quería era conocerte en persona, pero no tuve lo que había que tener. Este verano reuní el valor y resulta que la química entre los dos era real. Por fin estábamos juntos. Entonces un día te fuiste sin dar explicaciones y me vi solo y confuso y no sabía cómo recuperarte. Me pillaste en un mal momento. Siento si he acabado haciéndote más daño del que quería.

—¿Más daño del que «querías»? ¿Te estás oyendo?

—Sí, del que quería, joder, no te hagas el sorprendido ahora, lo hice por ti, tú querías la violencia, querías que te hiciera daño, lo justo para que fuera un juego. Pero se me ha ido de las manos.

—No lo hiciste por mí.

—Vale, vale, lo hice por mí. Tienes toda la razón. Fui a un lugar vergonzoso al que no quiero volver nunca más. Pero sentí que te perdía. Has sacado de mí toda esta pasión que yo no sabía que tenía y ahora qué puedo hacer. —Respiró hondo—. Tengo cuarenta y seis años. Me gustan los hombres y estoy solo. Nadie cercano a mí podría entenderlo. Qué será de mi vida ahora. Ven conmigo, Endika. Duerme en mi casa esta noche y mañana será otro día. Hablaremos de todo y podrás perdonarme.

Se hizo el silencio, nos quedamos quietos, estatuas del Gálata Suicida. O'Malley hablaba entre lágrimas. Apenas salivaba. Sus ojos felinos se me agarraban como garfios y las lágrimas inundaban de sal mis pensamientos, se mezclaban con el agua dulce de la lluvia y formaban océanos de barro en el suelo. Arqueaba las cejas al hablar, estaba encogido de hombros y de pies y de manos, todo él era un ente encogido, un cervatillo en apuros, una gata callejera a la que acababa de caerle un rayo sobre el tejado de zinc, caricatura del hombre que yo había conocido.

Sus palabras nunca habían sonado tan puras, tan llenas de verdad, y sin embargo en mí hacía rato que algo se había quebrado. Fue en sus cejas, creo recordar, en la forma en la que sus cejas se encogieron, donde entendí por fin todas las frases que Laura había utilizado para describir al criminal de su novela. Las características del hombrecillo ridículo, de nombre Jesús *Chus*

Araiz, se abrían ante mí como plumas chamuscadas de pavo real, y cómo no lo había visto antes, cómo había estado tan ciego. Toda la inseguridad. Todo el tartamudeo. La mirada bizca. La voz aguda. La ternura patética. Apariencia inofensiva que se teñía de rabia al ponerse el sol. La sangre. La furia asesina. El destino trágico.

—Justo antes del incendio —murmuré— estaba pensando en todos los hombres que me hicieron daño. Me gustaría contarte su historia, la de Gorka Fernández y la de José Guinea (cómo a uno lo quise a matar; cómo en el otro creí encontrar algo parecido al amor), pero supongo que ya la sabes de sobra gracias a *Las Putas Profundidades*. Lo que no sabes es que contigo esas dos violencias de mi infancia han resucitado, que el verano me ha hecho esclavo de ellas a través de ti. Pero yo no quiero la violencia. ¿Entiendes? Quiero el cuento de hadas. Ya he tenido suficiente.

Me liberé de sus manos ásperas y respiré por encima de la sal y del barro. Bajo una lluvia que se había tornado espesa, torrencial, descendí la colina por el camino empedrado, a mis espaldas la planta de lodos y el viejo Mercedes, y marqué el número de Barcelona porque aún tenía que dar una respuesta. Supe que él no me estaba siguiendo; sin tener que mirar atrás supe que se había quedado petrificado. Pronuncié al teléfono las palabras adecuadas, recorrí andando la carretera nacional y me adentré en Ariza-Lenea, en sus anillos de campos y huertos, fábricas, viviendas de aspecto neosoviético, centro urbano, casco viejo y al fin La Isla y en medio Tabarnea, nido de meteorito. Era casi medianoche. Estaba empapado. Me tumbé, hecho un ovillo, en la tierra debajo de la mesa de quejigo para guarecerme de la lluvia, y entre las paredes de la vieja muralla me sentí a salvo de dioses y monstruos. Masticando los trozos de madera que se levantaban del corazón astillado de la tía Juana, me quedé dormido.

EPÍLOGO

Qué crees que hice después. Qué hubieras hecho tú.

Me fui de Ariza-Lenea un veintiuno de septiembre de 2018. Pensé que no la pisaría de nuevo —hasta hoy—. Dije adiós a lo que antes había sido Tabarnea y ahora era mi dominio palpando la tierra quemada que no he tocado desde entonces. La dejé escurrirse entre mis dedos y me encontré con algo brillante que, pensé, era uno de los anillos de oro de la abuela, y que resultó ser el cristal de un vodka barato de alguien que había estado haciendo botellón. También vi envoltorios de condones y briks de vino Don Simón.

Tabarnea volvía a ser un estercolero, como cuando el tatarabuelo Prudencio compró el terreno en 1918. Sigue siéndolo aún hoy, a pesar de que el suelo se declaró urbanizable el verano de 2019, después de que *los de siempre* ganaran las elecciones locales. Alejar definitivamente la sombra de la expropiación sobre Tabarnea fue una de las primeras medidas del nuevo Gobierno municipal (en honor, dijeron, a la tristemente desaparecida María Luisa García de Maeztu y en señal de respeto a toda su familia), junto con la de quitar todos los carteles donde pusiera «Ariza-Lenea» para sustituirlos por otros donde solo se leía «Ariza» (para mejorar, explicaron, la economía del lenguaje, porque para qué tener carteles en dos idiomas si el castellano era el que entendía todo el mundo). Desde entonces, sigo recibiendo correos en el spam con propuestas incendiarias para convertir la tierra de mi familia en un bloque de pisos.

Antes de irme en mi coche nuevo, un Audi pequeñito, de dos plazas (se me escapó una sonrisilla al comprarlo con el dinero de la herencia, porque pensé que la tía Juana tendría algo que decir al respecto de lo que el coche decía de mí mismo), aparqué cerca del portón de la casona de los Íñigo y entré por última vez en la habitación de Laura.

Me había acostumbrado a pasarme por allí una o dos veces por semana ese verano. Era parte del ritual de despedida. Me negaba a hacerlo en el cementerio (menudo mal gusto; el recuerdo de su entierro aún me provoca pesadillas), así que trepaba por la tubería y me colaba por la ventana de su cuarto, que siempre estaba abierta como si la propia Laura anticipara mi llegada.

Solía tumbarme en su cama, exploraba la estantería, escuchaba sus discos, leía los libros de folklore local, repasaba sus trofeos de atletismo o simplemente me miraba en el espejo, escudriñaba con el tacto del dedo mis rasgos faciales, tan parecidos a los suyos después de aquel verano, y a veces me probaba su ropa y solía quedarme suspendido en el aire con el vestido rojo, vaporoso, que llevó en su graduación.

Aquel veintiuno de septiembre vi en el espejo unos ojos observándome

desde la rendija de la puerta entreabierta. Los ojos de la Feli. Un escalofrío hizo temblar la fina seda que me envolvía, pero enseguida me di cuenta de que no había llamado su atención, que yo era alguien habitual para ella y su mirada estaba perdida en otra parte, observaba algo detrás de mí, algo incorpóreo, no la pared ni tampoco el paisaje de la ventana.

—Buenas noches, Laurita —me dijo.

Era por la mañana.

—Buenas noches, mamá.

—¿Estás bien, hija mía?

Asentí.

—Entonces no entiendo nada. ¿Por qué sigues aquí?

—Tenía unos asuntos pendientes, pero ya están. Hoy me iré y no me verás más.

—Con que te vayas en paz, hija… Yo con eso me doy por satisfecha.

—Por eso estate tranquila.

—Muy bien. Adiós, Laurita.

—Adiós. Te quiero mucho, mamá.

—Recuerdos a tu padre.

—De tu parte.

La cuestión, manos en el volante y pie en el freno, se reduce a emprender dos caminos. Irme o quedarme. Tengo el dinero. Tengo la casa. Tengo a una persona que sabe que estoy roto y aun así quiere estar conmigo. También tengo una promesa de independencia en la gran ciudad. No he pedido ninguna de estas cosas, pero aquí están. Si me quedo en Ariza-Lenea, será para reconstruir Tabarnea y probarme a mí mismo que no habrá más incendios, que soy capaz de olvidar la violencia y, por fin, enamorarme. Pero, ¿y si el día deseado no llega nunca? ¿Qué sentido tiene quedarme entonces? Esperar a vivir. Esperar a morir.

Tampoco puedo volver a Barcelona. La propia palabra suena hueca. Barce-lo-na. Pero hay otra solución. Siempre hay una alternativa. Encontrar a la tía Juana. Buscarla en Francia, en la India, en el sur, en un albergue gallego a veinte kilómetros de la Catedral de Santiago, tierra, mar y aire. Si lo hago, todo estará bien. Encontraré la paz. La encontraremos juntos. Le hablaré de la violencia, del agujero en el pecho, de las fiestas y la Feria y el final de Tabarnea. Si me deja, también le hablaré de algo parecido al amor, de tormentas de arena subsaharianas y de vidas en camas de plástico los últimos días de verano. Luego le tocará el turno a ella. Me confesará todo lo que encerraban las noches en las que se acababa el anís de la cocina.

¿Crees que lo hice? ¿Crees que di con ella? Si lo hubiera hecho, si la hubiera encontrado, digamos, en un rascacielos de Madrid, entonces hoy te llevaría conmigo porque todo estaría bien y hace tiempo que habría dejado atrás el pasado y la violencia. Conduciríamos a casa juntos. Te daría cama una, dos, tres noches, las que hicieran falta hasta que encontrases algo, un

pisito, un trabajo, un saxofón nuevo, un hueco en la banda de música del barrio. Saldríamos ahora mismo, ¿no te parece?, y a la salida te darían tus cosas: un reloj digital sumergible, un móvil de tapa de los 2000, un libro (*Lolita*, de Nabokov, ¿te imaginas?), una cruz y el *lauburu* de tu madre.

¿Puedes visualizarlo? Yo lo veo muy nítido. Conduciré derecho por la autopista. Lo último que veré de Ariza-Lenea serán las lomas de Peñalta y luego los campos y los huertos y a Antonio, el guarda de regadíos, que no me saludará al pasar porque vamos demasiado rápido y porque ha pasado demasiado tiempo. Al llegar a nuestro destino veré luz en mi piso, supongo, y no podré evitar reírme un poco. Abriré el portal y subiré las escaleras, despacio pero haciendo ruido deliberadamente, y para cuando gire la llave del piso y ponga un pie en el pasillo ya no habrá ninguna luz encendida, todo a oscuras excepto la luz de ciudad que se cuela por una ventana abierta al fondo, en el salón, todo en silencio excepto el tráfico de la calle y el ruido, seguro, del horno encendido haciendo una pizza o una lasaña o algo así, rápido, y estaré tentado en decir «¿hola?» como en las pelis de terror, pero no lo haré, mantendré la boca cerrada, los labios cerrados dibujando una sonrisa, y daré un paso y luego otro hasta llegar al salón, donde me espera esa ventana extrañamente abierta que crea corriente y hace que el viento se ponga a bailar con las cortinas viejas, y apretaré el interruptor y antes de hacerlo se dibujarán esferas brillantes flotando en el suelo, y de repente se hará la luz y una lámpara cálida de pie de Ikea encenderá los colores de múltiples globos en el suelo y el salón explotará en una lluvia de gritos:

—¡Felicidades!

Y los gritos se sincronizarán con una decena de caras (tal vez decena y media) cuando levante la mirada y ponga cara de sorpresa y responda «gracias» a su sonoro aullido, y allí estará la primera de las caras acercándose a mí para darme un abrazo, un beso y un regalo, la cara de la tía Juana, que es la que montará todo eso, seguro, y no puede parar de sonreír —aunque está algo tensa por mi inesperado acompañante, que le suena de algo y le produce desasosiego pero ahora mismo no sabría decir por qué, ya me lo preguntará después, ya tendremos luego esa conversación—, y ya puedo ver desde ahora qué es lo que me va a regalar, me puedo imaginar desembalando un papel de regalo arrugado y cien veces reutilizado que esconde dentro una copia de su último libro, aún sin publicar, y me reiré a carcajadas, tendré que hacerlo, porque de todas las cosas que me podría haber regalado, un nuevo aparato de música, por ejemplo, me tiene que regalar su propia obra, en fin, ¡escritoras!, no tienen remedio, ¿eh?, me reiré de la escena y le haré algún comentario sarcástico, pero en el fondo será emocionante que me dé esa primera copia antes que a nadie, será un detalle que apreciaré, y más cuando vea por fin impreso en tapa dura ese título que he leído ya un millón de veces, *El sobrino (y otros diez cuentos para quemar la amargura)*, por Juana María García de Maeztu, y le diré «ay, tía, muchísimas gracias, es una pasada»,

y se lo diré aunque la tapa me parezca un poco hortera, como de novela erótica, nada que ver con sus obras anteriores, que tantas alegrías nos dieron y cuyos numerosos premios y números uno en listas de ventas cuelgan orgullosos en las paredes del piso, y luego vendrá el resto de abrazos y de besos de mujeres y hombres que quiero, de arrugas que se encogerán al saludarme, por la edad y la alegría y la incomodidad típica de fiesta sorpresa organizada por otro, y algunas serán arrugas de amigos, otras, un par, arrugas de romances apagados que con el tiempo se han convertido en buenas amistades (a veces, solo a veces, me pregunto si volverán a encenderse algún día), pero solo hay un tipo de arrugas que me apetece ver hoy, y espero que estén, de verdad lo quiero, no puedo parar de pensarlo porque son arrugas que pertenecen al hombre con quien pienso bailar hasta el final de la noche y el resto de mis noches, si me deja, o el día de hoy, al menos, el día de mi cumpleaños, porque hoy cumplo treinta y dos años y la vida son muchas cosas.

Agradecimientos

Esta obra de ficción existe gracias a personas, lugares y situaciones muy reales. Por eso, me gustaría acordarme de la Merindad de Estella-Lizarra, cuya idiosincrasia he tratado de homenajear a mi manera, exagerando e inventando al servicio de la literatura.

Quiero dar las gracias a mis amigas, las que han leído diferentes versiones de este texto y las que están esperando al papel. Os quiero a todas.

Lodo se escribió en Allo, el pueblo de mi familia paterna. Gracias a mis tíos por dejarme su casa, donde pasé algunos de los mejores meses de mi vida.

Gracias a Alfredo, el primero que hizo de mis palabras algo que se pudiera tocar y cuya lectura atenta mejoró partes del relato.

A mis profesores, en especial a los periodistas Jordi Pérez Colomé y Carles Castro, por enseñarme a escribir para ser leído.

A Javier, Maite, Rubén y Cristina, de quienes aprendí lo que sé del periodismo local.

A mi familia. A Ander y a Loly.

A Alberto y Gonzalo, por creer en esta historia y apostar por mí. A Rubén, por el cariño y la dedicación. Y a Raúl, por el diseño.

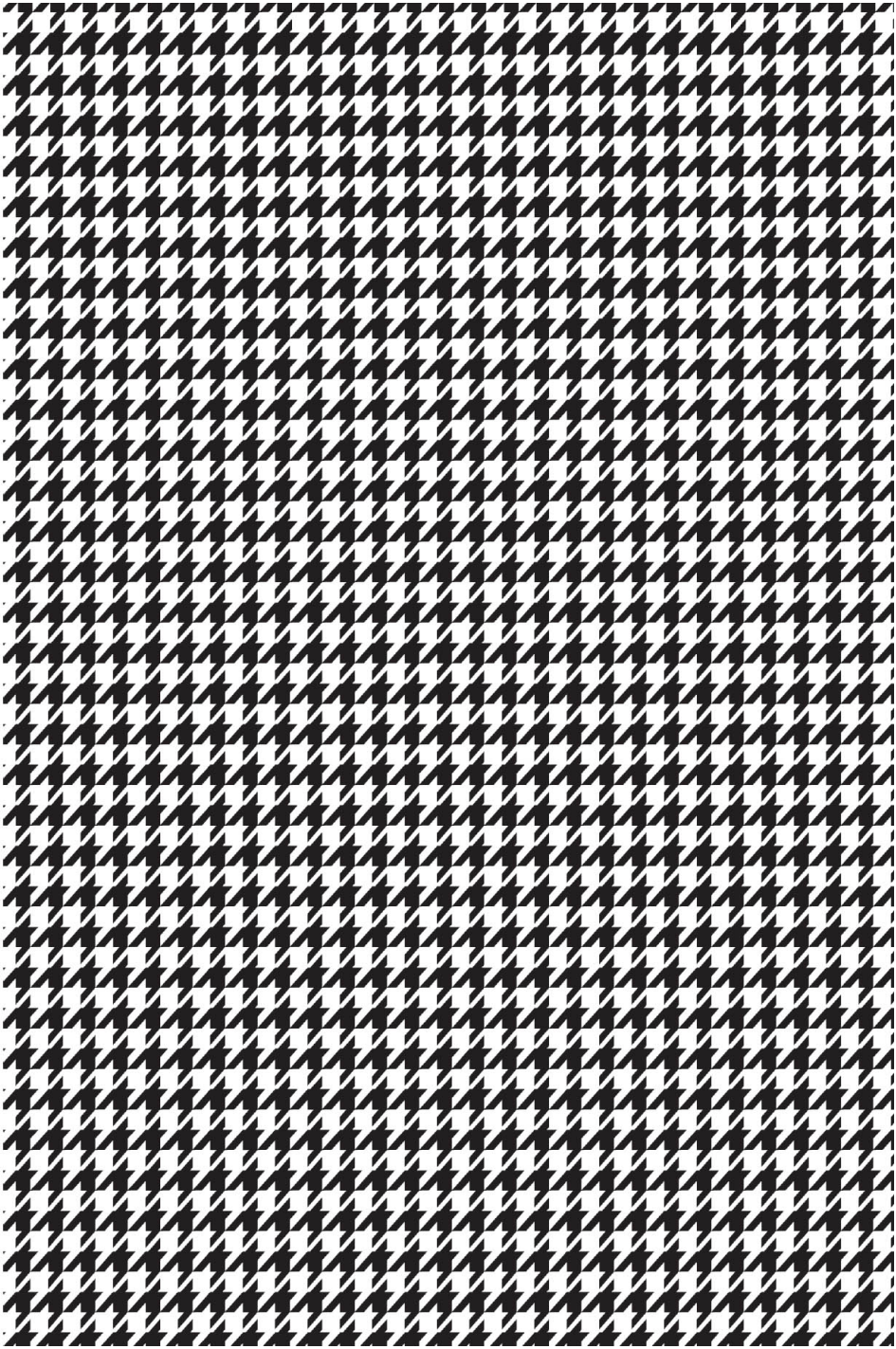
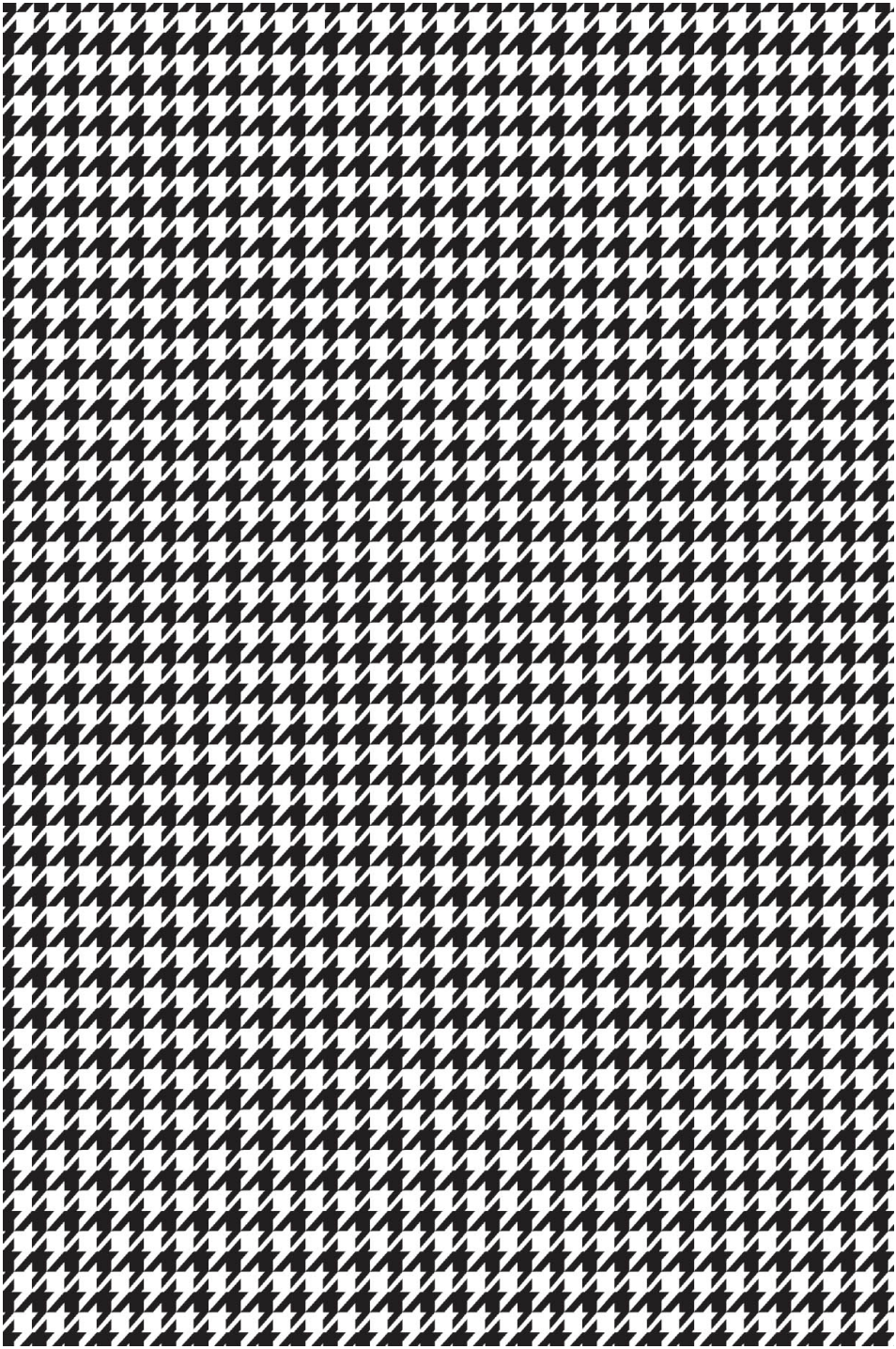
A los artistas que han intervenido en esta obra, sin saberlo: Carmen Laforet; Gillian Flynn; J.D. Salinger; Vladimir Nabokov; Carson McCullers; Miguel Delibes; Jack Kerouac; Truman Capote; Albert Camus; John Steinbeck; Philip Roth; Carmen Martín Gaite; Roberto Bolaño; Jonathan Franzen; Virginia Woolf; Gabriel García Márquez; Julio Cortázar; John Irving; Paul Auster; William Shakespeare; Federico García Lorca; Tennessee Williams; Jean-Marc Vallée; Damon Lindelof; Tom Perrotta; François Ozon; Ingmar Bergman; Asier Altuna; Isabel Coixet; Isa Campo; Isaki Lacuesta; Javier Calvo; Javier Ambrossi; Lee Chang-dong; Luca Guadagnino; Pedro Almodóvar; Wong Karwai; Alfred Hitchcock; Walt Disney; Seanen Middleton; Brooke Shaden; Sarah Ann Loreth; Rosalía; C. Tangana; Billie Eilish; Lady Gaga; Lana Del Rey; Amy Winehouse; Adele; Lorde; Miley Cyrus; Natalia Lacunza; Amaia; Ariana Grande; El Buen Hijo; Bad Gyal; Taylor Swift.

Y a Alberto.

«¿Cómo se quema un *baserri*?»

TÍTULOS DE
DOS BIGOTES

El armario de acero, Varios autores
Los deseos afines, Varios autores
Imre: una memoria íntima, Edward Prime-Stevenson
Lo que no se dice, Varios autores
Pasión, Brane Mozetič
Posiciones geográficas, Suzana Tratnik
49 goles espectaculares, Davide Martini
Suburbana, Claudio Mazza
Mañana hablarán de nosotros, Varios autores
La tierra de los abetos puntiagudos, Sarah Orne Jewett
El cielo en movimiento, Varios autores
Ábreme con cuidado, Varias autoras
Una barba para dos, Lawrence Schimel
La increíble boda de Gilbert y Moira, Joe Keenan
El sonido de los cuerpos, Nando López
A Virginia le gustaba Vita, Pilar Bellver
La vida de Kostas Venetis, Octavian Soviany
El santo al cielo, Carlos Ortega Vilas
Tan solo el fin del mundo, Jean-Luc Lagarce
El milagro, Ariel Kenig
El amante alemán, Julián Martínez Gómez
Mil mamíferos ciegos, Isabel González
La canción pop, Raúl Portero
La nueva mujer, Varias autoras
Manuel Bergman, Pablo Herrán de Viu
V y V Violación y Venganza, Pilar Bellver
Presentarse en forma grata, Joseph Salvatore
Trapicheos en la Segunda Avenida, Joyce Brabner y Mark Zingarelli
Relaciones enfermizas, Cecilia Ştefănescu
La geometría del trigo, Alberto Conejero
Bitch She's Madonna. La reina del pop en la cultura contemporánea, Eduardo Viñuela (ed.)
Haz memoria, Gema Nieto
No pasar (Do Not Cross), Dora Pavel
Cómo acabar con la escritura de las mujeres, Joanna Russ

Todo es una mierda y eres una mala persona, Daniel Zomparelli
Hacia las luces del norte, Ángel Valenzuela
Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual en los años de la Transición española, Valeria Vegas
Boy Erased (Identidad borrada), Garrard Conley
Nido de pájaros, Luis Maura
Los cuerpos que importan en Judith Butler, Silvia López
Los pequeños brotes, Abel Azcona
Fábula de un otoño romano, Bruno Ruiz-Nicoli
La política sexual en Kate Millett, Silvia López
Homintern. Cómo la cultura LGTB liberó al mundo moderno, Gregory Woods
El hombre de hojalata, Sarah Winman
Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer, Varios autores
Comando Malva, Pilar Bellver y Olga Carmona Peral
El devenir «mujer» en Simone de Beauvoir, Silvia López
Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical, Alex Espinoza
Ariel y los cuerpos, Sebastià Portell
Cómo entender tu género. Una guía práctica para explorar quién eres, Alex Iantaffi y Meg-John Barker
Dilemas y cowboys, Cachorro Lozano
La calma luchada, Sergio Bero
Emilio y Octubre, David Uclés
Con la frente marchita, Dimas Prychyslyy
El ecofeminismo en Vandana Shiva, Silvia López
«Amigas». Relatos de amor entre mujeres, del siglo XVIII al XX, Varias autoras
Libérate. La cultura LGTBQ que abrió camino en España, Valeria Vegas
Todas mis palabras son azores salvajes, Gloria Fortún
Pronto seré de oro y carmín, Vanina Bruc
Cómo luchamos por nuestras vidas, Saeed Jones
Amor puro, Luisgé Martín
Bollo, Melani Penna Tosso
La herencia, Matthew López
Mayo del cuarenta y cinco, Boti García Rodrigo
Quien esté libre de culpa, Gema Nieto
Nadar en la oscuridad, Tomasz Jedrowski
Scream Queer. La representación LGTBIQ+ en el cine de terror, Javier Parra
Corres como una niña. El género y la diversidad LGTBI en el deporte, David Guerrero
Presente imperfecto, Nando López
Lodo, Julen Azcona

Este
libro
ha sido
compuesto
en tipografía
Crimson sobre
papel de 80 gr.
ahuesado e impreso
en octubre de 2021